Víctor Raúl Haya de la Torre

A DONDE VA
DOAMERICA?

(SEGUNDA EDICION)

diciones
rcilla

BIBLIOTECA NACIONAL
0309746

BIBLIOTECA
AMERICA
Vol. N.o XV

¿A DONDE VA INDOAMERICA?

Por Víctor Raúl Haya de la Torre

Biblioteca América **Vol. XV**

No necesita presentación Víctor Raúl Haya de la Torre, el autor de este libro. Jefe del Aprismo y autor de la teoría aprista, su personalidad ha llenado el continente y ha evidenciado, en el pensamiento y en la acción, la formidable potencia y claridad de una mentalidad madura y de una energía invencible.

Su biografía está trazada en las páginas de "Raúl Haya de la Torre, o El Político", por Luis Alberto Sánchez, volumen VII de esta misma Biblioteca. Su obra de político y luchador es conocida a través de las persecuciones y destierros que ha sufrido, de su labor descollante en Chile, Argentina, Uruguay, el año 1922, en el Perú en 1923; en México, Cuba, Panamá, en 1924; en Rusia, Suiza, Inglaterra, Francia, entre 1925 y 1927; en Estados Unidos, en 1927; nuevamente en México y en Guatemala, San Salvador, Honduras y Costa Rica, en 1928; en Alemania e Inglaterra durante los años de 1929 y 1930, y, finalmente, en la larga batalla que sostiene desde 1931, en que fué candidato a la Presidencia de la República del Perú, con 110.000 votos, hasta el presente, en que sufre una nueva persecución policial.

"¿A dónde va Indoamérica?" reúne sus principales meditaciones y observaciones sobre el problema total de nuestro continente. Páginas escritas desde el destierro, o en la brega misma, se resienten de sus propias cualidades. Agudas y certeras, tienen la madurez de un pensamiento acendrado y el ímpetu de una vida acezante. Haya de la Torre ha publicado varios libros, pero casi todos fueron dedicados sólo al Perú. En las páginas siguientes, aparece el problema de Indoamérica, antes que el problema del Perú, que es una parte del primero.

Creemos prestar un positivo servicio a la cultura del continente, al editar este libro de Haya de la Torre, de quien Romain Rolland dijo que es "honra del pensamiento hispánico", y Georges Duhamel calificó como "egregia expresión de América".

EDITORIAL ERCILLA.

SACA-PICA
ARLOS H. HERRERA L.
co y compro libros, novelas y diarios por kilos.
rgo me ropas y útiles usados.
ADO A CONSIGNACION
Norte 236 Viña del Mar

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

AAQ 5009

¿A DONDE VA INDOAMERICA?

(2.ª edición)

BIBLIOTECA AMERICA
XV
SANTIAGO DE CHILE
1935

OBRAS DE HAYA DE LA TORRE

POR LA EMANCIPACION DE AMERICA LATINA. Buenos A
1927 (agotada).

TEORIA Y TACTICA DE LA JUVENTUD ANTIIMPERIALI
en colaboración con José Ingenieros. Editada por la Fede
Universitaria de Buenos Aires, 1928 (agotada).

IDEARIO Y ACCION APRISTA. Buenos Aires, 1930 (agotada

TEORIA Y TACTICA APRISTA. Lima, 1930 y 31, 4.ª ed
(agotada).

LOS DOCUMENTOS COMPROBATORIOS DE LA DIRECCION
MUNISTA DEL APRA. TRES CARTAS DE HAYA DE LA
RRE. Edición oficial del gobierno peruano contra el Apra. L
1932.

MANIFIESTO A LA NACION. Panamá, 1932. (20.000 ejempl
(agotada).

EL PLAN DEL APRISMO. Guayaquil, 1932. (5.000 ejempl
(agotada).

IMPRESIONES DE LA INGLATERRA IMPERIALISTA Y DE
RUSIA SOVIETICA. Buenos Aires, 1932.

CONSTRUYENDO EL APRISMO. Buenos Aires, 1933.

POLITICA APRISTA. Lima, 1933. (15.000 ejemplares).

EL PROCESO DE HAYA DE LA TORRE. Publicado por el C
Aprista de Desterrados en Ecuador. Guayaquil, 1933. (
ejemplares).

¿A DONDE VA INDOAMERICA?. Editorial "Ercilla", Sant
1935.

Por publicar:

EUROPA EN CRISIS. PANORAMA EUROPEO.

HACIA UN ESTADO ANTIIMPERIALISTA Y FUNDAMENTOS T
RICOS DEL APRA.

APRISMO: TEORIA Y TACTICA, (totalmente rehecho por el au

UNA JORNADA ELECTORAL.

23 DE MAYO.

PERU.

Sobre el autor

HAYA DE LA TORRE, por Felipe Cossio del Pomar, Lima, 1

RAUL HAYA DE LA TORRE, O EL POLITICO. CRONICA
UNA VIDA SIN TREGUA, por Luis Alberto Sánchez. Edi
"Ercilla", Santiago, 1934.

HAYA DE LA TORRE EN SU VISPERA, por Alberto Hidalg
ma, 1931.

"Soldados como somos del APRA, hemos seguido, desde el primer momento las incidencias de la lucha, pero, por creer que es necesario dar a nuestra adhesión más realidad, los desterrados del Perú, por nuestras campañas antiimperialistas, hemos resuelto ofrecer al General Sandino, por el digno intermedio de Ud., nuestra contribución de sangre, aportando nuestros servicios incondicionalmente y poniéndonos a las órdenes del Ejército Libertador Nicaragüense para luchar en sus filas".

HAYA DE LA TORRE

(Carta a Froilán Turcios,—México, 5 de febrero de 1928)

ADVERTENCIA

No vamos a presentar a Víctor Raúl Haya de la Torre. Su vida y su obra son ya conocidas y admiradas. Más la primera, que ha sido divulgada y esclarecida con insistencia en periódicos de todo el mundo y en una biografía reciente. La segunda —la obra— tiene dos partes: la acción y la idea. Nadie ignora la obra activa de Haya de la Torre. Pero, la ideología es menos conocida, porque, preocupado en **hacer**, no se ha detenido a erigir su estatua intelectual, y así muchas ideas de Haya de la Torre corren por el mundo, propagadas por escritores de buena memoria o por piratas sociales.

De los libros publicados con el nombre del Jefe del Aprismo, sólo uno ha sido ordenado bajo su indirecto control: **"Política Aprista"** (Lima, 1933). Los otros fueron siempre dispuestos por compañeros de lucha, desde el primero, **"Por la Emancipación de la América Latina"** (Buenos Aires, 1927), hasta **"Construyendo el Aprismo"** (Buenos Aires, 1933). **"¿A dónde va Indoamérica?"** ha sido, en cambio, ordenado por él mismo y confiado a nuestra custodia. Los originales están corregidos por la propia mano de Haya de la Torre. La disposición, aprobada por él.

Con el objeto de mantener en su integridad el pensamiento del autor, ha sido necesario reproducir algunos artículos ya incluídos en otro libro suyo; pero es una pequeña parte. La inmensa mayoría son notas que jamás han sido coleccionadas, escritas desde 1928 hasta 1931, y corregidas en 1934. La división del libro es lógica. Mediante ella se puede pesquisar el pensamiento aprista, a través de su jefe, frente a los problemas esenciales del continente. Por primera vez se coteja nuestra posición ante la cuestión cultural. **"¿A dónde va Indoamérica?"** es, por eso, un libro orgánico, dentro de su apariencia de colección de comentarios. Tiene un pensamiento unitario, una vertebración cabal, una orientación indudable.

Nos proponemos, en breve tiempo más, lanzar, por pri-mera vez, varios libros de Haya de la Torre. **"Hacia el Estado Antiimperialista y Fundamentos Teóricos del Apris-mo", "El Panorama Europeo", "Una Jornada Electoral", "Apris-mo: teoría y táctica", "Perú"**. Todo ello es necesario para integrar el pensamiento americano. El Aprismo —es bueno recalcarlo— no trae sólo una solución política y económi-ca, sino que implica un planteamiento absolutamente origi-nal del problema integral de Indoamérica. Sin ello sería absurdo pensar en una revolución efectiva. La transforma-ción económica lleva en sus entrañas la transformación so-cial, política, cultural, sanitaria, diplomática, militar. Y la tesis del Estado antiimperialista tiene una actualidad que sólo los frívolos no advierten entretenidos con la música de "las manos afuera"... porque, por ahora, **los otros** no son capaces de dejarlas adentro en forma ostensible.

Queremos, por último, hacer una advertencia final. Haya de la Torre, de cuyos libros se han impreso millares de ejemplares, nunca percibió ganancia alguna por ellos. El producto fué íntegramente a robustecer las cajas de lu-cha del Partido. Sólo de uno le tocó parte: de **"Impresio-nes"**. Con lo que le asignó el editor fué pagado el alimen-to que se le proporcionara durante su larga y tremenda prisión de quince meses —sin aire, ni luz, ni posibilidad de hablar ni de leer—, en el Panóptico de Lima. Por no haber negociado con su pensamiento, jamás se ha opuesto a la difusión de sus ideas y sus ensayos. Por no haberlo hecho ha desdeñado multitud de propuestas tentadoras y vive en todo tiempo, en una ejemplar pobreza franciscana, tanto en las horas de triunfo, como en las sombrías de clandesti-nidad y persecución, en que —como ahora—, la muerte ronda su escondite, desde el cual labora sin cesar.

No hemos deseado, adrede, destacar en este libro ni en este prólogo, nuestra firme decisión, ni nuestro credo. Preferimos que objetivamente vayan desfilando los asun-tos indoamericanos a la luz de un criterio firme. La tesis aprista no necesita de adjetivaciones escandalosas ni de charangas alucinadoras. Basta presentarla, en sus múltiples aspectos, tal como ella es. Y este libro, aparentemente pe-riodístico, en el que no se abordan todavía las tesis centra-les de la ideología aprista, constituye una introducción para mirar la realidad indoamericana con ojos propios, limpios de nieblas europeizantes y desprovistos de lentes intelec-tualoides.

Sobriamente, con la sobriedad que infunde la lucha de veras, la convivencia con el dolor y con la muerte, y la se-guridad absoluta de la victoria cercana, presentamos este

ordenación del pensamiento de Haya de la Torre, jefe y fundador del Aprismo, ante las cuestiones del continente. En ello hemos colaborado todos, y es una de nuestras más interesantes tareas de este nuevo destierro, antesala del triunfo.

Santiago, 23 de mayo de 1935.

Carlos Manuel Cox

Carlos Mosto

Luis López Aliaga

Luis Alberto Sánchez

Samuel Vásquez

AUTOBIOGRAFICA (1)

Mérida, Yucatán, 20 de junio de 1928.

Mi querido Sr. García Monge:

Al partir de México, —ya estoy en camino hacia su Centroamérica—, he leído algunos números de **Repertorio**, que mis ocupaciones de las últimas semanas en la "dulce tierra mexicana" no me habían permitido ver. La carta que el poeta Alberto Guillén ha dirigido a **Claridad**, de Buenos Aires y en copia, sin duda, a **Repertorio**, me ha llamado la atención. Guillén se defiende, y bastante bien, de las acusaciones que el joven y brillante escritor socialista argentino, Wapnir, le hace, por haber sido desleal conmigo.

Desgraciadamente para los que siempre hemos deseado que Guillén se redima totalmente, porque le queremos, nuestro joven poeta no adopta actitudes definitivas. Guillén, mozo de gran talento, sabe bien que ha pecado, inclinándose tan cortesanamente que ya parece postura servil la suya, ante el hombre que oprime y vende al Perú. Quienes

(1) Esta carta, escrita en Yucatán, cuando Haya de la Torre realizaba una jira de estudio y divulgación por todo México, invitado por las universidades del país, fué publicada en "Repertorio Americano", de Costa Rica, a cuyo director, don Joaquín García Monge, va dedicada. Es la única vez que Haya de la Torre se ha referido a sí mismo. El escritor argentino, Salomón Wapnir, la reprodujo, comentándola, en "Claridad", de Buenos Aires. Entonces, Alberto Guillén escribió la carta siguiente.

HAYA DE LA TORRE HA DICHO VERDAD

Lima, 20 de agosto de 1928.

Señor don Joaquín García Monge.

Grande amigo:

Casi estoy por alegrarme de que una aseveración mía precipitada e infundada haya sido el motivo para que Haya de la Torre exhiba ante América uno de los más bellos capítulos de su vida

sabemos algo de la vida de Guillén, no caemos en la
sura simplista y absoluta, y yo, malgrado lo mucho de
y sobre todo, de lo que parece mucho por los momen
que se cometió, que hay en la vida de Guillén, he e
do siempre que se salve. Así se lo expresaba en una
enérgica y justa que le escribí en 1924, por intermed
nuestro amigo Raúl Porras Barrenechea, y que éste,
derándola muy dura, según supe después, nunca ent
Guillén no tiene todavía el valor suficiente para d
rar que su falta fué debilidad o fué necesidad. Sería m
más grande su actitud, si él lo dijera honestamente. Por
gracia, quiere esconderse tras una urdiembre de ironía
es la sonrisa forzada de los que, cogidos en falta, p
den aparecer ignorantes del mal cometido, o como d
tistas de alguna aventura peligrosa en la que la suer
fué propicia. Guillén, al defenderse, insiste en repet
yo le admiro. Mas, en contra suya, si a pesar de co
rarse feliz de mi admiración, no fué fuerte en toda
horas, para estar a mi lado. Y es cierto que le admir
he perdido tampoco, relativizada por el tiempo, la ad
ción que yo siento por el Chocano, poeta de otras déc
gran exponente de su generación y gran asesino de u

---

poemática, precisamente aquel que tiene contacto con la mi
toresca". Me presto su adjetivo: pintoresca! Sí. Y tanto,
también la tengo escrita en larga carta en verso al mismo
Tan larga, que no ha habido Revista lo suficiente pródiga
ampararla. Ya saldrá en libro. Haya la conoce, pues se la
mejores días y recuerdo su risa al verme llorar por mis 47
que nunca he podido utilizar ni para tirárselas como adecu
la cabeza de los asnos...

Y ahora, al hecho:

Haya ha dicho verdad. Aquella aseveración mía de su legu
fué basada en datos que nunca he podido comprobar. Al c
rio. Preguntado por mí, Oscar Leguía y Martínez, sobre si
había tomado parte en la revista "Germinal", que hacía la ca
para la elección de Leguía, me contestó:

—No, Guillén. Haya no ha sido nunca otra cosa que

Es mi deber declararlo aquí hidalgamente, y ya tenía p
hacerlo, aunque Haya no hubiese levantado su palabra para
su verdad. Cuanto a otros menudos detalles que consigna
Autobiográfica, confieso que también tiene razón. Salvo
yo viniera a Lima con un libro de versos, un limpiadientes
camisa. Debo rectificar: lo del libro, no era uno, sino vario
mas de mi ala. Lo del limpiadientes pudo ser verdad. Lo que
puedo dejar pasar sin mi protesta, es lo de la camisa, pues
ninguna. Y por eso, en uno de mis primeros retratos en "Varie
de Lima, salí desnudo como un Bautista. Lo que no dice qu
es ala. Pero tan doblada en la estrechez de mi maleta
que en Lima no me sirvió de nada, y tuve que arrastrarla
ni más ni menos que el albatros de Baudelaire.

Nada más, por ahora, mi querido y gran García Monge.

los mejores ejemplares de ésta tan heroica, nuestra; de la que Edwin Elmore es mártir y es símbolo.

Como para aminorar su falta, Guillén afirma en el curso de su carta, que yo he sido leguiísta. Guillén incurre en mentira y, —aquí lo deplorable para quienes le quisiéramos ver ya libre de sinuosidades—, incurre en mentira conscientemente.

La afirmación de Guillén no puede quedar así estampada en dos órganos ilustres del verdadero periodismo libre de nuestra América, como **Repertorio** y **Claridad**. Por eso, aunque repugne de entrar en informaciones autobiográficas, tengo que sacar de mi memoria y de mis apuntes, algo que guardaba para que, si acaso llego a viejo, me pudiera librar de hambre y de soledad, epílogo de toda vida no dedicada al alto o bajo pillaje, escribiendo un libro de recuerdos; si para entonces los editores de libros, en nuestros países, han dejado de ser los usureros peligrosos que son hoy. Lo digo por experiencia.

Nunca fuí leguiísta. Cuando Leguía llegó al Perú, yo trabajaba ganando cinco libras, o sea, veinticinco dólares mensuales, en el gabinete de un abogado, D. Eliodoro Romero, primo hermano de Leguía, su actual embajador en Roma, —segundo cargo diplomático después del de Washington, por la doble tutela que rige al Perú: El Vaticano y Wall Street—, antiguo miembro de la Suprema Corte, ex Ministro de Estado, modelo oficial de virtudes cívicas y hombre de enorme fortuna. En ese gabinete de abogado donde era yo escribiente, generaron, por contraste, todas mis rebeldías. Ahí leí a Renán, a González Prada, a Sarmiento, a Marx y a muchos otros. Ahí apliqué las teorías de la relatividad einsteniana a la virtud oficialmente consagrada. Ahí vi muchas cosas y muy cerca de ahí, en la puerta vecina, donde un hermano de mi jefe, D. Eulogio

---

done lo haya hecho víctima de estas intimidades. Me dolía esa palabra mía precipitada. Así como el dolor de que se me acusase de haber yo insultado a Haya, y mi protesta inevitable, ha motivado esta continental escaramuza.

Nobleza obliga.
Siempre suyo:

ALBERTO GUILLEN.

S.|c.—Pacaé 951, Lima.

Posteriormente (1933), Guillén ha demostrado su sinceridad en lo que se refiere a esta carta y a Haya de la Torre, escribiendo un hermoso poema, "El Hombre del Alba", publicado en la Revista "América", de Quito (1934) y en "Repertorio Americano" (1935). (N. de los Compiladores).

Romero, habilísimo político, conspiraba en favor de
guía, vi también muchas otras de interés y de trascend
cia. Muy cerca de mí pasaron todos los políticos profe
nales de entonces. Muy cerca de mí vi yo a las fieras
la política peruana empujadas por su hambre, a la ge
flexión y al soborno, ya que el hambre de los político
tinoamericanos es, con la del tigre, el chacal y el tib
la más peligrosa de las hambres, según ciertos zoólogo

Fácil me era, pues, llegar hasta Leguía. Todo
que quiso, fué leguiísta, y fué leguiísta afortunado. La
del candidato estaba siempre abierta y su mesa sien
lista, para los estudiantes especialmente. Centenares de
desfilaron por la casa lujosa del candidato, y se sent
ante su mesa. Yo fuí invitado varias veces, pero nunca
té. Añado a la circunstancia de trabajar con un par
influyente de Leguía, la muy especial de ser un herman
mi madre su candidato a la vicepresidencia de la Repú
y de estar casi toda mi familia en el leguiísmo, hast
hermano mío, que fué sincero militante y obtuvo puesto
blico, como todos los leguiístas, hasta que, después de
de mayo de 1923, fué destituído, perseguido, arrest
aprisionado, libertado después y prácticamente confi
hoy.

La época era de aprovechar. Pocos dejaron pasar
grata oportunidad. Leguía, candidato y presidente fla
te, se dedicó a comprar gente. Venderse era fácil, y
pagaban malos precios. De ese período vergonzoso
subasta general quedan, sin duda, algunas buenas c
cuencias. Cuando Leguía enviaba a Europa a centenar
jóvenes de todas clases, especialmente a intelectuales
tudiantes, salieron algunos que hoy son grandes com
ros nuestros, y que para Guillén deberían ser ejemp
seguir. José Carlos Mariátegui es uno de ellos. Envi
Europa, pensionado y protegido, aprendió todo lo n
rio para estar listo a luchar desde el campo contrario.
él, otros. Muchos se emanciparon a medias, otros sig
sometidos, algunos, en nombre de su personal inter
libertaron y quedaron trabajando al servicio de sí m
Don César Falcón, compañero de Mariátegui, por eje

Cuando, siendo candidato, Leguía fué elegido m
de la juventud, yo, miembro de la Federación de
diantes, que no había votado por él, fuí designado
presidente, un vergonzoso ejemplar de arribista y de
ral casi sin paralelo entre los jóvenes de América q
vió a Leguía incondicionalmente, para formar parte
escrutadores de votos, como representante de la o
Comprobé que, efectivamente, Leguía, —error sinc

los muchachos de entonces—, había sido electo. Cuando el candidato debió recibir el homenaje estudiantil, cuatro estudiantes miembros de la Federación exigimos del presidente de vergonzosa memoria, que su discurso fuera la expresión de lo que la juventud **esperaba** de Leguía. No se nos hizo caso, el discurso fué un modelo de indignidad, y los cuatro renunciamos públicamente nuestras delegaciones. Aquellos cuatro éramos: don Luis Ernesto Denegri, —actual secretario privado del tirano y hasta entonces su "antipatizante"—, un señor Chopitea o Elejalde, que tiene cargo diplomático, el señor Ricardo Ureña y yo. En aquella atmósfera de adulación y de leguiísmo unánimes, nuestra actitud mereció injurias, calumnias y ofensas. El propio don Eulogio Romero, hermano de mi jefe, me llamó para amenazarme. Sobre nuestras cabezas pasó la tormenta. Muy pronto, Ureña se apartó de la lucha, el señor Chopitea se declaró leguiísta contrito e incondicional, el señor Denegri fué designado secretario del primer ministro de gobierno de Leguía, —don Mariano H. Cornejo—, y yo quedé solo con mis cinco libras mensuales en el gabinete del abogado primo del señor Leguía, a quien un cuartelazo innecesario había llevado al poder.

Tres meses después, fuí elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, reemplazando a don Hernando de Lavalle. Entonces, en medio de las agitaciones de la Reforma Universitaria, el Presidente Leguía me envió un ayudante para saludarme, y yo, al corresponderle su atención personalmente, le conocí, estreché su mano por primera vez, y tuvimos una larga plática sobre los problemas que planteaba la huelga estudiantil. Cuando fuí elegido presidente de la Federación, el único traje que tenía estaba roto. Para disimular sus desgarraduras, —yo había leído ya **La Misa del Ateo,** de Balzac, y recordaba sus reflexiones acerca de la ropa y los zapatos rotos del estudiante pobre—, usaba un abrigo, a pesar de lo avanzado de la primavera. Después de vivir dos años en un cuarto encalado e interior, que soportaba sobre un techo frágil un motor eléctrico extractor de agua, que trepidaba día y noche —calle de Plateros de San Agustín, 138; una libra al mes—, yo acababa de trasladarme a una habitación de un hotel, en Chorrillos.

Siendo presidente de la Federación, —presidente de gran suerte, porque todas las dificultades quedaron terminadas, la Reforma triunfante, la juventud unificada y la Federación con un prestigio verdaderamente extraordinario—, el Dr. don Alberto Salomón, por insinuación de su hermano, don Oscar, mi buen amigo personal hasta hoy,

me llamó a su despacho, —entonces era el señor Salo
Ministro de Instrucción Pública—, para ofrecerme un
fesorado en el Colegio Nacional de Guadalupe, en nom
"de la amistad que unía a Salomón y a mi padre", —
me dijo—, de quien había sido compañero en la Cá
de Diputados. Yo le respondí que la oferta no apare
como hecha al hijo del amigo, sino al presidente de la
deración. El señor Salomón me dijo textualmente: "re
sus escrúpulos". Su hermano es testigo. Yo volví a mi
bajo de cinco libras, en el que había tenido por prim
vez, —curva descendente del niño mimado del viejo
provinciano y tranquilo—, hambre, hambre efectiva,
bre de estudiante, que es casi como hambre de polític
En marzo de 1920, fuimos al Cuzco a celebrar el
mer Congreso Nacional de Estudiantes. El gobierno ha
autorizado a la Universidad del Cuzco gasto de pasaje
barco y trenes, más cinco libras para cada delegado
no tenía cómo moverme. No había un centavo para
de reserva. Ante un delegado más, un supernumerario
trajo la delegación de Arequipa, de la que era miem
Guillén, yo tuve que dar mis cinco libras, porque el
delegado amenazaba. Ante esa situación, espontánea
te, mis amigos, Porras Barrenechea y Luna Cartlend, y
que un señor León, actual seminarista—, defendieron
dignidad de la presidencia", dejando el todo, o una p
de sus cuotas, para gastos de urgencia.

De vuelta de aquel Congreso memorable, en que
nocimos a Guillén, me pidieron varios amigos, que emp
un pasaje sobrante de Arequipa a Lima, en llevar a la
tal, por primera vez al joven poeta, lleno de exitosas
trías provincianas que hacían de él un tipo pintoresco. A
dí, y Guillén fué a Lima llevando como bagaje una
queña maleta que contenía un cepillo, una camisa, ca
nes y un libro de versos. Mis amigos Porras y Luna
relacionados con el gobierno desde sus orígenes, die
Guillén un empleo en el Ministerio de Gobierno. Ahí
menzó su carrera.

Si alguien revisara la colección de los diarios de L
—Sección llamada Vida de Palacio—, de los días sig
tes a nuestro arribo, 31 de marzo de 1920, hallaría
tan pronto como hube llegado, el Presidente hizo
capitán Price, su **aide-de-camp**, fuera a mi modesto
de Chorrillos, a saludarme. Buscando en esos diarios
verá que esa visita no fué jamás correspondida. No vol
ver más al Presidente, hasta la célebre entrevista de
de 1922, para declararle la guerra en nombre de
neración.

Designado el Dr. Romero, mi jefe, delegado a la Liga de las Naciones, yo quedé sin empleo, y por toda recompensa de dos años tres meses de trabajar brutalmente en aquel gabinete, con un certificado "valiosísimo", en el que se afirma que soy honrado, inteligente y con grandes condiciones para la abogacía.

Dejé de ser presidente de la Federación, en octubre de 1920, y comencé a sufrir más aun la miseria. Por algún tiempo no tuve sino cinco soles o pesos semanales, pagados por un Colegio de señoritas, de la calle de Valladolid, y comiendo a veces en casa de unos bondadosos parientes, los únicos de mi larga y bastante acomodada familia que no temían a mis ideas. Después de un período terrible, comencé a trabajar en el Colegio del Dr. Juan A. Mackay, de la Plaza Francia. Primero gané sólo tres libras, luego alcancé hasta veinte, de las cuales, diez quedaron siempre hasta mi destierro, para pagar un préstamo de quinientos pesos, o soles, que me hizo el Colegio, para mi viaje a la Argentina, Bolivia, Uruguay y Chile, en 1922.

Esta es la historia de mi leguiísmo. Ser leguiísta en el Perú, supone tener empleo, recibir dinero, ser enviado a Europa. Guillén sí ha sido leguiísta. Guillén sabe bien que cuando yo fuí presidente de la Federación, todo aquel que quiso, fué a Europa, de los miembros de mi comité. Varios secretarios y tesoreros, y numerosos miembros de las delegaciones que integraban la Federación, fueron enviados a Europa, entre ellos, por pedido de un grupo de miembros de la Federación, —contra mi voluntad, recuérdelo bien el señor Guillén—, él.

Nunca caí en la tentación, a pesar de mi hambre. Fuí tentado muchas veces. Me bastaba haber pedido, para obtener, y para obtener lo que hubiera deseado. Mi leguiísmo es una invención del señor Guillén, quien sabe, muy de veras, que es imposible probarme que yo haya sido un tránsfuga o un vendido. Un amigo mío, don Carlos Moreyra y Paz Soldán, opositor a mis ideas políticas, recuerda siempre, y lo ha repetido ante mí varias veces, —razón para que yo lo recuerde—, que en la mañana del 4 de julio de 1919, cuando me encontré con Moreyra y con un grupo de jóvenes, compañeros de la Universidad, que presenciaban las manifestaciones de partidas de ebrios vitoreando el triunfo del cuartelazo, me permití decirles: "Esto no es revolución, es un nuevo asalto al presupuesto".

Discúlpese esta excesiva enumeración de detalles de mi vida, que a pocos interesan. Pero Guillén ha tocado lo único que es tesoro de ella y excusable motivo de orgullo: mi lealtad a mí mismo. Creo que un instinto salvador me llevó

siempre a no caer. Por no sé qué rara fortuna pued volver los ojos al pasado, hallarlo limpio y respon afirmaciones como las de Guillén, con hechos que testigos innumerables.

Son esos testigos, la nación entera, los que me han pañado con su simpatía, ayer y siempre. Los que mej conocen, los que han visto más de cerca el ambien me ha rodeado desde mi niñez, saben bien que yo he gido mi camino deliberadamente. Que pude seguir cu otro. Que nunca el hambre fué tan fuerte que me h doblegado.

El mejor síntoma de mi fortaleza, es que a trav tantas amarguras, nunca perdí mi risa. Mis más íntimo gos lo saben bien. Jamás he sido un despechado b Reír ha sido, y es hasta hoy, mi placer favorito. Re la fuerza de una vida. Alguna vez lloré en aquellos pos, —hace años que las lágrimas se secaron para s de mis ojos—, y Raúl Porras Barrenechea, y el mism llén, se han burlado porque hace un decenio me e llorar al oír la lectura de un cuento de Clarín. Pero e ellos no sabían qué dolores recónditos despertaba en

Le abraza cordialmente,

HAYA DE LA TORR

---

(1) Esta carta, escrita en pleno destierro, bajo el go Leguía, tiene todo el tono polémico de esa etapa. Cuando guía, pudo volver Haya de la Torre al Perú (1931). A pes pasadas persecuciones, nunca lanzó un ataque personal co mandatario, y se hizo representar en el sepelio de Leguía lentamente en un encarcelamiento lleno de saña. (N. de piladores).

són vasconceliano de la Universidad de México, hecho pendón oriflama, ala de esperanza. La juventud indoamericana que tiene ya un alma fuerte, que entona un himno unánime, adivinaba en el escudo de vuestra casa universitaria el intento simbólico de la enseña del futuro, que saludaremos un día en todos los rincones de América. La tenéis aquí: el rojo, dirá de las aspiraciones palpitantes de justicia que en esta hora admirable del mundo inflama la conciencia de los pueblos, que nuestra generación proclama con la nueva humanidad; nos habla, también, del amor convivido de la justicia. Sobre el ancho campo, la figura en oro de la nación indoamericana, señala las tierras vastas, que unidas y fuertes brindarán hogar sin desigualdades a todos los hijos de la raza humana.

Aceptadla porque es nuestra. Flameará primero sobre las soñadoras muchedumbres de las juventudes que van abriendo el camino, y más tarde serán los pueblos, los ideales bellos y justos, los que la agiten en el tumulto estremecido de sus luchas. Os la entrego, camaradas estudiantes de México, porque sois vosotros los que desde esta tierra heroica, que hoy mira atenta y devota nuestra América, tenéis derecho a llevarla. Porque sois hijos del pueblo que más gallardamente defendió la libertad de la raza; porque de vuestra propia sangre surgió el ejemplo de una nueva sociedad igualitaria y en avance.

Olvidaos de quien os la dió, pero recordad siempre que es enseñanza de juventud, de justicia y de unión.

CONSTRUYENDO EL APRISMO

ARTICULOS Y CARTAS DESDE EL EXILIO

(1924 - 31)

CAPITULO I

¿HISPANOS, LATINOS, PANAMERICANOS O INDOAMERICANOS?

(A propósito de un prólogo de Don Luis Jiménez de Asúa)

Hace tiempo que debo a este intelectual ilustre de la España nueva, una declaración pública. En su libro, *Política, Figuras y Paisajes*, una obra llena de interés y de novedad, me ha mencionado generosamente. Ahora vuelve a hacerlo, en el prólogo de un libro que acabo de cerrar — tras leído y pensado, — escrito por don Eduardo Benzo, bajo el título de *La Libertad de América* (1).

Sin aludir al libro, voy a referirme al prólogo. Empezando por quien lo ha escrito, vaya un saludo cordialísimo a don Luis Jiménez de Asúa. Como algunos me tachan y muchos me califican de decidido anti-hispanista, quiero insistir en mi admiración por ciertos españoles que, en mi concepto, son representativos, no de la España madre o madrastra de América, sino del pueblo español hermano de los de América y hermano sin privilegios de mayorazgo. Jiménez de Asúa es uno de los espíritus más serenos y de las mentes más vigorosas de estos tiempos de flaqueza y de duda, quizá de gesta, que vive España. Me interesa grandemente su posición frente a nuestra América porque me parece la posición de un realista que ni se engaña ni engaña. Jiménez de Asúa no es, ni tan radical como el gran don Pío Baroja, quien no quiere oír nada de nuestros pueblos, ni sufre tampoco, lo que él llama con admi-

(1) La Libertad de América, por Eduardo Benzo. Edit. Cía. Ibero Americana de Publicaciones. Madrid.

rable certeza "el hipo hispano-americanista que llega a inconcebibles situaciones". En mi modesta opinión, entre los dos extremos hay que quedarse con don Pío, cuya actitud de desdén o de ignorancia frente a América, nos es más útil, que esa insoportable e insincera, declamación del oficialismo español "torpes zalameas" según Asúa, que corea toda la prensa derechista de Madrid, sin excepción de *El Sol*. Jiménez de Asúa rechaza "la servil postura implorante de pariente pobre y viejo, que adula al familiar joven y poderoso", y no se une, con buen acierto, a la pretensión ingenua de los que en las esferas monárquicas de Madrid quieren a toda costa que esta nuestra América inmensa con cien millones de habitantes que hablan castellano, portugués, francés, quechua, aimará, maya y zapoteca — para no enumerar más de las lenguas que hablan nuestros pueblos, — se declare hija total e inseparable de la España de ayer, de la de hoy y de la de mañana.

El punto de vista de Jiménez de Asúa es más sereno y más serio. Le parece prematura toda definición. Analiza y critica las existentes y deja la respuesta al futuro. Español de veras, es un español nuevo porque no es fanático y por ende puede ver el pro y el contra de las cosas. Conoce mucho de América y adoptando una posición legítimamente liberal ha matado de un golpe, o por golpes sucesivos, que esto yo no lo sé, al inquisidor que la mayor parte de los españoles llevan dentro. Expresándonos en popular, diremos que es un español con quien se puede discutir. Caso de selección y de excepción muy digno de anotarse.

Es en la parte tercera de su prólogo al libro mencionado, prólogo que es modelo de brevedad y de claridad, en donde Jiménez de Asúa se refiere a "las tres expresiones que concretan la política posible de los pueblos de origen español", sin indicarnos si incluye genéricamente en esos pueblos al Brasil y Haití. "Panamericanismo, Latino-americanismo e Hispanoamericanismo." Asúa dice: siguiendo su orden, que el primero representa "amenaza imperialista de Norte-américa" el segundo "es de invención gala e itálica y trata de fundarse en esa imprecisa raza latina que los franceses resucitan cuando les conviene y entierran cuando les estorba". La tercera "es una expresión vagorosa y sentimental y como toda actitud del corazón se siente o no".

Luego se refiere, mencionándome, a nuestra expresión aprista "Indoamérica", que según él, "sería de difícil legitimación en países como en Cuba, en los que el indio ya no existe o como en en Argentina donde no es tomado en consideración y

preocupa nulamente." Por eso, no se siente inclinado a recoger este vocablo parcial.

* * *

Esta cuestión de la denominación de nuestra América tiene en mi concepto especial interés. No creo que ninguna de las expresiones hoy usadas, sean de "invención" o de "cuño". Me parece que cada una de ellas corresponde a una época y forma de la evolución política y social de América y tiene un contenido histórico.

En la serie de conferencias que, a fines de 1927, ofrecí en la Universidad de México, sobre problemas americanos, dediqué una tarde a la discusión de estos términos. En mi opinión, el Hispano-americanismo corresponde a la época colonial, el Latino-americanismo a la republicana y el Panamericanismo es expresión imperialista yanqui. Indo-americanismo es la expresión de la nueva concepción renovadora de América, que, pasado el período de las conquistas ibéricas y sajonas, se estructurará en una definida organización económica-política y social, sobre la base nacional de sus fuerzas de trabajo representadas por la tradición, la raza y la explotación de sus masas indígenas que en total de la economía americana — cuya unidad es indestructible, — representan desde la época precolombiana la base de nuestra productividad y la médula de nuestra vida colectiva.

Es verdad que los términos coexisten. Unos vocean panamericanismo, otros hispano-americanismo, éstos, latino-americanismo y aquéllos indo-americanismo. Pero esta coexistencia tiene un significado social y económico. Hasta hoy en nuestra América, también coexisten y se oponen, diversos períodos de la evolución histórica que en otros continentes se suceden. En América tenemos la convivencia y la oposición simultáneas de todas las formas de organización social y de todos los grados de evolución económica, dentro de las fronteras de nuestro continente y aun dentro de las fronteras de cada país. Salvajismo, Barbarie y Civilización: Agricultura comunal primitiva, feudalismo, manufactura, industrialismo e imperialismo. Indios que nunca han sabido del uso de una rueda como instrumento de locomoción han visto ya cruzar los cielos de sus montañas al aeroplano veloz. El señorito de Buenos Aires que juega golf y se viste en Londres, tiene como compatriota y conciudadano al indio semidesnudo del Chaco. Así en el Perú, así en México, así en Colombia, así en Centroamérica.

Esta indefinición, esta contradicción, esta justa posición histórica, si caben los términos, forma en gran parte la dialéctica de nuestro proceso evolutivo. Nuestra América ha sido y es campo de invasiones, como lo fué Europa. Desde las inmigraciones y transmigraciones precolombinas que tan bien estudia Pauli en un libro moderno (1), de Asia, de Indo-Europa y de Oceanía, del Norte hacia el Sur y viceversa, nuestra América ha sido campo de invasiones y conquistas inenarrables. Tres siglos de dominio español representan en nuestra historia un lapso de tiempo que nos parece semieterno porque está reciente. Pero es menos en tiempo que ocho siglos de dominación árabe sobre España, por ejemplo. Los árabes legaron a España una gran civilización y fundieron una raza o mestizaje meridional dejando un 10 o|o de raíces en su lengua, según los filólogos. Los árabes tendrían derecho a exigir de la gratitud española un nuevo nombre, Ibero-Arabia o cualquier otro así. Pero la invasión árabe fué eso, una invasión y determinó históricamente un movimiento de independencia en la que muchos hispano-árabes combatieron para librarse de la tutela de sus abuelos de raza. El factor religioso de esa lucha corresponde a su época y es menos definido que en la lucha indígena contra España. Empero, en ambas conquistas y "reconquistas" puede descubrirse las causas económicas que son resorte de todos los grandes fenómenos históricos.

En nuestra América, después de sufrir la invasión del feudalismo con la conquista española venimos sufriendo la invasión del industrialismo o capitalismo iniciada por Inglaterra particularmente e intensificada y superada por Norte-américa después. Puede ser que la nueva invasión sea menos prolongada en esta época en que todo se acelera, pero es una invasión con sus caracteres propios, con su propia política y con formidables proyecciones sociales. Es cuestión del porvenir si sufriremos otras. En el fondo de estas influencias conquistadoras de afuera, persiste un hecho económico; la conquista siempre busca riqueza y la riqueza siempre la trabaja, en grandes mayorías, el indio o su descendiente. Se calcula, por gente autorizada (2), en más se setenta y cinco millones el número de indios de nuestra América. Vale decir el 75 o|o aproximadamente, de nuestra población total. Aquellos indios, con su

(1) Ensayo de Etnografía Americana. Antonio Pauly. Buenos Aires.

(2) Revista de Filosofía An III Nº 4, pág. 474. Buenos Aires.

propia tradición, con sus propias lenguas, con sus propios dolores y anhelos, con su propio *gran problema*, constituyen en su inmensa mayoría fuerza de trabajo, "productividad", mano creadora de riqueza. Eso hasta hoy, desde el punto de vista social, y dentro de la relatividad de todos los términos, lo eterno de Améirca.

* * *

El Conde Keyserling, con cuya total filosofía no coincido, en su análisis de los Estados Unidos, ha recogido las observaciones del sicoanalista suizo Jung, autorizado investigador de la vida subconciente del yanqui. Para los que conocemos un poco Norte-américa, hay algo en las observaciones de Keyserling y en los estudios de Jung que es singularmente interesante. Ambos reconocen el poder del ambiente indígena conquistado sobre los pueblos conquistadores, "hasta ponerlo al nivel del indígena, del aborigen". Por eso dice Jung y aprueba Keyserling ,que "el ideal nacional de Norte-américa es casi puramente indio, como lo aprueba la imagen o representación norteamericana del héroe, la idea norteamericana del deporte, india y no europea, como lo es igualmente la tenacidad y la concentración de un objetivo o propósito determinado." Esta idea que he alentado desde hace tiempo la he visto definida y concretada en el estudio de Keyserling y en los análisis de Jung, presentados a la Escuela Prudencia de Darmstadt. En 1927, hablando en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown ,en Massachussets, emití conceptos coincidentes en un discurso sobre el indio centro y sudamericano. El *New York Times*, publicó una síntesis de esos conceptos. Para mí siempre ha sido más que una simple expresión decorativa, un símbolo, esa cabeza del indio norteamericano que está acuñada en el oro de algunas monedas de los Estados Unidos. La influencia del indio sobre el blanco de las Américas es indiscutible. El subconciente indio vive en todos nosotros. Entre el norteamericano y el inglés, existen en mi opinión mayores diferencias psicológicas que entre el norteamericano y el piel roja. No pongo por ejemplo el caso del vicepresidente de los Estados Unidos nieto de sajones e indios. Así en nuestra América. No importa que el indio no exista ya en Cuba o que "preocupe nulamente en la Argentina", afirmación esta última que creo puede rectificar Jiménez de Asúa conversando con don Ricardo Rojas o leyendo algo de la moderna literatura neo-incásica argentina entre la que hay un interesante y re-

ciente libro de Ernesto Morales (1). Es cierto, es evidente, que la idiosincracia moderna de nuestros pueblos tiene mucho de aquella de los habitantes autóctonos de América. El chileno de hoy es tan enérgico y fuerte como el araucano de ayer. Así el mexicano, como el pacífico peruano (boliviano, ecuatoriano, nord-argentino y sud-colombiano). En Costa Rica hay indios apenas pero existe mucho de la psicología indígena y de la mejor y más pura. Alguna vez observé a yucatecos y guatemaltecos que en ambos pueblos se habla castellano "con acento y entonación maya". No han muerto en nosotros, ni las virtudes ni los defectos del indio. El mestizaje ha traído naturalmente promiscuidad. Y el negro, que es otra de las invasiones post-colombianas que han llegado a América, ha impreso enorme influencia, tanto en los Estados Unidos, tal lo anotan Keyserling y Jung, como en las regiones tropicales de la América que se extiende al sur del río Bravo (2). Haití fué el primer estado independiente de los nuestros.

Me parece que Waldo Frank ha dicho verdad en sus últimas conferencias en la Universidad de México, cuando afirma que lo europeo va extinguiéndose o transformándose en América como ocurrió con lo asiático o ario en Europa. Inglaterra está cada vez más lejos de Norte-américa como España de nosotros. En aquellos nuestros países donde el progreso es mayor, el hispanismo es menor. Son los pueblos y regiones menos desarrollados de los nuestros, en donde vive la tradición española y donde abundan las gentes que quieren eternizar la influencia del coloniaje. Por eso, bien dice Jiménez de Asúa que el hispano-americanismo es "una expresión vagorosa, sentimental", pues, tanto como alcanzo a ver, sólo se alienta así, vagorosa y sentimentalmente, muy en especial por gente conservadora.

* * *

¿Es el latino-americanismo "una invención gala"? como afirma Jiménez de Asúa. Yo no lo acompañaría en su afirmación. Históricamente el latino-americanismo me parece una expresión "renacentista". Cercada la América por la Inquisición, vivía, intelectualmente, en la Edad Media. Francia nos im-

(1) Las Enseñanzas de Pacaric. Edit. El Ateneo. Buenos Aires.
(2) Interesantes libros a este respecto: The American Race Negro. A study of the Negro por Edward Byron Reuter, New York y The Negro in Our History por Carter S. Woodson. N. Y.

porta *de contrabando* una proyección del Renacimiento, del paganismo en la acepción eminente del vocablo, del pensamiento latino resurrexo en Europa. Es innegable que nuestra revolución contra el imperialismo feudal español, tiene, intelectualmente, raíz liberal francesa, médula latina. Nuestro paradojal republicanismo se contextura en mucho "a la francesa". Bolívar es un latinista brillante y jura, románticamente, luchar por la independencia de América, desde el Aventino, frente a las ruinas de Roma, cuna de las concepciones clásicas de los derechos del demos. Los enciclopedistas, la revolución francesa y la legislación napoleónica de inspiración latina, acodan en América. La Independencia se inspira en Francia, y varios países, entre otros el Perú, adoptan hasta la división política y la denominación burocrática de la república francesa. Haití, república negra que habla francés, se independiza antes que nosotros. Sus arcas ayudan cuantiosamente a Bolívar amigo del gran Petion, y cuando de México les piden auxilios económicos para la lucha contra España, hallan los haitianos que no tienen más fondos.

La expresión "latino-americanismo", corresponde, pues, innegablemente, a nuestra época republicana y responde más a ella que el restringido y colonial "hispano-americanismo". La explotación que los franceses puedan hacer de aquel vocablo es tan secundaria en importancia como la que los yanquis imperialistas y los españoles monarquistas hagan de los que unos y otros consideran los únicos posibles. Los tres tienen un significado histórico.

* * *

Los vanguardistas, los apristas, los anti-imperialistas de América, inclinados a la interpretación económica de la historia, hemos adoptado la denominación Indo-américa como expresión fundamental. Las invasiones de las razas sajonas, ibéricas y negras como las asiáticas y del resto de Europa que nos han llegado, nos llegan y nos llegaron, han contribuído y contribuyen a contexturar la América nueva. Empero, pervive bajo todas ellas la fuerza de trabajo del indio. Si en Cuba ha sido extinguida y en la Argentina o Costa Rica muy absorbida, el indio sigue siendo la base étnica y social económica de América. Tanto el que vive dentro de la civilización en el presente como el que en inmenso número se agrupa todavía en primitivas organizaciones tribales. Con la raza india se fundirán muchas otras, pero nuestra América encontrará su definición y su camino antes que esos setenta y cinco mi-

llones de indígenas hayan desaparecido. Cada invasión, cada conquista, ha modificado parcialmente la raza indo-americana, pero la base étnica de nuestros pueblos es aún definidamente indígena.

Los que vivimos esta época luchamos contra el imperialismo capitalista yanqui como los que vivieron hace cien años lucharon contra el imperialismo feudal español, francés y portugués. La dominación yanqui, si perdura, nos dejará también sus huellas profundas como la española. El período "latinoamericano" puede ser que sea sucedido por la etapa "panamericanista". Nosotros luchamos por que no ocurra así, especialmente por el contenido imperialista del concepto. Las consecuencias de esas tres expresiones que son consecuencia de invasión étnica, política, económica y espiritual, será el indoamericanismo que fundirá y definirá. La nueva revolución de nuestra América será la revolución de base y de sentido indio. De conciencia o de subconciencia indígena expresados en una renovación económica y social. La revolución mexicana es un atisbo de este gran movimiento. Los países donde el indio no predomina en América, no podrán sustraerse a él.

Jiménez de Asúa escribe en su prólogo que "todo fallo sería prematuro" para decir si somos hispanoamericanos o no. Creo que tiene muchísima razón y que su actitud es la única posible para un español que ha visto algo de América y que no se empecina. El tiene que aceptar que es ley histórica que la influencia del conquistador se extingue o transforma en los pueblos conquistados. Ni raza ni lengua tienen en el ritmo evolutivo de la historia garantía de eternidad. Muchos se empeñan en conservar la "pureza" de la lengua castellana, que es resultado de otras lenguas, producto de su descomposición y transformación. Todo afán por conservar purezas de razas y de lenguas es, bien lo sabemos, anticientífico. La superioridad expresiva de la lengua inglesa sobre la castellana se debe a que aquélla es una lengua libre, sin academias ni inquisiciones, producto directo de la evolución económica y social de un pueblo ,y la nuestra está restringida por la que "limpia, fija y da esplendor". Por eso en pueblos de mayor desarrollo económico como el argentino, se ve ya que los viejos moldes del idioma se rompen al empuje de las nuevas necesidades. Largo sería extenderse sobre este punto.

* * *

Como no soy devoto de la historia heroica, episódica, creo en el determinismo económico de todos nuestros fenómenos his-

tóricos. Así me permito interpretar el descubrimiento y la conquista de América, el coloniaje, la invasión negra, así la revolución de la Independencia, así la república, el imperialismo del dólar, la migración europea y asiática, la revolución mexicana, nuestros movimientos anti-imperialistas, etc. Estas causas económicas no excluyen lo heroico ni la influencia individual. Quedan, pues, a salvo Colones y Pizarros, Bolívares, etcétera, ayer, como nuestros Zapatas y Sandinos de hoy. Creo que ellos no son causa sino instrumentos o intérpretes, guías, de movimientos y acaecimientos. Desde este punto de vista económico, no puedo ser hispanoamericanista. Creo que sería incurrir en "vagorosidad y sentimentalismo". El fenómeno económico de hoy no es hispanoamericano. Nuestros pueblos tienen ante sí el problema magno de una lucha entre el imperialismo, resultado de la organización y del sistema capitalista dominante en los Estados Unidos y las grandes masas nacionales de trabajadores en nuestros pueblos, en su mayoría indias. Es el problema social mundial, que en nuestra América cobra caracteres muy especiales, fisonomía propia, complejidad y trascendencia "muy americanas". Por ser nuestra realidad así tan nuestra, estoy francamente contra toda la especie de trepadores seudo-revolucionarios tropicales que repiten discursos europeos para resolver nuestros problemas. Ahora bien, ¿qué papel tiene España en todo esto? No alcanzo a verlo. Empero la cuestión es interesante y tiende a aclarar conceptos útiles para la definición ideológica de la nueva América. Los apristas defendemos la expresión Indoamericanismo como denominación de nuestro gran movimiento renovador y unitario, antiimperialista y socialista. Pero, si acaso, ¡el debate queda abierto!

Con un público testimonio de admiración y simpatía a este gran español, don Luis Jiménez de Asúa, que por liberal avanzado, por sabio y por justo ha sido proscrito de sus cátedras de Madrid; como en los tiempos de esa Santa Inquisición, que en España parece inmortal.

Berlín, octubre de 1929.

MAS SOBRE LA CUESTION DEL NOMBRE DE NUESTRA AMERICA

En algunos diarios ingleses y con motivo del viaje del príncipe de Gales a varios de nuestros países, han aparecido cartas de brasileños y cubanos con un reclamo que ha de parecer raro. Dicen los brasileños que no deben los diarios ingleses llamar a la "tournée" del príncipe "Hispanoamericana", porque ellos no son españoles de origen sino lusitanos y el príncipe va también al Brasil. Reclaman los cubanos de la denominación "Viaje a Sud América" que se da a la jira real porque Cuba no es Sud América y el príncipe va también a La Habana.

Aparentemente los reclamos son pueriles y demuestran que no sólo hay desocupados ingleses en Inglaterra sino también del nuevo mundo no sajón. Empero, si el caso del príncipe no tiene mayor importancia, lo tiene en verdad la cuestión del nombre. Muy frecuentemente llaman los ingleses Sud América a todo lo que no es Estados Unidos o Canadá en el continente americano. Como el gobierno español se ha empeñado en propagar el vocablo compuesto "Hispanoamérica" o "Iberoamérica" para denominar a nuestros veinte países, no faltan repetidas protestas de brasileños y haitianos contra tal generalización que consideran *anti-histórica*. Sabíamos que en España, los catalanes o la mayoría de ellos que no se consideran españoles, objetaban la denominación "Hispanoamérica" en nombre de su derecho de participantes en la obra de la colonización americana. Desde que el señor Ulloa, peruano, se ha empeñado en demostrar que Colón no fué genovés sino catalán, el derecho de Cataluña sobre América resulta fortalecido. Parece, pues, que en España se ha optado por el nombre "Iberoamérica" para distinguirnos de los Estados Unidos y Canadá. Empero, los brasileños protestan porque dicen no ser iberos sino lusitanos de lengua más que de origen. Esto ha obligado a agregar la palabra lusitano a la denominación de nuestra América, habiéndose inventado un vocablo o una serie de vocablos reunidos que se usa por algunos para designarnos: "Ibero-lusitano-América". Los haitianos a su vez reclaman, porque ellos no son ni iberos, ni lusitanos, sino africanos de raza y franceses de lengua, lo que importa suponer que para complacerlos y ser justos, histórica, lingüística y étnicamente, el verdadero nombre nacional, común a nuestras veinte repúblicas debería ser: "Ibero-lusitano-franco-África-América", vale decir un completo trabalenguas, digno de darse como prueba de elocución a un alemán o a un inglés de los que aprenden nuestro idioma.

Ya se habían oído en Alemania protestas de algunos brasileños cuando se proyectó formar el Instituto Iberoamericano, y más aún cuando se trató de reunirlo con el Instituto Germano-brasileño de Bonn. No han faltado haitianos, que sintiéndose justamente parte de nuestra América hayan protestado de su exclusión. Si examinamos los reclamos, no es posible negar justicia a brasileños y haitianos, porque ambos pueblos son parte integrante de nuestra América: el uno por muy vasto e importante y el otro por muy pequeño y sufrido y porque fué en nuestra lucha con España colaborador decisivo en la época de mayores dificultades de la empresa bolivariana.

Además, no han de faltar de nuestro lado nacionalistas quisquillosos que protesten porque en todas esas complicadas denominaciones, el vocablo América se coloca "despectivamente" en último término. Nosotros somos, dirán, ante todo americanos y después de americanos, iberos-lusitano-franco y lo demás. No ha de faltar quien diga que tienen razón y quizá también haya derecho a estimar tal demanda como justa.

Creo que en todo caso, debemos considerarnos muy afortunados de la disputa porque tanto los que pretenden apropiarse de nuestra América siquiera por el nombre, como los que defienden ardorosamente el sentido de nuestra unidad continental, demuestran comprender la importancia que van cobrando nuestros pueblos, no como fracciones o "patrias chicas", sino como un gran conjunto geográfico, político, económico y cultural.

Ahora que la disputa, fuera de América es baladí. Todo se soluciona con un nombre común que nos comprende sin excepciones y que es universalmente admitido para denominarnos: América Latina. Latino es el origen de todas las lenguas no autóctonas que se hablan en nuestra América y latina es la denominación genérica de las razas europeas que colonizaron nuestros países. Y como no existe ningún pueblo que lleve como nombre el vocablo Lacio o Latino, no corremos el riesgo de seguir apareciendo como colonias geográficas de ningún país europeo y comprendemos que tal vo-

cablo expresa el origen más directo de nuestra cultura occidental. Esto, mientras no reconozcamos que otra denominación más exacta es Indoamérica.

* * *

Indoamérica, sería tema también para interesantes discusiones. Si no damos por comprobada la tradición que Ricardo Palma recoge acerca de la procedencia indígena del vocablo América — cuyo origen atribuye a una equivocada respuesta de los naturales de "Tierra Firme" a Colón, acerca del nombre del país que descubría, — aceptaremos que América viene de Américo y que tal fué el florentino Vespucio, navegante y descubridor. Así resulta que América es nombre italiano, lantino, el mismo que los franceses llaman Amaury, y los germanos llamaron Eneric, formas todas de Amalrich. La combinación Indo-América, que Jiménez de Asúa critica, parece, pues, acercarse a la expresión más justa.

Empero, como todavía predomina el poco aprecio a nuestra raza autóctona y muchos creen comprenderla ya en el vocablo América, no es inexacta históricamente, y es también breve, la denominación América Latina. Creen algunos que llamarnos latinoamericanos es presuntuoso. Suponen que intentamos declararnos herederos directos de Roma, en un sentido cultural y político. Obvio es demostrar que la crítica es injusta, por más que por el prestigio del vocablo latino en Europa, hablar de una América Latina es picar la imaginación de los admiradores de la cultura romana y hacerles pensar que quizá al otro lado del Atlántico esté surgiendo una nueva Roma, para un año en que no hemos de vivir. Esto, para los "patriotas de la patria grande", es como compensar cierto desprestigio de nuestros pueblos de Europa, donde popularmente se nos imagina o un vasto conjunto de tribus o una rica colonia norteamericana.

El inconveniente mayor — conceptual, no lingüístico — de la denominación "Ibero-lusitano-franco-América", radica en que tiende a fraccionarnos como nación. Cualquiera de las formas que no sean las de América Latina o Indoamérica, plantea distinciones, fraccionamientos y separatismos. Estamos bastante divididos y distanciados entre nosotros y nos conocemos muy poco, para que ahondemos el alejamiento por una cuestión de nombres. Nuestros intereses comunes y nuestros problemas — sobre todo nuestros peligros — son comunes, y nuestra unión más que un bello idealismo, es un imperativo de la realidad. Nuestra comunidad con los pueblos de Europa que nos legaron parcialmente lengua y raza es más sentimental. No necesitamos de los pueblos europeos a los cuales estamos vinculados históricamente, como necesitamos estrechar la vinculación y el conocimiento entre nuestros países. Aunque es cierto que la influencia de un nombre común no es decisiva, también es verdad que la diversidad de denominaciones entre nosotros es un recordatorio permanente de separaciones y diferencias. Creo que la mayor sorpresa de un latinoamericano que no ha salido nunca a conocer otros de nuestros países, es descubrir su semejanza. Con todo entusiasmo, un ilustrado profesional de Chile, después de un largo viaje por Sur y Centro América, me declaraba que encontraba pueril no llamarse latinoamericano. "Para comenzar, me decía, cuando llego a un hotel en Europa anoto mi nacionalidad como latinoamericano y como hacen los yanquis que agregan el nombre de su estado al de la nación estadounidense agrego yo el de mi estado, Chile". A esto contribuye el afán simplista del europeo que divide a los americanos en dos denominaciones genéricas: Americano es el del Norte, y Latinoamericano es el que no es americano del Norte. Hay que imaginar la confusión que produciría quien se llamase "ibero-lusitano-franco-americano" en estos países donde cada día se inventan abreviaciones y contracciones de largos títulos, para evitarlos. La ley del menor esfuerzo no admite nombres extensos. Una sucesión de cuatro palabras para denominarnos es como el afán de las personas que usan cinco apellidos y exigen que todo el mundo los aprenda. Muy tradicional y muy romántico, pero poco práctico.

Berlín, enero de 1931.

CAPITULO II

FRENTE AL IMPERIALISMO

LA TERCERA CONQUISTA DE AMERICA

El profesor Alfonso Goldschmidt acaba de revelar a Alemania, una vez más, que es el hombre de ciencia de su país que más conoce los problemas fundamentales de la América Latina. Su último libro **"Die Dritte Eroberung Amerikas"**, — magníficamente impreso por la editorial Universum, con una ilustración de ciento dieciocho grabados admirables, — significa sin duda la mejor contribución que publicista y hombre de ciencia alguno de Europa haya hecho en los últimos tiempos en favor del verdadero conocimiento de la América Latina. Los tres libros anteriores de Goldschmidt sobre nuestra América, — **"Auf Den Spuren Der Azteken"**, **"Argentinien"** y **"Mexiko"**, — no habían abarcado, malgrado su profundidad y brillantez, el problema latino-americano en su complicada e interesante vastedad. Esos tres libros nutridos de ideas y magistralmente escritos han sido el prolegómeno de la última obra, cuya aparición ha producido en Alemania el elogio de la crítica y el interés del lector revelado en la inusitada demanda de la obra. En los dos primeros días de venta, la editorial ha entregado al público varios miles de ejemplares, amén de la solicitud de derechos de traducción a algunos idiomas extranjeros llegadas de otros países de Europa.

Goldschmidt ha escrito este libro después de su último viaje por Estados Unidos y la América Latina. La tercera Conquista de las Américas es la conquista del dólar.

En las doscientas cincuenta y siete páginas de la obra expli-ca, desde su punto de vista económico, las causas y efec-tos de esa conquista. Una interesante conversación entre un diplomático latino-americano, otro yanqui y un antiimpe-rialista constituye el capítulo inicial del libro. Luego en el segundo capítulo sobre cuestiones fundamentales (Grund-fragen), el autor analiza las bases de la economía norte-americana.

Goldschmidt estudia el proceso de acumulación de la riqueza norteamericana y demuestra que la expansión del dólar es la consecuencia de esa acumulación. Según su opi-nión, la tesis vulgar de la estabilidad económica de la vida estadunidense en la ciudad y el campo, es falsa. La eco-nomía norteamericana comienza a descubrir sus grandes peligros y quiere salvarnos por la expansión económica progresiva, hacia la América Latina. Empero, esta expan-sión determina una creciente resistencia en los pueblos latinoamericanos y especialmente en los elementos pro-ductivos de la industria y de la agricultura.

Goldschmidt analiza en las páginas subsiguientes a sus dos capítulos de postulado el proceso de la expansión económica norteamericana en nueve países de América Latina visitados por él, hace un año, en un viaje que él titula "panamericano", viaje de estudio, de información y de sistemático acopio de materiales interesantes. En esta parte del libro, que es la central y más extensa, el autor estudia algunas industrias típicas de los países visitados explicando la intervención imperialista. El petróleo en Mé-xico, el banano en Centroamérica, el petróleo y la "indus-tria" de contratar empréstitos del Perú, el estaño en Boli-via, el salitre en Chile, los frigoríficos de carne en la Argentina y las concesiones de caucho en el Brasil entre-gadas a Ford en el río Tapajos, son contempladas por Goldschmidt de acuerdo con sus tesis económicas y pre-sentados como ejemplos característicos de la conquista del dólar en América Latina. De su análisis económico el autor pasa a un estudio sugestivo de la situación política en los países cuyos problemas vitales investiga y demuestra que la influencia económica está en razón directa con la influen-cia política. Explicando así el carácter de las dictaduras

en los países latinoamericanos, sin olvidar el juego de competencia entre el creciente imperialismo de los Estados Unidos y el decreciente imperialismo inglés.

Es singularmente interesante y absolutamente nueva para Europa la explicación que el libro de Goldschmidt hace sobre el carácter de las fuerzas del trabajo en la América Latina y las condiciones étnicas, geológicas e históricas de nuestros pueblos que las influencian, dándoles tan singular fisonomía. El autor divide el desarrollo histórico-económico latinoamericano en tres grandes etapas de "standardización" y conquista. La etapa indígena o precolombina, la etapa colonial y la etapa capitalista, más y más decidida y estabilizada por el imperialismo norteamericano. En el estudio de estas tres etapas, el autor comprende una visión general de la América Latina, no sólo desde el lado económico. Intenta y logra brillantemente una expresión integral de nuestra América y estudia costumbres, revela los problemas sociales y culmina con una descripción admirable de paisajes y episodios que dan al lector un magnífico miraje de conjunto.

Empero, la esencia de su tesis al estudiar el carácter de las fuerzas de trabajo en la América Latina radica en el profundo estudio que hace de la organización social indígena y colonial. Dos interesantes cuadros sintéticos demuestran al lector el desequilibrio entre la "productividad" y la "improductividad" que preside la estructura económica indígena y colonial. El rey semidiós, la nobleza, la iglesia y los guerreros pesan como clases improductivas sobre el pueblo productivo (**Das productive Volk**) en las sociedades autóctonas. La corona española, el virrey, la nobleza, el clero, la burocracia civil y militar y los señores feudales representan la improductividad (**Unproduktivitat**) sobre las masas productivas en la colonia. La lucha por el equilibrio de la productividad y la improductividad marca, según la brillante tesis del autor, el ritmo histórico-económico latinoamericano. En América Latina, dice Goldschmidt, existe la enorme desproporción del campo y la inversión del capital extranjero no hace sino aumentar esta desproporción. La lucha económica de la América Latina, base de sus grandes problemas fundamentales, es la lucha

por la productividad del campo y contra el capital extranjero.

En sus referencias de México, Goldschmidt reitera su admiración decidida a la pintura de Diego Rivera por cuyos frescos explica el proceso de la Revolución Mexicana, como símbolos geniales. Para Goldschmidt la pintura de Rivera interpreta y expresa maravillosamente la lucha por la productividad del campo. Los frescos, dice describen el aumento de la productividad del campo y la lucha del obrero mexicano por los instrumentos de producción especialmente agrarios, para conseguir la productividad de la economía total del país. Una interesante conversación con el extinto general Obregón completa la parte en que el libro atañe a México, parte primordial y de evidente interés.

El libro de Goldschmidt tiene un capítulo nuevo destinado a enumerar las organizaciones antiimperialistas de América Latina y a hacer referencias sucintas de los más notables políticos, intelectuales, trabajadores y luchadores que el autor ha conocido a su paso. No faltan detalles humorísticos que Goldschmidt aprovecha con esa extraordinaria brillantez de estilo que unánimemente elogia la crítica alemana como una de las más admirables cualidades del autor. Las incomodidades del Hotel Sevilla de Sucmate y lo que él llama "el trust negro", una sistemática organización de los mozos del Hotel Washington de Panamá, que por un curioso sistema de división de funciones obtienen un total apreciable de propinas, son buenas ocasiones para que Goldschmidt enseñe su magnífico humor que ríe de corazón. Ya en la conversación del capítulo inicial del libro Goldschmidt estudia la oposición de los ideales de libertad de las Américas Sajona y Latina. Esta conversación le sirve para mostrar el gran filósofo que hay en él. El libro todo revela una vez más al sabio y al dialéctico y el poema con que abre las páginas del libro, "...**Ayer Arbeitssegen zieth nach oben**...", nos recuerdan que Alfonso Goldschmidt es también gran poeta.

El capítulo final interesa más a los latinoamericanos. Es un original capítulo destinado a aconsejar a los viajeros alemanes y europeos que van a la América Latina. Gold

chmidt toma seriamente su papel de instructor de viajeros. Estas páginas a pesar de su aparente superficialidad tienen un gran valor psicológico. Goldschmidt critica la impreparación de los viajeros europeos que van a nuestros países, critica su ignorancia, su soberbia y su desadaptación. Desmiente las interesadas propagandas que vienen de los Estados Unidos a Europa contra la América Latina. En este capítulo hay ironía y hay belleza. Goldschmidt dice a los europeos que deben aprender nuestro idioma, que no deben imaginarse que van a vivir en pueblos bárbaros y peligrosos. Elogia el desenvolvimiento cultural latinoamericano y dice que el europeo que vaya a nuestra América con prejuicio de superioridad va dando pasos en falso. "Si quieres ir a América Latina o vivir en un país latinoamericano no te precipites", dice en una parte. Luego aconseja cómo debe vestirse y cómo debe aclimatarse. "No bebas agua fría en grandes cantidades ni subas a las altas latitudes precipitadamente", dice más adelante. "Ten un libro diario de notas y escribe todo lo que veas. Tú lo necesitas. Viajar es un estudio permanente y el hombre olvida pronto". Y en las palabras que cierran el libro terminan bellamente las instrucciones al viajero:

"Nada hay más hermoso que esos países ni nada es también mejor y más hospitalario que esas gentes. Tú harás tu viaje en países hermanos".

Londres, octubre de 1930.

*

* *

LA LUCHA DE CENTROAMERICA CONTRA EL IMPERIALISMO

Mi reciente viaje por Centroamérica (1), tan fecundo en trascendentes experiencias, me ha permitido ver de cerca la lucha de uno de los más importantes sectores de la América Latina contra el imperialismo invasor de los Estados

(1) Haya de la Torre estuvo en México desde noviembre de 1927 a mayo de 1928. Salió para Guatemala, El Salvador y Costa Rica, en junio de 1928.

Unidos del Norte. Centroamérica es campo de los más propicios para la "penetración pacífica" de lo que John Carter llama "imperialismo sin dolor", frase unilateralmente certera en lo que se refiere a la primera etapa de la ofensiva conquistadora yanqui, que sirve de título a su reciente libro, **"Conquest: America's Painlers Imperialism"**, (Edit. Harcourt Brace and Co.), tan interesante para los latinoamericanos despreocupados de nuestro problema magno, por las expresivas revelaciones que contiene.

El próximo puerto

Pasar por Centroamérica en jira antiimperialista significa someterse voluntariamente a una variadísima sucesión de impresiones gratas o ingratas, mas siempre interesantes, no exentas de episodios dramáticos y de horas de aventura sorprendentes e intensas. He visto de Centroamérica, más de cerca, tres de sus países, sin duda los más importantes: Guatemala, El Salvador y Costa Rica. Todos ellos han dejado en mí recuerdos varios y ciertamente inolvidables. De los dos primeros fuí "oficialmente" expulsado y al terminar mi estancia de cinco meses en todos ellos, el imperialismo me reservaba su última sorpresa de 1929: una tercera expulsión de Panamá a donde no pude llegar porque el Gobernador de la Zona virrey omnipotente de aquellas latitudes supo cumplir insinuaciones superiores. Con la misma presteza con que ya lo habían hecho anteriormente sus colegas, los Presidentes de Guatemala y El Salvador, me negó el derecho de aguardar un barco para México en la libre e independiente República de Panamá. A pesar de tener conmigo pasaportes previamente visados por funcionarios consulares panameños no se me permitió siquiera desembarcar de la motonave alemana de carga en que viajaba desde Punta Arenas. Previo pago ineludible de noventa dólares, se me impuso continuar viaje en la misma embarcación hasta "el próximo puerto" según rezaba la orden que me trasmitieron un médico y varios detectives insolentes. Y el próximo puerto era Bremen...

Centroamérica desconocida

Mi primera observación, resultado de impresiones y experiencias en esta gira por tierras centroamericanas, puede concretarse así: nosotros los latinoamericanos de otros países de nuestro gran Continente desconocemos o conocemos mal a los pueblos de Centroamérica. He leído y oído — aún de gentes no ignorantes y de algunos intelectuales destacados de Sudamérica, México y las Antillas latinas —, las afirmaciones más antojadizas, las generalizaciones más absurdas, y las censuras y los elogios más injustos acerca de Centroamérica. Ya tuve oportunidad de referirme a una opinión reciente del bien conocido publicista peruano don Francisco García Calderón aparecida en "El Tiempo" de Bogotá, y reproducida luego en "Repertorio Americano", el gran semanario costarricense, acerca de las "democracias concertadas" de El Salvador y Costa Rica. El señor García Calderón compara y confunde en su calificación las organizaciones políticas de ambos países, que es como equiparar las de Italia y Suiza. Cuando en esta serie de artículos tenga que ocuparme especialmente de El Salvador y Costa Rica, podré ofrecer al lector testimonios muy precisos de la abismal distancia que existe entre las organizaciones políticas y especialmente entre la realidad vívida de ambos países.

Pueblo y paisaje

Hay dos cosas verdaderamente admirables en Centroamérica: el paisaje y el pueblo. Hay muchas cosas deplorables que obligan a sentirse dolido por aquéllas. El paisaje centroamericano quizá si es incomparable, porque, en mucho, me atrevería a afirmar que es único. Ahí, todos los climas, ahí todas las manifestaciones grandiosas de la naturaleza. Las costas ístmicas que miran a dos mares tórridos fecundos en fieras implacables, abren golfos propicios a la codicia estratégica del imperialismo o adentran puntas audaces y acantilados infranqueables que son abrigo y resguardo de buenos puertos. Las tierras ubérrimas son

campos vastos y hondos revestidos y ardientes o colinas sinuosas en ascensión a las serenas montañas imponentes. No faltan grandes lagos y anchos ríos ni torrentes y saltos que son belleza y son poder. Rompiendo la línea sinuosa de las altas cimas se yerguen augustos los volcanes altísimos, ya en perenne parto rugiente de fuego, ya en misterioso silencio de siglos, quietud temible porque nada garantiza que sea eterna.

En este escenario magnífico de tierras varias y fértiles los hombres se agrupan en ciudades más o menos florecientes aunque pequeñas y en pueblos y aldeas pintorescos. En muchas de estas poblaciones vive la tradición indohispana tan fuerte como en el Perú o en México. En todas partes hay gentes que por algo interesan al visitante. Pueblos agrarios, lo mejor de los centroamericanos es su campesino. Campesinas son sus viejas costumbres, campesinas son sus más sólidas virtudes; campesinos sus defectos, y campesino su coraje que es como el largo machete acerado que, de Guatemala a Costa Rica, blande la mano experta de sus labradores: herramienta para el trabajo y arma para la lucha. ¡Fuerza tremenda de paz y de guerra!

El imperialismo en acción

La primera etapa del capitalismo industrial en Centroamérica, como en la mayor parte de nuestros pueblos, la inicia el imperialismo que es "la última etapa del capitalismo" en los países típicamente industriales. El capitalismo llegó, pues, a aquellos países agrarios en su período de culminación expansiva, voraz y refinado, sin aportar ninguna de las virtudes burguesas que generó durante la evolución histórica de las sociedades europeas en la época de transición del feudalismo al industrialismo. A Centroamérica, como a gran parte de los pueblos latinoamericanos, el capitalismo arriba ya imperialista, violento y piratesco, no para construir sino para explotar y succionarlo todo sin dejar casi nada. Vicios, corrupción, falsos horizontes de vida y de progreso ha llevado consigo y deja tras sí un saldo de dolor y de disolución que es para aquellos pueblos su más seri

peligro, su más complicado y grave problema político, económico y social.

Las características generales del imperialismo, comunes a todos los países latinoamericanos, cobran en Centroamérica mayor intensidad. Centroamérica no es sólo campo envidiable de explotación sino baluarte de defensa, punto de apoyo estratégico. Todos los medios de dominación han sido usados en Centroamérica y atacada por muchos lados ha ido cediendo día a día ante el enemigo poliforme y todopoderoso.

Lo que ha defendido y defiende hasta hoy a Centroamérica es lo que queda del nacionalismo campesino; el profundo amor a la tierra de aquel que la trabaja con sus manos. Mientras las ciudades aburguesadas y burocráticas claudican y transan y venden, el campesino defiende. El hombre de la ciudad, político, profesional o negociante, cae más fácilmente ante la ofensiva imperialista. El campesino resiste. Cuanto más consciente la masa campesina, tanto menos esclavizada, tanto más antiimperialista. Esto explica la ventajosa posición de resistencia de Costa Rica sobre los demás pueblos centroamericanos. Ahí el campesino ha alcanzado cierto grado de conciencia. Los orígenes democráticos del pueblo costarricense, que no tiene esclavitud del indio, porque no hay indios, han permitido mayor uniformidad en el desarrollo del sentimiento defensivo de los trabajadores del campo.

(Costa Rica-1928).

*

* *

LAS CUATRO OFENSIVAS

Las cuatro ofensivas del imperialismo actúan en Centroamérica: la económica, la política, la militar y la cultural. Como en las Antillas, como en Panamá, el imperialismo en Centroamérica es desembozado y tetraforme. Económicamente, la ofensiva imperialista la realizan las grandes compañías. De ellas ha dicho el brillante escritor norteamericano Carleton Beals, en sus conferencias de la Universidad de México, que no serían toleradas por el pueblo norteame-

ricano "ni cinco minutos" si realizaran su explotación, tal como lo hacen en Centroamérica, en los Estados Unidos. Las compañías americanas en el istmo centroamericano representan la forma más violenta, más incondicional y pirata de monopolio. Han logrado hacerse todopoderosas y su fuerza es hoy tan grande que ellas determinan cambios en la vida política nacional e internacional de aquellos países, intervienen en elecciones, designan diplomáticos, dominan una parte de la prensa y hasta pueden arrastrar a los pueblos a la guerra, incitándoles un mal entendido patriotismo localista, que sólo el imperialismo aprovecha como en el reciente caso palmario de Honduras y Guatemala, conflicto entre la United Fruit Company y la Guayamel Fruit Company, dos de los gigantescos centinelas del imperialismo yanqui en la América Central.

Táctica multiforme

Cada una de estas cuatro ofensivas tiene su táctica especial y corresponde hábilmente a cada uno de los países en donde actúa. Mientras en Costa Rica el imperialismo es cauteloso y astuto, en Nicaragua es brutal y despiadado. En Guatemala, como en Honduras, como en El Salvador, las legaciones norteamericanas son el gobierno de los procónsules. Ellas mandan. Para presionar amenazan con promover una revolución si sus deseos no se cumplen. El imperialismo tiene a sus órdenes caudillos listos al asalto del poder. Los caudillos, los jefes de partido son en la mayor parte de los casos en Centroamérica, salvo en Costa Rica, títeres inconscientes bajo el comando total del gran amo que desde la legación norteamericana en cada país mueve los hilos. Para eso, tiene en sus manos la economía de cada república y algunos grupos políticos de reserva. La corrupción política de la gran mayoría de los líderes de aquellos países es incalificable. La ambición, la ignorancia y el miedo hacen de ellos profesionales de la satrapía: humillados ante el poder extraño que les exige todo, despóticos y terribles con sus inferiores y gobernados, que no pueden nada.

Subyugadas por la casta de los políticos,—devotos del éxito por cualquier medio—, se hallan las masas nacionales ya desesperanzadas y escépticas, ya rebeldes y optimistas

En el fondo de cada centroamericano consciente y libre de espíritu quizá sí existe una contienda interior, entre el grito derrotista que declara todo perdido y la voz recóndita que anuncia que todo puede ganarse. Sin embargo, en aquellos pueblos nobles, generosos y viriles, se hallan como islotes de fe. Son muchos los que responden tristemente que todo es corrupción y cadena, que es mejor aturdirse y vivir. Pero son muchos también los insumisos, los que en cada rebelión se ofrendan a todos los sacrificios como empujados por no sé qué santa y honda desesperación. A cada voz de libertad responden férvidos, a cada acción valerosa se estremecen de alegría y como que arrojan lejos de sí aquella pesada atmósfera de pesimismo,—"complejo de inferioridad"—, que por la pérdida progresiva de la libertad nacional va invadiéndolo todo, generando, en ciertos radios, lo que podríamos llamar una conciencia colonial.

"Las cuatro ofensivas" del imperialismo adoptan, pues, en Centroamérica, formas características, merecedoras de un estudio detenido del que artículos periodísticos, obligadamente sintéticos, sólo pueden dar un esbozo. De acuerdo con las variantes de cada una de las repúblicas centroamericanas, la táctica ofensiva cambia, adaptándose maravillosamente a la realidad. Este realismo de tácticas es quizá lo más extraordinario del complejo mecanismo de las ofensivas imperialistas.

La ofensiva económica

La ofensiva económica está, pues, principalmente en manos de las grandes compañías explotadoras de las riquezas naturales de Centroamérica, concretándose especialmente a los dos productos más importantes de toda aquella zona: la fruta, o el banano, y en radio menor el café. El dominio del banano se lo disputan principalmente dos grandes compañías: La United y la Guayamel. La primera es mucho más poderosa que la segunda y tiene bajo su dominio la economía de Guatemala y de Costa Rica, alcanzando en forma indirecta su influencia a El Salvador. La Guayamel tiene principalmente su asiento en Honduras.

Existen otras compañías explotadoras de otros productos naturales de menor importancia.

No sólo está en manos del imperialismo **la producción** de la riqueza. También lo está **la circulación**. Las grandes compañías son dueñas directa o indirectamente de los ferrocarriles en Centroamérica. Costa Rica, que es dueña de su café, y que hace esfuerzos serios y cada vez más certeros para independizarse de la esclavitud imperialista, tiene en poder de su gobierno una línea: la que une la capital con Punta Arenas, su puerto sobre el Pacífico. Pero en Centroamérica la dictadura del transporte corresponde a las compañías extranjeras. Ellas dominan, pues la circulación controlando así la producción nacional y extranjera asegurándose todas las formas del monopolio. Compañías de vapores pertenecientes a las empresas fruteras completan esta dominación total de la riqueza vital centroamericana. El imperio económico asegura tierras y mares, y—ya hemos de verlo más adelante—, los rendimientos son fabulosos. La succión económica de Centroamérica por el imperialismo es uno de los más monstruosos casos de piratería organizada de la ofensiva imperialista.

Los nuevos virreinatos

Creo haberlo escrito y dicho antes. Los virreyes del viejo imperialismo colonial los enviaban las metrópolis. Los virreyes de este imperialismo "sin dolor", según Mr. Carter, y "sin ambición de tierras", según las reiteraciones puritanas de Mr. Coolidge, se compran en el propio territorio. El Estado es, pues, el instrumento de opresión nacional del imperialismo moderno, muy especialmente en América Latina. Por eso, las banderas, las constituciones, los himnos nacionales, todo lo superficial de la patria y de la patriotería queda flotando en la superficie. Son los moñecones de corcho que flotan sobre la marejada. Empero el imperialismo captura las raíces económicas, encadena a los pueblos por los talones, aunque sus brazos libres—es necesario que sean libres para que trabajen bien o para que puedan llevar la mano al pecho en un discurso de emocionado patriotismo—den la impresión de que todo el organismo puede moverse libremente...

Un contrato modelo

El imperialismo se cuida de las formas, de los contratos, de los tratados, de las constancias escritas, firmadas y selladas. Dicen que Pancho Villa jamás raptó una mujer sin celebrar formalmente un acto matrimonial. Se casó tantas veces cuantas raptó, pero al día siguiente de la boda hacía romper el libro de registros matrimoniales por la fuerza. Así, el imperialismo. No hay violación o atropello que no tenga un documento, un instrumento contractual y bien hecho. No importa quién lo firme o cómo se hace. El caso de Bouneau Varilla, firmando el contrato de cesión de la Zona del Canal de Panamá, es característico. Lo que importa es que todo quede "legalizado" así. Así lo ha hecho siempre. En el caso de Centroamérica hay testimonios numerosos. El más reciente en Guatemala es, sin duda, expresivo:

El 30 de abril de 1923 el señor Adalberto Aguilar Fuentes, Secretario de Estado en el Despacho de Fomento "con autorización e instrucciones del señor Presidente de la República (el general don Lázaro Chacón, antiguo leal servidor de Estrada Cabrera y sucesor no menos leal del general Orellana, ex ayudante del famoso dictador), suscribió un contrato con Míster Norman Eric Anderson "como apoderado de la Compañía Agrícola de Guatemala" (la United Fruit Company), contrato que es **modelo** de instrumentos jurídicos imperialistas.

La cesión de un puerto en la costa guatemalteca

En virtud de ese contrato, que tengo a la vista, y "considerando que el Gobierno desea fomentar el desarrollo agrícola, industrial y comercial de la costa del Pacífico de la República", el Gobierno autoriza a la Compañía—que es la United Fruit Company—a "hacer exploraciones y llevar a efecto los trabajos técnicos que ella estime necesarios en la costa marítima y terrestre del Océano Pacífico de la República de Guatemala, entre el puerto de Champerico y el río de los Esclavos a efecto de determinar el sitio más a propósito para construir un puerto".

Como en China, el principio de la extraterritorialidad

El artículo 1.o de este contrato modelo dice, entre otras muchas cosas, que "Dentro de la zona de tres millas a cada lado del muelle que construya la Compañía no se permitirá la construcción o establecimiento de otro muelle, ni embarques ni desembarques de ninguna clase". El artículo 2.o añade que "tendrá derecho la Compañía para llevar a efecto el desarrollo agrícola e industrial de las propiedades que en la actualidad posee . . . a hacer las importaciones y exportaciones que sean de cabotaje o del comercio extranjero por el puerto y muelles que ella construya. Y especifica, además, que "todas las embarcaciones que tengan que ingresar al puerto ya referido no tendrán necesidad de entrar o tocar en otro puerto o aduana de la República".

Libre de derechos e impuestos de importación

El artículo 5.o termina con una interesante especificación: "A la Compañía le será permitido importar, almacenar y reexportar para uso de sus propios buques o los fletados por la misma o los consignados a ella, toda clase de combustibles, sin que ella tenga que pagar derechos o impuestos de importación, de exportación o de cualquiera otra clase, ya sean nacionales, departamentales, municipales, actualmente en vigor o que en lo sucesivo puedan establecerse".

Más privilegios

Según el artículo 6.o, "el Gobierno exime a todos los buques de propiedad de la Compañía y a los que por cualquier título tenga bajo su servicio así como el combustible, las provisiones de los buques y el cargamento que ellos puedan recibir o llevar, de todo impuesto o pago de puerto, de tonelaje, de faro y de pilotaje y de todos los impuestos de puerto que estén vigentes o que en lo futuro se establezcan, ya sea a favor del Gobierno, municipalidades o a

cualquiera persona natural o jurídica y a cualquier entidad y división territorial''.

En el artículo 8.o, ''queda convenido que los altos funcionarios del Gobierno, los miembros de la Policía Nacional y del Ejército serán transportados sin pago alguno''.

La paga

En el artículo 11.o se conviene en que la Compañía establezca un hospital indispensable, porque en aquellas regiones el clima, la explotación y la malaria, amén del alcohol y enfermedades específicas, devoran vidas de trabajadores y el imperialismo necesita que no se mueran todos. En el artículo 12.o la Compañía ''se obliga a pagar al Gobierno un centavo de quetzal por cada racimo de banano que se exporte''. Los racimos de nueve o más manos se cotizan en los Estados Unidos a tres dólares sesenta centavos y las Compañías no gastan ni 25 en transporte y flete de mar. Así paga ese imperialismo su obra civilizadora.

Retorno a la esclavitud

El artículo 14.o es de gran interés. Lo copio textualmente: ''La Compañía tendrá el derecho único y exclusivo de reglamentar, organizar y administrar el puerto, ferrocarril y empresas agrícolas y las demás obras y empresas privadas que se establezcan en virtud del presente contrato. La Compañía tendrá libertad para contratar con sus empleados y trabajadores **en la forma y bajo las condiciones que sean convenidas y establecidas entre ellos**. Tomando en cuenta la índole del negocio de la Compañía, tendrá ésta derecho, en todo tiempo, durante la vigencia de este contrato, de hacer funcionar en los domingos y días festivos cualquiera o todas las empresas que quedan autorizadas por el presente, a efecto de que no se interrumpan sus labores y trabajos.

En tres millas a la redonda el Gobierno concede el uso ''gratuito de los terrenos nacionales'', con derecho para ''atravesar los ríos nacionales con sus caminos y acueductos sin otro permiso''; según el artículo 15.o, y de acuerdo

con el 16.o, la Compañía toma gratuitamente de tierras y aguas todo el material de construcción que necesite.

El artículo 17.o es el compromiso del Gobierno a "expropiar los terrenos particulares que ella (la Compañía) crea indispensables para las obras autorizadas". La Compañía pagará impuestos sobre bienes inmuebles, pero no los correspondientes a edificios destinados a ferrocarriles y tranvías, y tampoco pagará otros impuestos, o arbitrios sobre sus propiedades, especifica el artículo 18.o

El artículo 19.o dice que en "compensación a los cuantiosos capitales que invierta la Compañía, la exportación se hará únicamente con previo consentimiento y arreglo con la Compañía", y que ésta tendrá derecho "a cobrar muellajes, derechos de puerto y todos los otros cargos establecidos o que se establezcan en el futuro".

El contrato es por cincuenta años y la Compañía gozará de todas las franquicias, exenciones de derecho, etc., con relación al cultivo del banano, dicen los artículos finales.

Berlín, abril de 1929

*

* *

LA SUERTE DE PUERTO RICO

En el libro **"American Foreign Investments"**, del investigador norteamericano Dunn, Puerto Rico está definido así: "Como las Filipinas, una conquista de guerra, y como Hawai, una posesión insular y un territorio, Puerto Rico ha sido un campo importante para la inversión del dólar. La mayor parte de su deuda pública radica en los Estados Unidos. El capital norteamericano predomina y una gran parte de él se halla invertido en la producción de azúcar". (Pág. 37).

En otro libro norteamericano, **"Dollar Diplomacy"**, por Nearing y Freeman, la historia de Puerto Rico está sintetizada "en unas cuantas sentencias: La isla fué ocupada por el ejército de los Estados Unidos el 25 de julio de 1898; cedida a los Estados Unidos por el Tratado de

11 de abril de 1898 (nota: el Presidente Mac Kinley, el 30 de julio de 1898, en sus negociaciones con el Embajador Cambon, demandó la cesión de Puerto Rico con el carácter de indemnización) y, después de una controversia, se dió a los portorriqueños ciudadanía norteamericana el 2 de marzo de 1917. Nunca ha habido en Puerto Rico ninguna oposición organizada contra la presencia del dominio de los Estados Unidos. La isla fué un premio de guerra, cuyos habitantes, en su mayor parte, quedaron satisfechos del cambio de soberanía que les impuso el destino de la guerra". (1.a edición, Pág. 196).

El nuevo Gobernador de la Isla, Míster Roosevelt, describe la situación de Puerto Rico en una declaración a **"The New York Herald Tribune"**, transmitida a toda la prensa latinoamericana con estas palabras significativas: "La isla de Puerto Rico no es conocida y menos comprendida por la inmensa mayoría de los ciudadanos de los Estados Unidos. Muchos de éstos no tienen ni idea de su situación geográfica. Desde que estoy aquí, he recibido varias cartas dirigidas en las siguientes formas: Puerto Rico, Islas Filipinas; Puerto Rico, América Central, o Puerto Rico, Cuba. Un graduado de una universidad se ha dirigido a mí en esta forma: Embajador Roosevelt, Embajada Americana, Puerto Rico".

Describiendo la situación actual de la Isla, el Gobernador Roosevelt ofrece una información reveladora. Advierto que, escogiendo diarios latinoamericanos, he preferido para mi cita un diario de Lima. "El Mundo" (11 de febrero, 1930), sabiendo, como se sabe, que en el Perú es oficialmente prohibido publicar nada contra los Estados Unidos, porque el Perú está ahora en la situación de Puerto Rico, de Filipinas, de Nicaragua o de Haití. La cita es, pues, de lo más autorizada, puesto que viene de una prensa estrictamente controlada. Dice el Gobernador Roosevelt: "Hay un número siempre creciente de sin trabajo. Los hombres y las mujeres recorren el país sin encontrar en qué emplearse; por tanto, no pueden producir nada. Y nosotros no podemos combatir esta situación construyendo obras públicas como en los Estados Unidos, porque el Gobierno no tiene dinero. Atravesando la isla, yo

he visitado finca tras finca y siempre me he encontrado con hombres y mujeres anémicos, mal alimentados que siempre repiten la misma historia: pocos alimentos y ninguna oportunidad de lograr más. De estos lugares, el pueblo se ha trasladado en grandes corrientes migratorias a las ciudades costeñas, aumentando así el número de los sin trabajo. Las condiciones han empeorado. A veces en un cuarto pequeño viven seis o siete personas. Yo he visto en los barrios más pobres, en un cuarto hecho de tablas podridas de menos de doce pies de lado, a más de diez personas hacinadas. En esa situación, es natural que las enfermedades se produzcan. Y la falta de fondos adecuados para el Departamento de Salubridad hace imposible el remedio. En las últimas seis semanas he visitado toda la isla, aula por aula. He visto cientos de miles de muchachos. Lo que escribo no es consecuencia de lo que he oído o leído. Lo he visto con mis propios ojos. He visto a madres con sus hijos en los brazos. Aquéllos eran sencillamente pequeños esqueletos. Y en numerosas aulas he visto a muchachitos haciendo heroicos esfuerzos para aumentar el campo de sus conocimientos. Los he visto acudir a clase con periodicidad, a pesar de hacer al día una sola comida compuesta de un plato de arroz y frejoles. Y he visto numerosas cocinas de gente pobre en las que el único alimento era una fuente de arroz con algunos plátanos. En una de las escuelas de San Juan hay 170 alumnos. 223 no toman desayuno. 278 no almuerzan. Muchos de los que desayunan lo hacen sólo con una taza de café negro. La proporción de los niños mal nutridos es de un 77 por ciento. En estas condiciones la mortandad alcanza cifras elevadísimas".

El testimonio no puede ser más expresivo, ni más autorizado. Pero hay otros. En el diario "La Correspondencia de Puerto Rico", que representa actualmente la opinión conformista y que reclama "ayudar al Gobernador Roosevelt", publica el Dr. Luis Herrera (24 de marzo) un interesantísimo artículo sobre la situación del pequeño propietario en Puerto Rico. Según este artículo, admirablemente documentado, el pequeño propietario en Puerto Rico paga al Gobierno la misma contribución que hace diez

años, habiendo descendido el valor de la propiedad notablemente, al punto de que "hay fincas que en 1920 rentaban 400 dólares que hoy sólo producen 200". El articulista agrega: "Ese desequilibrio entre el valor efectivo de la propiedad y la tasación que obliga al contribuyente a pagar más del 25 por ciento de renta bruta al Gobierno, unido al altísimo tipo de interés que devengan las hipotecas y los préstamos bancarios, los que se hacen del 10 por ciento en adelante, son los factores que están arruinando a los propietarios de fincas y ya hay algunos que han perdido todo lo que poseían". Al referirse a la situación de las fincas urbanas de San Juan, el Dr. Herrera presenta este cuadro: "Se considera hoy como buena inversión un interés al 10 por ciento al año, bruto; el 25 por ciento de esto es 2.50 por ciento. La contribución en San Juan se lleva 2.64 por ciento, es decir, 14 por ciento más el 25 por ciento. Añádase a esto que el propietario tiene gastos de seguro, reparaciones, desalquileres, malos inquilinos que no pagan, income tax, etc. ¿Qué puede quedar como interés neto? Pues sólo alrededor del 6 por ciento. Ahora bien, ¿podría el propietario pagar a los bancos y a los hipotecarios (y casi todas las propiedades están hipotecadas) el 10 por ciento y el 12 por ciento cuando él recibe sólo el 6 por ciento?"

El articulista se pregunta: **"¿Qué piensa ese gobierno que tenemos? ¿Qué hacen esas Cámaras? ¿Van a permitir ahora que la propiedad urbana pase a manos extranjeras como ha pasado con toda la propiedad rural?"**

Pero otro testimonio portorriqueño, el más valioso de todos, define mejor la trágica situación de la isla colonizada por los Estados Unidos. El distinguido intelectual de San Juan, Emilio R. Delgado, Secretario General del APRA en Puerto Rico, dice en su informe a la Secretaría General del Partido algo que vale mucho para completar el resumen sobre el estado de Puerto Rico, que intento en este artículo. Se refiere a "la falsa propaganda que está haciendo el Gobernador en el extranjero, solicitando limosnas para los niños hambrientos de Puerto Rico. En Santo Domingo y en Cuba casi todos los intelectuales creían de buena fe en esa campaña. Puerto Rico no pue-

de vivir de dádivas de la Cruz Roja. Si las corporaciones yanquis pagaran al Tesoro insular los tributos que adeudan, y no pagan porque no quieren, no habría la miseria espantosa que está asolando la Isla. Ahora quieren hacer ver que esta crisis fué ocasionada por el ciclón. Pero eso es una mentira. El ciclón ha sido un pretexto para que los Bancos—National City y Federal Land Bank—cancelen préstamos a los pequeños agricultores y éstos se ven obligados a entregarles sus fincas que ellos llevan a remate público, para beneficio de las corporaciones, únicos clientes con crédito en los bancos norteamericanos".

Estos breves párrafos últimos explican mucho. Mejor, explican todo. La constatación de la miseria en Puerto Rico, malgrado la inmensa riqueza de la Isla—magnífico botín de guerra—, permite presentar un ejemplo realista de la obra del imperialismo. Puerto Rico es la única colonia de derecho que tienen los Estados Unidos en la América Latina. Después de 30 años, no han hecho de él la isla de Utopía, que muchos devotos del poder norteamericano habrían soñado. Ni siquiera una isla donde sus pobladores puedan comer bien. Puerto Rico, bajo la bandera de los Estados Unidos, es hoy la Isla del Hambre. Y esto no impide que los hombres y las tierras de Puerto Rico rindan millones y millones a las corporaciones explotadoras (1).

Berlín, junio de 1930.

*
* *

COLONIAJE Y MISERIA

Más de una vez me ha parecido tema digno de la atención de los estudiosos de la historia política de la América Latina, la situación de Puerto Rico. Más de una vez

---

(1) Según un discurso del senador portorriqueño, D. Luis Muñoz y Morín, transmitido por radio, desde Nueva York, el 24 de diciembre de 1934, los datos demográfico-económicos, son los siguientes: Población, 1.700.000. Necesitan ayuda del Estado, 1.200.000. Indigentes, 70.000.

me he referido a los problemas de aquella isla que por su aislamiento geográfico y espiritual resulta casi desconocida en nuestros pueblos. De Puerto Rico sabemos poco. Apenas, que es una colonia de los Estados Unidos por derecho de guerra. Los admiradores incondicionales de la civilización norteamericana la imaginan un Edén. Los que todavía creen que nuestros pueblos necesitan tutelaje, suponen que Puerto Rico ha alcanzado bajo la bandera de la Unión suerte envidiable. Los Estados Unidos ganaron a España dos colonias importantes: las Filipinas y Puerto Rico. Las Filipinas están muy lejos. Apenas oímos de ellas noticias vagas y contradictorias, cernidas por las agencias telegráficas de Nueva York que con tanta habilidad dominan nuestra prensa. De Puerto Rico, malgrado su proximidad, sabemos tanto como de las Filipinas. Las gentes que conforman su concepción política, social y económica del mundo, por los dictados de la propaganda periodística y cinematográfica norteamericana, no se preocupan generalmente de verificar sus opiniones optimistas. Empero, Puerto Rico es campo cercano para juzgar y deducir.

Lo hemos dicho ya: en la América Latina, Puerto Rico es la única colonia política de los Estados Unidos. La isla no es muy vasta ni era tierra salvaje cuando el poder de los cañones norteamericanos la arrebató de la sujeción de España. La isla es rica y bella. Sus habitantes, como los del resto de las Antillas, como los de la América Latina toda, son parte de eso que llamamos nuestra raza. Cuando los Estados Unidos, en 1898, asumieron la plena responsabilidad del gobierno y usufructo de la isla, lo hicieron con la libertad ilimitada de los vencedores. Como tales, usaban de un derecho, pero se imponían un deber. El derecho del fuerte, dueño y señor de su botín de guerra, y el deber del que, siendo fuerte y civilizado, tiene que justificar su derecho usándole con civilidad, civilizando. Recordemos que los imperialismos han reconocido siempre este deber. Por lo menos, lo enuncian, confundiéndolo a las veces con el derecho. Conquistar para civilizar es el lema de cohonestación de todos los colonizadores. Las naciones fuertes que adjudican al poder de sus cañones mi-

sión providencial para dominar a los más débiles, invocan siempre con el derecho de conquistarlas el de encaminarlas "paternalmente" por vías de progreso hacia la felicidad. Y este derecho de conquista y de civilización, doble derecho o doble deber, como quiera que fué el que ejercitaron y se impusieron los Estados Unidos al avocarse el dominio de Puerto Rico.

Han pasado treinta años. En este largo lapso los Estados Unidos han tenido tiempo suficiente para demostrar al mundo sus virtudes colonizadoras. Nada ni nadie ha interrumpido en tres decenios el poder norteamericano en Puerto Rico. Aislada por el mar, ubérrima y hermosa, la Isla ha sido campo propicio para una magnífica experimentación colonial. En los treinta años transcurridos, los Estados Unidos han aumentado su poder prodigiosamente hasta llegar al plano de la máxima riqueza y del máximo poder. El pueblo de Puerto Rico no ha resistido a la experiencia. Todo demuestra que ha esperado con entusiasmo los beneficios del nuevo dominador. Antes de conceder a los pobladores de la Isla el derecho de ciudadanía norteamericana se les exigieron todos los deberes. Los portorriqueños dieron pacientemente trabajo y riqueza. Cuando los Estados Unidos se lanzaron a la magnífica y productiva aventura de la guerra europea, los colonos de Puerto Rico dieron sangre también.

Empero, los resultados de la empresa colonizadora de los norteamericanos en Puerto Rico no brindan oportunidad ninguna al optimismo. El Gobernador Roosevelt, después de su primera visita oficial a la Isla, ha declarado a la prensa norteamericana que Puerto Rico sufre hambre. Sus descripciones, que ya he comentado alguna vez, suscitan dudas fundadas sobre la capacidad de los Estados Unidos como colonizador. Y, para completar o ampliar las declaraciones ya bastante expresivas del Gobernador, tiene ahora el estudioso imparcial un nuevo documento:

El Instituto de Brookings, bajo la dirección del doctor Víctor S. Clark, ha realizado un estudio de las condiciones generales de Puerto Rico y ha emitido un informe voluminoso. El informe, a pesar de su inocultable propósito de atenuar conclusiones tremendas, es un documento

valiosísimo para apreciar la verdadera situación de Puerto Rico desde la ocupación norteamericana. Se dice en él que el pueblo portorriqueño ha progresado considerablemente en educación política, social y económica, pero se demuestra que por una desigual distribución de beneficios, las condiciones de vida de las masas son bastante malas. Como el Gobernador Roosevelt, el Instituto de Brookings responsabiliza de todas las desdichas que sufre Puerto Rico al ciclón de hace dos años. Pero, del mismo estudio del Instituto mencionado se desprenden otras conclusiones. La agricultura, la industria, el comercio, las vías de comunicación han pasado casi totalmente a manos norteamericanas. Sólo un veinte por ciento de ellas queda en poder de los nativos. Los bancos de Nueva York controlan todo el movimiento económico y financiero del país. Por un usurario sistema de créditos, hipotecas y remates, la propiedad urbana y rural pasa gradualmente del poder de los nacionales al de las grandes empresas o corporaciones norteamericanas. El pago de contribuciones es eludido por las compañías y se exige a los nativos so pena de embargo y de subasta. El tesoro gubernamental está en deuda. La desocupación aumenta. Por eso, el informe arriba a su conclusión categórica: "las condiciones de vida de las masas son bastante malas".

El Gobernador Roosevelt se ha dirigido a los Estados Unidos demandando la caridad pública. Ha hecho un patético llamamiento a sus conciudadanos para que le ayuden a salvar de la miseria a centenares de miles de hambrientos. Ha repetido sin ambages la historia de los niños que sólo comen un poco de arroz y bananas cada día. De los que van a la escuela sin haber comido. De las familias numerosas que viven en habitaciones estrechas de "maderas podridas". Los nacionalistas de Puerto Rico, los apristas, los antiimperialistas protestan de esta campaña. Dicen que el remedio de tanto mal no está en la caridad sino en la justicia. Y, examinando cuidadosamente el informe del Instituto de Brookings,—malgrado sus excusas—, hay que confesar que, verdaderamente, hace más falta en Puerto Rico una justa distribución de la riqueza, menos explo-

tación y más libertad económica para los nativos, que pomposa caridad norteamericana.

Quizá para muchos de nuestros espontáneos propagandistas de la necesidad de la norteamericanización de la América Latina, un poco de seria atención al ejemplo de Puerto Rico les sirva de algo. Es apotegma sajón aquello que en lengua castellana se dice en forma de refrán de comadres: "hechos son amores y no buenas razones", y que en inglés se expresa con precisión numérica: "vale más un hecho que cien argumentos". Acogiendo el precepto, Puerto Rico es un testimonio. Sólo hace falta estudiarlo. El informe del Instituto de Brookings y las declaraciones del Gobernador Roosevelt me parecen fuentes autorizadas para una investigación utilísima.

Porque hasta hoy, y por irrefutable demostración de parte interesada, la empresa colonizadora de los EE. UU. en Puerto Rico no nos enseña que Dios les dió mandato. Y si se los dió,—que nadie va a atreverse a descubrir lo inescrutable—, como que no lo cumplieron. De todas formas, más parece que el destino del pueblo portorriqueño, que no fué feliz bajo España y no lo es más bajo el imperio de los Estados Unidos, fuera el de ser pueblo libre. Así claman los nacionalistas de Puerto Rico. Aunque el clamor de los débiles suele perderse en el aire en estos nuestros tiempos ensordecidos por el grito imperial de los fuertes.

Berlín, junio de 1930.

* * *

DOS INTERESES EN PUGNA

El **"Berliner Tageblatt"**, que es diario israelita cuya simpatía hacia los Estados Unidos nunca ha sido desmentida, acaba de lanzar una voz de alarma contra el imperialismo comercial norteamericano, que ha producido enorme sensación en este país. El **"Berliner Tageblatt"** ha visto el peligro de la expansión económica norteamericana, para la

industria alemana y, aunque muy tarde sin duda, ha emitido una opinión que ha sido comentada nacionalmente por la autoridad que indiscutiblemente tiene asegurada en asuntos internacionales el poderoso diario liberal-democrático berlinés.

El llamado de alarma del **"Berliner Tageblatt"** se basa en la nueva dirección que la expansión económica norteamericana está tomando, como resultado de la concentración cada vez más grande de su capital, de su exceso de oro y, especialmente, de su superproducción industrial. Las recientes crisis de Bolsa en Nueva York han sido síntomas expresivos de la gigantesca concentración capitalista norteamericana. El redactor financiero del **"Sunday Times"**, de Londres, ha llamado a esas crisis "el sacrificio de los corderos", vale decir, la ruina de centenares de miles de pequeños capitalistas y corredores, inmolados en los cracks gigantescos de Wall Street. Empero, esto no significa que el gran capital norteamericano fracase o se destruya en estos momentos, sino que se concentra y define determinando una nueva etapa de su acción expansiva.

En síntesis, los dos problemas centrales del capitalismo industrial norteamericano de estos tiempos radican en sus inmensos depósitos de oro, cada día más grandes, y en la creciente superproducción industrial. No basta, para resolver el problema fundamental de la riqueza, acumular capitales inmensos y productos industriales innumerables. La ley de la rentabilidad, que es ley que rige la economía capitalista, impone que aquellos capitalistas se muevan y que esos productos se vendan. La movilización de capitales hacia países que los necesitan ha sido y es realizada activa y extensamente por el capitalismo norteamericano. El proceso de las inversiones de capitales de los Estados Unidos en países extranjeros es de una rapidez que confina con lo fantástico. El 1.o de enero de 1899 sólo tenía quinientos millones de dólares colocados fuera de la Unión y una deuda externa de dos mil ochocientos millones. En 1909, las inversiones del capital norteamericano en América Latina, Canadá y Asia llegaban a dos mil millones. En 1926, el total de inversiones de los Estados Unidos,—libres ya de toda deuda externa y convertidos en la nación

acreedora del mundo entero—, da un total de doce mil millones de dólares. (Robert Dunn, "**American Foreign Investments**").

La conquista de campos de inversión de capitales implica la conquista de mercados para la venta de los productos industriales que produce el capitalismo que se expande. Aunque algunos teóricos han pretendido sostener la tesis de que los Estados Unidos, pagando altos salarios, aseguraban la capacidad de compra de su población y garantizaban un mercado inagotable para sus propios productos, esta teoría,—alentada en un tiempo por estudiosos de renombre—, ha sido desautorizada por la realidad que ha confirmado más que nunca en el caso norteamericano, que Marx vió más lejos que Adam Smith y Ricardo en el futuro del sistema capitalista. El industrialismo norteamericano no podría subsistir sin la exportación de sus productos. El hecho de que por cada dos habitantes de ciertos Estados, como California, uno sea propietario de un automóvil norteamericano, no basta para que la oferta de automóviles de los Estados Unidos en las cinco partes del mundo sea cada vez más grande. En todos los órdenes de la producción industrial los Estados Unidos tienen que luchar por más y más mercados. Y esta lucha, con la expansión o emigración de capitales, unida a la necesaria captura de zonas productoras de materia prima indispensables para la producción industrial, constituyen los fenómenos característicos de lo que en moderna economía se llama imperialismo.

Todo eso es bien sabido. Pero el imperialismo que se inicia con la expansión capitalista inglesa y se caracteriza, en esa primera etapa, por su desplazamiento casi exclusivo hacia países agrarios o elementalmente desarrollados en el orden industrial, tiene en la etapa norteamericana, la más intensa y más vasta, nuevas manifestaciones.

Son éstas las que afectan a Europa y consecuentemente las que despiertan alarma en los países que, aunque industriales, se hallan en plano inferior a los Estados Unidos, como Alemania.

Para salvar los grandes riesgos de la hipertrofia de oro y de la superproducción industrial norteamericana el

Presidente Hoover, que es el representativo de la nueva dirección económica norteamericana, más agresiva y más audaz en su ofensiva financiera, tiende a la organización de un frente único industrial en los Estados Unidos y especialmente comercial. La industria norteamericana estudia la invasión comercial del mundo y trata de apoyarla en un sistema de compra casi obligatorio por parte de los países que le son deudores. Este sistema no es nuevo para la América Latina, donde los últimos grandes empréstitos norteamericanos han sido celebrados **sub conditione** de inversión imperativa del dinero recibido en productos norteamericanos. Empero, para Europa, esta política comercial sería no sólo insólita sino eminentemente perjudicial. Un país que no es industrial no afecta ostensiblemente su economía cambiando dinero por productos y recibiendo dinero para comprar productos, aunque pagando después uno y otros. Tal ocurre en la América Latina, generalmente regida por la más desastrosa política económica, desde un punto de vista científico. Pero si a países industriales, como Alemania, se les impone esta condición de compra semiobligatoria, la ruina de la industria interior no ofrece dudas.

Y aquí el caso comentado por el sensacional escrito del **"Berliner Tageblatt"** que motiva este artículo. "¿Qué hará Alemania frente a la invasión de esa ola de productos norteamericanos en competencia con los nuestros?". Es ésta la pregunta angustiosa y por ella el grito de alarma. Los Estados Unidos tienden a exigir de sus deudores europeos la compra de sus productos. Las leyes de la rentabilidad del capital a que aludía ya, imponen esta nueva política. Alemania y Europa toda se hallan, pues ante, un gravísimo problema, el más grave quizá entre todos los graves, legados por la guerra. El **"Berliner Tageblatt"** pide medidas urgentes y salvadoras. Estas medidas no pueden ser sino medidas de lucha. Si Alemania cierra sus fronteras a los productos norteamericanos, los Estados Unidos cerrarán sus bolsas. Alemania y Europa toda necesitan capitales, demandan créditos. El Plan Young sistematiza y afirma la expansión del capitalismo norteamericano hacia Europa. Pero si ahora esa expansión capitalista añade un mandato

de expansión comercial, la situación cambia totalmente de aspecto. El "*Berliner Tageblatt*", como es lógico suponer, no puede insinuar medida alguna. Sólo pide que la situación sea afrontada y lanza a todo grito un llamado de alarma.

El problema nos afecta. Una de las consecuencias inmediatas de la nueva política comercial norteamericana será sin duda la mayor intensificación de la lucha por la captura de las fuentes de producción latinoamericana y consecuentemente de la captura de sus mercados. En economía, como en todos los problemas humanos, "el hilo se rompe siempre por lo más delgado". Europa, en esta lucha que plantea la ofensiva económica norteamericana, está más preparada para resistir. La política europea se mueve siempre sobre bases económicas y esto implica ciencia y técnica. Frente a la ofensiva científica y sistemática del capitalismo norteamericano se opondrá la defensiva científica y sistemática europea. Esta defensiva puede determinar una derivación de la presión financiera y comercial de los Estados Unidos hacia planos de resistencia más débil. Ahí América Latina. Por eso la voz de alarma del "*Berliner Tageblatt*" es voz que nos interesa. Y, aunque es cierto que dominados nuestros pueblos por la más empírica de todas las políticas, nuestro problema es gravísimo,—y esto lo vemos cada vez más claro—, la cotidiana y dolorosa realidad puede que nos enseñe algo.

Lo que, por lo pronto, queda a las claras demostrado es la vasta unidad del problema económico mundial. Tan grave para Alemania y Europa como para la América Latina, la ofensiva económica norteamericana. Más intensa aquí que allá. Más veloz allá que aquí. Esta diferencia de intensidades y de velocidades, no altera el ritmo esencial del problema universal. La lucha comercial entre países industriales por la mutua conquista de mercados varía en intensidad si el campo de esa lucha está situado dentro o fuera de los países industriales. Pero la evidente existencia de esa lucha demuestra que la producción y el consumo de la riqueza no están equilibrados ni pueden estarlo bajo un sistema de concurrencia. Esto, que científicamente llamó Marx "anarquía de la producción", es el fenómeno más ca-

racterístico de nuestros tiempos y la raíz de los más trascendentales problemas contemporáneos del mundo.

Berlín, noviembre de 1929.

*
* *

CARTA AL PRESIDENTE DE PANAMA

Señor Presidente:

A mi arribo a Balboa la noche del 15 de diciembre último, las autoridades norteamericanas del puerto no me permitieron desembarcar. Sin darme razón alguna, me indicaron que debería esperar al médico y a las autoridades de inmigración antes de que yo pudiera abandonar el vapor alemán "Phoenicia", de la Hamburg Amerika Linie, en que había viajado desde Punta Arenas. Cuando horas más tarde, casi a medianoche, fuí llevado a la cámara del capitán, encontré un grupo de individuos de nacionalidad norteamericana, que, después de revisar mis pasaportes, mis certificados sanitarios, y de convencerse de que llevaba los ciento cincuenta dólares exigidos a los pasajeros de tercera clase, me manifestaron que, "a pesar de estar todos mis papeles en orden, ni el Gobierno de Panamá ni el Gobernador de la Zona del Canal, deseaban que yo desembarcara".

Ante la silenciosa presencia del capitán del barco, Herr Sharr, y uno de los altos oficiales del barco, entablé con ese improvisado tribunal que bebía ansiosamente cerveza alemana, un diálogo de sumo interés para mí, porque en posesión del inglés pude con mayor facilidad descubrir la situación lógicamente insostenible de estos defensores de la ley, el orden y la justicia, que hablaban en nombre del Gobierno de usted y del Gobernador de la Zona, como de dos poderes que ellos representaban igualmente y en cuyo nombre podían adoptar cualquiera decisión.

Todas sus razones eran verbales. Frente a ellas yo oponía la prueba documentaria y oficial, una visa que la

Legación de Panamá en Costa Rica, por falta de un Con-sulado—dada la reciente reanudación de relaciones entre ambos gobiernos—, me había concedido sin ninguna di-ficultad.

Yo no iba a Panamá sino de tránsito. Obligado a lle-gar a Colón para de ahí tomar el vapor "Galitzia", de la misma Compañía alemana, que debería salir para Mé-xico el 19 de diciembre, manifesté claramente que las re-cientes inundaciones en el oriente de Costa Rica y la in-comunicación entre San José y Puerto Limón, en donde de-bía yo embarcarme, motivaban mi viaje a Panamá para tomar la ruta del Atlántico.

Después de atreverse uno de los oficiales norteameri-canos a manifestar que ellos estaban informados que Mé-xico tampoco me recibiría, afirmación que yo rechacé exi-giéndole una comprobación, concluyeron por ordenarme que permaneciera en el barco hasta el día siguiente y que después de cruzado el Canal, yo desembarcaría arresta-do por la policía norteamericana, la que me mantendría en prisión hasta el día de la partida del "Galitzia": — "To-morrow you will be in jail", fueron las palabras termina-tes del médico.—"**All right, it will be a good experience for me and a strong argument against you**", fué mi res-puesta.

Al día siguiente otro médico y otras pesquisas norte-americanas abordaron el barco tres minutos después de arribado a Colón. Las instrucciones eran otras: el médico me comunicó que "por orden del Gobernador del Canal, de quien había recibido un telegrama a las 11 de la ma-ñana, yo debería continuar en el barco hasta el próximo puerto". Inquirí por el próximo puerto y se me respondió que era Bremen en Alemania y que, además, debía pagar noventa dólares por el valor del pasaje. Una hora y media más tarde y ya ante varios amigos míos peruanos y pana-meños que habían logrado llegar al barco, el agente de la Compañía me comunicó que no había posibilidad de con-mutar la medida, ni aun con mi aceptación de ir a la cár-cel norteamericana por cinco días. Ante mis amigos pa-gué el valor del pasaje y ante ellos abandonaba el puerto a bordo del barco, tres horas más tarde.

El médico de Colón me había dedicado una frase de irónica cortesía:

"I think you are undesirable because you are a too powerful speaker. Make you confortable here and good-bye". Yo le dije en respuesta que era ridículo que la más poderosa nación de la tierra, tan segura de sí misma y de su misión providencial de justicia, temiera a mis discursos, máxime cuando fatigado yo por mi larga estancia en los trópicos, no deseaba decir más discursos y esperaba llegar lo más pronto posible a los fríos reconfortantes de México. Horas más tarde, lejos ya de Panamá, pensé en las palabras ingenuas de aquel hombre, menos descortés, aunque igualmente torpe que sus colegas, y comprendí que la orden de expulsión, que nada ni nadie podría justificar, se debía a una simple medida del Gobernador de la Zona, violando la soberanía de Panamá, ya que la visa de mi pasaporte era y será una prueba evidente de que o las autoridades de Panamá no reconocen los actos de sus representantes diplomáticos, o los actos de ambos están sometidos a la revisión del Gobernador de la Zona como autoridad omnipotente.

Pensé entonces en escribir a usted esta carta abierta. No lo habría hecho jamás, como que no lo hice cuando los Presidentes de Guatemala y El Salvador—cumpliendo órdenes de las legaciones norteamericanas—me expulsaron violentamente de sus países. Un general Chacón y un señor Romero Bosque no merecen en forma alguna ni los honores de una protesta. Su arbitrariedad primitiva corresponde a su mentalidad, a su ferocidad sórdida de traidores incondicionales puestos al servicio del imperialismo para oprimir a sus pueblos y cumplir las órdenes de sus sostenedores sin discusión ni demora. Quien pise tierra guatemalteca o salvadoreña lo hará porque la solidaridad con pueblos nobles, sacrificados y ofendidos, vale más que cualquier temor a los actos de terror de los sátrapas en comando.

Empero, aunque aparentemente la situación de Panamá sea más dolorosa, siempre he creído que la proximidad del yugo hacía sentir aún a los panameños más destacados—que los hay sin duda, porque ningún país de nuestra América puede hacer excepción a esta regla que es,

a su vez, excepción de la otra eterna y cierta del espíritu libertario y viril de nuestros pueblos—, cierta honda repugnancia por el opresor. He hablado muchas veces con funcionarios panameños y he encontrado siempre un anhelo de poder hacer algo para librar a su país del garrote imperialista que lo estrangula. Y son algunos de ellos quienes me han hablado de usted. Varios me habían hecho de usted una referencia grata. Mi inmenso cariño por el pueblo panameño, mi recuerdo vivo siempre de días inolvidables pasados en esa tierra al salir al destierro en 1923, me han hecho seguir atentamente el curso de la vida política de Panamá en los últimos años. Siempre he dicho que dos grandes timbres de orgullo y dos altos ejemplos para América Latina son en nuestra historia de lucha contra el imperialismo, la actitud del pueblo de Panamá al apedrear a Pershing en 1920 y la resolución de su Representación al rechazar el Tratado vergonzoso que le imponía el imperialismo en 1926. Y haciendo honor a hombres que en Panamá desafían los favores de la burocracia por ciertos principios de nacionalismo latinoamericano, creo que vale citar esa magnífica conferencia de don Narciso Garay, ex Ministro de Panamá en Cuba y México, leída el 14 de marzo de 1927 en la inauguración de la Décima Reunión anual de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional (Habana, Imp. El Siglo XX, calle del Brasil 27-1927).

Pues bien, esta carta, que no lleva más que la serenidad ganada en cinco mil millas de cielo y más recorridos hasta llegar a mi nuevo exilio, no puede eludir una interrogación terminante al funcionario encargado de velar por la soberanía, siempre en peligro, de su país, acerca de un acto arbitrario de las autoridades del Canal. Sin pensar en el nombre de la víctima y recordando sólo que se trata de un ciudadano que conoce la letra de la Constitución Panameña y sus magníficos postulados referentes a las garantías para los extranjeros, yo pregunto a usted si existía un motivo que impidiera mi entrada a Panamá por parte del Gobierno y, si esto es así, si la Legación de Panamá en Costa Rica, cuyo secretario, el distinguido intelectual señor Ricaurte Rivera, me manifestó que no podían existir sino motivos de complacencia por mi paso por Panamá

ha sido desautorizada por el gobierno de usted.

Si la Legación de Panamá en Costa Rica hizo bien y, si el Gobierno de usted no la ha desautorizado oficialmente, ratificando la desautorización oficial que implicaba no recibirme—en caso de que la orden fuera de su gobierno—, entonces subsiste este punto que constituye cuestión grave de jurisdicción y de soberanía: el Gobernador de la Zona del Canal puede desautorizar los actos de los funcionarios del Gobierno de Panamá. ¿Existe alguna cláusula en el Tratado del Canal a este respecto? Las que yo conozco, que entiendo son todas las publicadas, no colocan a Panamá en esta situación de dependencia.

Estoy seguro de que muchos panameños se habrán hecho la misma pregunta ante la evidencia de mi caso. Uno de los varios panameños amigos que estuvieron a verme en el barco—permítaseme que guarde su nombre—me manifestó ser un sincero admirador de usted. Sin embargo, me dijo que sentía dolor y vergüenza por esta violación de la soberanía de Panamá cuyos motivos no alcanzaba a comprender.

Puede ser que esta pregunta que encierra tantas otras, no merezca la atención de usted. Esta carta tiende a comprobarlo. Repito que obran razones en mí para hacer pública esta interrogación al funcionario que aparentemente se ha manifestado un decidido defensor de la soberanía de su país y un hombre consciente de su misión delicada. Aunque sean muy frecuentes los ejemplos vergonzosos de claudicación y de compromio, porque los Bouneau-Varilla se reproducen en nuestros países y entre nuestros connacionales, emplazo a usted a una respuesta. Más que a mí, se la debe usted a su país y a la opinión libre de todo un continente.

Pongo esta carta en manos de muchos órganos de la prensa libre de América Latina y demando de sus deberes ciudadanos como panameño y como latinoamericano, el responder a ella. El silencio en este caso tendrá una significación definitiva.

Contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de Indoamérica, para la realización de la justicia social.

Berlín, 1928.

* * *

EL INMACULADO MASFERRER

Londres, febrero de 1929

Mi querido don Joaquín:

Acabo de leer los dos números de **Repertorio**, iniciales del año 29. Todo un espíritu encendido de antiimperialismo y unionismo viene vibrando en ellos. **Repertorio** se lee ansiosamente en Europa y he visto en Alemania, últimamente, que muchos europeos estudiosos de nuestro idioma la buscan como el verdadero mensaje de la nueva América Latina. ¡Cuánto le debemos todos a su labor infatigable!

El artículo de don Alberto Masferrer es un admirable envío de un viejo ilustre cuyo afán de superación y juventud se cumple ejemplarmente. Estoy escribiendo ya el relato de mi vaje por Centroamérica y en él tengo que recordar muchas veces la figura del gran idealista salvadoreño. En las páginas del libro, del que la prensa de varios países está dando ya artículos sintéticos, concretados a la ofensiva del imperialismo, confirmo todas las aclaraciones de don Alberto publicadas el 8 de diciembre en **Repertorio**, referentes a los angustiosos momentos que pusieron término forzado a mi estancia en El Salvador.

Es cierto que él no vió las ametralladoras. Las vió mi amigo y compañero de colegio, el militar peruano Felipe Iparraguirre, mayor instructor del ejército salvadoreño, quien bravamente abandonó el país poco tiempo después de haber protestado ante el Jefe de Policía porque el Ministro de Guerra había abocado las ametralladoras sobre su hogar en donde yo era huésped.

No fué don Alberto quien me notició de la reunión realizada en la Universidad. Fueron Chavarría y otros brillantes muchachos salvadoreños quienes, después de su acuerdo, visitaron al **inocente** Presidente salvadoreño señor Romero Bosque.

No fué don Alberto quien me llevó a la Legación de México; él sabe bien que alguien muy cercano a él me demostró su arrojo y su decisión en aquellos momentos definitivos. Fué, sí, don Alberto, quien horas después dijo al Ministro de México las palabras más hermosas que yo haya escuchado nunca de él, pidiendo el asilo. Aun recuerdo su diestra temblorosa más arriba de su corona de canas cuando invocó, "por el honor de México".

Todas las aclaraciones contribuyen a la historia. Hoy don Alberto—hay que admirar su valor dentro de una censura de prensa arbitraria y torpe—, escribe su declaración de fe vigorosa y admirable: **"Somos apristas. El Apra es insustituíble por ahora como fuerza que enlaza y acrecienta y enfervoriza los anhelos de los pueblos de América en el propósito de su liberación"**. Esa declaración viene de una de las mentalidades más altas y más limpias de Nuestra América. Y eso es lo sustantivo de don Alberto. Lo que más puede interesarme de él como resultado de mi viaje. El **Apra** va adelante, cada vez más adelante y Centroamérica ha hecho de ella la expresión más legítima de su rebeldía y de su unionismo antiimperialista.

Felicitemos al ilustre luchador, veterano de tantas jornadas. Felicitémosle y hagamos que el eco de su llamado repercuta en todas las conciencias jóvenes de América.

¡Bien, pues, por **Repertorio,** don Joaquín! Usted es el aprista que verdaderamente representa al trabajador intelectual decidido y certero de nuestra **Apra**. Cuánta ayuda brinda usted a nuestra causa con Palacios, con Turcios, con del Mazo, con tantos otros que de un lado a otro de Nuestra América dejan oír tenazmente su invocación a nuestro gran frente único, que forma el Partido conductor de la jornada antiimperialista.—**Haya de la Torre.**

* * *

MENSAJE A LAS MUJERES DE PANAMA

Londres, febrero de 1929.

Camaradas de la Sociedad **Camena.—Panamá:**

No llegó hasta mí durante mi aislamiento en Cristóbal, ordenado por el Gobernador del Canal, el grato mensaje de ustedes que acabo de leer en **Repertorio Americano**, la gran tribuna que el tesón y la clarividencia admirables de don Joaquín García Monge brindan a los espíritus libres de Indoamérica. No lo leí entonces, cuando la policía armada de los guardas del imperialismo vigilaba mi temporal cárcel flotante, pero ya había adivinado de ustedes una actitud tan digna y tan ejemplar. Una de las grandes atracciones de mi desembarco en Panamá, quizá la única, era de volver a ver esa magnífica expresión de fe, de rebeldía y de entusiasmo tenaz que admiré tanto en 1923 en el pueblo panameño del que ustedes forman parte y cuyo espíritu representan tan bien. Por la actitud implacable de los representantes del imperialismo en Guatemala y el Salvador, fracasada sólo en Costa Rica, suponía yo que al llegar a las puertas del Canal la policía norteamericana ratificaría el veredicto de la Secretaría de Estado en Washington que me califica "como uno de los más peligrosos sujetos que haya en América Latina para los intereses del **fraternal** panamericanismo". Pero la Legación de Panamá en Costa Rica, por boca de su Secretario el señor Ricaurte Rivera, me disuadió de todo temor. Me otorgó él personalmente el **visa** de mis pasaportes y ocasionalmente vino a confundirse con el grupo numeroso y férvido de hombres y mujeres de San José que en la Estación del Pacífico me dieron uno de los adioses más calurosos y vi-

brantes de que yo pueda tener recuerdo en mi largo peregrinaje por nuestra América.

El poder del imperialismo, sin embargo, fué más fuerte que todo. Llevaba en mi cartera la Constitución de Panamá y pensé por un momento que en el último de los casos ella podría servirme para invocarla a los soldados de Washington que se llaman centinelas "of Freedom and Justice". A pesar de mis pasadas experiencias sobre el valor de las Constituciones frente a las órdenes del imperialismo, creí que algo me valdría. Los hechos me dieron la última y palpable prueba del peligro en que nos hallamos todos si continuamos creyendo en los oficialismos mendaces y en el puritanismo sórdido que declama desde el norte conquistador el idealismo más hipócrita de la historia política del mundo.

Pero un nuevo ultraje a nuestra causa es una nueva anunciación de victoria. No importa contra quién caiga la mano despiadada de nuestros enemigos. Cada vez que cae, mata o hiere a alguno por cuyo sacrificio podemos medir la fuerza de nuestra obra; pero el golpe y la sangre juntan y elevan.

Ustedes,—lo he dicho muchas veces—, forman el conjunto femenino más eficazmente vigoroso que yo haya visto en Nuestra América. Su organización, su espíritu y su obra social son ejemplares para las mujeres indoamericanas. Me refiero particularmente al sentido de responsabilidad histórica que les guía. Como organización femenina, la Sociedad **Camena** ha realizado y realiza dentro de su radio limitado por las condiciones del medio, que amurallan las esclusas gigantes de un Canal que es el más grande peligro para el futuro de América, una labor que es ejemplo de lo que pueden hacer por el antiimperialismo y el unionismo efectivos en nuestros pueblos las mujeres conscientes de veinte países asediados.

Salía de Costa Rica, que es otra pequeña parte de Indoamérica en donde la mujer vale y puede mucho y valdrá y hará más cuando,—como ahora comienza a verlo claro—, se una, se organice y se perfile en su papel decisivo. Llevaba justamente para ustedes el mensaje de la mujer costarricense que hoy, por la inspiración de sus elementos más

representativos, ha levantado y sostiene la bandera del **aprismo**. Quería decirles que no se sintieran solas, porque cerca, muy cerca, el espíritu hermano de muchas camaradas sumaba sus grandes valores individuales y se resolvía a actuar por nuestra causa. Y también quería decirles mucho de la mujer antiimperialista de Guatemala y de El Salvador, cuyo entusiasmo y decisión fueron para mí una de las grandes revelaciones de esa mi jira mitad penosa y mitad grata por Centroamérica.

Mi programa quedó frustrado. Cinco mil millas de mar fueron necesarias para ahogar mi palabra. Ahora llegan, tan potentes como voces, los ecos de una protesta de ustedes que yo esperaba, ahora va también el retorno de ese grito solidario en este mensaje fraternal de aliento y de optimismo.

No importa el nuevo destierro. Creo que mi último viaje ha sido una de las lecciones más objetivas de nuestra realidad que yo necesitaba aprender. El resultado de todo lo pasado en cinco meses es un caudal inmenso de optimismo para nuestra causa. Mi expulsión de Panamá levantó una protesta en América que ha sido para mí el mejor síntoma de que ya no estamos lejos unos de otros. Entiendo que pocos momentos más desagradables de los muchos que tuvo Mr. Hoover en su viaje, se lo dió aquel mensaje que nuestro Alfredo Palacios, a nombre de la Unión Latinoamericana, envió al viajero de buena voluntad de Buenos Aires a Montevideo, enrostrándole cuanto ocurrió en Panamá el 18 de diciembre. ¡No estamos solos, pues! El antiimperialismo y el unionismo latinoamericano ya no son vagas palabras. La bandera del **Apra** no es ya una mera oriflama. El movimiento acrece, se agiganta. El **aprismo** cunde y arraiga. Nuevos soldados se suman cada día a nuestras filas. El **Apra** es el Partido histórico que alía para la tarea grandiosa que marca una época, todas las fuerzas antiimperialistas y unionistas de nuestros pueblos.

Ustedes sigan. Siempre las he recordado y siempre las recuerdo con entusiasmo. Madres, hermanas, hijas todas unidas por el anhelo común, tienen algo que hacer en este esfuerzo multánime. Dejemos a la próxima generación un legado que nosotros no recibimos. Seamos dignos

de nuestra época cumpliendo con plena conciencia de la realidad indoamericana esta etapa preliminar e ineludible de nuestra lucha por la Justicia integral, combatiendo el imperialismo y buscando la unión de nuestros pueblos bajo las banderas del **Apra**.

Y no olviden que el pueblo panameño no está solo, si la misión que a ustedes les cabe en hacerle ver que no está solo.

A todas un saludo fraternal. A las dirigentes tenaces y a los grupos de trabajadoras manuales e intelectuales que integran los Talleres Escuelas y la Sociedad **Camena**, con cuya presidencia de honor me siento honrado. Ustedes son obreras dos veces de una tarea gloriosa.

Contra el imperialismo yanqui, por la unidad de los pueblos de Indoamérica, para la realización de la justicia social.

Haya de la Torre.

*
* *

SAN SALVADOR BAJO LA OPRESION

Mi querido don Joaquín:

Repertorio, en su último número, representa, no para mí, sino para mi causa, el mejor tributo de mucho de lo que hay de noble y libre en nuestra América. Usted o el destino o ambos han querido completar ese sereno homenaje a la justicia con un mensaje de la **sotisse**. Y ello sirve para que sigamos en nuestra gloriosa cruzada, en la más difícil de todas las luchas: la de aprender a distinguir en nuestro credo de libertad al fariseo del justo.

Desde aquí agradezco la generosidad de ese gran espíritu libre que es José María Zeledón, tan estricto en la difícil virtud de apreciar; a Deambrosis Martins, su mensaje sincero que viene desde tierras de Francia trayendo tres evocaciones gratas como el frescor de un aire de montaña sobre la frente ardida del luchador: las palabras del gran maestro de nuestra generación, José Ingenieros, el espal-

darazo del abnegado precursor antiimperialista Manuel Ugarte y la afirmación rotunda que desde el campo adverso lanzó en un rapto de lealtad José Santos Chocano. Buen colofón es el áureo y valiente mensaje de Alberto Guillén cuyo homenaje de gran poeta vale porque en la hora más difícil se ha rectificado y ha oído el grito de su corazón.

Conservaré este número de **Repertorio** con orgullo. Todo él me servirá de aliento. Hasta el mensaje de la sotisse. Necesitaba desde hacía tiempo un buen testimonio,—yo tan devoto de documentos probatorios—, que me permitiera ante mis audiencias exhibir efectivos comprobantes del declive irremediable por el que rueda la moral de ciertos oficialismos tropicales.

Y aquí está. A pesar de que estoy acostumbrado al ultraje burocrático y a pesar de que sé bien que en los países donde las representaciones del Estado son fluctuaciones entre el favor de la fuerza y la fuerza del favor, las voces de sus personeros están huecas de fe, tengo algo que decir a la opinión libre de Costa Rica y de América, exculpando al irrespetuoso ofensor de la verdad en nombre de su personal situación que yo comprendo y hasta excuso, porque jamás he querido contribuir a la cesantía de nadie.

Pero distingamos entre mi deseo de no poner en riesgo la "tabla de naufragio" del funcionario y mi irremisible propósito de sostener la verdad. Niego, por ingenua, la pretensión del firmante de sentirse personero de un país noble y no de un gobierno aferrado al poder, por el estado de sitio y por los fusilamientos sin proceso del 6 de diciembre de 1927 dentro de los muros de una prisión. Por esos sangrientos prestigios de "energía" que son "el atavío de una nobleza jamás desmentida" de los Macbeths de pantomima, que produce la zona tórrida, hago para honor del gran pueblo salvadoreño que me recibió fervorosamente una distinción radical. Entre el gobierno opresor oficialmente **intervenido por el imperialismo** y el pueblo admirable por su civismo y su tradicional amor a la libertad.

Y va un comprobante irrecusable de la intervención imperialista: En la página 885 del número de la Revista Cr

rrent History de Nueva York, setiembre de 1927, el senador Henrik Shipstead, miembro de la comisión de RR. EE., historía el célebre empréstito salvadoreño que tiene a ese país prácticamente aherrojado. Y cita, para ilustración, a **The New York Commercial and Financial Chronicle** y **El Diario Oficial** de El Salvador. Copia las declaraciones del Secretario de Estado, Mr. Hughes, en 23 de octubre de 1926, "**definiendo las relaciones oficiales del Departamento de Estado y del contrato de empréstito en cuestión**", señalando como parte esencial de esa declaración de Mr. Hughes, ésta: "**También, a pedido del Gobierno de El Salvador y de los banqueros interesados, la Secretaría de Estado ha consentido en intervenir en el nombramiento del Colector de Rentas**" (interventor fiscal norteamericano). En seguida Mr. Hughes añade que el interventor fiscal tiene que dar cuenta a la Secretaría de Estado enviándole informaciones detalladas de su labor y "**presentando un informe mensual y otro anual**". El senador Shipstead añade (pág. 886, op. cit.) que "Esto significa simplemente que el Secretario de Estado, 60 días después de su discurso en Minneápolis, negando "cualquiera intervención de nuestra parte para supervigilar los asuntos de las repúblicas hermanas", **tomaba él mismo la superintendencia de las rentas fiscales aduaneras de la República de El Salvador**". Y como agregado que interesa a Costa Rica y que es toda una revelación de la influencia de la **United Fruit Co.** en la vecina república, copio líneas precisas y elocuentes del mismo artículo del senador Shipstead: "**Seis millones de los bonos antes mencionados** (**del empréstito de El Salvador) fueron vendidos al Presidente de la United Fruit Co. al 88 por ciento, de acuerdo con el contrato aprobado por el Departamento de Estado**". (Ibid, ibid).

Si esto no es "intervención extranjera" el gobierno salvadoreño está llevando el garrote hasta contra el Diccionario de la Lengua.

¡Qué alegría sentirían los valerosos periodistas de El Salvador si fuera verdad la afirmación que hace el representante del señor Romero Bosque al declarar que "afirma que la prensa de su país no está amordazada". Copio del propio **Repertorio Americano** la carta reciente de 19

de septiembre, siete días después de mi deportación, dirigida a usted por uno de los más brillantes y capaces representativos del estudiantado salvadoreño, cuya firma, para salvarle de la represalia, ha tenido usted el acierto de guardar: "De lo que ha pasado aquí no tengo para qué hablarle; usted debe tener todos los pormenores. Baste decirle que la indignación ha sido grande y que si nada se ha dicho ha sido porque la censura ha llegado a prohibir hasta que se mencionen ciertos nombres. Actualmente estamos nosotros gestionando la circulación de una revista nuestra, de índole más literaria que otra cosa, porque cuando ya estaba tirada la edición y habiendo sido el material previamente censurado se le "antoja" al censor prohibir la revista. Así estamos en este pueblo de grandes gestos diplomáticos y mucha democracia. No temo asegurar que no hay en América Latina un pueblo más carente de libertad de pensamiento que este país de El Salvador". ¿Cómo calificar después de leer este testimonio de uno de los más altos exponentes de la juventud salvadoreña, a quien "afirma que no es cierto que la prensa de su país esté amordazada?" Usted conserva la carta y puede mostrarla a quien lo pida. Es un salvadoreño de honor quien esto afirma confirmando aquella frase lapidaria bien conocida del distinguido escritor colombiano Nieto Caballero, quien escribió que la prensa salvadoreña es, seguramente, "la más amordazada de América".

Y añadamos a esto el testimonio personal: don Alberto Masferrer, figura gloriosa mil veces ultrajada por el gobierno intervenido ha visto en varias ocasiones amenazado de clausura su diario **Patria**. Por haber publicado sin permiso del censor el artículo sobre la Doctrina de Monroe que reprodujo **Repertorio**, así como el Programa Político del Partido Socialista Norteamericano,—que tomó de un diario extranjero—, fué llamado por el censor oficial y tratado duramente. Asilado yo en la Legación de México vino a verme muchas veces para referirme estas cosas y fuí yo el portador de su mensaje doloroso a Costa Rica que ha dado lugar a la invitación generosa que se le ha hecho de este país para librar su vejez gloriosa de la ofen

su cotidiana. El maestro vendrá pronto a Costa Rica y dirá por mí.

Y otros testimonios: Acompaño dos cartas originales que usted conservará para quien las demande, librando, a los firmantes, de las represalias en que tan expertos son los gobernantes del país vecino. De la primera, **mensaje obrero**, me permito copiar estas palabras: **"Maestro y amigo: Indudablemente el Ministro Macho ha obligado al mayordomo de la hacienda salvadoreña a que se te prive del uso de la palabra ante el pueblo que ansía oír tu voz apostólica, demoledora de todos los dogmatismos del dominio imperialista, etc."** Líneas iniciales de una carta viril que traduce la voz de un pueblo indignado y consciente. De la otra carta, sirvan estos párrafos como expresión auténtica del pueblo de Santa Ana, de donde se me envía copia **"de los telegramas que se han dirigido este día al Jefe del Ejecutivo, demandándole una tregua de su viaje forzado que ha causado general indignación en todos los elementos. Crea usted que el pueblo santaneco está decididamente con usted, y que si su presencia tan deseada ya no es posible en esta ciudad, las ideas quedan y germinarán. Estamos y estaremos con usted donde quiera que se encuentre y aquí quedamos laborando con el entusiasmo y patriotismo que la gran causa requiere. Suplicamos a usted no olvidarse de este pueblo que le aprecia en su magnífica labor y darnos sus noticias de donde quiera que llegue para poder calmar la justa preocupación que su violenta partida ha causado en todas las clases sociales"**.

¿Más documentos? Ahí está publicado en México y otros países el magnífico mensaje suscrito por centenares de estudiantes, obreros e intelectuales salvadoreños, dirigido al ministro mexicano en San Salvador, el señor don Juan F. Urquidi, agradeciéndole, **en nombre del pueblo salvadoreño** el apoyo que me prestó, asilándome en momentos de real peligro, de **vergonzosa inconsciencia,** y pidiéndole que expresara al gobierno de México la gratitud de los salvadoreños por esta valerosa demostración de **"la aplicación del derecho de ciudadanía continental"**. Y ahí está, por último, el testimonio de aquel salvadoreño distinguido que se honra con la representación de Costa Rica, el

señor Castro Ramírez, quien, por intermedio del Dr. Sal-vador Merlos, me hizo saber que si la Legación de México estuvo lista para asilarme, **también lo estaba la Legación de Costa Rica.**

El corresponsal de **La Idea** de Quezaltenango en San Salvador publica en el número que acompaño a usted, del 20 de septiembre último, una larga información, cuyos párrafos principales dicen así: **"San Salvador, septiembre 11.—La censura total de la prensa y de las agencias telegráficas no han permitido decir una palabra más acerca de la situación de Haya de la Torre, que el país entero quiere conocer ansiosamente... Haya de la Torre, alojado en la casa del militar peruano instructor del ejército salvadoreño, mayor Iparraguirre, iba a ser extraído para ser embarcado a Nicaragua, cuando la oportuna gestión de la Legación de México impidió este atropello... La actitud de México produjo entre la juventud una magnífica impresión, habiéndose extendido a todo el país la noticia de la intervención oportuna que, seguramente, ha salvado la vida del líder latinoamericanista... Los estudiantes han ofrecido revelar el plan completo que existía de enviarlo a las autoridades americanas, etc."**

Me parece bastante para un lector partidario de mi fórmula de que más vale un hecho que cien argumentos. Me ratifico, pues, en mi carta a usted del N.o 13 de **Repertorio** y con estos testimonios pido a sus lectores releer la rectificación violenta del iracundo funcionario del gobierno del Presidente Romero Bosque. Véase cómo yo estoy firmemente al lado del noble pueblo salvadoreño, víctima de una oligarquía tiránica que gobierna por el estado de sitio, bajo la intervención económica del imperialismo extranjero.

Si fuera necesario más, pido a cualquier lector de **Repertorio** informarse por sí mismo acerca de la dolorosa situación de la prensa salvadoreña y del país en general, demandando directamente una información a los periodistas. Y emplazo a los funcionarios del gobierno que hizo fusilar sin piedad a los que se alzaron contra su opresión el [illegible] de diciembre último, a presentar testimonio escrito, ya sea de don Alberto Masferrer, director de **Patria**, ya sea de

don Miguel Pinto, director de **Diario Latino**, o de los directores de **La Prensa** de San Salvador y **Diario del Pueblo** de Santa Ana, periodistas representantivos del noble pueblo salvadoreño, declarando que no hay censura o mordaza a la prensa de ese pueblo hermano.

Si tal testimonio se alcanzara, sin violencia, yo pondría a disposición de usted, como término de apuesta, para entregar al ganador un Diccionario de la Lengua, lujosamente editado y un tomo de Retórica y Poética de Coll y Vehi, también con tapas elegantes, para que repose sin desdoro sobre la mesa de cualquier despacho burocrático y pueda servir en casos de urgencia.

Y mientras tanto, en mi libro sobre Centroamérica irán documentos y referencias, testimonios y pruebas en los que el lector ha de ver pronto cómo se puede en algunos casos hacer fracasar con energía a los devotos oficiosos de la fórmula volteriana, tan en uso en estas latitudes: "¡Mentid, mentid, que algo queda!"

Muy cordialmente suyo,

Haya de la Torre.

San José, 25 de octubre, 1928.

Nota.—Con la carta del señor Haya de la Torre hemos recibido los documentos a que en ella alude.

*
* *

OPINIONES DE UN HOMBRE DE 30 AÑOS

Hamburgo, 5 de enero, 1929.

Mi querido don Joaquín:

Le escribo ya después de terminado el proceso judicial que comenzó en Bremen y culminó en Hamburgo para salvar la omisión de la visa alemana en mis pasaportes. Felizmente, nobles compatriotas míos, algunos de ellos

miembros del ejército peruano, se apresuraron a venir a en-
contrarme, ayudándome con generoso entusiasmo a solu-
cionar estas dificultades creadas por la irregularidad de mi
viaje y por las pésimas referencias, falsas todas, aunque
generadas en los cubiles yanquis de Costa Rica y Panamá—
que las autoridades canaleras habían enviado presurosa-
mente para dificultarme el viaje.

Pero no todo es Yanquilandia en este mundo, ni to-
dos los peruanos son del tipo del insignificante represen-
tante de Leguía en Costa Rica. Del noble tipo de Ponce,
Santibáñez y Ugarte, los peruanos de San José que usted
conoce, hay otros por el mundo, listos a servir al conciu-
dadano y capaces de rechazar cualquier orden yanqui, por
imperiosa o económicamente tentadora que ella sea.

Los apristas de París están ya noticiados por la pren-
sa de este viaje intempestivo y han telegrafiado expresando
su alegría por mi próximo viaje a Francia. Ofreceré, pues,
varias conferencias en la Maison des Savants de París y
contaré mi odisea centroamericana. No olvidaré a mis no-
bles amigos de Guatemala, El Salvador y Costa Rica, pa-
ra cuyos pueblos siempre será débil mi palabra de sim-
patía y de fe. Y, especialmente, no olvidaré a Costa Rica,
a esa Costa Rica joven y fuerte que son ustedes, que ojalá
lleguen a gobernar plenamente su país un día. Porque con-
tra las afirmaciones irresponsables de los que creen que
un pueblo no puede ser gobernado por un maestro de es-
cuela, hay que responder, con la historia en la mano, que
el más grande Presidente latinoamericano ha sido, sin du-
da, Sarmiento, el argentino, maestro de escuela. Y Calles,
en México, también lo fué.

Sigan, pues llenos de esperanzas aunque el imperialis-
mo y sus representantes de las compañías fruteras compra-
doras de plumas, les insulten. Sigan, porque ustedes son
Costa Rica y ustedes, en su país, representan el espíritu
nuevo y altísimo de la Joven América Latina, antiimperia-
lista y constructiva.

Al salir, ya en viaje, leí un artículo del Lic. Ricardo
Jiménez, titulado **Desinflando un globo de escándalo**, o
cosa así. Desgraciadamente, ese artículo salió a luz tres
días después de mi salida de San José y casi transcurrida

una semana de la iniciación del escándalo por el diario que lo provocó. Por eso no lo contesté, pero habría deseado decir al señor Jiménez que yo no pretendo afirmar que él se había vendido a la United, contra la que tan ardorosos discursos pronunció en otro tiempo, sino referirme al hecho de la venta como entrega de un pedazo de tierra costarricense por no importa qué suma al imperialismo voraz, representado por una compañía que está, por compras sucesivas, acaparando miles de hectáreas de terreno y mermando así la soberanía nacional. Naturalmente, la operación fué **legal**, es decir, de acuerdo con las leyes de Costa Rica, que no defienden al país de la venta de territorio al extranjero, como lo hice notar en mi conferencia de la Facultad de Derecho. Pero esa es mi objeción: entregar un pedazo de tierra por dinero o por nada a las compañías imperialistas, es entregar un pedazo del país.

"Un hombre de 30 años no puede pensar como uno de 60", dice don Elías Jiménez. Menos como uno de setenta. Que se me perdone pensar como uno de mi edad, proclamando el nacionalismo económico y la no venta de nuestras tierras al imperialismo.

Un abrazo.

Haya de la Torre.

*
* *

CHILE Y PERU ANTE LA NUEVA GENERACION

Oxford, University, 8 de abril.

Mi querido señor García Monge:

Unas cuantas líneas para contestar al señor Torres Rioseco, querido conciudadano en América, a su mensaje dirigido a mí desde las columnas de **Repertorio** (Vol. XIV, N.º 10.).

Yo no he imaginado decir que los señores García Calderón, Belaunde, Rivagüero y Compañía "son los propagandistas de la dictadura de Leguía, es decir, están situados a la misma altura de Chocano". No sé, verdaderamente, cómo el señor Rioseco pueda decir: "Usted afirma" eso, lo que acabo de copiar. Permítame el señor Rioseco: Yo no afirmo eso. Yo no afirmo ni que esos señores sean "propagandistas de la dictadura de Leguía", ni que "están situados a la misma altura de Chocano". Si no he tenido la fortuna de explicarme, o si seguimos padeciendo del malísimo defecto de no dar a las palabras su valor exacto y no recoger el pensamiento ajeno con precisión y con veracidad, no lo sé. Pero el señor Rioseco dice que yo **afirmo** lo que no he pensado jamás. (Véase el número de **Repertorio** del 13 de noviembre y la reproducción de esa carta en **Renovación**, de Buenos Aires, enero y febrero, 1927).

Lamento volver, muy a mi pesar, sobre el punto. Pero pido que se lea y se entienda lo que escribo con estricta lealtad al idioma.

Digo en el párrafo segundo de esa carta: "Habla de los señores Calderón y Rivagüero, Belaunde y Compañía, es decir, del estado mayor oficial y pontificio de la clase dominante que representa al partido político llamado Civil, dividido ahora en muchas fracciones, etc."

Digo en el cuarto acápite: "Los señores Rivagüero, Belaunde y Compañía, (no menciono a los señores Calderón aquí) los pensadores del civilismo peruano, están de acuerdo con su correligionario, señor Leguía, en agitar el odio a Chile, etc", y más adelante, en el mismo acápite, digo: "los planes de la clase dominante que, de **distintos puntos de vista** pero colaborantes al mismo objetivo, representan esos señores Rivagüero, Belaunde, Leguía y Compañía, en el Perú". Más adelante, en ese mismo acápite, digo: "Por consiguiente, si con un misticismo intelectualista que creo sincero, se pide opinión a esos "pensadores" del civilismo peruano, (sobre la cuestión chilena, se entiende) sepa el señor Rioseco que contestarán a coro. los Rivagüero y los Leguía, los Belaunde y los Miróquesada, los Pardo y los Rada y Gamio, los Prado y los Chocano, que son patriotas y que su patriotismo no les permite sino odiar a Chile, etc.

Está, pues, demostrado, que es falto de toda verdad decir: "Usted afirma que ahora estos señores son los propagandistas de la dictadura de Leguía, es decir, están situados a la misma altura de Chocano". Repito, no he afirmado ni afirmo eso. Cuido de no confundir la energía y sinceridad de mis juicios, con la mentira. Soy enemigo de mentir, de falsificar, de ser desleal a la verdad, porque me respeto, y respeto la causa en cuyo nombre ataco o defiendo.

Repito que en la cuestión con Chile, todas las fracciones del civilismo se unen, las más opuestas, las más enconadas. Los libros y las opiniones del equilibrista señor Belaunde no difieren de las de Leguía, en este punto. Ni las de Chocano, ni las de Rivagüero. Pero otra cosa distinta es decir que en otros puntos estos caballeros estén de acuerdo y menos que Belaunde, Rivagüero y Compañía sean "propagandistas de la dictadura de Leguía". Cosa por ahora imposible, puesto que justamente están contra ella porque no les da participación en la pitanza presupuestal nacional, que hasta muy entrado el gobierno de Leguía siguió gozando con airosa satisfacción el señor Belaunde. No hay, pues, "cambio violento" en la ideología de los señores mencionados en la cuestión con Chile. Justamente la patriotería es el único nexo que une a las diversas fracciones del civilismo. Todas están de acuerdo en agitar ese tema para mantenerse en el poder político.

Y nada más por hoy. No coincido tampoco, está demás decirlo, con el escepticismo del señor Rioseco. América Latina joven está despertando. No hay pueblo malo ni bueno, sino malos o buenos directores, malos o buenos intérpretes de las necesidades de los pueblos. Creo, además, refiriéndome a Chile, que ese país tiene una de las más homogéneas, capaces y más preparadas clases trabajadoras, y que Chile proletario nos dará alguna vez una gran prueba de sus grandes virtudes. En toda América creo que los pueblos sabrán defender la causa de nuestros países, traicionada por las clases dominantes. Contrariamente al señor Rioseco, soy plenamente optimista y con ese optimismo que forma parte de mi vida trabajo sin descanso y trabajaré hasta que no tenga fuerzas porque el Frente Unico antiimperialista americano se organice, se discipline,

cobre conciencia y fuerza, fuerza efectiva para luchar por la libertad de América Latina.

Y no se alarme el señor Rioseco porque le llamen traidor. A mí me han llamado eso mil veces. "Vendido a Chile" me ha dicho editorialmente la prensa oficial del déspota que oprime y vende al Perú. ¿Qué importa eso? En buena cuenta somos traidores al pasado, traidores a ellos, a los que oprimen y venden. Los luchadores por nuestra independencia de España eran traidores para España y héroes para nosotros. Honradamente hablando, nuestras vidas, nuestras comodidades, nuestra tranquilidad no valen nada frente a la causa de nuestros pueblos. Hay que sacrificarlo todo por eso, y luchar hasta el fin. Para eso somos jóvenes y para eso tenemos conciencia de nuestro deber.

De nuevo un saludo cordial para Ud., señor García Monge, y para el señor Rioseco, con mis mejores votos.

Suyo,

Haya de la Torre.

CAPITULO III

PANAMERICANISMO

MUTABILIDAD DEL PANAMERICANISMO

A poco de haber escrito un artículo sobre los recientes cambios políticos de Haití y Santo Domingo, llega a mis manos una carta interesante firmada por "un lector de Cuba", que no resisto a comentar y responder.

El "lector de Cuba" me dice que merece toda atención el cambio de la política norteamericana respecto de la América Latina, desde la iniciación del presente gobierno federal de los Estados Unidos. "A la violencia intransigente y torva de Mr. Coolidge se opone hoy la política de seda, más respetuosa y más sagaz, de Mr. Hoover, con México, con las Antillas, con la misma infortunada e irresponsable Nicaragua, la política internacional yanqui adopta nuevas formas, menos insolentes, menos brutales". Y más adelante se pregunta o me pregunta, ¿Es que el panamericanismo entra ya en el plano del respeto a la voluntad de los pueblos latinoamericanos? ¿Es que comienza a considerarse como un derecho nuestra soberanía, o es ésta una forma más peligrosa de la habilísima política panamericana de Washington? Para justificar su sinceridad, de la que yo no dudo, agrega: "Como buen cubano y como buen latinoamericano, no he sido, no soy, ni seré panamericanista, porque soy latinoamericanista".

Como " el lector de Cuba" quiere conocer mi opinión, pienso que es buena ocasión para volver sobre el punto que motivó mi anterior artículo sobre Haití y Santo Domingo. Es cierto que se nota un cambio de procedimiento

en la política norteamericana en la América Latina. Es cierto también, que este cambio ha dado lugar a que algunos opinantes poco observadores y en verdad poco conocedores de la historia diplomática de los Estados Unidos —sobre la que hay dos obras recomendables, la de Sears y Villate, para no recordar ya la de Nearing, que todo latinoamericano debe leer—, se hayan declarado panamericanistas. Pero como el ilusionismo es flor de nuestras tierras, porque es flor de tierra caliente que pertenece al reino de la fantasía, creo que nos fiamos excesivamente de lo formal, en éste como en muchos casos.

He leído por ahí opiniones de latinoamericanos, y de españoles norteamericanistas, cada vez más abundantes, que superestiman ciertas declaraciones verbales del gobernante norteamericano sobre "los derechos morales de los pueblos pequeños". Si se revisa con cuidado la historia documentada de la diplomacia de los Estados Unidos, se encontrarán con admirable frecuencia palabras semejantes. El mismo Mr. Coolidge ha hablado puritanamente de los derechos de los débiles, mientras Nicaragua era teatro de una lucha desigual e implacable. Yo creo que los políticos y diplomáticos norteamericanos tienen todo el derecho del mundo para hablar en nombre de Dios, de la Biblia, y jurar ante ésta y aquél, que no tienen para América Latina sino caudales inagotables de amor y de dulzura. Me parece, sí, cuestión diferente que nosotros creamos todo lo que se nos dice y que volvamos a rendirnos mil veces ante las palabras. Las palabras no cuestan nada y las formas no son sino instrumentos. En los pueblos fríos se riñe sin alzar la voz. Molestado una vez el diputado laborista Lansbury, en los Comunes, por una interrupción de la diputada angloamericana Lady Astor, le respondió de acuerdo con las formas de etiqueta parlamentaria: "Suplico a la muy honorable y noble señora que se meta la lengua en la boca". Para alguno de los latinoamericanos que confían en las palabras, no hay insulto a quien se dice "muy honorable y noble". La forma estaba en lo de honorable y noble, el fondo estaba en lo demás. Y esto es característicamente sajón.

Así en cuanto a las palabras, como en lo que se refiere a los procedimientos o tácticas, que también son formas

Es evidente que éstas, hasta lo que va corrido de la presente administración norteamericana, se modifican suavizándose. Es natural que esto nos sorprenda. En algunos casos hasta nos parece gracioso, de gracia, de favor, de merced. Cuentan que un Presidente del Perú, el general Castilla, —un hombre a quien el gran Sarmiento vió en Lima "haciendo la mone, que Darwin dice ser gesto que nos es común con los monos"—, dió una estupenda bofetada a un caballero, a causa de haber éste atacado al cacique en un diario. Y el caballero, inclinándose sonriente, le respondió: "Bien merecida la tengo, Excelentísimo señor" . . . No es cuestión a demostrarse que respecto de los Estados Unidos el caso se ha repetido y se repite en el Perú y otros Estados de la América Latina. Por eso nos sorprende, o les sorprende a muchos, que los yanquis en ciertos casos no nos sigan dando bofetadas, o su equivalente.

De ahí que no sea raro que en este período de suavidad política norteamericana no pocos caballeros de nuestros países se declaren panamericanistas. En uno de sus libros, el propagandista protestante, doctor Samuel Inmann, refiere que un latinoamericano no se quejaba tanto del avance dominador de los Estados Unidos, sino de los métodos usados. Con un ademán conciliatorio, fácil de imaginar, decía al publicista norteamericano: "Todo está en las formas". Entiendo que el doctor Inmann ha sido un activo propagador de la necesidad de mejores formas en las relaciones políticas de las dos Américas. Aparentemente, la tesis del doctor Inmann resulta victoriosa en estos tiempos.

Hay muchos que pensamos que todo está en el fondo. Los cambios de formas, pueden ser convenientes a Norteamérica, pero no resuelven el problema.

Porque el imperialismo no es un fenómeno político. Es un fenómeno económico con proyecciones políticas, que es algo muy diferente. Muy bien ha dicho en un reportaje a "Crítica" de Buenos Aires, el ilustre economista mexicano Silva Herzog, que el imperialismo es un fenómeno económico independiente de la buena o mala voluntad de los hombres. Vale decir, que está más allá del querer y no querer individuales. Es la etapa de la expansión del capitalismo, por ende resultado o efecto de un sistema. Y tomando al

oro como símbolo del capitalismo, recordaremos que Shakespeare hace decir a un paje del "Ricardo III": **"Gold were as good as twenty orators"** (Act. IV. Esc. II).

Lo que nos interesa, pues, no son las palabras de los oradores, sino el problema del oro, de la riqueza, en nombre del que se pueden proferir tantas dulces palabras. Nos interesa saber y no olvidar, que nuestra riqueza está bajo el contralor del imperialismo, que esa riqueza, producida por las manos de millones de trabajadores latinoamericanos, no nos pertenece. Sus beneficios son para el imperialismo, no para nosotros. Nos interesa saber, también, que mientras nuestros países no tienen nada invertido en los Estados Unidos, éstos tienen mucho invertido en nuestros países. Y esas inversiones no se hacen por generoso afán de darnos progreso y ayuda, sino por negocio. El progreso que nos dan esas inversiones y el mínimo beneficio que nos dejan son pagados desproporcionadamente, cuestan caro, se pagan con trabajo y con oro, y se pagan también con libertad.

El panamericanismo, áspero o blando, manso o terrible según las circunstancias, es la política que envuelve, viste y justifica aquella cruda realidad que implica entregar gran parte de nuestra riqueza a cambio de tan poco. En ese desequilibrio económico que supone dar más de lo que se recibe, radica la explotación. Por eso, el imperialismo es desigualdad, es ley del fuerte, es injusticia.

La palabrería circundante, los métodos rígidos o flexibles, brutales o corteses, son **las formas**, en las que no está todo. Lo trascendente es lo que está más allá de las formas. Lo político es el panamericanismo; lo económico, es el imperialismo, y a nuestros pueblos fundamentalmente no les interesa, ni puede interesarles, el panamericanismo más que el imperialismo.

Mientras los pueblos latinoamericanos no resuelvan su gran cuestión económica, no sean dueños de su riqueza, no den lo que deben dar, recibiendo lo que deben recibir, la cuestión permanece irresuelta. Una política más benévola puede hasta implicar un peligro. El de la fábula del lobo llorón que tanta confianza inspiró al cordero compasivo. ¿Qué importarán las lágrimas, si el lobo queda lobo y el cordero, cordero?

Yo diría al "lector de Cuba" que cuando el panamericanismo aparece más generoso, es cuando debemos estar más listos y ganar más terreno.

Berlín, mayo de 1930.

*

* *

EQUIVOCADA DEFENSA LATINA DEL PANAMERICANISMO

En un artículo especialmente escrito para la agencia norteamericana "New World Bureau", el señor Ferrara, embajador del gobierno de Cuba en Washington, sintetiza su defensa del Panamericanismo, contenida en un libro suyo publicado recientemene en París.

El artículo merece la atención de los preocupados, —que somos muchos en la América Latina—, de la debatida cuestión que trata. Interesante ha de ser el libro todo. Pero ya el artículo sumariza el pensamiento central del autor que, según entiendo, es relativamente nuevo en él.

El Panamericanismo tiene apasionados defensores y apasionados atacantes. Más defensores en la América del Norte, donde también se le ataca, y más atacantes en la América Latina, donde, muy en minoría, también se le defiende. En el artículo del señor Ferrara parece excluirse a los que en las Américas combaten al Panamericanismo. Se refiere sólo el diplomático cubano a los antipanamericanistas de Europa, que abundan hoy más que nunca en estos países, ya por la antipatía creciente también hacia la América Latina, interesada o no, pero útil siempre.

El señor Ferrara, al replicar a los críticos europeos del Panamericanismo, usa argumentos que implican una réplica a los latinos y norteamericanos que no son de su opinión. Vale notar sí, que el señor Ferrara, en su defensa, va quizá más lejos que los propios norteamericanos que sostienen el Panamericanismo, —refiriéndome, claro está, a los sostenedores serenos y autorizados—. Pero esta observación atañe más a características psicológicas. El sajón, cuando defiende, cuando niega o afirma, tiene siempre cuidado de ser excesivamente enfático. La misma lengua inglesa pone ate-

nuantes a los ímpetus simplistas. Entre los latinos, la negación o la afirmación son absolutas, son imperiosas, dogmáticas. La mente sajona es más dialéctica, más sistemada. Nuestro razonar es más primitivo, más violento, insurge siempre abultado por el sentimentalismo o la pasión infantil que pesan sobre él y le hacen perder agilidad y altura. Somos así. Y sólo los franceses han logrado desasirse de esas trabas, aprendiendo a medir todo lo que pueda ser demasía de lastre para el vuelo limpio del pensamiento.

La defensa del señor Ferrara es característicamente latina. Exagerada y unilateral. Quizá por eso, por haberse situado en una posición de avanzada extrema, resulte tan vulnerable. Su artículo no revela una actitud serena. En tema como el que trata, es muy difícil erigir defensas lejos de la Historia y de la Economía. He leído otras defensas del Panamericanismo, de plumas norteamericanas, más sólidamente afirmadas. El no participar de una opinión no es obstáculo para apreciar y estimar la contraria. En el artículo del señor Ferrara, —muy claro está—, hay más antagonismo que razonamiento, más partidismo que ideología.

Las intervenciones

Su concepto sobre la intervención —por lo mismo que es tema tan conocido y tan tratado—, se basa en viejos argumentos. "Europa ha practicado el sistema de las intervenciones durante muchos siglos". Todo el sistema político europeo es eminentemente intervencionista". "Sin embargo, la mayoría de los escritores, al hablar de América, consideran la intervención como el peor de los males". Que Europa haya practicado el sistema de las intervenciones durante muchos siglos, no es razón para que el sistema sea bueno. Pudo haber sido, —lo bueno o útil ayer no es siempre bueno o útil hoy, y viceversa, especialmente en política—, pero los resultados de su aplicación contemporánea nos dan el panorama bastante sombrío de la Europa de hoy. Ahora bien, que haya escritores antiintervencionistas en Europa no implica contradicción alguna. No sería admisible declararlas responsables de la existencia del sistema intervencionista. En Europa predominantemente reaccionaria, militarista e imperialista

hay millones de europeos revolucionarios, pacifistas y antiimperialistas. En Europa se han conformado los más insultantes despotismos, pero en Europa han surgido también las más violentas revoluciones. No se puede hablar de una Europa **"standard"** bajo ningún concepto. Y hoy, más que nunca, nada es más difícil que pretender encasillar a Europa dentro de un tipo único de pensamiento político, social, económico, filosófico o religioso. Intentarlo es simplismo y de los más elementales.

"Si las intervenciones han sido útiles a veces", no supone que lo sean siempre. Las andaderas necesarias al niño, resultan traba y trampa para el hombre. Las intervenciones "de ayuda", de los Estados Unidos en la América Latina, han podido servirnos, en dos o tres casos, pero ahora resultan un peligro. El ejemplo histórico que cita el señor Ferrara en su artículo, la guerra de defensa del Perú, Chile, Bolivia y Ecuador unidos contra España, en 1866, es justamente un caso de alianza defensiva que sólo tuvo consecuencias benéficas. Porque combatió y derrotó al enemigo común, sin más consecuencias para los aliados, que la libertad. Caso ejemplar el citado, porque en él quedó demostrado que no necesitamos ayuda de los Estados Unidos, malgrado la Doctrina de Monroe. Y caso ejemplar también, en cuanto a la actitud de la Argentina, protestando contra la invasión de España, lo mismo que habría protestado si la invasión hubiera llegado de los Estados Unidos.

La Doctrina Monroe

Es preciso pensar también —escribe el señor Ferrara— que el Caribe es el punto vulnerable de los Estados Unidos, especialmente después de la construcción del Canal de Panamá. Y reza el antiguo adagio **"primum vivere, deinde philosophari"**. Este argumento corresponde exactamente a uno que escuché en un debate público que sostuve en la Universidad de Harvard en octubre de 1927. Mi opositor el profesor Baxter, afirma lo mismo "la doctrina de Monroe es para nosotros,—los norteamericanos—, razón de vida". El profesor Baxter asentía en la definición "unilateral" que hizo de la doctrina Mr. Hughes en su célebre

discurso de Minneapolis en 1923. Sí, de acuerdo, dig
yo hoy como entonces; razón de vida para vosotros, pe
yo no hablo por los Estados Unidos, sino por la Amé
Latina. Razón de vida es también para el pez grande tra
garse al chico. Y el pez grande, si supiera latín, tambi
diría: "primero vivir y después filosofar". Pero es qu
el señor Ferrara, así como habla de una Europa, única
indivisa, habla de una América que sólo tiene interes
comunes y esto es falso. Falso, como declarar respons
bles del sistema intervencionista existente en Europa a lo
escritores europeos que son antiintervencionistas. Exis
en América intereses comunes, es verdad. Pero existe
también intereses antagónicos. Cuando el señor Ferra
se pregunta "si hay imperialismo económico", él mismo s
encarga de establecer la profunda oposición de intereses qu
presentan las dos Américas que, políticamente, han sid
bien definidas por un internacionalista chileno, como "lo
Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Su

El concepto que el señor Ferrara tiene del imperialis
mo resulta ser muy personal y respetable, pero absolu
mente anticientífico. El diplomático cubano hace una com
paración del comercio de Europa y de los Estados Unid
con la América Latina. Anota que Europa exporta de la
América Latina mucho más de lo que ella importa; en cam
bio, los EE. UU. compran a la América Latina mucho má
de lo que venden". Luego, añade, "el comercio de expor
tación e importación de los EE. UU. con la América La
tina excede un poco más de una tercera parte al comerc
total con Europa". Y, "por estas simples indicaciones"
deduce "que no se puede hablar de expansión económic
como consecuencia de una política absorbente".

Como el método de exposición es arbitrario, debemo
partir del último argumento: la expansión económica n
es, efectivamente, una consecuencia de la política absor
bente. La Historia y la Economía nos enseñan que es jus
tamente lo contrario: la política absorbente está determi
nada por la expansión económica. Es apotegma político y
de legítima estirpe sajona que detrás del comercio va la
bandera. Y detrás de la bandera, añadamos, va el cañón.
Pero estas consideraciones económicas del artículo del

señor Ferrara merecen comentario detenido. Me prometo seguir con el tema en un próximo artículo. La cuestión es interesante y su discusión necesarísima. Aunque sepamos ya que hay un "lenguaje oficial" que responde en cierto grado a una mentalidad oficial también, al tratarse de nuestras relaciones con los Estados Unidos, hace falta, por parte de quienes no hablamos oficialmente, insistir en el planteamiento de nuestros puntos de vista. El artículo del señor Ferrara nos brinda una oportunidad que vamos a aprovechar.

Berlín, julio de 1930.

* * *

Frente a dos imperialismos.—Los errores de una tesis

Dediqué anteriormente algunos comentarios al artículo que el embajador del Gobierno de Cuba en Washington, señor Ferrara, ha publicado, por intermedio de **"New World Press Bureau"**, en defensa del Panamericanismo. Dejando ya las consideraciones del articulista sobre las intervenciones, fase política de su exposición, me parece digno de comentario especial lo que el señor Ferrara afirma sobre las relaciones económicas de la América Latina con los Estados Unidos.

Como el diplomático cubano ha dedicado su defensa, no a los enemigos del Panamericanismo en la América Latina, sino a los escritores europeos que lo impugnan, convienen ciertas aclaraciones previas. Insisto en anotar su error al considerar como opiniones de Europa, de toda Europa, la de los escritores europeos antiintervencionistas y antipanamericanistas. Ese error engendra otros muy notables de su artículo, que tanto en sus consideraciones políticas ya comentadas, como en las que se refieren a la economía, que hoy me propongo comentar brevemente, sitúan la defensa del señor Ferrara en un plano de obvia vulnerabilidad.

Como el señor Ferrara niega la existencia de un imperialismo económico de los Estados Unidos sobre la Amé-

rica Latina, afirmándose en el falso concepto de que "no se puede hablar de expansión económica como consecuencia de una política absorbente", tan anticientífica afirmación implica la negación de un imperialismo europeo sobre la América Latina. Si el señor Ferrara hubiera partido del principio de que existe un imperialismo europeo sobre la América Latina,—como sobre todo el mundo no industrial—, porque el imperialismo es un fenómeno económico consecuencia del capitalismo, habría estado en lo cierto. El profesor norteamericano Moon ha escrito y claramente que "el imperialismo económico es un fenómeno contemporáneo universal que nadie puede negar". Y al profesor Moon no se le puede tachar de "europeísta" ni mucho menos. Pero el imperialismo, o sea la etapa en que el capitalismo se expande sobre los países no desarrollados industrialmente, buscando campos de inversiones, mercados para sus productos manufacturados y zonas de materias primas que la gran industria necesita, no puede medirse unilateralmente por los índices del comercio, como lo intenta el señor Ferrara, ni puede circunscribirse a los Estados Unidos como también parece insinuarlo.

Consecuencias de la Guerra Mundial

Europa inició la expansión imperialista sobre la América Latina. La Europa industrial, se entiende, particularmente Inglaterra. Mientras los Estados Unidos se transformaban de país importador de productos manufacturados y receptor de capitales extranjeros, bajo la forma de inversiones o de empréstitos, en nación industrial, acreedora e imperialista, la América Latina subordinó su economía exclusivamente a la dominación de Europa. Con el crecimiento económico de los Estados Unidos, país que ha alcanzado la etapa capitalista con rapidez maravillosa, se plantea el enfrentamiento de dos imperialismos. El Europeo y el Norteamericano. La Guerra Mundial, tan bien aprovechada por los Estados Unidos, inclina la balanza económica del mundo en favor de Norteamérica. La lucha imperialista por la América Latina, entre Europa y los Estados Unidos, va definiendo la victoria en favor de nues-

su vecino colosal. Es cierto, que aun existen fuertes intereses europeos en la América Latina y es cierto también que, comercialmente, Europa lucha por los mercados latinoamericanos. Pero hasta hoy son los Estados Unidos los que van ganando la gran partida. Y para ganarla,—como el imperialismo es un fenómeno económico con proyecciones políticas—, los Estados Unidos han creado una política, cuyo amparo teórico es la sinuosa doctrina de Monroe y cuyo sistema de acción o de táctica es el Panamericanismo.

El señor Ferrara descubre una verdad "dolorosa" que es como descubrir agua en el mar. Dice que "lo doloroso en esta cuestión es que la estructura latinoamericana es todavía de estructura colonial". ¡Naturalmente! Pero eso no es doloroso. Es simplemente un hecho histórico real que constituye una etapa de nuestro proceso económico. Advirtamos, sí, que cuando el señor Ferrara reconoce que somos pueblos de economía colonial, debiere anotar que hay otros pueblos de economía colonizadora, vale decir, imperialista.

La América Latina,—vieja verdad—, vive la etapa de la economía colonial. Entre otras palabras, su vida económica depende en gran parte de la de los pueblos industriales. Pero el origen de esta dependencia no radica en el comercio como insiste en demostrarlo el señor Ferrara. El comercio, no es en sí la causa de la expansión económica. Tal criterio resulta absurdo en nuestros días. Corresponde a una concepción mercantilista de la historia y,—como es sabido—, la etapa del mercantilismo ha pasado ya.

La causa de la expansión económica moderna es la producción industrial. Es la máquina que domina el capitalismo. Los países donde la máquina ha sido forjada y donde ella convierte las materias primas o "elementos naturales" —según la vieja expresión de Smith—, en artículos manufactureros o mercancía industrial, son los países capitalistas de nuestra época. Como la industria necesita más y más materias primas, las importa de los países donde existen. Como al mismo tiempo necesita vender más y más productos manufacturados, los vende donde puedan comprarlos. Para conseguir el dominio de los países que tienen materias primas y para conseguir en esos países el mer-

cado de venta para sus productos industriales, los países capitalistas tratan por todos los medios de captar a los países no industriales que son productores de materias primas y compradores de productos manufacturados.

La América Latina, que no ha forjado la máquina, que se construye con hierro y carbón,—dos materiales en los que nuestros países no son muy ricos y que los Estados Unidos explotan en abundancia—, ha sido y es hasta hoy zona productora de materias primas y agrícolas y de importación de productos manufacturados. Por eso, después de la independencia de España y Portugal, la Europa industrial,—vale decir Inglaterra—, trató de dominar económicamente a los pueblos latinoamericanos. La superabundancia de capitales y de productos manufacturados y la necesidad de materias primas para el sostenimiento de la industria determinaron la expansión económica de Inglaterra, expansión que la Economía moderna llama imperialismo. Frente al imperialismo inglés, se alzó el imperialismo norteamericano, más moderno en su técnica de expansión como más moderno es en su técnica de producción que el capitalismo inglés.

La lucha de dos imperialismos

Existen, pues, dos imperialismos en lucha por la América Latina, el europeo y el norteamericano. Pero el imperialismo europeo va perdiendo su influencia, mientras el norteamericano la acrece. El comercio,—que el señor Ferrara no ve como forma o modo del imperialismo sino como causa de expansión económica—, es uno de los aspectos o manifestaciones del imperialismo. La lucha comercial entre Europa y los Estados Unidos por los mercados latinoamericanos es una de las más importantes consecuencias de esa lucha imperialista entre los Estados Unidos y Europa, lucha que tiene otras manifestaciones en la batalla por las concesiones,—muy ligada a las tendencias de dominación política sobre nuestros países para la que el Panamericanismo es un instrumento—, y a la sujeción de la vida económica de nuestros estados por los empréstitos.

El señor Ferrara compara los préstamos de los Es-

UU. a la América Latina "que escasamente" llegan a los cinco mil millones de dólares con las deudas de Europa a Wall Street y olvida que la "capacidad de pago" de Europa es infinitamente superior a la nuestra. Por la incipiencia de nuestro desarrollo económico y por la dominación extranjera de las fuentes de nuestra riqueza nacional las deudas de los países latinoamericanos comprometen mucho más gravemente nuestra economía que la deuda de los países europeos.

Finalmente, el señor Ferrara afirma que "una prueba evidente de que la función prestataria no está influenciada por la política", radica en que "las grandes inversiones de capitales nórdicos no han tomado el camino del Caribe y del Golfo de Méjico", sino que especialmente en los últimos años han ido muy al sur. Pero de nuevo hay que recordar que el diplomático cubano ignora que el imperialismo moderno está determinado por la proximidad geográfica. Según tan peregrina teoría, Inglaterra no debiera haber invertido nada en China, teniendo más cerca al Egipto y a Malta. Si el señor Ferrara hubiera leído el notable libro yanqui **"Our Bankers in Bolivia"**, podría encontrar que la emigración de capitales no está sujeta al problema de las distancias. Otro libro de fácil adquisición al respecto es **"Dollar Diplomacy"**,—norteamericano también—, en el que ésta y muchas otras de las opiniones del señor Ferrara encontrarán definitiva refutación.

Berlín, julio de 1930.

*

* *

LOS TRIUNFOS DE AMERICA LATINA EN LA LIGA DE LAS NACIONES

Tonificada por los insólitos acuerdos finales de La Haya, la Asamblea General de la Liga de las Naciones ha tenido este año direcciones más prácticas, en medio de su ya tradicional abundancia de retórica. Los grandes poderes se han presentado menos esquivos que otros años. Mr. Mac

Donald y M. Briand han contribuído a dar a la reunión de Ginebra un ambiente de optimismo.

A la América Latina le ha cabido un papel de cierta importancia dentro de la estricta relatividad que el vocablo importancia puede tener en reuniones europeas, tratándose de nuestros países. Los delegados latinoamericanos hicieron, caso raro, un frente único para conquistar la presidencia de la Asamblea. La oposición europea que enfrentaba al delegado belga, el mismo que presidió la primera reunión hace diez años, fracasó ante la insistencia de los delegados de la América no sajona. Se señaló al doctor Guerrero para el puesto representativo y la victoria quedó asegurada. Es lástima, sí, que el doctor Guerrero diera lugar al comentario burlesco de la prensa europea,—comenzando por el "Times" de Londres—, cuando producida la elección sacó automáticamente de uno de sus bolsillos los papeles que contenían "su improvisación" para agradecer una elección que era táctico y hasta de buen gusto no dar por esperada. Pero el doctor Guerrero quiso estar muy seguro de hacerlo todo bien en el alto puesto y preparó su discurso de gracias en cuartillas numerosas y laboriosamente preparadas. El "Times" refiere que la sonrisa y hasta la risa fueron generales. Europa no perdona estos detalles, menos aún tratándose de un señor venido de los trópicos. Pero, sea como fuera, los delegados latinoamericanos quisieron proceder unidos para conseguir el puesto, no para el doctor Guerrero ni para El Salvador, sino para la América Latina. Si el favorecido no mostró elegancia y *savoir faire*, los delegados latinoamericanos no se declararon culpables de la falta. Además, el señor Guerrero, en medio de su felicidad, no pudo notarla tampoco. Orondamente golpeó al siguiente día el mazo del alarife sobre la piedra angular del futuro palacio de la Liga de las Naciones y orondamente dijo un discurso que, "a pesar de los magnavoces, nadie pudo oír", según el "**Manchester Guardian**" (Sept. 13). La novelista Rose Macaulay que ya ha ridiculizado a los delegados latinoamericanos en la Liga de las Naciones en una de sus novelas, tendrá tema para algún próximo libro. El señor doctor Guerrero no lo leerá y el mundo no ha de cambiar por eso. Mientras tanto la América Latina ha

lo único que podía hacer en una asamblea donde sólo interesaba oír las voces de los dioses mayores del olimpo político europeo, conquistar la presidencia y recibirla por manos del doctor Guerrero de manos del presidente anterior, un delegado de Persia!

Mr. Mac Donald interesó a la asamblea como en 1924. Expuso su plan de política gubernamental con respecto a Europa y anunció el progreso de sus gestiones en favor de la limitación naval. Monsieur Briand, como era esperado, anunció su plan de Federación de Europa. En un discurso posterior, anatematizó la guerra y lanzó una invocación a las mujeres en especial para que no se preparara a la generación joven en la devoción de la guerra. Hablando del Pactor Kellogg, dijo que si era una barrera moral contra la guerra, no tendría efecto sin sanciones. Monsieur Briand es más partidario del Pacto de Ginebra que de aquel maquiavélicamente facturado en Washington para impedir la guerra de cualquier poder, menos, en la práctica, las que Washington ordene sobre la América Latina. Porque esas no son guerras aunque se mate y se invada, sino saludables "interposiciones temporales", según las calificó Mr. Hughes en La Habana.

De la discusión sobre los remedios contra la guerra resalta como más práctico, el discurso de Mr. Henderson, Secretario del Foreign Office inglés. Mr. Henderson formuló una moción expresando la satisfacción de la Liga por la general aceptación del Pacto de París, Briand-Kellogg, abogando por los medios pacíficos para la solución de conflictos entre las naciones y planteando la revisión de los artículos 12 y 15 del Pacto de Ginebra o de la Liga de las Naciones. Mr. Henderson habló por Inglaterra, por Francia, por Italia, por Bélgica, por Chile y por Dinamarca, adheridas a su moción que contaba, según dijo, con la "simpatía aprobatoria" de Alemania.

Herr Stresseman dió, como casi siempre en reuniones anteriores, la nota realista en su discurso a la asamblea de la Liga. Con una cautela que es característica de la diplomacia alemana de estos tiempos, esquivando toda arrogancia y todo rozamiento, Herr Stresseman propuso a la Liga un nuevo programa más constructivo y más sincero.

En suma, Herr Stresseman dijo que todo lo dicho en la asamblea en favor de la paz y de la armonía europea era muy bello, pero preguntó si todas aquellas magníficas especulaciones llevaban la intención honesta de convertirse en acción. Herr Stresseman declaró su simpatía por la moción de Mr. Henderson, pero dijo que modificar los artículos 12 y 15 del Pacto de la Liga no era suficiente para garantizar la paz perenne. Otros artículos del Pacto deben también revisarse. Armonizar el Pacto de la Liga con el Pacto Kellogg está muy bien, piensa el diplomático alemán, pero los cambios propuestos por M. Briand no son los mejores. Alemania busca formas prácticas de rehabilitación y su diplomacia, duramente experimentada en los últimos años, no esquiva ningún medio.

El plan de M. Briand para la Federación de Europa suscitó en la Liga, como en toda Europa, diversas opiniones. Sabido es que M. Briand lanzó el proyecto y dejó que se reservara por un año para discutirlo mejor y bajo mejor ambiente. Sabido es también que el sagaz ministro francés dejó bien entendido que la Federación de Europa no implicaba un frente único contra la Federación norteamericana. Empero, Rusia, por boca de su Comisario de Relaciones Exteriores, ha hecho una declaración semioficial que desde nuestro punto de vista es un paso en falso. Litvinoff ha declarado que no se unirá a la Federación proyectada, porque Rusia no quiere hacerse solidaria de un plan de agresión contra los Estados Unidos. Este amor ruso por los Estados Unidos resulta cosa nueva y la declaración que anoto habría merecido censuras soviéticas si hubiera salido de cualquiera república pequeña de la América Latina presionada por Washington. Si Litvinoff hubiera dicho que la Federación prepara un ataque contra Rusia, habría estado más acertado. Su declaración de solidaridad con el gobierno más imperialista de la tierra resulta una sorpresa.

Empero, los comentarios del plan de M. Briand en Ginebra han sido ya dignos de atención. Uno de los delegados ingleses, Mr. Graham, que formó parte, y parte importante de la delegación en La Haya, planteó la cuestión económica de la Federación. Sus argumentos acaban de ser repetidos más ampliamente en Oxford hace dos días.

Mr. Graham propone la formación de los Estados Unidos de Europa sobre meras bases económicas. Comparó la posición de los Estados Unidos de Norteamérica con la posición actual de Europa. Mientras en América existe el mercado libre entre todos los Estados de la Federación, en Europa el nacionalismo económico se ha intensificado desde la guerra. La formación de los Estados Unidos europeos, según Mr. Graham, debe, pues, ser ante todo unión de mercados. Los Estados Unidos de Europa no deben unirse para luchar contra los Estados Unidos de Norteamérica. Gran Bretaña, dijo el delegado socialista inglés, no se adheriría jamás a un plan federal ajeno a los principios pacifistas de la Liga de las Naciones. Concretando su proposición, Mr. Graham planteó un proyecto: que los países europeos se comprometan a no levantar sus tarifas del nivel existente, por dos años, y que se estudie un plan para reducir después esas tarifas.

Y he aquí, en síntesis, lo más notable de los debates de la Liga de las Naciones en su última asamblea anual. Dentro de su platonismo y su retórica, la Liga parece tomar direcciones más prácticas, de acuerdo con los fines ideales que se propuso realizar. Empero, observando más atentamente el proceso de la política europea actual se descubrirá que el ambiente de optimismo que parece envolverla tiene sus definidas causas económicas. El lenguaje pacifista de hoy no es lenguaje nuevo. En 1913, podían oírse también estas magníficas exposiciones de planes contra la guerra. Lo real es que Europa no puede pagar una nueva guerra por ahora. Consecuentemente habla de paz. De otro lado, la unión europea sobre las bases del sistema de colonización económica impuesto por el Plan Young, está prácticamente hecha. Consecuentemente se habla de Federación. M. Briand, en el Gobierno de Francia, y Mr. Mac Donald, en el Gobierno de Inglaterra, son tan oportunos para sus respectivos países como lo fué Mr. Wilson en el Gobierno de Norteamérica para la participación de los Estados Unidos en la contienda europea. La obra individual de estos líderes, que pueden ser sinceros individualmente en sus propósitos políticos, está favorecida y permitida por la realidad del momento histórico en que viven. Europa necesita paz

para rehabilitarse y los Estados Unidos necesitan paz para hacerse más fuertes. Consecuentemente se habla de paz. Cuando las condiciones económicas determinen la necesidad de la guerra, se hablará de guerra. Entonces vendrán otros líderes tan sinceros como éstos y el ambiente los hará sus intérpretes. Mientras eso ocurra, Mr. Mac Donald y M. Briand son héroes de la armonía y "leaders" de la cordialidad internacional. Mr. Mac Donald, execrado y anatematizado en Inglaterra durante la guerra por sus opiniones pacifistas, es hoy el líder político de más fuerza en su país. Sus proyectos de desarmamento concuerdan con las necesidades de la economía inglesa y con las de la economía norteamericana. Por eso, cuando este artículo se publique, Mr. Mac Donald habrá recibido en su viaje a los Estados Unidos las aclamaciones fervorosas de las multitudes que hace diez años le habrían llamado traidor.

Ginebra, septiembre de 1929

* * *

EL PUEBLO NORTEAMERICANO COMIENZA A LIBERTARSE DE LA TIRANIA DE LA PRENSA ALQUILADA, Y ABRE LOS OJOS ANTE LOS PELIGROS DEL IMPERIALISMO

La primera impresión

En este primer mes de mi segundo viaje a los Estados Unidos he podido percibir un cambio interesante en la mentalidad de las gentes que piensan aquí: comienzan a interesarse por América Latina y comienzan a temer por las consecuencias de la política imperialista de Washington en nuestros países. La voz de los intelectuales va dejándose oír y nuestra voz desde América Latina—la voz de la nueva generación—, penetrando los muros hasta hace poco infranqueables de la opinión facturada por la propaganda imperialista de la prensa y del cinema, instrumentos de los sindicatos todopoderosos del capitalismo. Hasta hace po-

co la única voz latinoamericana que en este país tenía autoridad era la voz de los diplomáticos latinoamericanos "que nunca abren la boca", según la gráfica expresión de un prominente hombre de Washington. Pero la voz de esos diplomáticos, agentes de gobiernos vendidos al imperialismo, comienza a sonar a hueco, a sonar a cosa pagada, convencional y mentirosa.

Nicaragua, llamado a la conciencia honrada del pueblo yanqui

Nicaragua, y el descarado ataque que Wall Street y la Secretaría de Estado fraguaron a principios de este año contra México, han sido tan brutales ataques a los más elementales principios de la ley internacional, tan cínicas maquinaciones de los imperialistas, que han despertado una verdadera reacción entre las gentes capaces de comprender los peligros que entraña lanzarse a exterminar y a apropiarse de más tierras al sur de Río Grande. Los diarios no han podido disimular la gravedad de esos ultrajes.

Las palabras de Borah

Borah me ha dicho en Washington que fué la opinión pública norteamericana la que impidió la guerra con México hace un año más o menos. "El pueblo norteamericano es "all right", me ha dicho, y sólo son unos cuantos los que conducen esta política loca contra la soberanía de los pueblos de América Latina". Pero ha agregado: "es necesario todavía dar a conocer aquí la verdad; es preciso contrarrestar la propaganda oficial de aquí y de allá que favorece la política contra la independencia de los países latinoamericanos". Oyendo a Borah se percibe al hombre que debe sentirse solo en su gran lucha. Solo no únicamente porque sea el luchador aislado en medio del oficialismo burocrático, pesado e imperialista de Washington, sino porque el oficialismo latinoamericano, el oficialismo y la diplomacia arrodillados ante la Secretaría de Kellogg están

listos a tomar el lado opuesto a Borah antes que apoyarlo. Yo no me equivoco al decir que en el gesto de ese hombre adiviné un desprecio profundo hacia las oligarquías latinoamericanas y sus representaciones en Washington.

Borah quiere ver las cosas por sí mismo

Borah es un liberal que ha tomado la cuestión latinoamericana con ardor y con tenacidad. Tiene ansiedad de informarse. Para informarse mejor está aprendiendo español, a pesar de su edad. "Ya lo leo", me ha dicho con un gesto plácido de su rostro dantoniano. "Pero quiero ver las cosas por mí mismo". Y, entonces, me ha hecho una confidencia, que probablemente al publicarse este artículo ya habrá dejado de ser secreto: "Quiero ir a América Latina, México y Guatemala el mes próximo". Cuando yo le he preguntado por qué no iba a Sudamérica, me ha respondido que desgraciadamente no tenía tiempo; "quiero ir hasta Guatemala porque deseo ver las cosas yo mismo".

Borah simpatiza con la propuesta de tres representantes latinoamericanos en Nicaragua

En la Conferencia de Asbury Park el señor Tijerino, conservador nicaragüense que ante la monstruosa traición de su correligionario Adolfo Díaz se ha retirado del Partido, ha propuesto la representación de tres latinoamericanos,—representación no oficial—para que en nombre de la opinión pública de nuestro país supervigile las elecciones de Nicaragua en 1928 y vaya antes de esa época a darse cuenta de la situación. Borah me ha declarado que apoya la idea. "Los latinoamericanos deben estar representados en Nicaragua y yo he sostenido ya esa idea en un artículo escrito el año pasado para una revista latinoamericana y la sostendré hasta el fin". Instituciones como The Fellowship of Reconciliation y grupos de nicaragüenses aquí, se han hecho eco de la iniciativa. Una representación, no oficial, libre de la influencia de Washington que tiene ma-

siliados a los gobiernos latinoamericanos, debe ir a Guatemala, declaran. Esa comisión representará la opinión pública de los pueblos de nuestra América y se unirá a las comisiones no oficiales de Estados Unidos.

La comisión no oficial de norteamericanos a Nicaragua

The Fellowship of Reconciliation que preside Paul Jones, el famoso clérigo destituído durante la guerra por sus ideas pacifistas, está agitando la opinión pública de este país para que comisiones no oficiales de Norteamérica y de América Latina vayan a Nicaragua premunidas de las más amplias garantías. The Fellowship ha designado ya tres miembros que irán en octubre a una investigación previa. De otro lado los cuáqueros, la famosa orden religiosa no conformista, la única orden religiosa extranjera permitida por Rusia en territorio soviético, enviará dos de sus mejores representativos a Nicaragua a fines de este mes.

A estas comisiones no oficiales, los nicaragüenses reclaman que se una otra de latinoamericanos que verdaderamente representen la opinión pública y que estén alejados de la perniciosa influencia oficial.

La fuerza de la opinión pública latinoamericana

Conversando con un técnico latinoamericano en Washington, le he preguntado si aquí se estimaba en su verdadera fuerza a la opinión pública latinoamericana respecto de la cuestión de Nicaragua y del imperialismo en general. Me ha respondido que sí. Me ha dicho que no puede escapar a la observación de Washington que sólo tres de los menos importantes países de América Latina han seguido a los Estados Unidos en el reconocimiento oficial del gobierno de Adolfo Díaz. Diecisiete han quedado en silencio y el técnico, sonriente, agrega: "no porque no estén más o menos,—la gran mayoría—, bajo la férula de la Secretaría de Estado, sino porque temen a la opinión pública de sus países. Nosotros sabemos que jamás se ha mostrado

más solidaria América Latina que desde enero último". Y luego me ha confirmado en la opinión de que la fuerza de la opinión pública latinoamericana comienza a penetrar en los Estados Unidos, muy levemente todavía, pero ya dejándonos sentir, y que esa fuerza está reduciendo el poder y la autoridad del oficialismo latinoamericano profesional de la adulación.

El rechazo del Tratado de Panamá

Otra demostración de la fuerza de la opinión pública latinoamericana, bien sentida en este país, es la del rechazo del Tratado entre Panamá y los Estados Unidos, omi-noso plan imperialista. El técnico de Washington y mucha otra gente informada me han dicho lo mismo: "la solidaridad latinoamericana ha derrotado el Tratado". Bien sabido es que aquí el oficialismo panameño está de rodillas, pero la presión del pueblo de Panamá y la franca solidaridad de la opinión pública latinoamericana con el pueblo panameño han conseguido una victoria para la soberanía de aquel país. Así lo entienden las gentes aquí, aunque el Secretario Kellog, para no darse por entendido, ha culpado del rechazo a la propaganda europea en América Latina, lanzándose un dardo a Sir Austen Chamberlain. Pero, eso no es sino recurso diplomático. Tras esa falsa interpretación, las narices del Tío Sam huelen bien la realidad.

El frente único contra la adulación oficialista

Para los intereses de América Latina es necesario ser infatigable en descubrir la verdad al pueblo de los Estados Unidos y acusar al oficialismo de nuestros países de traición al sentimiento de nuestros pueblos. Mientras no logremos demostrar a la opinión pública norteamericana que los oficialismos criollos y sus diplomacias complacientes son tan enemigos de nuestros pueblos como las oligarquías imperialistas de Norteamérica, no habremos presentado nuestro

problema tal cual es. No distinguir entre lo que es el pueblo latinoamericano y lo que es su clase gobernante, sus oligarquías, sus gobiernos y tiranías impuestos, es no dar el paso inicial y necesario para el gran plan de defensa de nuestros países ante la opinión pública norteamericana que puede y debe ser nuestra aliada. Desacreditando la voz del oficialismo latinoamericano desacreditamos uno de los grandes apoyos del imperialismo. Cuando el Secretario Kellog quiere decir algo contra los intereses de América Latina, hace hablar a uno de sus títeres. Cuando quiso protestar de las declaraciones de Morales, el delegado panameño en la Liga de las Naciones, Mr. Kellog dijo que nada tenía que objetar, pero Mr. Chiari, Presidente de Panamá, desmintió a Morales, le desautorizó. La jugada está clara. Mientras hipócritamente Mr. Kellog se lavaba las manos, ordenaba por telégrafo a su lacayo panameño, desacreditar la acción de Morales. En este pequeño y fresco incidente no tenemos sino uno de los mil que ocurren cada semana. La opinión pública aquí, ignorante de la verdad, cae en el lazo. Si dijéramos bien alto quién es Chiari, como se ha dicho y se sabe ya quien es Díaz, entonces la opinión pública comenzaría a dudar de Kellog en la cuestión panameña, como ha dudado y duda ya en la cuestión nicaragüense.

Todos los Adolfos Díaz deben ser descubiertos

Viviendo en este país nos reafirmamos en la necesidad de esta obra de saneamiento. La opinión pública latinoamericana debe dejarse sentir unánime, solidaria, altiva y constante. El oficialismo criollo debe ser desacreditado. Todos los Adolfos Díaz de todas las Nicaraguas, deben ser desenmascarados. Los de Venezuela y los de Perú, los de Cuba y los de Santo Domingo, los de la inmensa mayoría de nuestros países desventurados porque los gobiernan oligarquías ignorantes y corruptoras. Desacreditando a esos oficialismos ante la opinión pública norteamericana, lograremos poner barreras indirectas a los empréstitos que suscribe el burgués o pequeño burgués crédulo, y lograre-

mos que este país, infectado de literatura imperialista por la prensa hipotecada, oiga al fin el llamado de la conciencia latinoamericana. Mientras no nos convenzamos de que es preciso actuar, actuar por todos los medios, para defendernos del imperialismo en América Latina, no haremos sino contribuir indirectamente al progreso del enemigo en nuestros pueblos. Por eso, un Frente Unico es necesario. Por eso, seremos infatigables en proclamarlo.

Baltimore, noviembre de 1927.

* * *

LA CONFERENCIA NAVAL DE LONDRES Y LA AMERICA LATINA

Los alemanes están demostrando que tienen los políticos más agudos de Europa. No en vano cuentan con una larga experiencia, enriquecida por duras situaciones. La guerra, y más que la guerra, la derrota, —esta larga derrota en la que al cabo van resultando vencedores—, les ha enseñado con sangre a ver bien sus propios intereses y a saber mirar con certeza los ajenos. Lo mejor, lo más valioso de lo aprendido por los políticos alemanes de postguerra, ha sido sin duda comprender lo inútil de todo romanticismo. Después de los rusos, los políticos alemanes son hoy, sin duda, los más realistas, los más libres de todo artificio sentimental. Los políticos ingleses —viejos maestros del maquiavelismo— van perdiendo su plano de directores ejemplares en la ciencia difícil de saber usar de todos los medios para justificar el fin. El laborismo usa de sentimentalismo excesivo y no sabe, como en los tiempos de Pitt, de Gladstone o del sobreviviente Lloyd George, hacer bien el papel del que alza hacia el cielo la diestra, en gesto patético, mientras que la siniestra se mueve "siniestramente", de acuerdo con su nombre. Esta dualidad —que es evangélica por aquello de que la mano derecha debe ignorar lo que hace la izquierda—, no es hoy tan manifiesta en la política británica y nos da un síntoma de se

evidente decadencia. Pero la derrota enseña a los pueblos fuertes. Y si España, para dar un ejemplo indiscutible, sigue viviendo el desorden formidable que le produjo la libertad de América, Alemania hoy, como la Inglaterra mermada por la separación norteamericana, no se rinde ante el fracaso y, antes bien, aprovecha la lección y busca nuevos caminos para saber ver mejor sus propios problemas.

Un camino, para los estudiosos de los problemas políticos de este país, camino realista y a tono con los tiempos, es el de no desvincular a Alemania y sus grandes cuestiones de las del resto de Europa y del mundo. Alemania ha perdido todas sus antiguas colonias, pero aquí se estudian siempre con interés muy vivo los problemas coloniales. Alemania ha perdido también su ejército y su marina, pero aquí se estudian apasionadamente los problemas militares y navales de estos tiempos. Todos los movimientos políticos de las potencias vencedoras preocupan a Alemania y todos se estudian con profundo interés. Agreguemos que desvinculada Alemania de los problemas mismos, puede estudiarlos con mayor imparcialidad.

La Conferencia Naval de Londres ha despertado, desde el primer momento, especial atención a la prensa alemana. Con más libertad que los ingleses, franceses y norteamericanos, los estudiosos alemanes de política internacional saben ver más a fondo y, sobre todo, pueden expresar más claramente la realidad del complicado problema de las limitaciones navales. Los mejores artículos políticos sobre la Conferencia Naval de Londres que se han escrito en Europa son, hasta hoy, alemanes. Las opiniones más originales, más avanzadas, más agudas les pertenecen. Las invocaciones sentimentales de Mr. Mac Donald y las declaraciones pacifistas de los norteamericanos, no engañan aquí a nadie. Empero, esto no es todo. Para el observador inexperto, la Conferencia Naval de Londres tiene un significado limitado al radio de un posible conflicto entre las grandes potencias europeas, los Estados Unidos y el Japón. Para los expertos alemanes, la Conferencia Naval de Londres tiene, sobre todo, la significación económica de una lucha de las dos potencias anglosajonas por el dominio de la América Latina.

"En el fondo de la Conferencia Naval de Londres, no hay sino una lucha anglosajona por la América Latina", es, en síntesis, la opinión más original, más documentada y más autorizada de la mejor prensa de Alemania. Y la opinión predominante entre los ingenuos y sentimentales políticos latinoamericanos, me la sintetizó hace pocos días un caballero muy leído de nuestras tierras, que presume de saber mucho de Derecho Internacional: "No se me había ocurrido que nuestros países fueran el verdadero objetivo de esta disputa de los armamentos en Londres, pero veo ahora que estos alemanes tienen razón y que nosotros andamos muy lejos de la realidad". Y así es y así ha sido siempre, porque nuestros políticos, nuestros "expertos", nuestros diplomáticos, en una proporción de 9 a 10 desconocen casi absolutamente la realidad de los problemas latinoamericanos y su verdadera significación en el mundo.

Pero esta verdad no necesita discutirse ni demostrarse. Retorno, pues, a recoger opiniones representativas de la prensa alemana sobre la conferencia de Londres. En el **"Lokal Anzeiger"**, diario de gran circulación de Berlín, se publicó el 4 de marzo un artículo expresivo, que firma Hanz W. Fell, y bajo el rubro de "Política Pacifista de Conquista", se analiza —con motivo de la Conferencia de Londres— "el sentido ofensivo de la doctrina de Monroe".

El articulista recuerda que es absolutamente falso "en la corta historia de los Estados Unidos", que sea una nación "esencialmente dispuesta a la paz, que repele todo imperialismo de conquista". Cree que es falso también, que la grandeza de los Estados Unidos se deba únicamente al factor económico. Recuerda que si a "todo pueblo es inherente el afán de extender su poder y el área de su comercio", los Estados Unidos no han realizado su obra de expansión, únicamente por medios de paz, tal como lo proclaman. "Una gran parte del territorio sobre el que hoy flamea la bandera de las barras y de las estrellas ha sido conquistado por la fuerza, por medio de guerras de sorprendente brutalidad". Y agrega: "Donde ha llegado el tiro dorado del dólar, ha sido seguido por las granadas de acero. Así fué con Texas y California, así fué con Cuba y las Filipinas, y así se explican también las razones que tre-

jeron la intervención de los Estados Unidos en la guerra europea, que si bien es cierto no le produjeron aumento en su territorio, sí les dió la indiscutible situación de primera potencia mundial".

Luego el articulista remarca que, "mientras en Londres los diplomáticos y almirantes de las grandes potencias navales tratan de asegurar las mejores posiciones para sus respectivos países, sin herir demasiado los sentimientos pacifistas predominantes en nuestros tiempos, aparece una pequeña llama, al otro lado del mar. En la república "negra" de Santo Domingo se enciende una de las repetidas revoluciones de opereta, por el usufructo de la Caja Fiscal". "Pero apenas los insurrectos hacen pública su rebeldía, ya un crucero norteamericano se acerca a la isla y prepara sus tropas de desembarque."

El articulista estudia en seguida la situación estratégica de "la cortina de islas del Mar Caribe": Cuba, Haití, Santo Domingo y Puerto Rico constituyen la avanzada del poderío de los Estados Unidos ante Panamá, el Suez latinoamericano. "Nunca permitiría Wáshington en esas islas el menor movimiento de independencia, y los cubanos, por ejemplo, tienen que haber comprendido muchas veces que no fué por la independencia de Cuba por lo que los cruceros norteamericanos hundieron los malos buques de madera españoles que mandaba Cervera."

El articulista remarca que las Antillas no están libres todavía del dominio británico y dice que Norteamérica "siente como un dardo en la carne" que en su región antillana flamee todavía la bandera inglesa en Jamaica y "lo que es más grave estratégicamente", en la Guayana Inglesa. Por eso, "no es obra de la casualidad que con motivo del movimiento de Santo Domingo corriera por la prensa mundial el rumor — desmentido inmediatamente — de que un crucero inglés había recibido orden de hacerse a la mar rumbo a la isla revolucionaria."

Para el articulista, "la posición de los Estados Unidos en las Antillas debe considerarse en la política mundial más que como un medio de necesaria defensa, "como un trampolín". La Doctrina Monroe no tiene "de ninguna manera un exclusivo sentido defensivo". La historia de Panamá,

de Centro América y "la lucha sangrienta contra México" demuestran que los Estados Unidos quieren avanzar más y más en la América Latina. Por eso la lucha entre las dos grandes potencias anglosajonas, surgida desde la guerra europea, tiene su verdadero campo en la América Latina; aunque esa *lucha* sea "por el momento una lucha comercial". Pero es esa lucha la que está en el fondo de la Conferencia de Londres.

"¿Quién llevará la delantera?" El articulista responde a su autopregunta que no es posible decirlo todavía. Para **Wall Street** resulta ya muy estrecho el inmenso territorio que media entre Nueva York y San Francisco. Por eso sus anhelos de expansión se desplazan sobre la América Latina que los norteamericanos consideran "como dominios dados por el mismo Dios", y es esta idea la que se empeñan en inculcar en la opinión pública.

"Y—agrega el articulista—es innegable lo que se puede leer entre líneas del protocolo de la Conferencia de Londres, por los verdaderos conocedores", que en estos tiempos pacifistas "son los buques de guerra y las escuadras de aire los más poderosos argumentos que se pueden sacar cuando fallan las operaciones de bolsa y la política aduanera".

El articulista termina insistiendo en la "enorme importancia" que para Alemania tiene la lucha de las potencias anglosajonas por la América Latina. "Los pueblos latinoamericanos son unos de los pocos mercados en donde se aceptan gustosamente y en gran cantidad los artículos de fabricación alemana". Aclara que las intenciones de Alemania hacia la América Latina "son económicas y no políticas". Y por esta razón pertenecen los pueblos latinos de América a los "pocos verdaderos amigos con que cuenta el pueblo alemán". Y cierra el artículo declarando: "Nosotros tenemos el más grande interés porque esos pueblos conserven su independencia, pues de lo contrario nos podría suceder que un día nos cerraran la puerta de sus mercados en las narices".

Y aquí vale recordar el refrán: A buen entendedor, pocas palabras.

Berlín, marzo de 1930.

CAPITULO IV

POLITICA — ECONOMIA — REVOLUCION

LOS TECNICOS EN LOS GOBIERNOS

La prensa y las gentes de Europa, interesadas en los problemas latinoamericanos, han comentado con sorpresa y con elogio la parte del discurso del nuevo Presidente de México, que invoca la necesidad de los técnicos en el gobierno. La declaración no se esperaba. Los europeos piensan generalmente que los latinoamericanos, como latinos y como americanos, de una América agrícola y por ende indesarrollada y semiprimitiva, no concedemos a la técnica ningún valor. Piensan—especialmente los sajones—que el latino confía demasiado en sus cualidades psicológicas de improvisador y que la imaginación pretende en nosotros salvar a vuelos los abismos muchas veces infranqueables de la realidad. Como se cree mucho aquí, que en la América Latina vivimos la historia heroica y amamos los episodios brillantes y las victorias teatrales, coligen que nuestros hombres representativos son los generales arrogantes, los caudillos románticos, los tiranos brutales y los hombres de gesto. Por eso es raro, muy raro, que las declaraciones de un político latinoamericano merezcan comentario en Europa. Siempre traen las mismas palabras. Siempre hablan de progreso, de bienestar, de la "felicidad de la patria", pero nunca puede descubrirse en la brillante aunque gastada envoltura de esta retórica fácil, algo concreto que indique sistema, método, acción coordinada y orgánica. La diferencia entre el político moderno de Europa y los latinoamericanos, está fundamentalmente en la falta de capacidad de

apreciación de los factores económicos que mueven la historia de los pueblos. Para los pueblos avanzados, el individuo es un medio, un instrumento, un intérprete. Para nosotros—para la mayoría de nosotros—nuestros pueblos se mueven por la voluntad de un hombre y es éste el responsable de sus éxitos y fracasos. Este concepto, naturalmente, tuvo su época en Europa. Corresponde a la Europa precapitalista y feudal. Pero ha sido justamente el progreso de la técnica, el avance de los sistemas económicos, lo que ha creado el concepto social de la historia. Así lo señalaron bien los filósofos y economistas del siglo XIX, ante la realidad del capitalismo cuya negación y continuidad es el socialismo científico.

Cuando se oye hablar desde un solio presidencial latinoamericano de la necesidad de un gobierno de técnicos, las gentes de Europa se sorprenden. Conviene advertir que no les falta razón. Cada vez que en Europa se sabe de un "glorioso aviador" latinoamericano que comanda su máquina en vuelos prodigiosos, la gente se pregunta: ¿quién hizo la máquina? Para la mente europea el manejo de una máquina perfecta no es tan importante como fabricar esa máquina perfecta. El manejo excelente de una máquina es en verdad un mérito, pero un mérito individual casi siempre. El crear la máquina es algo diferente. Es mérito que no se improvisa y que no corresponde a un individuo. Hacer la máquina es tarea social. Mover la máquina no. La técnica de un buen aviador, de un buen maquinista, de un buen piloto, no es tan difícil como la técnica de forjar el aeroplano, la locomotora, el automóvil, etc. Y buen conductor de máquinas implica técnica, pero técnica de valor secundario si la comparamos con la técnica fundamental de inventar y construir la máquina.

En todos los órdenes de la actividad social, la técnica tiene estos dos aspectos bien diferentes: usar técnicamente del instrumento técnico y crear o inventar el instrumento. La confusión de estos dos aspectos bien distintos de la actividad trae generalmente confusiones. En América Latina no hemos creado hasta hoy técnicas propias de ningún orden. Y así como un indio, después de pocas lecciones puede manejar un tractor, un automóvil o una hilandera me-

diversísima, el problema se complica cuando tratamos de que ese mismo indio construya el tractor, el automóvil o la hilandera. Por eso, pueblo que maneja máquinas que no hace, no es pueblo industrial, ni es pueblo que haya creado una técnica propia. La técnica del manejo, se improvisa; la de la forja sólo es producto de la evolución.

La técnica en el gobierno, y el gobierno de los técnicos, es también asunto que supone o técnica de manejo o creación de una técnica. Técnica de manejo no nos ha faltado. Imitadores de Europa, expertos en el uso de sistemas extranjeros, han abundado quizá excesivamente en nuestros sistemas gubernamentales. Ha faltado y falta el creador de la técnica propia y el adaptador, no el imitador servil, de las técnicas más avanzadas.

Surge naturalmente el problema de nuestra impreparación. La ausencia de educación política científicamente fundamentada; el exceso de improvisados y de impreparados, o la abundancia de instintivos que con poco sentido de la responsabilidad —cuando han sido sinceros—, han usado del gobierno como escuela de aprendizaje, como campo de experimentación elemental, tropezando y errando muchas veces, hasta encontrar su propio camino.

Es problema general a toda la América Latina el de la creación de una técnica propia económica, política y administrativa. Y, evidentemente, la cuestión se relaciona en su raíz con el problema de la educación y la preparación del técnico, no de manejo, sino de creación.

El método más usual hasta hoy, en nuestros países, ha consistido en enviar jóvenes a Europa para que estudien y ya capacitados retornen a nuestros países a prestar servicios. Empero, la falta de una organización y de una técnica para cumplir debidamente esta labor de preparación no ha dado todos los resultados que podía dar. El estudiante que viene a Europa, quiere al volver, en la mayoría de los casos, importar la técnica que ha adquirido. Como la técnica aquí es producto de la realidad, y su aplicación allá no coincide con la realidad, los tropiezos y dificultades —en ciertos órdenes— resultan inmensos. El joven que viene a Europa, o va a los Estados Unidos, sin una preparación previa, sin un conocimiento siquiera experimental de su rea-

lidad, se adapta fácilmente a la realidad extranjera y olvi-
da a la propia. Resulta, mentalmente, un extranjero. Cons
aquí todo está hecho y allá todo por hacer, la ley del me-
nor esfuerzo le impone seguir primero lo que menos traba-
jo le cuesta. De ahí que, particularmente en cuestiones de
organización, de política, de educación, nuestros intentos
y nuestros ensayos hayan rendido tan poco después de lar-
gos años de intentos.

Es Vaz Ferreira, el autor uruguayo, quien, en su libro "Moral para Intelectuales", trata de la falta de personali-
dad y de seguridad en nuestros estudiosos. Pocos son los que con tesón anhelan descubrir algo. No se atreven a pen-
sar por sí mismos, y si alguna idea propia surge de ellos en muchos casos tendrán temor de concretarla y de pensar más en ella, porque les parece que "ya todo eso debe sa-
berse en Europa".

El autor uruguayo, maestro en muchas observaciones fundamentales, insinúa que tras de esta desconfianza en nosotros mismos se esconde cierta pereza mental. Por eso es que nosotros no tenemos técnica de creación. No ten-
demos a formarlos y no nos preocupamos de encontrarlos. Resulta así que, sin una preparación educativa de nues-
tros hombres para el dominio y la creación de nuevas téc-
nicas, avanzamos lentamente.

Empero, cuando nos vemos urgidos a buscar caminos propios, la necesidad nos convierte en autodidactas. No es raro, por ejemplo, que de México salga hoy una voz auto-
rizada pidiendo el gobierno de los técnicos. La Revolu-
ción impone esta necesidad. Rusia tampoco tenía técnicos y se ha vista urgida a crearlos, porque los movimientos po-
líticos que suponen transformaciones económicas, no pue-
den culminar obra alguna sin técnicas nuevas y propias.

Como no hemos sabido preparar técnica propia, como nuestros sistemas de educación nos llevan más a imitar que a crear, a trasplantar que a adaptar, "el gobierno de los técnicos" es problema complicado. Muchos países lati-
noamericanos podrían darse todavía el lujo de hablar de un gobierno de tal categoría. México, ya está en el caso de hacerlo. Pasada la época militarista, cumplida la etapa de los improvisados, de los intuitivos, de los hombres de fuer-

ma y de ensayo, se impone el experimento constructivo. El período transcurrido desde la iniciación de la revolución mexicana, no es tan largo ni ha sido tan tranquilo para esperar ya una generación de técnicos, preparada por la Revolución. Parece más posible, esperar que los "autodidactas", inspirados por el gran movimiento, formen la vanguardia de expertos de la nueva etapa. Autodidactas no nos faltan a los latinoamericanos. Generalmente, no son los que vienen a Europa, demasiado jóvenes y sin preparación. El autodidacta latinoamericano que enriquece sus conocimientos en Europa, es el que viene después de haber visto y estudiado su propia realidad, a prepararse sólo por grandes tareas de esfuerzo.

Hace pocas semanas, tropecé con uno de estos hombres, modestos y empeñosos investigadores que vienen a Europa a prepararse. Se trata de un mexicano, ya no adolescente, ex senador, revolucionario, hombre con familia y sin dinero. Vino a estudiar los Archivos Mundiales de Economía de Hamburgo. Ha trabajado tres años, ha estudiado a fondo. Ha querido hacerse un técnico en la organización de archivos y bibliotecas, y lo ha conseguido. Sus investigaciones, su tenacidad, le han dado un resultado magnífico. No contento con estudiar la organización de los archivos, fué descubriendo un método nuevo, una técnica propia. El mexicano ha conseguido, en este país de técnicos orgullosos de sus métodos indiscutiblemente alcanzados, que se le oiga, que se estudien sus métodos, que se admire y se recomiende su sistema. Silenciosamente, ha conseguido una victoria. Se ha hecho un técnico. Ahora, con justicia, se siente más sólidamente un revolucionario.

Y no es éste el primer encuentro. La obra de los autodidactas latinoamericanos es quizá más honda de lo que parece. Abundan en Europa los estudiosos que saben hallar sus propios caminos y que comprenden la trascendencia de buscar técnicas propias. Cientos, miles quizá, de latinoamericanos autodidactas forman en esta tierra una legión silenciosa y en trabajo. Los "señoritos" que nos vienen de América a ser "carne de cabaret", pueden constituir lo más representativo de nuestra colonia, pero no lo más valioso. Con menos ruido y menos lujo, grupos numerosos de

latinoamericanos, no siempre de los más jóvenes, observan, trabajan y se preparan. Ellos serán los que impongan "el gobierno de los técnicos" al resto de los países de América Latina. Pero por lo pronto, México da la voz, firme en su puesto de pueblo de avanzada. Por eso, cuando en Europa se ha comentado la declaración del nuevo Presidente de México como algo insólito y plausible, todas las falanges silenciosas de estudiosos que se preparan a ser técnicos de verdad, han creído descubrir en aquella declaración un anuncio optimista para toda América.

Berlín, marzo de 1930.

*

* *

ESTADOS UNIDOS EN CRISIS

Una ilusión bamboleante

Muchos son los latinoamericanos que no vuelven de su sorpresa al convencerse de que los Estados Unidos están pasando por una difícil crisis económica. Sobre la omnipotencia de la gran nación norteamericana se ha escrito y se ha dicho mucho. Me refiero especialmente a los panegiristas, que tanto abundan en nuestras tierras. Como predomina en nosotros la ignorancia en materia económica —o, lo que es peor, el tipo de hombre "de un solo libro"— y como somos ricos en imaginación, no resulta raro que el vertiginoso desarrollo económico norteamericano nos haya pasmado y rendido.

Hace un poco más de dos años, cuando viajaba yo por el norte de la América Latina —México y Centroamérica— tropecé con muchísimos señores respetables, que hablaban dogmáticamente de la prodigiosa riqueza de los Estados Unidos, proclamando su perdurabilidad. El juicio más generalizado entre aquellas personas, aparentemente versadas en el conocimiento de los grandes problemas económicos, se expresaba en frases como ésta: "¡No hay nada que ha-

cer, amigo; el poder de los Estados Unidos es indestructible, y no nos queda más que rendirnos!"

Y no admitían réplica. A todo intento de explicación del proceso económico, sujeto, en los Estados Unidos como en cualquier otro país del mundo, a leyes ineludibles de crecimiento, plenitud, decadencia y muerte, respondían con negativas rotundas o sonreían piadosamente.

Esa actitud ha tenido "altos representativos". Recuerdo que en "La Nación", de Buenos Aires" el señor Ramiro de Maeztu, que más tarde debía ser Embajador del Rey de España ante el Gobierno argentino —Embajador bajo la égida del militarismo de Primo de Rivera, conviene advertirlo—, publicó en 1926 un artículo cuyas ideas centrales sintetizaban el pensamiento de las gentes de su clase y de su categoría mental. El señor Maeztu hacía un elogio a la española, vale decir, desmesurado, del poder económico de los Estados Unidos. Para él, la nación norteamericana era la tierra prometida del mundo. Los Estados Unidos habían descubierto el difícil camino de hacer rico a quien quisiera. Para esto, no había sino trabajar. Recuerdo fijamente un concepto culminante del señor Maeztu, expresado, más o menos, en palabras como éstas: la potencia de los Estados Unidos constituye una respuesta definitiva para los románticos teorizantes socialistas y anticapitalistas del siglo XIX.

Como es natural, las opiniones del señor Maeztu fueron coreadas con inmenso optimismo en la América Latina. Venían de un hombre afamado por su gran cultura filosófico-religioso-literaria. Como en nuestros países los escritores españoles gozan de gran preponderancia, se creyó, con razón, que por ser el señor Maeztu quien opinaba, sus opiniones tenían que ser la más auténtica expresión de la verdad.

Pero entonces el señor Maeztu no era aún funcionario de la dictadura de Primo de Rivera, y sus opiniones aparecían revestidas de gran autoridad. Además, el señor Maeztu ha opinado con tanta frecuencia sobre problemas latinoamericanos y se le ha elogiado con tan poco sentido crítico, que al afirmar que los Estados Unidos eran la meta de la felicidad humana, no le faltaron crédulos numerosos.

De otro lado, la potencia económica de los Estados Unidos en 1926, era como para engañar a cualquiera.

La réplica

Me permití responder entonces al señor Maeztu, desde "Crítica", de Buenos Aires, en un artículo que escribí en Londres. Anoté que el señor Maeztu consideraba a los Estados Unidos, económicamente, como un mundo aparte de este nuestro mundo económico, uno e indivisible. Recordé que la historia del capitalismo repetía su proceso en Norteamérica, tal como se había producido en Europa industrial. La única diferencia era una diferencia de espacio. El capitalismo en Inglaterra tuvo su época inicial de prodigiosa abundancia. En la historia económica inglesa esa época se llama "the golden age". Alemania tuvo también, después de Inglaterra, su "edad dorada". La rivalidad económica de estas dos grandes potencias industriales, que no podían vivir prósperamente al mismo tiempo, trajo la guerra europea. Los Estados Unidos, que usufructuaron verdaderamente la contienda, ofrecían una ventaja sobre Inglaterra y sobre Alemania, para el mejor desarrollo de su prosperidad económica. Tenían las materias primas dentro del área de su gran territorio. No necesitaron, por eso, crear imperios coloniales, como Inglaterra o Alemania. A tiempo habían hecho la guerra contra México, arrebatándole un territorio inmenso y riquísimo. A tiempo, también habían consolidado la unión del norte y el sur estadounidenses, resolviendo así el problema de contener dentro de sus límites, un acervo aparentemente inagotable de riquezas naturales. Cuando necesitaron más, y cuando la superabundancia de productos de su industria y de capitales acumulados les empujaron a buscar nuevos mercados de venta, nuevos campos de inversión y nuevas zonas de riquezas naturales para explotar, surgió esta forma característica de su imperialismo, que no establece colonias políticas en forma directa, sino que busca antes colonias económicas.

Decía yo entonces, replicando al señor Maeztu, que una de las más peligrosas ilusiones de nuestro tiempo era

imaginar que los Estados Unidos estaban creando un tipo de sistema económico aplicable simultáneamente a todos los pueblos del mundo. Bastaba saber que el mundo entero era hoy, directa o indirectamente, tributario de la economía de Wall Street. En las cinco partes del mundo, millones de trabajadores, bajo condiciones de vida más o menos miserables, trabajaban por acumular la riqueza de los grandes trusts del capitalismo yanqui. En las cinco partes del mundo se comercia con productos de la industria norteamericana. En las cinco partes del mundo se les debe dinero. Por eso, las cinco partes del mundo contribuyen a la prosperidad norteamericana, y sería absurdo imaginar que si esto no ocurriera así, los Estados Unidos pudieran seguir siendo poderosos y los demás pueblos de las cinco partes del mundo, tan ricos como ellos.

Y entonces —amparándome en "los románticos teorizantes socialistas del siglo XIX"—, insistí en que la organización capitalista de los Estados Unidos, como las de Inglaterra y Alemania, anteriormente, estaría sujeta al mismo proceso de desarrollo, llegando el momento de sus grandes crisis, que en razón directa con el grado de poder y de intensidad de la colosal máquina económica yanqui, serían de tremendas proyecciones para el mundo.

Como es de suponer, las opiniones del señor Maeztu lograron muchísimos adeptos, y las mías no. Cuando visité la América Latina, encontré intelectuales que se repetían de memoria las sentencias del omnisapiente escritor español. "¡Ramiro de Maeztu lo ha dicho!", me respondían, en tono de advertencia, cada vez que yo argüía que los pueblos latinoamericanos, subordinando su economía a la norteamericana, serían arrastrados por el desastre de ésta, cuando llegara la hora inevitable de la crisis.

El aspecto actual

Ahora que los Estados Unidos tienen más de cinco millones de hombres sin trabajo, que la Bolsa de Nueva York sufre crisis que bambolean la economía del mundo, y que la sobreproducción industrial yanqui es una amenaza para el sistema que le da origen, los optimistas de hace dos años,

que vienen a Europa o escriben desde la América Latina me confiesan su desconsuelo. Y como es natural, del optimismo iluso pasan al pesimismo iluso también. "Esto está perdido, amigo; los Estados Unidos también se van al diablo con nosotros".

Y yo retorno a decirles que exageran como hace dos años. No ha llegado el momento de irnos al diablo, ni creo que los Estados Unidos tengan tan cercana la posibilidad de ese viaje, en verdad, poco agradable. Las crisis tremendas deben aún repetirse. Nos queda tiempo para librarnos de las amarras y tratar de orientar nuestro propio esquife económico hacia playas seguras. Un respetable señor latinoamericano que hace dos años llevaba en su cartera el artículo de don Ramiro de Maeztu y se golpeaba el pecho para indicarme que muy cerca de él llevaba la verdad, reniega ahora violentamente del embajador de Primo de Rivera.

Berlín, abril de 1930.

*
* *

PROGRAMA AVANZADO DE LA FRUSTRADA REVOLUCION DE BOLIVIA

Aparentemente, la revolución de Bolivia ha terminado. Malgrado la importancia de suceso de primer orden que la prensa europea dió al movimiento, la opinión pública no ha podido tener una versión completa, veraz y ordenada de lo ocurrido. Los diarios mejor informados —ingleses y alemanes, que son los únicos con corresponsales especiales en la América Latina—, no han podido ofrecer sino noticias episódicas. Las agencias norteamericanas —que monopolizan a la prensa de segundo orden—, han procedido con singular cautela. El movimiento de Bolivia —ahora que llega prensa latinoamericana, comprendemos las reservas de las agencias yanquis—, ha tenido orígenes antiimperialistas. Esto parecía deducirse, desde que los servicios telegráficos de Nueva York clasificaron a la insurrección

de los eventos de filiación "comunista". Ningún síntoma mejor, tratándose de la América Latina, para afirmar que hay algo contra el imperialismo. "Comunista" es, desde el punto de vista norteamericano, todo lo que tienda a combatir al imperialismo en nuestros países. Comunista y bandido son los dos términos sinónimos en el lenguaje oficial norteamericano. Ya sabemos que en el caso de Sandino, comunismo y bandidaje andan juntos en Nicaragua, según las noticias de las agencias norteamericanas que, desgraciadamente, muchos de nuestros grandes diarios reproducen complacientemente. En el caso de Bolivia, también los revolucionarios, desde el primer momento, fueron "communists and bandits" para las todopoderosas agencias telegráficas de Nueva York.

Ahora que la prensa latinoamericana, y especialmente la argentina, trae noticias más amplias, es posible descubrir algo que demuestra, o el mal servicio de las agencias telegráficas norteamericanas, o sus sospechosas vinculaciones con la política de Washington. El programa de los revolucionarios nos llega completo y puede estimarse mejor el curso de los acontecimientos. Las agencias telegráficas —y volvemos una vez más a dudar de su imparcialidad— sólo transmitieron partes del programa de los insurrectos, y aun, muchas de esas partes, mutiladas. Todos los puntos del programa contrarios al panamericanismo, favorables al latinoamericanismo y peligrosos para los intereses económicos norteamericanos en Bolivia, habían sido o fraccionados, o suprimidos. Por fortuna, a pesar de los avances de Norteamérica en el contralor de la prensa latinoamericana, nos quedan algunos buenos órganos periodísticos que defienden, a toda costa, el derecho mínimo de no dar noticias de países vecinos a condición de que pasen por el tamiz de Nueva York.

Un programa avanzado

La revolución boliviana iniciada por el líder de la juventud universitaria, señor Roberto Hinojosa —a quien parte del ejército, o la parte joven de él, proclamó Presidente provisional de la República—, formuló un programa

avanzado, hasta socialista y definidamente anticlerical y antiimperialista. El programa del señor Hinojosa proclama la nacionalización de las minas, yacimientos petrolíferos e industrias mayores y dirección y explotación de los mismos por el Estado, por la posesión mínima del 52% de las acciones. También, la abolición de los impuestos que encarecen la vida; el libre cambio y la cancelación, "hasta su extinción", de los impuestos aduaneros. El impuesto progresivo y directo sobre la renta y sobre el suelo rural; la cancelación de los impuestos que gravitan sobre la producción agrícola, ganadera y textil y las pequeñas industrias, y la elevación de los impuestos de herencia y la dedicación de las ganancias de los Bancos oficiales, al incremento de la colonización en la región de los bosques y a la construcción de habitaciones para obreros, son los puntos más importantes del programa en su parte económica.

La parte social del programa comienza por la jornada diaria de trabajo, que pide sea legalmente limitada a ocho horas para los mayores y seis para los menores. La prohibición del trabajo nocturno, salvo donde sea indispensable. El descanso mínimo semanal de 36 horas continuadas. El pago de salarios en moneda nacional, la fijación del salario mínimo. El escalafón y jubilación para los trabajadores y empleados del Estado y empresas particulares, mujeres y niños. La higienización de fábricas, talleres y minas. El seguro contra accidentes de trabajo y una legislación especial para los trabajadores de minas, que disminuya las horas de trabajo con aumento de salario y rápida jubilación.

La parte social del programa, además, proclama la instrucción laica y obligatoria hasta los 15 años; la agremiación obligatoria de maestros; la creación de escuelas normales para indígenas; la autonomía universitaria, a cuya renta debe destinarse el producto de un alto impuesto a los artículos de lujo; la agremiación obligatoria de estudiantes y egresados, y la docencia libre.

En la legislación civil, el programa plantea el reconocimiento de la igualdad de derechos civiles y políticos del hombre y la mujer, la igualdad jurídica para los hijos legítimos y naturales, y el divorcio absoluto.

En materia militar, el programa pide la supresión de los tribunales militares, la renovación total del ejército por la creación de institutos técnicos.

En las reformas político-administrativas, el programa propone la separación de la Iglesia y el Estado, y la nacionalización del clero. Toma del programa del APRA el plan de legislación funcional, vale decir la representación, no de los electores, sino de los sindicatos de todas las fuerzas vivas del país.

Después de otros puntos de orden local, como la municipalización de los servicios de interés público y la construcción de ferrocarriles que unan las regiones de Bolivia, hoy separadas por rivalidades regionalistas, el programa plantea sus puntos de vista de política internacional, los más avanzados, sin duda, que hasta ahora haya formulado ningún movimiento revolucionario en la América Latina. Solución de los litigios internacionales por arbitraje latinoamericano. Ciudadanía latinoamericana. Solución pacífica del problema portuario de Bolivia, por arreglo directo con Perú y Chile, o por medio de arbitraje latinoamericano. Retiro definitivo de la Liga de las Naciones. Desconocimiento de la llamada Doctrina Monroe y alejamiento completo de la Unión Panamericana. Auspicio para la formación de la Liga de Naciones Latinoamericanas. Revisión de los contratos de empréstitos y anulación de toda cláusula que amengüe o afecte la soberanía y dignidad nacionales. Bolivia renovada reafirma su adhesión y simpatía a los ideales de la Gran Patria Humanidad. Y aquí termina el programa, con una sentencia: únicamente el desarme completo puede establecer la paz entre los pueblos.

El lector notará que la parte del programa concerniente al reparto de tierras, no es muy amplio, aunque la revolución haya adoptado un lema avanzadísimo: "Tierras al pueblo y minas al Estado". En otros órdenes, el programa plantea reformas que hace muchísimo tiempo no constituyen problema para otros Estados latinoamericanos, México, por ejemplo. Pero el programa —para quien, como esto escribe, conoce más o menos bien la realidad de Bolivia—, es quizá lo más avanzado que pueda desearse para un país dominado por el latifundismo, por el imperialis-

mo y abrumado por graves problemas étnicos y geográficos.

Cómo se malogró el triunfo

El programa no podía agradar a los Estados Unidos. La victoria de la revolución de Hinojosa habría significado por el carácter civil del movimiento, el primer grito auténtico contra el imperialismo que, en pleno corazón de Sudamérica, lanzaba un pueblo en armas. Como se jugaban tan grandes intereses norteamericanos en la revolución, y una intervención en Sudamérica, y particularmente en Bolivia, hubiera traído complicaciones graves, parece que la diplomacia fué suficiente y la ambición de un coronel el mejor instrumento para desviar el movimiento. Tal como Europa está informada hasta hoy de los sucesos de Bolivia, la revolución de Hinojosa fué aprovechada por el militarismo, aunque éste aparezca por ahora muy liberal y desinteresado. Si el pueblo de Bolivia, que fué enérgico para hacer pagar bien duro a Siles sus propósitos reeleccionistas, no se propone realizar un esfuerzo supremo, corre el riesgo de retroceder al caciquismo, como ha ocurrido en Chile. Porque si los déspotas sin charreteras han probado ser buenos servidores del imperialismo en la América Latina, los que las llevan resultan aún mucho más solícitos y cumplidos. Aparentemente, Bolivia ha salido de un mal paso para caer en otro. Pero, en medio del predominante conformismo que el imperialismo y sus dictaduras han impuesto en América, cabe reconocer que el pueblo boliviano ha dado una lección de optimismo. Siles no es único ni la dolorosa situación económica de Bolivia, totalmente sometida al imperialismo, es nueva en nuestros pueblos. Sin duda, el pueblo boliviano que derrocó a Siles y proclamó el programa de Hinojosa cumplió una digna tarea. Descubrió, aunque fuera sólo pasajeramente, que bajo el oficialismo, la censura y la sumisión panamericanista, otros propósitos y otros ideales van convirtiéndose en credo en la conciencia recóndita de los más sufridos pueblos indoamericanos.

Berlín, julio de 1930

*
* *

LA CONVULSION REVOLUCIONARIA EN SUDAMERICA

Agosto y septiembre han sido meses fecundos en sucesos políticos, más o menos dramáticos, en la América del Sur. El levantamiento de Bolivia, que alcancé a comentar, fué seguido de dos movimientos, más sensacionales. Los gobiernos del Perú y la Argentina, aparentemente fuertes, cayeron uno después de otro. En ambos países, como en Bolivia antes, juntas provisionales de gobierno, más o menos militares, han asumido la misión de comités de salud pública. Las revoluciones en los tres países citados han tenido semejante carácter: no han sido revoluciones de sentido social. Su fisonomía popular fué marcadamente dirigida contra gobiernos que usurpaban funciones y ejercían injustificable dictadura.

La opinión pública, tanto en Bolivia como en el Perú y en la Argentina, estaba preparada. Cabe sí una diferencia, relacionada con la realidad social y económica de cada uno de los países convulsionados. En Bolivia y en el Perú, los gobiernos de Siles y Leguía habían colocado en una situación casi desesperada a sus pueblos, sometiéndolos inconsultamente al imperialismo norteamericano y casi sancionando su posición económicamente colonial respecto de Wall Street. En la Argentina, la situación ha sido otra, en cuanto a las relaciones del país con el imperialismo, pero muy semejante a la de Bolivia y Perú, en lo que respecta a la corrupción administrativa y a la violación de las leyes fundamentales de la República.

La Argentina, como país más organizado, parece haber encontrado pronto el camino hacia una solución constitucional, anunciando elecciones y estableciendo un gobierno provisorio que, presidido por un general, tiene, por mayoría de sus miembros componentes, un carácter civil, aunque de fisonomía derechista.

En Bolivia, la solución se ha encontrado en un gobierno militar, asesorado por elementos civiles, que va a con-

vocar a elecciones, sin dejar lugar a tomar parte en ellas a las fuerzas iniciadoras del movimiento que encabezó Roberto Hinojosa, cuyo interesante programa de política social y económica he comentado oportunamente.

En el Perú, donde Leguía sólo se sostenía por la fuerza, huérfano ya de toda simpatía en la opinión, su caída sólo podía producirse por una insurrección de la misma fuerza que lo apoyaba. El movimiento peruano ha sido, pues, el más característicamente militar de todos, y el gobierno establecido, militar también, aunque asesorado o tutelado por un grupo de elementos de la fracción más reaccionaria del viejo partido conservador o civil.

Ahora, la prensa europea, que tanta importancia dió a los recientes movimientos sudamericanos, dedica atención muy especial a la lucha interna del Brasil, más prolongada y más incierta en cuanto a sus resultados.

Orígenes de estos movimientos

La causa de todos los movimientos políticos que comento es, lógicamente, económica. Dependiendo nuestros países, económicamente, de la zona industrial del mundo, las crisis que sufre el sistema capitalista se han proyectado más o menos violentamente en los países cuyas condiciones de resistencia eran menores. De acuerdo con esas condiciones ha de ser su rehabilitación. Huelga decir que en cuanto a resistencia, ninguno de los países afectados por las convulsiones recientes está en la posición favorable de la Argentina.

Empero, surge otra consideración, también de origen económico, pero más digna de apreciarse como categoría política. Por lo menos, más visible como tal: las dictaduras en nuestros países, son consecuencia de lo complicado de los problemas nacionales y de la incapacidad de los gobernantes para afrontarlos de acuerdo con nuestros sistemas de organización democrática. Debo advertir que no confundo el significado etimológico y jurídico del vocablo **dictadura**, con el que resulta más aplicable a nuestra realidad —**autocracia** o **tiranía**—, pero caigo en el pecado de

uso, porque así, dictadores, llamamos en la América Latina a los que sólo son autócratas y tiranos.

Y la diferenciación es imperativa, porque la dictadura, como institución romana, fué una forma transitoria, de emergencia, para casos determinados, en los que la deliberación podía implicar un riesgo para las urgentes necesidades del Estado. Modernamente, dictadura —para Marx todos los gobiernos de clase son dictaduras—, supone organización, programa, disciplina y, sobre todo, capacidad directora. En la América Latina, dictadura implica justamente lo contrario: desorganización, ausencia de programa, indisciplina o incapacidad. Todas estas características de nuestras dictaduras son, en mi opinión, resultado de la casi imposibilidad de nuestros gobernantes impreparados y de mentalidad retrasada, para resolver programáticamente los problemas del Estado.

Estudiando con atención la organización política de los pueblos más avanzados, creo haber llegado a conclusiones que justifican un dicho no muy viejo ni muy popular entre nosotros, pero sintomático de que vamos en camino de descubrir una gran verdad. El dicho es éste: "Es más fácil gobernar a Inglaterra o a Francia, que a un país latinoamericano". Declaro, que me parece muy bien, porque el Estado, como institución, como instrumento, como máquina, está ya hecho en los países que han culminado en su curva de desarrollo. Es complicado, difícil, como complicadas y difíciles son todas las máquinas modernas altamente perfeccionadas. En palabras simples, se puede decir que el Estado **ya está listo.** Su manejo requiere preparación, aprendizaje; pero, como ocurre también en las máquinas completas, una vez conocido su mecanismo, el manejo es posible.

Estado y realidad política

El Estado, en nuestros países, como resultado de nuestra indefinición, de nuestro constante desenvolvimiento, de nuestra incipiencia económica en evolución permanente hacia formas superiores, no es una institución definida, no es una máquina lista. Es como una máquina en marcha, que a la vez está en construcción. El conductor o maquinis-

ta debe ser al mismo tiempo inventor. Requiere, pues, dos capacidades: la de creación y la de conducción. Recurriendo a las imágenes —con riesgo de caer en metáforas que recuerden a Núñez de Arce—, cabe comparar al Estado de los países que han llegado a grados superiores de evolución, con una locomotora que marcha sobre rieles, —sujeta, naturalmente, a los riesgos de toda locomotora que avanza, cuyo camino tiene, además, un fin—, pero que es máquina más o menos segura, cuyo camino ya está trazado y firme.

Nuestra locomotora estatal no está terminada y debe marchar. Al mismo tiempo, debe construir su propia vía. Y así, con altos e interrupciones, remiendos y rectificaciones vamos zigzagueando, conducidos por maquinistas que deben inventar y construir, máquina y camino, y avanzar al mismo tiempo.

Como el problema es difícil, muy difícil, y la impreparación de los conductores grande, muy grande, hay que recurrir a la insurrección contra todas las leyes de la mecánica estatal, e imponer arbitrariamente situaciones de fuerza. Nuestros gobernantes, a medida que deviene más difícil y complicada la tarea de abrir camino y conducir, tratan de salvar su situación, haciendo del instinto factor decisivo de gobierno. Y el instinto, como fuerza indeliberada y primitiva, sólo conduce a la indeliberación y al primitivismo, que son características de nuestras autocracias.

Por eso, también nuestras insurrecciones ante las tiranías son instintivas, —indeliberadas y primitivas—, y cumplen en política la ley física de presión y reacción. De ahí que frente a tiranías sin programas, se alcen insurrecciones sin programa; que ante gobiernos de mera fuerza, insurjan rebeliones de mera fuerza. A las ideas elementales del tirano, sólo hay que oponer ideas elementales también, y a su fuerza, la fuerza. Como la fuerza y no las ideas es lo primordial de nuestras tiranías, es aquélla y no éstas lo que obra, triunfa y se endiosa. El sable y las bayonetas no son por eso medio —ni en nuestras tiranías ni en nuestras revoluciones—: son fin.

Empero, las causas subsisten, permanecen. La realidad de nuestros países en plena formación, su dependencia eco-

nómica de organismos más vigorosos, más avanzados y más definidos, su débil mecanismo de resistencia y el choque constante de nuestras fuerzas propias, inferiores, con las que llegan de fuera, superiores, plantean al Estado, producto o resultado de esa realidad, problemas sumamente graves en todo orden.

Porque, a pesar de todo, avanzamos. Y que avanzamos lo demuestra que cada día se hace más difícil para los partidos y gobernantes de mentalidad retrasada, poder gobernar a nuestros pueblos. Hace cincuenta años, un criterio de propietario de feudo o de jefe de cuartel, podía aplicarse al gobierno de un Estado latinoamericano. Hoy, nuestros países son algo más que latifundio o cuartel. Hombres o partidos sin una concepción clara y realista de nuestros problemas y sin métodos científicos de gobierno, sólo engendrarán nuevas tiranías. No dependerá de su buena o mala voluntad, de su mayor o menor honestidad, dependerá de su capacidad, de su visión, de su sabiduría.

Ya se presiente todo esto. Con justo optimismo, puede afirmarse que de la nueva generación latinoamericana vienen las primeras voces. Las tiranías en los viejos de nuestra América sólo han despertado protestas. En los jóvenes han sugerido un serio llamado a la capacitación efectiva de los directores. Muchos piensan ya en nuestros países, que la alternativa de la tiranía y el cuartelazo no implican solución. Y son los jóvenes de América los que piensan así. El político empírico, el caudillo arrogante viven su hora postrera. Ahora, el grito de la juventud pide ciencia política, ideología realista y nuevo sentido de la acción, disciplina y eficacia.

Y ese grito es voz de advenimiento...

Berlín, septiembre de 1930.

* * *

TIRANIA, DEMOCRACIA, TERRORISMO

Para la mayor parte de los intelectuales latinoamericanos preocupados de la política, la situación creada en varios de nuestros países, después de las insurrecciones militares de 1930, plantea un grave problema sobre el que es necesario reflexionar. Ha sido general la creencia de que caídos los autócratas más conocidos en los últimos años por sus abusos, se produciría en los pueblos que los han sufrido, una saludable reacción democrática. Leguía, Gómez, Siles y otros, entre los que quedaba comprendido en grado menor el *Presidente* Irigoyen, parecían haber alcanzado el rol histórico de ser los últimos déspotas de sus respectivos países. Después de ellos, —imaginaban los demócratas más entusiastas y los revolucionarios que van un poco más lejos de la democracia—, habría de insurgir un período de gobiernos populares, constructivos, respetuosos, cuando no regímenes revolucionarios de tendencias más radicales. La execración de los autócratas latinoamericanos parecía implicar que bastaba su caída, para que los pueblos sometidos hallaran por sí mismos realizaciones automáticas de justicia y libertad. A los que, con un poco de más realismo objetábamos tan vigorosa corriente de conjeturas optimistas, se nos llamó escépticos o excesivamente interesados en conveniencias personales o de partido. Hemos sido los menos, y hemos sido los apristas en toda la América Latina, los que, sin dejar de anhelar, y muy de veras, la caída de los tiranos, planteábamos otra cuestión no menos trascendente: ¿y después? ¡Después, eso no importa, —nos respondían con no poca violencia—, lo que interesa es que caigan; después, se verá!

Hay que confesar que era difícil argumentar contra tan gran mayoría de hombres y grupos, que se sentían seguros de la conciencia antiautocrática, robustecida en nuestros pueblos como una reacción determinada por las mismas autocracias. Además, eso de "después se verá" es expre-

sión psicológicamente nuestra. Somos idiosincrásicamente imprevisores. En política, como en todo, vivimos "al día". El futuro nos interesa como un misterio que ha de irse desgranando en sorpresas. Jugamos a la lotería porque para nosotros la vida es lotería. "Hacer el futuro", trabajarlo, construirlo, preverlo, no constituyen imperativos de nuestra mentalidad. Cuando tratamos de forjar el futuro, fantaseamos. Vamos, o demasiado lejos en los ensueños gratos, o fatalistamente damos por hecho todo lo malo que ha de sobrevenir. Y esto, en política, es nuestra ley; y en los últimos tiempos, a propósito de fenómenos históricos que nos dieron tiempo para reflexionar y ser previsores, rige igualmente.

Ante el hecho de las tiranías latinoamericanas, prolongadas, intensas, sistematizadas y ayudadas por los intereses extranjeros, cabía pensar en su fin y en lo que vendría después de él. Para eso, no era sólo preciso execrar al tirano, insultarlo, maldecirlo. El tirano así concebido, como autor exclusivo de la tiranía, resulta una figura histórica de mérito, aunque negativo, pero, por lo menos, de una significación extraordinaria. Si sólo dependiera la tiranía del tirano, la acción política ideal sería la del anarquista individualista, que cree que eliminando a un hombre la historia cambia de rumbos.

Nunca olvidaré que refiriéndome Casanellas, el mozo que mató a Dato, los detalles de su hazaña, me dijo estas palabras: "Nada me sorprendió más, más aun que mi escapatoria de la policía, que el saber al día siguiente de la muerte de Dato, que todo continuaba exactamente igual en España". Casanellas agregaba que esa desilusión fué definitiva para el abandono que hizo después de su fanatismo anarcoterrorista. Casanellas fué al asesinato, seguro de que sacrificando a un hombre España cambiaría como por encanto, la clase obrera se salvaría y la revolución social impondría el anarquismo en una noche.

En nuestra América abundan los anarquistas en potencia, de intención. Ante la realidad de nuestras tiranías, lo primero en que se piensa, es en matar al tirano. Si alguien pregunta ¿y después?, la respuesta es la misma: "Después, se verá".

Este concepto ha predominado excesivamente en la América Latina, respecto de las tiranías recientemente derrocadas. Implícitamente se afirmaba que la protesta contra la tiranía era tan honda, que se hacía imposible que los pueblos soportaran otra. No había, pues, que pensar en una organización política previa, en una antelada campaña de formación de fuerzas, en una sistemática orientación de conciencias hacia una acción coordinada y educadora. Se olvidaba que las tiranías, como todos los fenómenos históricos, son resultado de una realidad económico-social y política que determina su existencia. Las tiranías son producto de un estado de conciencia colectivo. Y lo que importa no es el tirano, que es su consecuencia, sino el estado de conciencia que es su origen.

El examen de la realidad que determina la existencia de una tiranía, es mucho más importante que la enumeración de los crímenes de la tiranía. Claro está que es mucho más fácil enumerar crímenes, lanzar imprecaciones y clamar violentamente contra las tiranías, que analizar fríamente sus causas. Muchas veces he anotado que en la América Latina vivimos todavía la historia episódica, la historia heroica. La otra historia, la "infra-historia", según el vocablo de Unamuno, esa que es concepción social y no individual, todavía no es nuestra historia. Por eso, despreciamos el punto de vista económico, al estudiar la historia, o lo relegamos a un plano de segunda o tercera categoría.

Berlín, enero de 1931.

* * *

PRIMORRIVERISMO, ESCUELA POLITICA

Con la caída de las tiranías latinoamericanas derrocadas en 1930, ha ocurrido algo que tenía que ocurrir. Expulsados los tiranos, capturados, procesados, la conciencia antiautocrática de los pueblos no ha definido su orientación democrática o revolucionaria. Desorganizadas las fuerzas opositoras, a la caída de cada tiranía ha seguido la im-

tauración de un régimen que no podía dejar de ser tiránico también. Por la razón histórica de que la tiranía no la hace el tirano... Y vemos en países tan desarrollados como la Argentina, o tan sufridos como el Perú, que, pasados los dramáticos incidentes del cambio de gobierno, perduran los regímenes.

Ahora aparece una nueva concepción política, que no es nueva ni es, —dando a las expresiones un sentido estricto—, concepción. Pero es un impulso del instinto de los que, apoyados en el ingenuo entusiasmo popular, se han apoderado del poder. Aparece "la hora de la espada", de que hablara el señor Lugones.

El gobierno del militar, porque es militar. De la fuerza, por la fuerza. En la Argentina, el general Uriburu cita a Aristóteles para respaldar filosóficamente su dictadura. En el Perú, el señor Sánchez Cerro no puede citarlo, porque no lo conoce; pero afirma, que para gobernar "no necesita de esos libros grandes que son las leyes, los códigos, las constituciones, los tratados de política". En ambos casos, surge un maestro inspirador: el general Primo de Rivera, Marqués de Estella, de infausta memoria.

La mayoría de nuestros intelectuales preocupados de política, creían que el señor Primo de Rivera había muerto definitivamente. Sus discursos, sus hazañas se recuerdan como algo pintoresco, casi confinante con escenas de zarzuela típicamente española. Nadie podía pensar que el primorriverismo es una escuela política, por lo menos, fuera de España. La Europa organizada ha reído homéricamente del dictador de los siete años. Nuestros intelectuales han reído también, haciendo eco al reír de Europa. Empero, el primorriverismo redivive y resulta escuela aristotélica. Los que creían que ya nuestros pueblos han pasado la etapa mental, sin duda primitiva, que permite la existencia y el desarrollo del primorriverismo, se han engañado. América Latina regresiona. Mientras los intelectuales, los estudiantes, los revolucionarios latinoamericanos se vanagloriaban de la caída de los tiranos típicos, y creían saludar el advenimiento de una era renovadora, reconstructiva, de avance, vemos qué poco nos separa de la época del caudillismo de fuer-

za, del cuartelazo que todo lo sanciona, de la arrogancia como virtud política exclusiva.

Para los que, dentro del aprismo, no hemos cesado de proclamar la urgencia de una organización política, realista, nuestra, disciplinada y activa, todo esto no es una sorpresa. Aun en los momentos de mayor júbilo continental por el derrocamiento de los tiranos, insistimos en el llamado admonitivo. Hemos repetido que los votos protesta, los ataques verbales contra las tiranías, las líricas invocaciones a la justicia, tienen un valor relativo, pero casi ninguno, si paralelamente no progresa una organización política sólida, moderna y eficiente. Eso ha sido el reclamo del aprismo. Pero como el aprismo debía tener voceros, y ya digo que vivimos la historia heroica, no se hizo tanto caso del aprismo como de quienes lo voceaban. Se averiguó si no habría ambiciones, intereses, personalismos. Se dudó. Otros, los más inocentes, no lo aceptaron por carecer de vocabulario ruso. Piensan éstos que es presuntuoso que la América Latina intente una organización política propia, habiendo en Europa tantas teorías y organizaciones de las cuales podemos ser honroso apéndice. Olvidan que Europa es Europa y América es América, y que en estas épocas de relativismo los conceptos de Tiempo y de Espacio, y el nuevo de Espacio-Tiempo, están revolucionando todas las concepciones humanas, partiendo de la concepción misma del universo. Y así unos por no saber prever y otros por prever desproporcionadamente han llegado a constatar crueles conclusiones.

¿Qué nos queda por hacer? Empezar de nuevo. Los tiranos caídos han pasado ya a ser víctimas de los que ahora dominan. La tiranía prevalece. Todo esto impone una rectificación, pero una rectificación realista. No cabe duda que, como no hay experiencia perdida del todo, un nuevo sentimiento generará una nueva conciencia. Ya vemos en la Argentina que aparece un profundo movimiento de protesta. Eso aleccionará. Falta sí que en todos los pueblos latinoamericanos en situación semejante, presente o próxima, los que orientan opinión, los que dirigen conciencias, asuman plenamente su rol. Con un estricto sentido de la realidad y previa una leal confesión de errores lamentables.

Porque el peligro es cada vez más serio y ya vemos que el imperialismo no pierde tiempo en aprovechar todas nuestras equivocaciones.

Berlín, enero de 1931.

*
* *

LA SITUACION DEL PERU Y SU SEMEJANZA CON LOS DEMAS PAISES LATINOAMERICANOS

Después de los movimientos revolucionarios latinoamericanos de los últimos meses, el interés o la mera curiosidad de millones de nuestros conciudadanos, dentro y fuera del continente, trata de saber qué se ha conseguido. De los cuatro países que fueron teatro de los pronunciamientos triunfantes, parece que la Argentina y el Brasil buscan rápidamente los caminos de la normalidad; que Bolivia, —más en apariencia que realmente—, quiere conseguirla; pero que el Perú resulta más dispuesto a prolongarla. Huelga advertir que el concepto de normalidad, al ser usado en este caso, no es absoluto.

Como no sólo interesa a los nativos de cada uno de los países que han derrocado autocracias, lo que en ellos ha sucedido, sucede o puede suceder, quizá sí sea procedente que anote algunas impresiones sobre la situación peruana. Con variantes, más o menos grandes, la realidad de cada uno de nuestros pueblos, es semejante. Y variantes y semejanzas han quedado bien demostradas en las formas que los movimientos políticos de los últimos meses han tomado en cada país, y en la rápida propagación de ellos, de uno a otro. Esta consideración, muy digna de tomarse en cuenta, demuestra por afirmación y negación, que la América Latina es y será una gran realidad económica, política y social.

En el Perú existen, a su vez, variantes y semejanzas, como en cada uno de los grandes países latinoamericanos. No resulta, pues, desacertado, afirmar que el Perú encierra varios países dentro de un Estado, varios países que, ade-

más de diferir topográfica, climatérica y en mucho étnicamente, representan cada uno parte de un estadio del proceso social y económico de las colectividades, desde sus formas más primitivas hasta las más cercanas a la civilización y cultura superiores.

Como éstas, diversos grados de evolución coexisten, se superponen, siendo distintos unos de otros y determinando ellos diversos grados de intereses, de cultura, etc., resulta difícil imaginar que entre ellos no existan antagonismos capaces de alcanzar rigores de beligerancia.

El Estado, —centralista y unitario en su forma de gobierno—, no logra representar en el Perú, sino aparentemente y en grado muy relativo, las fuerzas sociales y económicas, —por ende políticas—, que integran una nación de tan típica estructura. Representa, pues, el Estado en el Perú, a las clases más fuertes, a las económicamente más desarrolladas y compactas; pero como frente a ellas queda una vasta y complicada realidad de otros factores nacionales que no logra captar sino en parte, el Estado es débil.

Desgraciadamente, hasta hoy no ha conseguido el Estado peruano afirmarse en nuevas fuerzas nacionales, preparadas por él para alcanzar su estabilidad. El Perú, donde no han faltado hombres brillantes en muchas actividades, ha sido siempre uno de los países latinoamericanos más faltos de hombres organizados, realmente preparados y con efectiva visión en política. Lo demuestra el hecho de que pudiera insurgir en el país una autocracia de la categoría de la que acaba de sufrir por más de quince años. No fué el Perú, desde la Independencia hasta nuestros días, país fecundo en hombres geniales propios, capaces de plantear un verdadero programa de organización de vasto alcance que tendiera a estructurar una institución estatal firme que aunque fuera instrumento de una clase, hubiera logrado fortaleza y definición. Elemental la vida del Estado, ajeno siempre a la mayoría de la nación, no logró crear sus fuerzas propias de estabilidad y de defensa, y buscó fuera el apoyo que le faltaba dentro del país. El imperialismo devino entonces su respaldo y, como ayuda siempre el fuerte que quiere provecho al débil que se lo da, el Estado en el

Perú llegó a ser el instrumento del imperialismo, económico primero, y político después.

El gobierno del Presidente Leguía aceleró este fenómeno y llegó a estimarlo tan efectivo para su visión circunscrita de estadista, que quiso establecer la doctrina jurídica de la intervención, —recordemos la Conferencia de La Habana—, como un corolario latinoamericano de su política nacional.

Un problema vital

Con la caída del Presidente intervencionista, quedaba planteado al Perú un problema vital de emancipación del Estado, de su posición subalterna frente al imperialismo y de su incapacidad de defensa de los intereses de la nación. El problema tenía dos fases primarias emanadas de una sola realidad económica de subordinación: librarse de la presión extranjera y buscar medios de afirmación en la realidad nacional. La presión extranjera es económica. La afirmación nacional no podía ser sino económica. La actividad inicial de cualquier gobierno habría sido planear integralmente el programa directivo para los dos propósitos máximos que insurgían de la necesidad de salvar a una nación de los riesgos de la esclavitud económica y política, buscando dentro de ella los medios para salvarla.

El problema era difícil, —difícil y por ello interesante—, y exigía un verdadero lujo de capacidad para resolverlo. Mas, la autocracia caída había dejado tal legado, y quien asumiera, con la función de gobernar, la responsabilidad de resolver lo que la inminencia de un grave peligro exigía que fuera resuelto, tenía que haber pensado como Martí: "con estos bueyes tengo que arar", y con ellos intentar romper el surco.

Empero, nuestra conciencia política es todavía en la mayor parte de los países latinoamericanos, hija y madre del episodio. Vivimos aún la historia heroica y más nos interesa la política como drama que como problema. Nuestra educación es así, y sólo en la generación joven hay atisbos de un anhelo sincero y hondo por cambio de frente

hacia la seriedad sin vacuas solemnidades y hacia el mismo fuerte sin arrogancias fugaces.

En el Perú predominó el episodio sin que fuera posible evitarlo. Los tenientes coroneles que cumplieron el plausible de derrocar a la autocracia, —al oír el clamor de la nación, que les recordaba que sólo ellos podían cumplir una empresa de fuerza para acabar con un régimen de fuerza—, tomaron el gobierno porque no podían hacer otra cosa. Como deben ser buenos militares, no era posible que fueran buenos políticos en el sentido moderno y auténtico de la palabra. Los Napoleones y los Bolívares no son pan de todos los días, aunque con excesiva frecuencia se crea eso todavía, en la América Latina. Natural era, que los improvisados gobernantes, expertos y quizá grandes expertos en estrategia y táctica, se vieran de pronto ante un problema enorme que exigía justamente expertos en lo que ellos no podían serlo porque ya han dedicado sus actividades a disciplina muy diferente. El nuevo Gobierno tuvo que integrarse entonces con consejeros o ascesores, y como todavía existe en el Perú la superstición del viejo que sabe por viejo y del diablo que sabe más por viejo que por diablo, los principales consejeros llamados, fueron viejos, los más viejos del país, miembros activos, como es de imaginar —siendo políticos— y del partido que durante sesenta años ha dominado al Perú, dejándolo como está.

Restauración

Los viejos consejeros no podían tener nuevos planes. Y el problema vital del país los exigía. Surgieron entonces los mismos métodos políticos, de la política como drama y no como problema. Apareció de nuevo el episodio. Se dió importancia capital al castigo de los delincuentes políticos y comunes del régimen anterior. Se hizo del castigo un fin y no un medio. Pero como la vida de los pueblos no se detiene, ni los problemas que esa vida plantea a diario, — acentuados amenazadoramente en el Perú — no dejan de insurgir, la situación ha devenido cada día más grave y la falta de un plan orgánico de gobierno en ecuación con tales problemas, se ha hecho sentir en su

formas más violentas. Por esa violencia, — que es reacción en razón directa a la presión, — el castigo se ha producido sangrientamente. La protesta, contra la realidad económica que lo motiva, se ha hecho más honda. Se olvidó el proverbio que más vale prever que remediar y lo olvidaron los consejeros que pertenecen a una época de cultura general en que los proverbios eran principio y fin de la sabiduría.

Ese epílogo trágico del poema de entusiasmo sonoro que se inició con el fin de la autocracia, marca el principio de otra lucha. Los consejeros del Gobierno de Lima han aconsejado una convocatoria a elecciones para una Asamblea Constituyente, pero en vez de indicar que con el cuerpo legislativo del país, debe elegirse el nuevo Gobierno, creen más conveniente, — y lo conveniente en este caso depende de interesados puntos de vista, — que el Gobierno permanezca sin plazo y que la Asamblea se reúna. Surgen, empero, varias dificultades. La junta militar peruana, como la boliviana, como las juntas civiles argentina y la brasileña, ha asumido funciones ejecutivas y legislativas. En los demás países, con las elecciones del poder legislativo se designará el nuevo poder ejecutivo. En el Perú subsistirán ambos poderes. El legislativo que elegirá el pueblo y el ejecutivo, y legislativo también, que surgió del levantamiento. Los conflictos, si esta situación no se modifica, son fáciles de preverse. Además, si después de la Asamblea Constituyente, ha de convocarse a elecciones presidenciales, el Perú tiene la poco grata perspectiva, que evaden aún los países más desarrollados, de una doble conmoción eleccionaria en breve espacio de tiempo.

Así, el problema de contexturar un Estado nuevo y fuerte, emancipado en cuanto sea dable de la presión extranjera y dueño de sus posibilidades para afirmarse nacionalmente, queda pendiente. Pero hasta ahora, en el Perú, malgrado la vigorosa opinión nacional que pide métodos y hombres nuevos, el culto a la antigüedad, en su representación menos digna de reverencia es culto que se impone. Y las imposiciones son siempre temibles en nuestros países.

Berlín, noviembre de 1930

*
* *

VOCES DEL NUEVO BRASIL

Modestamente impreso y bajo el título de "**Folha Académica**", hace más de dos años ya que se edita en Río de Janeiro un periódico universitario que semanalmente recoge el pensamiento nuevo de la juventud del Brasil y de la del resto de la América Latina. "**Folha Académica**" es la expresión de un esfuerzo entusiasta de un grupo de graduados y estudiantes brasileños. En la primera página del periódico viene publicándose ya, desde hace muchos números, una nota en castellano dirigida a los suscriptores de los países latinoamericanos pidiéndoles "el favor de liquidar por medio de cheque o vale postal la cantidad relativa a la suscripción". Esto indica que "**Folha Académica**" tiene que sufrir como sufren todas las publicaciones de nuestros países, no subvencionadas, las consecuencias de nuestra indiferencia y nuestra falta de cooperación a todo trabajo intelectual desinteresado. Sobre este tema del "robo intelectual" que entre nosotros es un delito común por lo frecuente, cabe escribir y escribir mucho. En nuestra América el trabajo intelectual y consecuentemente el trabajador están abandonados a la peor de las suertes. Hemos resuelto el problema de la lectura barata llevándola al máximo de la lectura gratis. Y esto, desde el punto de vista del productor intelectual, es una de las expropiaciones que más claman por reivindicación y justicia. Pero, estas quejas, de parte interesada, vale dejarlas para después, retornando por ahora al comentario del bello esfuerzo eficaz que representa en América "**Folha Académica**".

Del Brasil sabemos poco la gente de los demás estados latinoamericanos. Es cierto que unos y otros estamos incomunicados y casi exclusivamente sujetos a las informaciones que nos dosifican desde Nueva York las grandes agencias norteamericanas de noticias contra las que, no sé hasta cuando, no nos rebelamos en un movimiento

temático en favor de la propia información. Si en México apenas se ven noticias de Sudamérica y en la Argentina toda información mexicana o antillana va a través de Nueva York, en forma casi homeopática, los demás países latinoamericanos no saben mucho más, unos de otros, que México y las Antillas de la Argentina, Uruguay y Chile o viceversa. Durante mi viaje por Centroamérica pude comprobar el aislamiento de esos países. Se sabe con más frecuencia si el Rey de España tiene un resfrío o si el Príncipe de Gales se pone un abrigo de nuevo corte, si a Mr. Hoover se le hincha la mano de mucho darla, o si Mr. Tuney ha disminuído dos kilos de peso, que cualquier acontecimiento de importancia económico, social o político de la vida sudamericana. Un divorcio en Hollywood o un impasable chiste de Rogers son más del dominio del público latinoamericano que acontecimientos de verdadera importancia en países vecinos. Esta intoxicación y adormecimiento de la opinión latinoamericana a través de la prensa diaria apenas los combaten algunas informaciones directas, escapadas al contralor yanqui o alguna que otra revista de información libre. En cuanto a periódicos de independencia política y de amplitud para informar y juzgar, hay pocos en nuestra América y los que hay, como "Repertorio Americano", "Renovación" de Buenos Aires y una docena más, sufren el boycot directo e indirecto de adversarios y admiradores, porque muy pocos se suscriben, casi nadie paga las suscripciones y cuesta trabajo hasta que los lean completos.

Si este aislamiento entre nosotros, digo entre nuestros pueblos de lengua castellana, es evidente, del Brasil que habla portugués y de Haití que habla francés apenas si sabemos que existen y que hablan los idiomas mencionados. Digo esto poniéndome en el caso de Juan de la Calle y no de los excepcionales preocupados y estudiosos, sabiendo que hay más de veinte millones de latinoamericanos que pertenecen al rango intelectual de Juan de la Calle.

Del Brasil nos aisla, como de Haití, la lengua. También nos aisla una doble propaganda bien estudiada para separarnos. Una, es la propaganda "hispanoamericanista", que

quiere desde Madrid que nos sintamos españoles y nos llamemos así, y otra viene de los Estados Unidos.

En el Brasil se ha hecho una política maquiavélica desde Norteamérica. Un brasileño inteligente y cultivado me decía en un viaje su profecía fantástica acerca del futuro del Brasil. "Nosotros dominaremos la América del Sur con la ayuda de los Estados Unidos y ayudaremos a los Estados Unidos a dominar el resto de Norteamérica y "los paisitos" (textual) centroamericanos. Día llegará en que la bandera estrellada de los Estados Unidos y la [illegible] casi tan estrellada del Brasil flameen a un lado u otro del Canal de Panamá". Otro brasileño pomposo a quien conocí en los Estados Unidos y que había sido completamente norteamericanizado por una de las becas universitarias que ofrece la "Panamerican Union", me repitió la historia. Sabido es que la diplomacia norteamericana ha azuzado y mucho al Brasil contra la Argentina y que abundan ya los ejemplares de soñadores imperialistas entre los conservadores brasileños.

La generalidad de las gentes latinoamericanas piensan y hablan del Brasil como de algo extraño, como de algo ajeno a nuestros problemas continentales. No es difícil que se sepa que el Brasil tiene una extensión de 8.511,18[illegible] kilómetros cuadrados, que su inmensa área ocupa el 4[illegible] por ciento de la extensión total sudamericana y que su población pasa de 39 millones de habitantes. Si averiguamos más, se nos dirá que en el Brasil hay cerca de un millón y medio de italianos, 1.250,425 portugueses, 574,3[illegible] españoles y muy cerca de doscientos mil alemanes, etc. Los aficionados a estadísticas nos agregarán que el Brasil importó en 1928 por más de noventa millones y medio de libras esterlinas y exportó por más de 97. Como dato de solidaridad continental se puede recordar que el Brasil formó parte del A. B. C., iniciado por el canciller argentino Murature para impedir uno de los tantos intentos de invasión de México por los Estados Unidos. De los nuevos escritores, de los nuevos poetas brasileños también sabemos algo. Además, las gentes han oído decir y en la Argentina se sabe por experiencia y en Centroamérica por competencia, que el Brasil es un colosal productor de café.

Nos faltaba una información más realista y más auténtica del verdadero movimiento de la juventud brasileña. La Reforma Universitaria argentina que extendió sus fecundas rebeldías a toda Sudamérica y llegó hasta Cuba, no conmovió al Brasil. El movimiento antiimperialista y unionista que parte de la Argentina y que repercute tan vigorosamente en las juventudes de Chile, Uruguay, Perú y Colombia, no alcanzó resonancia en el Brasil. Por mucho tiempo nos hemos sentido extraños y alejados. **"Folha Académica"** nos trae ahora, con un respaldo de dos años de tenaz labor periodística, la voz del nuevo Brasil. **"Folha Académica"** que es un periódico de Ciencias Naturales, de Letras, de Derecho, de Ingeniería, de Medicina, de Farmacia, de Odontología y de Bellas Artes, es la expresión magnífica de un sólido movimiento izquierdista de la juventud brasileña. En sus páginas no sólo se imprimen artículos en portugués. También se publican en castellano. Las firmas más autorizadas de América Latina son acogidas con entusiasmo en **"Folha Académica"**. Con admirable tenacidad, el periódico ha logrado pasar las fronteras del Brasil y llega a otros países de nuestra América y hasta encuentra suscriptores, que aunque morosos, son suscriptores y, por lo menos, lectores. En este caso, el sólo hecho de ser lector de un periódico brasileño es algo que vale mucho para nuestra solidaridad. A Europa llega **"Folha Académica"** y se lee con interés. La tendencia del periódico es ampliamente latinoamericana sin afanes inútiles de predominio nacionalista. Sus artículos son siempre interesantes y bien acogidos. No hay protesta en los estudiantes de América que no la acoja. No hay manifestación interesante de intelectuales jóvenes latinoamericanos que no merezca su aliento. Dirigida por el profesor Bruno Lobo y con un personal de redacción formado por graduados y estudiantes que ya han demostrado trabajar bien, **"Folha Académica"** es una verdadera expresión del pensamiento joven y avanzado del Brasil y un firme y eficiente intento de incorporación de la juventud brasileña al movimiento renovador de toda la nueva generación latinoamericana. Al publicar las declaraciones del VI Congreso Nacional de Estudiantes de México, adhiriéndose al movimiento apris-

ta latinoamericano, **"Folha Académica"** las aplaude con entusiasmo considerándolas ejemplares. "Ojalá pudiéramos también realizar un Congreso así, con tan expresivo programa", dice editorialmente. Semana a semana, este periódico impreso modestamente nos está demostrando que en el Brasil, — para la mayoría de los latinoamericanos *terra incógnita*, — se agita un pensamiento nuevo y se alienta el propósito firme de no aceptar la desvinculación que el "hispanoamericanismo" y el "panamericanismo" — dos políticas imperialistas desde distintos puntos de vista pero con fines claros de exclusivismo, — pretenden imponer en nuestros países.

"Folha Académica" es un periódico de ciencia y de literatura, de política y de arte, que reafirma las esperanzas de los que creemos en la nueva generación latinoamericana como fuerza fecunda de grandes tareas históricas.

CAPITULO V

INDOAMERICA Y EUROPA

ROMAIN ROLLAND Y LA AMERICA LATINA

Romain Rolland es el primer gran hombre de la Europa que ha comprendido en toda su grandeza el vasto movimiento de rebeldía y de unión que realizan las juventudes de la América Latina. Con mirada de vidente, ha descubierto que una nueva lucha por la justicia, un nuevo sacrificio por la unión y la libertad amenazada de veinte pueblos, está ya en gesta heroica. De la Europa, casi siempre indiferente a los clamores lejanos, ha surgido para nosotros una voz de saludo y aliento en aquellas palabras fervorosas e incitadoras de Romain Rolland: "Creo en la misión de vuestros pueblos. La presiento y la invoco. Federaos: No hay que perder un solo día. Jóvenes de la América Latina os envidio; tenéis que sacrificaros por ella, la causa más bella y más heroica".

Hace más de veinte años, Tolstoi había sentido la atracción de nuestros problemas americanos. "El estudio del desenvolvimiento político, social y religioso de las agrupaciones latinas del continente americano, — escribía el célebre artista ruso —, ha tenido para mí irresistibles fascinaciones; su lado trágico principalmente ha sido y es motivo para mí de cavilaciones incesantes". Pero Tolstoi no alcanzó a ver la verdadera tragedia de nuestros pueblos. Presentía nuestra derrota y profetizaba que: "mientras nuestras dolencias morales no fueran eliminadas, las agrupaciones latinas estaban destinadas a desaparecer del Nuevo

Mundo, absorbidas por la colosal homogeneidad anglosa-jona".

Entre aquellas palabras lejanas, perdidas ya en la muerte, y el grito alentador y optimista de Romain Rolland hay una época. Tolstoi habló para las viejas generaciones de la América Latina (del siglo XIX), generaciones culpables quizá, por lo menos, generaciones sin grandeza y sin videncia, que habían traicionado el pensamiento revolucionario de Bolívar, por el culto de nacionalismos locales e imposibles. Romain Rolland ha hablado ya a una nueva América Latina de la rebelión, y quizá a la América de la epopeya.

Después de 1918, de un lado al otro del continente latinoamericano, surge una nueva conciencia en la juventud. De la vieja Universidad de Córdoba se lanza el primer grito: "Las Universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y — lo que es peor aún — el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser así fiel reflejo de estas sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso que la ciencia frente a esas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado de la insurrección. Entonces, la única puerta que nos queda abierta a la esperanza es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo, la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestros males son males de todo el continente". Y el "derecho sagrado de la insurrección" fué ejercitado. En Córdoba, en Buenos Aires, en La Plata, en Lima, en Montevideo, en Santiago de Chile, en La Habana, en Bogotá y en México los estudiantes de las viejas universidades alzaron la rebelión contra el pasado. En aquel movimiento tumultuoso y lírico contra los viejos sistemas educacionales se estremecía el nuevo espíritu de la juventud que quería libertarse de todo lo que cerrara el paso al

porvenir. Desde entonces ya no hay sino una sola América Latina; en sus anchas tierras fecundas ha surgido una lucha que será definitiva. De un lado el espíritu del pasado, reaccionario y empequeñecido; del otro, el empuje revolucionario de la juventud que mira luminosamente su destino. De 1918 a 1925 la conciencia juvenil se ha desarrollado y ha ido precisándose. Entonces aspiraba a una renovación de sistemas educacionales, a una confederación espiritual de nuestra América. Hoy busca una transformación más honda; lucha por la renovación de los sistemas sociales y aspira a una confederación política de nuestras veinte repúblicas, separadas por nacionalismos artificiales y comúnmente amenazadas por el imperialismo conquistador de los Estados Unidos del Norte.

El espíritu de la juventud latinoamericana avanza siempre hacia el porvenir. Incomprendido por las generaciones viejas de nuestras burguesías, de nuestras burocracias, de nuestras oligarquías, tiene en ellas el enemigo más próximo y más implacable. Sangre joven, sangre de los nuevos libertadores de América ha regado ya nuestro suelo; tumbas para nuestros caídos se han abierto en nuestra tierra, cada vez que la juventud ha proclamado "el derecho sagrado de la insurrección". Pero nuestra lucha ha comenzado apenas. Nuestros enemigos son poderosos y son inexorables: ellos forman la alianza de nuestro feudalismo americano, rezago lamentable de la brutalidad conquistadora de España y el formidable imperialismo yanqui, animador de nuestras burguesías jóvenes, exaltador de nuestros localismos, incitador de nuestras tiranías, acreedor de nuestros gobiernos, cómplice de nuestras bastardas luchas interiores.

La juventud de la América Latina tiene ante sí el gran "destino heroico" que invocaban los precursores del levantamiento de la Universidad de Córdoba hace siete años. Unir a los pueblos de América para defenderse del imperialismo sajón, derrotar a sus aliados dentro de cada uno de nuestros pueblos y libertar a millones de oprimidos que son sus víctimas seculares, he ahí nuestro gran anhelo común, he ahí nuestro credo revolucionario de justicia, he ahí la causa "bella y heroica", la más bella y heroica para el sacrificio de la juventud, que ha saludado Romain Rol-

land, uno de los más grandes hombres de nuestros tiempos, cuyo espíritu estremecido por las grandes inquietudes de la Humanidad, comprende y siente la inmensa tragedia de este fecundo instante de la Historia de luchas terribles y desesperadas pero redentoras.

(Del "Liber Amicorum", dedicado a Romain Rolland).

* * *

LO QUE NOS PUEDE DAR LA VIEJA EUROPA

Durante mi último viaje a la zona norte de la América Latina, me interesó grandemente conocer la opinión predominante entre las gentes de los países que visité, acerca de la educación de nuestra juventud en el extranjero. Encontré que son muy numerosas las personas que piensan que el ideal para un muchacho o muchacha de nuestros países debe ser educarse en los Estados Unidos. Conviene advertir que sólo en Costa Rica encontré aún fuerte opinión en favor de la educación europea. En México fueron muchas personas, y aún entendidas en asuntos de educación las que me manifestaron que "la vieja Europa" estaba buena para pasear mientras que los Estados Unidos eran el país para aprender.

La cuestión me parece interesante y actual. No porque yo haya hecho gran parte de mi educación en Europa, voy a tomar partido en favor de ella. Soy el primero en reconocer las profundas diferencias, las enormes distancias y las grandes dificultades de mutua comprensión que existen entre la América Latina y Europa. Después de visitarla, de conocerla residiendo en ella y de haber "hecho" la vida europea, universitaria y no universitaria, no soy un europeísta ni mucho menos y aliento la creencia, cada vez más firme de que la América Latina tiene que buscarse en sí misma y definirse por sí propia. Empero, conozco, — y no creo que mal —, a los Estados Unidos y me he preocupa-

do, cada vez que he vivido en ese país, de observar no sólo lo que nos quita, — que es mucho —, sino lo que nos puede dar. Encuentro que, en comparación con Europa, y en materia de cultura, no es tanto como generalmente se cree.

Las agencias telegráficas y no telegráficas que sirven a nuestra prensa desde New York y las que les envían fotografías, amén del cinematógrafo y de la propaganda oral de las gentes que van a los Estados Unidos, se espantan con los rascacielos y regresan contando maravillas, sin haber visto Europa, han creado en muchos de nuestros países un ambiente de réclame para los Estados Unidos, que nuestras mentes sencillas, simplistas y fascinables agigantan en las regiones infinitas de la fantasía. Esas mismas fuentes de propaganda han ido creando en nosotros, especialmente en los países latinoamericanos más próximos a los Estados Unidos, un concepto vulgar, inexactamente desdeñoso de lo europeo. Como inspiramos casi siempre nuestros juicios en las manifestaciones episódicas del poder de la fuerza y de la fuerza del poder, la derrota total de Europa después de la guerra imperialista, su descalabro económico y su sometimiento, sin duda temporal, a los Estados Unidos, únicos vencedores verdaderos de aquella gigantesca carnicería, han contribuído a fortalecer en muchos de nosotros la idea de que Europa está en decadencia y que "en el candelero del mundo" sólo alumbra la luz del progreso evidentemente extraordinario de los Estados Unidos.

No intento negar el desarrollo incomparable en la historia de los Estados Unidos ni creo que visitarlos, sabiéndolos ver, sea contraproducente. Lo que me parece importante tener en cuenta es que viendo Europa y viendo Norteamérica, se puede comprobar que los Estados Unidos no son sino una prolongación y un engrandecimiento de la civilización europea que desarrollándose sobre planos más extensos cobra caracteres especiales y renueva y transforma el legado cultural del viejo mundo.

Es evidente que los Estados Unidos inician y ensayan una nueva forma de cultura, como es evidente que las bases del sistema económico europeo se han ensanchado, afirmado y renovado en Norteamérica, Pero es también evi-

dente que lo que podríamos llamar "la cultura" o más propiamente "la civilización" norteamericana, no se ha emancipado aún de la cultura y civilización europeas y aún depende de ellas, — aunque tiendan a separarse y definirse por sí mismas en América, conservando vivos los vínculos de relación y dependencia.

Es natural que la propaganda norteamericana tienda a proclamar que todo en los Estados Unidos es **"the best in the world"** Pero nosotros no debemos olvidar las palabras de aquel sincero norteamericano que confesaba, que el secreto de la fuerza yanqui, en todos los órdenes, radicaba en que su actividad era cincuenta por ciento **bluff** y cincuenta por ciento realidad. El **bluff** sistematizado se denomina propaganda en todas las lenguas occidentales. La propaganda respaldada por una realidad orgánica, sólida, progresiva, es no sólo un auxiliar poderoso de la acción porque significa la fuerza de "lo mágico" de inmensa influencia en el desarrollo humano, sino porque engendra un optimismo contextural que acicatea la energía. Vivir sólo del **bluff** o de la propaganda no es posible. Pero ninguna obra grande en la historia, especialmente obra social y particularmente en los tiempos modernos, olvidó la propaganda. La religión y la política, — y religión y política han sido las grandes manifestaciones eminentes del ritmo del progreso material de todos los pueblos —, han usado de la propaganda y de la fuerza de lo mágico, como factores esenciales para cumplir sus tareas históricas.

Los Estados Unidos entienden esto muy bien porque va en su beneficio. A nosotros nos toca saber distinguir el porcentaje de realidad del halo de propaganda. Esto es tan esencial como distinguir en economía los conceptos de capital efectivo y de crédito.

Me parece que en el orden cultural, como en el orden económico, los Estados Unidos han planteado ya una separación bastante notable de Europa en cuanto a metodización o formas de aplicación. Así como la economía norteamericana no difiere fundamentalmente de la europea sino en cuanto a métodos, a procedimientos, o formas — puesto que el sistema económico de Europa y Norteamérica es básicamente el mismo —, en el orden cultural

las diferencias no son tampoco fundamentales sino formales. Las fuentes de cultura están aún en Europa. Los métodos de su desarrollo se diferencian de los europeos en los Estados Unidos. Pero no olvidemos, que esa variación de métodos ha sido determinada por las condiciones del ambiente norteamericano, por su realidad distinta de la realidad europea. Y no olvidemos que los métodos o formas culturales norteamericanas, como producto de la realidad en que insurgen, son esencialmente nacionales, vale decir son típicamente estadunidenses y no aplicables al mundo entero sin averiguar antes si existe una comunidad o una identidad, de realidades de ambiente entre los Estados Unidos y otros países.

En América Latina hemos querido siempre las cosas hechas. Nosotros, desde la Conquista, hemos recibido de fuera el instrumento de trabajo, de producción, de transporte. Nosotros no hemos creado la máquina ni hemos pretendido crearla. Hemos usado y usamos, la que nos viene de fuera. En el orden político, también hemos querido siempre importar instituciones, sistemas. Así en el orden cultural propiamente dicho. Esta situación de dependencia, de coloniaje, tiene un límite. Corresponde a la infancia de hombre o pueblo. Han sido y son nuestros "andadores". Empero, llegamos al momento en que queremos proseguir y hallamos que no sólo no hemos descubierto elementos de trabajo sino que tampoco hemos descubierto métodos de trabajo. Los Estados Unidos también recibieron la máquina de Europa, pero luego la fabricaron. También recibieron métodos de trabajo, pero más tarde crearon los suyos propios. La emancipación norteamericana de Europa tiene su secreto en que en el orden económico, como en el cultural, no siguieron sometidos a la importación. También quisieron crear y luego exportar.

Nosotros tuvimos y tenemos la misma oportunidad. Las fuentes de cultura, la civilización matriz están aún vivas. Lo que nos falta es adaptar, renovar, crear.

Norteamérica no ha abandonado a Europa, la roba, la rapta, la hace suya, como el impetuoso bovino de la mitología. Norteamérica comienza a crear su propia civilización, pero lleva aún a Europa a horcajadas. Ella cabalga

en las llanuras yanquis sobre los lomos del bisonte del nuevo mundo.

A nosotros nos corresponde escoger. Distinguiendo entre cultura y método cultural es ingenuo no buscar en las fuentes mismas. Cuando en las universidades y colegios europeos nos encontramos con tantos estudiantes norteamericanos que suman miles y miles, no es difícil pensar que alguna razón tienen para venir. Cada Estado de la Unión Norteamericana envía a Oxford dos de sus mejores alumnos por un término máximo de tres años. Los gastos de estos estudiantes son pagados por la fundación de los Rhodes scholars. Además, de los becados, Oxford y Cambridge, Londres y Edimburgo tienen una gran cantidad de estudiantes norteamericanos voluntarios en sus aulas. En París, en Berlín, en Roma, en Oslo, en toda Europa, quien visite o asista a una universidad de importancia hallará norteamericanos. Aunque todavía los profesores europeos, siempre que aludan a un método científico norteamericano sonrían o hagan un chiste, no hay una ciencia norteamericana libertada de Europa. Será difícil leer un libro científico norteamericano sin citas respetuosas de obras similares europeas.

Ahora bien, el estudiante norteamericano no viene a europeizarse. Como el japonés, que tanto abunda en los centros educacionales europeos, no viene a desjaponizarse. El norteamericano es siempre norteamericano, como el japonés no deja de ser japonés. No vienen ni uno ni otro como vienen nuestros estudiantes, a vagar aisladamente, a buscar amigos al amparo de la suerte o a aprender el idioma "en la escuela del amor" buscándose alguna muchacha bien vestida de las que vagan por las ciudades de Europa a altas horas de la noche. Los estudiantes norteamericanos tienen sus corporaciones y tienen su vigilancia. No están sólos ni pierden el rumbo de su propia dirección nacional. Fraternidades, clubs, tutela gubernativa o universitaria les amparan y dirigen. Así, estudian y así vuelven a su país sabiendo distinguir lo que hay de distinguible entre Europa y Norteamérica.

Los nuestros aquí o en los Estados Unidos están lanzados a su propia suerte. Por eso es fácil que se deslumbren

con lo que ven, que pierdan el sentido de cooperación, que acentúen su individualismo y que carezcan del contacto con lo nacional, de dónde provienen y adónde deben volver.

La "vieja Europa" que sabe "por vieja y por diabla", aún puede enseñar. Más, aún enseña. Lo que los Estados Unidos han hecho y hacen es aplicar sus enseñanzas a la realidad norteamericana, metodizarlas en su ambiente e iniciar así la obra creadora. Nosotros podemos hacer lo mismo. Norteamérica no es América Latina. Entre una y otra América hay diferencias abismales. Las diferencias entre el país máquina y el país campo, generadoras de dos caminos diversos y distantes en el curso de la historia. Si confundimos el concepto de una cosa en sí con el concepto del uso o la aplicación de esa cosa, repetiremos el error histórico de cien años y quedaremos siempre esperando vivir en sujeción. Es concepto genial de Marx en la segunda página de "El Capital", que "descubrir el uso de las cosas es la tarea de la historia". En economía como en política, en comercio como en educación, "descubrir el uso" implica descubrir el método. Y nuestros métodos no los descubrirá nadie por nosotros. Los norteamericanos han descubierto los suyos propios. Quizá algunos de ellos serían aplicables a nuestra realidad, aunque el punto es discutible. Lo que nos interesa es descubrirlos nosotros. Si queremos preparar una generación capaz de esta tarea, enviándola al extranjero, hagamos la búsqueda no en quien ya encontró lo suyo sino en donde nosotros podamos obtener lo nuestro.

Pero lo fundamental es que para esta tarea también ensayemos un método. Por lo menos, un método elemental de orientación en la juventud que se envía fuera del país empujándola neciamente a su propia suerte.

Berlín, diciembre de 1929.

* * *

PUNTOS DE VISTA TEUTONES SOBRE LAS AMERICAS

Se nota, cada vez más, en la prensa de Alemania un marcado interés por los problemas de relación entre las dos Américas. No se oculta aquí que son nuestros países uno de los mejores mercados para la industria alemana y que es sumamente peligroso el dominio creciente de los Estados Unidos sobre los pueblos de la América Latina. No es infrecuente en los mejores órganos del periodismo alemán la publicación de artículos bastante documentados sobre el avance de los Estados Unidos en el resto de América. Como no es infrecuente tampoco que en nuestros países olvidemos la realidad y nos forjemos azules ilusiones, me parece interesante reseñar las opiniones más significativas que se emiten en Europa sobre tan trascendental cuestión. En el conocido periódico "Germania", correspondiente al dos de marzo, ha aparecido un artículo editorial comentando el próximo viaje del gran industrial neoyorkino Lee, quien "con el decidido apoyo del Presidente Hoover", presidirá durante la próxima primavera una delegación estadounidense que visitará la América Latina. El articulista de "Germania" señala como el objetivo principal del viaje el de "convencer a los pueblos de Centro y Sudamérica de que con las mayores ventajas pueden ellos cubrir sus necesidades en los Estados Unidos".

El artículo recuerda la visita del Presidente Hoover a la América Latina y considera que la misión de Mr. Lee no será sino una respuesta a la misión de Lord D'Aberdon que presidió una delegación británica en viaje de captación comercial a algunos de los más importantes Estados de la América del Sur. Siguiendo el método didáctico de los mejores periodistas alemanes, el artículo sintetiza, una vez más, la historia de las relaciones de la América Latina con Inglaterra y los Estados Unidos, y la lucha de ambas potencias por la dominación económica de nuestros países. Es Unamuno quien ha escrito que las cosas de puro sabidas

se olvidan, y vale por eso reproducir algunos de los puntos más expresivos del artículo de "Germania".

"América Latina debía pertenecer a los norteamericanos. De acuerdo con este postulado se cumple la expansión económica". Primero, el petróleo de México, después el dominio total de Centroamérica por la United Fruit Company, la adquisición de Panamá, el dominio sobre Nicaragua, Venezuela, las Antillas, "todo esto significaba la batalla económica contra Inglaterra y el propósito de constituir una potencia mundial con toda la América". Inglaterra — según el artículo — fué coautora del A. B. C. para defender a México y presentar a los Estados Unidos una oposición respetable. Pero los Estados Unidos desde su guerra "poco gloriosa" contra México, continuó con su plan imperialista invadiendo Nicaragua y Haití "e imponiendo cadenas a Cuba". Surge entonces el ideal latinoamericano, pero "el tutelaje de Washington se manifiesta claramente en cada uno de los congresos que desde 1889 se reúnen periódicamente". Las pocas corrientes oficiales de oposición al imperialismo pueden poco, como pudo poco el pedido "de la pequeña Costa Rica a la Liga de las Naciones, solicitando una interpretación del alcance de la doctrina de Monroe".

El artículo insiste en que se trata de una lucha entre el dólar y la libra esterlina, "pero es el dólar en aquellas tierras más fuerte que la libra".

La diplomacia norteamericana "tiene siempre un nuevo triunfo que asignarse" interviniendo en todos los conflictos que se suscitan entre los Estados de la América Latina. Y en letras gruesas añade esta sentencia: "Lo que los norteamericanos emprenden en la América Latina lleva siempre el propósito, consciente o inconsciente de realizar la unión panamericana".

Más adelante, el artículo profetiza que en cinco años más las industrias vitales de la América Latina estarán controladas por los Estados Unidos y añade que por la gran propaganda de los protestantes yanquis, el catolicismo va perdiendo su fuerza en todos los países latinoamericanos, especialmente en Centroamérica. Pero todo esto es necesario para lo dominación total de los mercados de la Amé-

rica Latina, cuyas "posibilidades de consumo son inagotables". En la Argentina, que sólo tiene un poco de más de diez millones de habitantes, caben cien. Perú, Colombia, Bolivia, Paraguay tienen también campo para otros tantos millones. La lucha entre Inglaterra y los Estados Unidos por la América Latina la va perdiendo Inglaterra. La misión de Lord D'Aberdon, cuya tarea era recuperar la posición perdida por Inglaterra, verá desvanecerse sus éxitos ante la expedición de Lee".

El artículo de "Germania" es uno de los muchos que aparecen continuamente en la prensa alemana. He tomado como tipo una publicación centrista. Descontado esto, debo agregar que tanto la extrema izquierda como la extrema derecha intensifican esta campaña, demostrando que Inglaterra y los Estados Unidos no tienen en nuestros tiempos objetivo más importante para su lucha económica — engendradora de luchas armadas — que la América Latina.

Es de suponer que la opinión de la prensa alemana — de izquierda a derecha — presenta a nuestros pueblos como ya conquistados y a nuestros gobiernos como juguetes inconscientes o no de la política panamericanista. Probablemente se equivoquen en el primer caso, pero están muy cerca de la verdad en el segundo. La opinión de nuestros pueblos no se percibe en estos países donde sólo se oye la voz oficial y sabido es que todas las voces oficiales latinoamericanas hablan muy quedamente cuando se trata de los Estados Unidos.

Es de notar sí, que todos los comentarios de la prensa europea sobre la situación de nuestros países no descubren otro camino de salvación que una acción más activa de Europa para ayudarnos. Se notan pocas esperanzas en que seamos nosotros mismos los autores de nuestra liberación. Como se trata de un problema económico, nuestra situación se presenta a los europeos siempre en plano de dependencia. Si necesitamos productos industriales y no los producimos, la lógica más fácil deduce que nuestra salvación de la conquista económica norteamericana estará en que Europa nos reconquiste. No imaginan los europeos que la América Latina pueda encontrar un sistema de liberación económica que radique en sí misma. Y no lo imaginan

porque aparentemente todo conspira contra esa posibilidad. Europa sabe que ningún país aislado de la América Latina, ni el más o los más fuertes y avanzados, podrán resistir a la fuerza avasalladora del gran frente norteamericano. Nuestra división en pequeños Estados frente a la gran cohesión de los cuarenta y ocho Estados de Norteamérica nos sitúa en plano muy inferior. Europa no sabe de ningún esfuerzo serio y oficial para producir la unión latinoamericana y antes bien, comenta a cada paso las declaraciones oficiales repetidas mil veces en loa del panamericanismo. Panamericanismo es para los europeos dominio imperial de Norteamérica sobre la América Latina. Y parece que los europeos, buenos realistas, están en lo cierto. Los movimientos antipanamericanistas en América son aún vagos e imprecisos para el concepto europeo. Cada latinoamericano que viene a Europa y habla contra el panamericanismo, es automáticamente declarado, por su legación respectiva, como un subversivo peligrosísimo, cuando no como un alienado. Cuando la Liga Antiamericanista hace declaraciones contra la dominación yanqui en la América Latina, la filiación comunista de la Liga sitúa automáticamente la declaración en el plano de la propaganda soviética. Además, se considera una forma europea de luchar contra los Estados Unidos. Por eso no es raro que la extrema derecha use en este caso argumentos coincidentes con los de la extrema izquierda. De todas formas argumentos europeos. Unos hablan de conquista roja, otros de conquista blanca. Conquista europea siempre para librarnos de la conquista americana.

Pero estudiando el interés de derecha a izquierda que despierta nuestra posición de pueblos ya sometidos, en la prensa europea, hay que concluir que los europeos tienen en mucho razón. Como no esperan nada de nosotros mismos y nuestras tierras son tierras codiciables, quieren avocarse su defensa. No importa en interés de qué partido. Lo que Europa mira en América, es lo que miran los Estados Unidos: campos de explotación, pueblos que trabajan barato y que protestan poco. En realidad, pueblos ideales para la conquista. Así nos ven y así nos dejamos ver.

*
* *

UNA OPINION BRITANICA

En la segunda quincena de marzo, el Dr. John A. Mackay, — que es de los pocos intelectuales británicos bien penetrados de la vida latinoamericana — habló desde la radio de Londres sobre algunos aspectos de nuestros pueblos. El doctor Mackay ha vivido muchos años en nuestros países. Desde las Universidades de Aberdeen, en Escocia, de Princetown, en los Estados Unidos, y de Madrid, en España, el doctor Mackay orientó sus estudios al conocimiento de nuestros países, basándose en un profundo estudio del castellano, que comanda admirablemente. Graduado de doctor en Filosofía, Historia y Letras en la Universidad de San Marcos, de Lima, el doctor Mackay fundó en la capital del Perú un magnífico establecimiento de educación. En él hice por tres años mi trabajo inicial de práctica pedagógica, compartiendo con el joven maestro interesantes experiencias de enseñanza.

Más tarde, el doctor Mackay ha dedicado sus trabajos a la Asociación Cristiana de Jóvenes. Digamos en su honor que el doctor Mackay es, sin duda, el hombre de espíritu más amplio que pueda contarse en una institución que, malgrado los enormes medios económicos de que dispone, es muy popular en nuestros países. Pero su trabajo en la institución mencionada ha valido al doctor Mackay la posibilidad de un conocimiento profundo de la América Latina que ha recorrido toda, interesándose vivamente en muchos de sus problemas fundamentales.

Por eso son interesantes los puntos de vista expresados por el doctor Mackay en su discurso de Londres.

Dirigiéndose a un público inglés, se ha lamentado de la ignorancia que respecto de la América Latina se nota en Inglaterra. "Para la mayor parte de nuestra gente, ha dicho, ese Continente no es más que un nombre, una vaga reminiscencia de los días de estudio en la escuela, pero desde el momento en que nosotros comenzamos a pensar

en ese nombre, muchas asociaciones retornan a nosotros a través de la niebla de la memoria: escuchamos una vez más las leyendas de las primitivas civilizaciones indígenas y sus conquistadores españoles; penetramos en las misteriosas florestas del Amazonas y escalamos los picos de la cordillera andina; sentimos la soledad de las pampas ilimitadas de la Argentina y hasta podemos recordar los hechos extraordinarios de compatriotas nuestros que, como el indomable escocés Lord Dundonald, ayudaron a liberar a los países sudamericanos del yugo español y a iniciar su carrera republicana".

En general, ha insistido el doctor Mackay, los ingleses sólo tienen de la América Latina un conocimiento lamentablemente fragmentario, en especial en lo que se refiere a su vida espiritual. Anota como primera y gran característica del continente latinoamericano la de ser "el más grande crisol de fusión de razas que hay en el mundo". Hombres de todas las nacionalidades y razas afluyen a él. No existen ahí antagonismos raciales. El caso del Brasil es el más notable en este respecto. No hay país en el mundo con tan enorme poder absorbente. El Brasil que es predominantemente Latino y que será pronto el más populoso de los países latinos del globo, está fusionando actualmente las razas negra y asiática. Refiriéndose al libro "Indología" de José Vasconcelos, el doctor Mackay ha dicho: "Cierto sociólogo ha sido tan impresionado por la fusión de razas en la América Latina, que ha aventurado la opinión de que en ese Continente surgirá lo que él llama la **raza cósmica**. Puede haber algo de fantasía en aquella idea, pero es un hecho que la América Latina deviene rápidamente un microcosmos **amigable** de la familia humana".

El conferenciante se ha detenido ante una cuestión que considera fundamental: "¿Qué es lo que está pensando la América Latina?" La respuesta, según el doctor Mackay, corre el riesgo de ser aventurada. Para responder a ella considera necesario reflejar algunas de las actitudes mentales más significativas.

Según él, el interés de los intelectuales en la América Latina es más amplio que en la Gran Bretaña. El estudiante universitario latinoamericano, — promedialmente conside-

rado —, no es tan profundo en sus conocimientos como un estudiante británico, pero, probablemente, posee más información y se interesa en más aspectos de la cultura, que aquél. Esto se debe en parte al nativo universalismo de la mente latina, y en parte, a que los países latinoamericanos dependen mucho más de la cultura extranjera que la Gran Bretaña, por ejemplo. En cualquier parte de la América Latina se hallará entre los intelectuales una gran pasión por el modernismo y un insaciable deseo a estar con el día.

El doctor Mackay se ha referido después a la prensa latinoamericana. Los grandes diarios de Buenos Aires son los más cosmopolitas y los mejores informados del mundo. Publican diariamente de tres a cuatro páginas de noticias extranjeras, vale decir, dos veces más de lo que a ellas dedica el "Times" de Londres. La literatura de los países más avanzados del continente europeo afluye a las ciudades más importantes de la América Latina. En estos tiempos, los latinoamericanos educados contemplan el mundo intelectual a través de la literatura francesa y de traducciones españolas de otras lenguas. La lengua castellana ha devenido así, un poderoso elemento de cultura mientras que el pensamiento alemán está tomando la primacía al francés en su influencia cultural.

En cuanto a la importancia del pensamiento británico en la América Latina, el doctor Mackay tiene que llegar a "tristes reflexiones". Comparativamente, pocos latinoamericanos educados en buen inglés, y salvo algunas traducciones de conocidos novelistas y dramatistas británicos, lo que hay de más fundamental en el pensamiento inglés se filtra poco a la América Latina. Los colegios alemanes en los países latinoamericanos reciben subsidios de su gobierno. El gobierno británico jamás ha demostrado ningún interés en las escuelas fundadas por sus súbditos en nuestros países.

El conferenciante ha hecho mención especial de lo que él considera una de las más "significativas actitudes creadoras" del pensamiento latinoamericano en los años recientes; "un nuevo sentido de responsabilidad por alcanzar justicia y bienestar sociales". La idea tan corriente de la Gran Bretaña de que la vida humana es "barata" en la América Latina tiene sus bases en la historia del pasado del

Continente. La reverencia por la personalidad de los siervos y de los oprimidos no fué heredada de los antepasados iberos. Las condiciones de los trabajadores, especialmente en los países de la costa occidental y muy particularmente entre los indios han llamado la atención del mundo. Es una triste verdad que en muchos de esos países nunca se ha hecho nada oficialmente por la civilización de su población indígena. Más triste es aún, que muchas veces se han puesto obstáculos a los que han querido acometer esa tarea. Empero, es evidente el surgir de una vivificante conciencia social a través del Continente. La ciudad de San Pablo, en el Brasil, posee una de las pocas prisiones modelos del mundo. Sobre su pórtico están escritas en bronce estas palabras significativas: "Casa de Regeneración". Un experto norteamericano ha declarado que jamás ha conocido una organización más admirable que el reformatorio de muchachos delincuentes de Buenos Aires. Hace cerca de diez años que se fundó en Lima la "Universidad Popular" que un grupo de estudiantes universitarios organizó para la educación de las masas. Su programa contemplaba también la educación de los indios. Pero, por razones políticas, este movimiento fué atacado oficialmente y sus líderes desterrados. "Conociendo como conozco, ha dicho el doctor Mackay, la nobleza del carácter y el sincero interés por los sufrimientos humanos de algunos de esos desterrados, estoy seguro que el futuro es suyo". El modelo que sirve para la solución del problema agrario latinoamericano y la incorporación de los indios a la civilización, es México. El nuevo y original sistema de educación rural que por varios años viene desarrollándose en México ha ganado la admiración de la América Latina. Aún en la Argentina, cuyos problemas parecen ser distintos de los de México, se puede descubrir hoy un creciente interés hacia el país de los aztecas,

Y esos son los puntos centrales de un discurso que tanto en Inglaterra como en el resto de Europa, atrajo la atención de algunos centenares de miles de radioescuchas.

Berlín, mayo de 1930.

* * *

LA CRUELDAD LATINOAMERICANA

La literatura extranjera, — europea y norteamericana —, sobre la América Latina es cada vez más abundante. Asombra a quien busque en los catálogos de cualquiera de las bibliotecas de primer rango en Europa el número de libros y folletos que se han escrito sobre nuestra América, principalmente en inglés, en francés y en alemán. Cada año aparecen nuevas obras sobre nuestros pueblos. Ya no sólo las de carácter histórico, arqueológico y "turístico", que son las más abundantes, sino las que intentan una estimativa más integral de nuestros problemas. Hasta ahora, por la vastedad de lo que ya comienza a llamarse seriamente en Europa "la gran nación latinoamericana", se nos ha estudiado parcialmente. El libro del vizconde Bryce, **"South America"** publicado hace diez y nueve años y aún sumamente interesante fué uno de los primeros intentos hacia la visión más o menos total de la América Latina contemporánea. Pero hay otros más modernos, y en Alemania **"Die Dritte Eroberung Amerikas"**, de Goldschmidt, — del que me ocupé hace mucho tiempo ya en estos artículos —, es quizá más completo que el de Bryce, aunque por ser de un escritor definidamente izquierdista, resulta polémico y más sujeto a la crítica conservadora.

Las opiniones extranjeras sobre nuestros pueblos nos son sumamente interesantes. No sólo porque muchas veces contienen duras críticas que debemos conocer, sino porque en otros casos, representan el punto de vista de hombres experimentados en el estudio de grandes problemas sociales o políticos que pueden contemplar aspectos de nuestra realidad que nosotros mismos no hemos descubierto aún, por aquello de que "los árboles no dejan ver el bosque".

No falta la literatura incomprensiva y apasionada, bien lo sabemos. Abunda el tono protector de algunos autores que nos miran como a razas inferiores. Si los europeos cuentan con una numerosa literatura de este género, los nor-

noamericanos son los que han producido con mayor fecundidad. Y no faltan tampoco los que con excesiva benevolencia o con propósitos más o menos interesados nos adulan.

Es importante recordar que casi todos los escritores extranjeros que nos juzgan, admitan que culturalmente estamos todavía muy lejos de Europa y aún de Norteamérica. Bryce anotaba ya que aún no tenemos ni filósofos ni poetas merecedores de traducirse. Son muchos los escritores europeos que opinan que sólo lo indio es digno de apreciarse en la América Latina, como testimonio de una cultura o de una civilización original. Empero, en los últimos tiempos la cuestión de la posición más o menos próxima de los pueblos latinoamericanos a los problemas del mundo civilizado, es asunto que preocupa seriamente a muchos investigadores.

Interesado por estas cosas no sólo me he ocupado de leer cuanto es posible de lo mucho que se ha escrito en Europa y Norteamérica sobre nuestros pueblos, sino de buscar el trato personal de aquellos europeos o norteamericanos autorizados que conocen nuestros problemas y se interesan por ellos. Y el otro día tropecé con un notable hombre de ciencia en la Biblioteca Nacional de Berlín, a causa de un libro antiguo sobre el Brasil que ambos reclamábamos. Supe incidentalmente que había vivido algunos años en los países latinoamericanos, — de México a la Argentina y Chile —, y que escribía una obra sobre Antropología Social. Le pedí sus impresiones sobre nuestros pueblos y después de una larga charla caímos en un tema, promovido por él, que me atrajo totalmente. El sabio alemán me habló de "la crueldad latinoamericana" y al admitir sus opiniones me rogó no mencionar su nombre, si las hacía públicas, mientras su segundo libro no apareciera. "Justamente por temor a la crueldad latinoamericana", me dijo humildemente.

Según él somos los latinoamericanos uno de los pueblos más crueles de la tierra. Crueles en el sentido de falta de generosidad, de falta de respeto entre los unos y los otros. "No con el extranjero", me advirtió, al que según el profesor, brindamos excesivo sometimiento. "Crueles entre ustedes mismos". Y anotó que para él no había diferencias nacionales entre nosotros, porque la psicología latinoame-

ricana era una, con variantes de poca importancia. "Las diferencias nacionales, la incomprensión entre ustedes en nombre de su separación de fronteras, es una invención infantil, resultado en gran parte, de su crueldad", afirmó.

El tema me interesó intensamente porque ya en 1927 oí a un alto jefe de la marina yanqui, en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, lanzar una afirmación semejante. "No conozco pueblo más inclinado a la fácil crueldad que los latinoamericanos", decía el marino, golpeando con los puños monstruosos sobre la mesa. "Cuando ví despedazar a un Presidente en Haití, pensé que esa crueldad era típicamente negra, pero más tarde aprendí que los latinoamericanos se despedazan cuanto pueden con las manos y siempre con la lengua". Curiosamente el profesor alemán coincide con el marino yanqui.

Advierto que mi interlocutor es hombre bastante maduro y gran simpatizante de la América Latina "cuya misión histórica como nación unida", considera que ha de cumplirse tan pronto como adquiramos mayor cultura. Empero insiste en lo de la crueldad. Según él tenemos y hemos tenido grandes hombres, "grandes hombres que en Europa habrían alcanzado posición importante", pero a los que hemos debilitado por envidia, por incomprensión, por crueldad. Además, no faltan entre los hombres superiores de la América Latina, — según el profesor —, aquellos cuya grandeza esté mermada por la propia crueldad. Me manifestó que anheloso de tratar a un escritor—o escritora—sudamericano, logró conocimiento. La literatura del hombre o mujer,—que para el caso es lo mismo—, buscado por él, es de una generosidad y de una religiosidad tal que hace imposible suponer que pueda adelantar crueldad alguna. "Usted no sabe mi desilusión" me dijo. "Aquella persona no hacía sino hablar mal de los demás y atacar en forma tal a todas las personas que yo consideraba dignas de respeto, que puse fin a la visita inmediatamente".

"Ustedes no respetan nada en los demás", agregó y "sólo los muertos se salvan en la América Latina". Explica así nuestro exagerado culto a los que no existen, la belleza de los cementerios, la falta de sentido crítico para

apreciar la obra de un difunto. "Mientras viven la crueldad los destroza y cuando mueren, la superstición los respeta".

Hacía mi interlocutor una gran diferencia entre nuestra crueldad y la severidad. Para él no somos severos, porque somos injustos. Por lo mismo somos crueles. Abusamos de toda situación de ventaja y tenemos muy poco sentido de responsabilidad. "Se habla corrientemente en la América Latina de asuntos personales, con una irresponsabilidad tal que no es posible hallarla ni en las clases más bajas de la Europa culta", agregaba. Con una rara agudeza examinaba nuestro chiste, como expresión de nuestra crueldad. "Crueldad cínica", según la crueldad, aunque agrega un término más duro aún, "y cobarde".

"Yo analizaré todo esto en un libro de impresiones, posterior a mi obra científica"—me dijo—, "y he de ser severo pero no cruel". Luego agregó que no quisiera ser un latinoamericano de estos tiempos porque siendo nuestros pueblos débiles tienen que ser excesivamente crueles. "Día vendrá en que la fortaleza les haga generosos y respetuosos unos de otros, y entonces utilizarán mucha energía perdida". No dejó de anotar que por ahora mientras el rumor malévolo mata como el puñal, por la espalda, la suerte de todos los hombres superiores ajenos al ambiente sería penosa.

La entrevista me dejó una profunda impresión, más grande aun por la tranquilidad bondadosa de aquel hombre y por su fé en nuestros destinos. Pero según él no han de ser los intelectuales de hoy, o muy pocos de ellos, los que cumplan labor seria alguna porque están "envenenados de crueldad". Ha de surgir otra generación más experimentada y más seria. Todavía debemos pasar de la media cultura actual a los planos de la cultura verdadera

Y este profesor añadía que muchas veces ha recordado aquel pensamiento de Heráclito sobre los habitantes de Efeso: "Todos los hombres mayores deben ser ahorcados y la juventud debe abandonar la ciudad, porque ellos han arrojado a Hermodoros, su mejor hombre, diciendo: no dejemos que nadie sea el mejor entre nosotros

y si alguien es el mejor, que lo sea en otra tierra y entre otras gentes".

¿Tendrá razón el sabio alemán?

*

* *

NUESTROS VERDADEROS EMBAJADORES EN EUROPA

Tres legítimos embajadores del nuevo pensamiento latinoamericano acaban de pasar por Berlín. El profesor Gregorio Berman, de la Universidad de Córdoba, Argentina, y su esposa, profesora también, y el profesor Silva Herzog, de la Universidad de México, y ex-ministro de su país en Rusia. Los latinoamericanos que ya como profesionales, ya como estudiantes trabajan en la Universidad de Berlín, les han recibido con entusiasmo y simpatía. A Berman y a su esposa, como representantes de la gran revolución intelectual que significa en América la Reforma Universitaria y a Silva Herzog, como uno de los más capaces personeros de la nueva generación revolucionaria de México. Como los tres tenían mucho que decir a la juventud latinoamericana que vive en Berlín, se han realizado aquí dos veladas cordiales, una dedicada a los Berman y la otra a Silva Herzog.

En medio del aislamiento en que vivimos los americanos no sajones, en Berlín, reducidos a ser comparsas de las pocas actuaciones españolistas y españolizantes que aquí se realizan, hemos sentido una renovación de entusiasmos por nuestras propias cosas. Ya no era la palabra azucarada de los diplomáticos profesionales. Ya no era tampoco la palabra cotizada como pago de hospitalidad, de algún señor intelectual de viejo cuño latinoamericano que viene a decir a los alemanes que ellos son los padres de nuestra cultura,, los inspiradores de nuestro pensamiento y los capitanes de nuestro despertar espiritual. Ejemplo de esta última clase de oradores ha sido el doctor Alberini, profesor de la Universidad de Buenos Aires, quien en una brillante retórica, llena de todas las excelencias de un lenguaje cultivado, produjo desconcierto general, cuando casi en

medida, alemanizó el pensamiento argentino, presentando a todos los grandes pensadores de su país como hijos adoptivos de la filosofía germana, sin dejar de calificar a ciertos hombres nuestros, — de toda América, — como el gran José Ingenieros, con el adjetivo de **periodistas**... Por fortuna, después de la reunión formal e "hispanoamericanista" del Seminario romántico de la Universidad de Berlín, en la que el señor Alberini nos "puso en colonia", en medio de grandes aplausos, se han realizado otras dos veladas cordiales, sin cátedra, sin aula y sin aplausos, en torno de una amplia mesa sin mantel y bajo la imponente majestad de dos grandes sifones de cerveza alemana, — estamos en el mes del **bock bier fest**, — ante cuyas excelencias no hubo discrepancia para proclamarse francamente germano, en cuanto a la moderada y grata satisfacción de la sed.

Médicos, consulares, químicos y economistas, estudiantes de filosofía (que en las universidades alemanas comprende Química, Física, Filología, Ciencias económicas, políticas y sociales, literatura, historia etc.), periodistas y músicos, todos latinoamericanos, se juntaron para escuchar a los representantes del nuevo pensamiento de la Argentina y de México. Berman revivió brillantemente la historia de la Reforma en una charla precisa y magníficamente sencilla. La señora Berman habló de las proyecciones de la Reforma en la educación general argentina. Ambos se sometieron a una multitud de preguntas que formularon los oyentes ansiosos y todos discutieron con interés los inquietantes problemas planteados por la Reforma Universitaria al futuro de la América Latina.

La segunda velada fué dedicada a México. De nuevo el grupo numeroso, de nuevo la amplia mesa y de nuevo los sifones, casi comparables con la fuente de Juvencio. Silva Herzog hizo una exposición concreta del proceso de la Revolución de México. Desfigurada la magnífica epopeya mexicana por las agencias norteamericanas, menos conocida en su honda realidad que el movimiento de la Reforma Universitaria, las palabras de Silva Herzog suscitaron inmenso interés. Las horas de la velada pasaron el límite del día astronómico, los sifones resoplaron ruidosa-

mente anunciándose extintos, y las preguntas y preguntas continuaron. Como los gallos en Berlín están sometidos a un sistema de viviendas aisladas, no hubo anuncio formal de madrugada. Ni motivo para que se repitiera el tema del poema chino en que el imprudente interruptor de los coloquios aurorales fuera malamente asesinado para detener así el paso veloz de la noche grata.

Los embajadores del nuevo pensamiento latinoamericano entregaron su mensaje. Y estas dos reuniones informales presididas por un hondo entusiasmo han sido la iniciación de un conversatorio latinoamericano en el que nuestros jóvenes tratarán periódicamente de los problemas que nos son propios.

A todos nos ha sorprendido, a pesar de un optimista presentimiento, el interés que las grandes cuestiones latinoamericanas despiertan entre los jóvenes, alejados de sus países y sometidos a un deplorable aislamiento casi sistemático. Hacía falta que gente nuestra, nutrida de ideas nuevas viniera a formular un llamamiento autorizado.

Dos grandes pueblos de la América Latina atraen la atención de nuestras nuevas generaciones: la Argentina por su impulso renovador espiritual, — no ajeno a su gran de desarrollo económico, — y México por su admirable esfuerzo de renovación social. Son los dos polos de la América Latina. La Reforma Universitaria, efectivamente extendida a Chile, Uruguay, Brasil, Perú, Bolivia, Colombia, Ecuador y Cuba, ha tenido y tiene una significación extraordinaria en la vida de nuestros pueblos. La Reforma Universitaria abrió los caminos a la acción de la juventud de América. Limpió, arreó y saneó las grandes universidades coloniales que eran nuestros "virreinatos del espíritu". Preparó a los jóvenes a mayores avances y su repercusión en el orden político, social y hasta económico ha sido indudable. De otro lado, la Revolución Mexicana ha sido sentida, más que conocida y comprendida en el resto de nuestra América. Los latinoamericanos de todas las latitudes han visto en México al pueblo realizador de una grandiosa tarea histórica. Nuestros pueblos le han señalado una responsabilidad. Por largos años ya, los jóvenes latinoamericanos han sido y son instintivamente mexicanistas. Ya no

he encontrado en pueblo alguno de los de la América Latina, y conozco muchos, otro que suscite mayor curiosidad, más fervor y simpatías que México.

Se afirma generalmente, — y esto es ya lugar común entre sajones de Europa y América, — que los latinoamericanos no sabemos discutir. Que confundimos vehemencia con violencia, discrepancia con pleito, discusión con altisonancia pasionista. Alguna vez leí en Inglaterra un chiste significativo: "Si usted quiere discutir con un latinoamericano sobre cualquier punto, aunque se trate de la teoría de la relatividad, vea primero si no está armado; corre usted serio peligro". Nuestra intolerancia, nuestra falta de responsabilidad para negar y afirmar, nuestra orfandad de toda medida nos han hecho famosos como excesivos y caprichosos, intransigentes e inconvencibles. En Europa se considera, generalmente, que una reunión en que se emiten opiniones distintas, entre latinoamericanos, es algo así como una corrida de toros: o muere el toro o muere el torero. Los sajones tienen sentido deportivo futbolístico, según el cual perder o ganar es un accidente y lo fundamental es jugar. Nos culpan a los que hemos heredado defectos y cualidades de España, de tener un sentido de guerra, de lucha hasta el fin, de corrida de toros en nuestros juegos y discusiones. Empero, yo diría que nos desespañolizamos. Ya es frecuente oír conferencias en tono de charla, notar el olvido de la oratoria bombástica de arenga inoportuna, y presenciar discusiones respetuosas, más hondas que las inútilmente inflamadas. En las dos últimas reuniones a que me he referido ha sido notable la presencia de este nuevo espíritu. No sé si estamos en Alemania. Creo más bien, quizás con optimismo, que es porque progresamos. Es notable entre las juventudes latinoamericanas que viven y estudian en Europa la admiración por la disciplina, el sistema y la firmeza serena de estos pueblos. Esto no excluye la lucha eterna y vital, sino que la define y organiza, y la sitúa en un plano de eficiencia. Es como un sentido avanzado de la economía, de la energía y del valor de la eficacia permanente.

Berman y Silva Herzog han dado ejemplo. Bajo su inspiración y su técnica, ha surgido en Berlín un Conversa-

torio Latinoamericano. El interés inmenso de sus dos primeras reuniones, la sistematización de su desarrollo y la profunda cordialidad de su ambiente han despertado entusiasmo. Esas mismas condiciones son garantía plena de su continuidad saludable.

*
* *

VICIOS Y VIRTUDES LATINOAMERICANOS

Hace poco días escuché en el Seminario de Lengua Inglesa de la Universidad de Berlín una interesante conferencia sobre "la psicología cotidiana de ingleses y alemanes". Un miembro de la embajada británica ocupó la tribuna y, con esa extraordinaria capacidad de análisis que es atributo de todo inglés culto, hizo un estudio de grandes rasgos, en palabras sencillas matizadas por unas docenas de chistes de la mejor calidad. El conferencista habló de las semblanzas y desemejanzas de sajones y germanos. Comenzando por lo que las razas nórdicas tienen de común, dijo que entre las grandes superioridades de estas razas sobre las meridionales, podían anotarse las siguientes, como predominantes: los sajones, germanos y escandinavos se lavan los dientes todos días; síntoma de devoción por el aseo personal; cuidan del orden y de la belleza integral del hogar — síntoma de espíritu municipal o ciudadano; no toleran el maltrato a los niños y a los animales, síntoma de una conciencia superior de humanidad; y carecen de los prejuicios sexuales de los meridionales, síntomas de amplitud, y obran colectivamente, síntoma del espíritu social de cooperación.

En cuanto a las desemejanzas, para el orador, las razas nórdicas no son individualistas — afirmación que causará sorpresa a quienes repiten aquella estupenda tontería del individualismo inglés — pero los alemanes son más individualistas que los ingleses. Amén de todo esto, los alemanes son mejores trabajadores intelectuales que los ingleses y les atrae todo lo nuevo, cosa que repugna al anglo-sajón que no puede soportar sorpresas.

No intento seguir íntegramente la sutil conferencia del diplomático británico, quien es también literato y periodista y, justamente, deja ahora el servicio de la embajada para reincorporarse a un gran diario de Londres. Pero escuchándole, recordé recientes charlas con ingleses y alemanes que han viajado por la América Latina y que, siendo hombres educados y observadores, me hablaban con entera libertad de sus impresiones acerca de nosotros. Sin mencionar nombres, recuerdo las conversaciones recientes de un hombre de Cambridge y otro de Heidelberg, dos escritores conocedores de España y de América Latina, quienes me dieron sus opiniones y formularon sus críticas respecto de nuestra psicología.

Todo germano o sajón que nos conoce bien establece ya una gran diferencia entre nuestro carácter y el de los españoles. Cabe advertir que es general que nos crean superiores. Admiten en nosotros mayor flexibilidad, más imaginación, menos torpeza y menos vanidad que en los españoles. Creen que somos más comprensivos y menos arrogantes. Se dice y se escribe ya que en el latinoamericano confluyen dos fuerzas psicológicas de que carece el español: la influencia francesa y la indígena. Aun de países como la Argentina o Cuba, donde aparentemente la existencia del indio no es apreciable, desde el punto de vista demográfico, se afirma que el espíritu del indio influye. Lo que hay de francés en nosotros no es de sangre. Es de mente, es de filtración intelectual. Es el afán de la estética exterior, de presentar las cosas y de presentarse bien. Es la imaginación y la ironía que tanto falta al español de masa. Lo que hay de indio es el disimulo, la melancolía, la fascinación de lo extranjero, la suspicacia, la desconfianza, la videncia del peligro y la atracción por lo misterioso.

Del español no nos falta la arrogancia, el individualismo, el desorden, la devoción por lo heroico y por los "gestos" — más que por las actitudes — la irresistible sensualidad y el sentido trágico del sexo.

Para el inglés a que me refiero, estas virtudes y defectos dan un tipo todavía primitivo, indesarrollado, de psicología. Hay ya "ejemplares perfectos" de latinoamerica-

nos que anuncian una raza enérgica, creadora, libre y fe... vida. Empero nuestros males son aún tremendos. Nuestras contradicciones tan violentas que nuestra evolución hacia un tipo psicológico característico ha de ser larga y cruenta.

Para el alemán, somos más interesantes, porque representamos "algo nuevo", pero aparecemos como un conjunto dislocado, casi caótico, ahogado por prejuicios y suspicacias innecesarias, indisciplinados y superficiales "queriendo reemplazar por extensión lo que nos falta en profundidad" como escribía Montesquieu de ciertos hombres de su época.

Faltan a estas observaciones, dos que recogí en los Estados Unidos, de un hombre y una mujer que nos conocen bien. "Los latinoamericanos son despiadadamente crueles unos con los otros, y en la ofensa, en la crítica y en la venganza mutuas no tienen medida", decía un orador en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, en 192... Y la mujer, una periodista, añadía ésta: "Los latinoamericanos tienen un terror al ridículo que los lleva a los más grandes extremos. Aunque su concepción del ridículo es enteramente distinta de la nuestra y por eso, para nosotros siempre perecen en el ridículo creyendo ellos haberse librado de él".

Y en cuanto a nuestras características heredadas de España, ya Benavente escribió para una de sus comedias:

Voluntariosos sin voluntad
Caprichosos sin energía".

Dando algunos ejemplos de las observaciones de "nuestra psicología cotidiana", son comunes al inglés y al alemán estas:

Una de las características del hogar latinoamericano es el desaseo y el desorden de la cocina. Para un sajón o germano, la cocina es casi el centro del hogar, para un latinoamericano la cocina debe ser siempre sucia.

Contrasta el arreglo exagerado de las salas de recibo llenas de muebles y baratijas, con la incomodidad del resto de la casa. Mantener lo exterior del hogar, escondiendo el resto, acusa una devoción por las apariencias que se refleja en las personas y aún en los negocios de Estado.

La familia que para celebrar una fiesta empeña hasta la ropa, es como el gobierno que para "quedar bien" hace empréstitos para gastarlos en una festividad.

Es imposible oír de un latinoamericano esta declaración común a ingleses y alemanes de cualquier clase social: no voy a tal espectáculo o no hago cual fiesta porque no tengo dinero. Declarar que "no se tiene dinero" no es generalmente una actividad sincera de un latinoamericano.

La devoción por las apariencias, por lo externo, que se constata en el desaseo de la cocina y el arreglo excesivo de los salones, tiene otro síntoma en el amor por el lujo de los latinoamericanos, en el afán de "tener automóvil" y de aparecer siempre como ricos.

Esa devoción por las apariencias envuelve toda la vida psicológica del latinoamericano y determina el uso frecuente de la mentira, engendrando la insinceridad y la inseguridad que son fácilmente perceptibles en las personas.

Esa devoción por las apariencias puede percibirse bien en el afán de las mujeres de aparecer como no son en realidad, buscando en los excesivos afeites y en el lujo inelegante lo que podrían hallar en la sencillez.

Esa devoción por las apariencias es causa también del afán de "aparecer extranjero", despreciar sus propias cosas y no ocultar su desdén por lo nacional, especialmente a los extranjeros.

"El afán de lo externo" se refleja también, o se completa, con las manifestaciones del culto y por ende con el concepto religioso latinoamericano que no es "de adentro afuera" como en los sajones y germanos sino de "afuera adentro"

La preocupación de lo externo mata el concepto realista del trabajo y desvía las actividades de la línea de las grandes obras silenciosas y lentas hacia los trampolines de los éxitos fáciles.

Esa misma preocupación tiene como efecto, reflejándose a su vez como causa, nuestro concepto trágico del sexo y del amor. El latinoamericano es "exhibicionista". Su amor debe manifestarse no sólo al ser amado sino al público en general. La reserva sajona y germana, que es natural e im-

premeditada, puede ser en el latinoamericano una manifestación paradojal de su exhibicionismo.

La libertad sexual alemana o inglesa, que no supone libertinaje, es inconcebible para el latinoamericano. El libertinaje, que es inconcebible para el alemán y el inglés, es frecuente en el latinoamericano.

Para la mente sajona o germana, y en especial para la sajona, lo inmoral está en el exceso, en la ruptura del equilibrio, de la medida, de la armonía. El exceso en el latinoamericano es una virtud. Un hombre con muchas mujeres, un "Don Juan" burlador, es para los nórdicos un tipo patológico, para los latinoamericanos "todo un hombre".

La masculinidad y la virilidad se miden por la mayor sujeción del hombre a los excesos sexuales.

El múltiple y complicado panorama sexual sólo se juzga por los latinoamericanos a través de un solo criterio: el del Don Juan.

El inglés y el alemán no entienden que "la honra" y "la deshonra" radiquen en el sexo.

El amor es tan cruel como el odio para el latinoamericano. Los celos son la manifestación primitiva de esa crueldad. Es el instinto individualista de propiedad, de dominio, de conquista y de despotismo sobre los débiles.

Para la mayoría de los latinoamericanos, la mujer es un instrumento y un ser inferior digno de piadoso respeto por su debilidad e inferioridad.

Y estas son las observaciones comunes a los dos viejos conocedores de nuestros pueblos con quienes he conversado recientemente. Ambos preparan libros en castellano y ambos confiesan que un nuevo sentido de la educación, un más amplio desarrollo del deporte y una activa campaña contra el sensualismo y los inútiles prejuicios, contribuirán a hacer del latinoamericano el ejemplar, arquetipo quizás, del hombre del futuro. Ambos creen que debemos esperar más del indio que del blanco y que a pesar de todos sus defectos, más reales que aparentes, el indio es en América Latina superior al que desciende de Europa.

EL ESPIRITU DE LAS JUVENTUDES EUROPEA Y LATINOAMERICANA

En la lujosa sala de la antigua Cámara de los Señores de Prusia ofreció hace poco Henri Gilbeaux, el celebrado intelectual francés, autor de la "Vida de Lenin", una interesante conferencia sobre el espíritu de la juventud europea de estos tiempos. Después de un discurso de Alfons Goldschmidt sobre el espíritu de la juventud latinoamericana, que el profesor alemán elogió con sincero optimismo, Gilbeaux trató su asunto con un agudo espíritu de análisis, muy francés y por ende muy brillante.

Gran parte de la juventud europea, dice Gilbeaux, se interesa ahora por el deporte, por el cine y por la radio. La Guerra dejó un vigoroso optimismo político. La revolución rusa atrajo a millones de jóvenes europeos que saludaron en la gran convulsión eslava el surgimiento inmediato de un mundo nuevo. La revolución rusa no se ha cumplido aún. Quizás se erró al anunciarle un itinerario matemático. Rusia lucha, como toda Europa, con problemas formidables. La juventud que creyó en un momento en el cambio radical de Europa ha visto aplazarse indefinidamente la transformación y ha dirigido sus entusiasmos hacia actividades menos constructivas. Esto justifica, según Gilbeaux, que vastos sectores de la nueva generación europea militen con entusiasmo en el fascismo y hasta vean en una próxima guerra una ilusión de aventura y de fascinante deporte.

Con absoluta imparcialidad y anotando que se sentía libre de todo prejuicio patriótico, Gilbeaux criticó el agudo nacionalismo alemán. Dijo que todos los partidos sin excepción, aún los de extrema izquierda, estaban infectados de un nacionalismo estrecho en Alemania. Y el nacionalismo tenía su razón de ser; la paz europea había resultado la más temible de las paradojas históricas de todos los tiempos. Como ninguna en otra época, llevaba la paz de Versalles el gérmen de una nueva catástrofe. Los pacifistas más eminentes y más heroicos, como Romain Rolland, en Francia, Norman Angell y Bertrand Russell en Inglaterra, Eins-

tein en Alemania y Debs o Upton Sinclair en Norteamérica, habían proclamado dos apotegmas de armonía internacional que la realidad había burlado trágicamente: la abolición de la diplomacia secreta y el desarme. Nunca la diplomacia encerró más siniestros secretos en Europa y jamás en la historia se habían acumulado más pertrechos de guerra que en estos tiempos. La juventud europea se sentía así burlada por los hombres de la vieja generación. Su ímpetu de heroísmo buscaba, consecuentemente, otras direcciones.

Dijo Gilbeaux que la época de los férvidos impulsos libertarios de la juventud europea ya no se dirigían hacia la izquierda sino a la derecha. Empero, la juventud creía siempre que su dirección va hacia la izquierda. De ahí que los nacionalismos nuevos en Europa se organicen revolucionariamente. La juventud lo exige. La juventud quiere acción. Pero la acción por la acción es tan peligrosa, como la organización por la organización. El deporte por el deporte — pasión juvenil de esta época — resulta peligroso también. Todo esto se explica por el ímpetu renovador de la juventud ansiosa de grandes objetivos.

Empero, Gilbeaux dijo que la juventud europea ha de ser la única en el viejo mundo que descubra el nuevo camino. Lo fundamental es que la juventud ansía renovación. Los viejos guías son sustituídos por los nuevos. Se respeta menos la vejez que nunca en Europa. Antes de la guerra el viejo concitaba devociones. Después de la guerra, en la derecha o en la izquierda, la juventud sólo ama y sigue a la juventud.

Vivimos en una época de profunda corrupción — dijo Gilbeaux — y los jóvenes luchan por salir de ella sin saber cómo ni por qué camino. La vieja generación huele a sangre. A sangre vertida inútilmente. La nueva generación aspira a seguir a nuevos héroes porque cree que ellos han de señalar otros caminos.

La juventud latinoamericana

El Profesor Goldschmidt, haciendo un recuerdo vigoroso de la generación de Bolívar, había hablado, antes de la

juventud latinoamericana capaz de ofrecer lecciones admirables a la juventud europea. A pesar de la invasión imperialista de Norteamérica y quizás, como un resultado de ella, la juventud latinoamericana presenta mayor unidad y más alto optimismo. Es cierto, — dijo Goldschmidt, — que los países que Bolívar libertó están a las puertas del coloniaje y que las viejas generaciones son responsables ante la historia de haber traicionado el ideal de sus libertadores. Más justamente esa terrible lección incitaba a la juventud latinoamericana a asumir en toda su plenitud la misión admirable de vengadora de la libertad.

Norteamérica incita a los pueblos latinoamericanos al militarismo y a la anarquía política,—dijo Goldschmidt. — Es ese el más hábil secreto de su obra de dominación económica. Pero la juventud latinoamericana reacciona contra esa avalancha del brutalismo. La juventud quiere justicia y quiere libertad. Desconfía de los viejos salvadores y cree con razón que sólo a ella corresponde librar a sus pueblos del sojuzgamiento.

Para el auditor europeo de estos discursos — y fueron algunos miles los que llenaron el anfiteatro de la vieja Cámara de los Señores de Prusia aquella noche — el paralelo no pudo ser más interesante. Goldschmidt y Gilbeaux trataron honda y brillantemente una cuestión que inquieta al mundo. Porque Europa, como América, tiene puestos los ojos en su nueva generación. Menos conocida la obra de la juventud latinoamericana, más inquietante por más próxima, la agitación juvenil europea, los brillantes discursos del escritor francés y del profesor alemán completaron un justo homenaje a la memoria de uno de los jóvenes de América que más eficazmente se sacrificaron por ella. La asamblea — no está demás decirlo — fué organizada por la **"Europaische Tribüns"** dos noches antes del 17 de diciembre.

Berlín, diciembre de 1930

* * *

EL "MEXICO LOCO"

(*Das Tolle Mexiko*, un libro alemán de impresiones mexicanas).

El interés que en los últimos años ha despertado la América Latina, sus hombres y problemas en Europa, es sin duda *apreciable*. Fuera de Inglaterra, Francia e Italia, países donde lo latinoamericano se ha ignorado menos que en el resto de Europa, nuestros pueblos están suscitando más y más curiosidad. Ya no sólo nos conocen los antropólogos y arqueólogos, los comerciantes y los estudiosos especializados. A las masas va llegando la idea general de lo que es la América Latina. En los países de la Europa Central se nos conocía poco hasta hace unos cuantos años. Era difícil que la gente entendiera qué es la América Latina. Genéricamente nos llamaban españoles, cuando no, —como en Austria hasta la guerra, — judíos españoles. Como la idea de que el Africa comienza en los Pirineos aún está muy extendida en estos pueblos nórdicos, el denominativo españoles esconde irónico desdén.

Más generalizada ha sido la idea de considerarnos como sudamericanos, aunque se tratara de mexicanos, centroamericanos o antillanos. Como nosotros mismos nos desplazamos de América, llamando americanos a los norteamericanos o yanquis, Sudamérica implica todo lo que no es sajón en el nuevo mundo. Empero, ya los vocablos **América Latina**, Latin América en inglés, l'Amerique Latine en francés y Latin Amerika en alemán, tienen un contenido. En países como los europeos donde lo latino encierra una tradición mágica, porque evoca a Roma, madre espiritual de estos pueblos, en especial de los más sajones, el hecho de que se nos llame latinoamericanos tiene un singular prestigio. Como que en nosotros renaciera la gloria clásica.

La prensa se ocupa de la América Latina y se escriben muchos libros acerca de ella. Este es un síntoma de inte-

más y de curiosidad porque supone que los libros se venden y si no, no se escribirían en países donde el negocio es el único resorte capaz de mover devociones y entusiasmos, antipatías y simpatías.

De nuestros países, México es el favorito para inspirar artículos o libros buenos y malos. La prensa y el cine norteamericanos han llevado hasta las más recónditas aldeas de Europa una leyenda roji-negra de México. No han faltado defensores, pero se repiten las más curiosas y risibles descripciones. A este género pertenece un libro justamente aparecido en Berlín, con ambiciones quizá cumplidas, de gran venta.

Es amarillo, por la cubierta exornada con nopales y sombreros de charros y por el contenido. El autor es Joachim Rügheimer y el editor Peter J. Oestergard, quien lo imprimió en Berlín en este mismo año del Señor, de 1929. "Das Tolle Mexiko", el México loco, título del volumen, anuncia ya un libro de escándalo. Lo es y de los buenos, el libro del señor Rügheimer.

En la introducción anuncia que sus informes "no serán muy agradables a los mexicanos" pero afirma que los hechos reales relatados en las ciento ochenta y siete páginas del volúmen, lujosamente editado, bastarán para dar una idea de **aquel país de muerte,** donde vió "mendigos como animales y obreros como esclavos en campos de petróleo".

Empero, el autor declara que viajó de Norte a Sur y de Este a Oeste, que vivió con los indios y habló con el Presidente, que viajó sin dinero y también viajó en automóvil, que subió a las montañas y fué arrestado por la policía.... Todas estas pruebas evidentes de su conocimiento de México estan contenidas en el prefacio.

En los grabados, que son cuarenta y dos, abundan las vistas que más pueden impresionar lamentablemente a un lector europeo poco instruído sin faltar alguna belleza para defender la honestidad del autor. "Cuernavaca, idílico nido de ladrones", es una de las breves inscripciones puestas al pie de una bien lograda fotografía de la población indicada. Como es imposible referirse a las muchas trivialidades bien impresas que ahí aparecen sintetizo algunas impresiones:

"Escupir en el suelo es costumbre general y cosa bien". "Antes de dormir hay que librar una larga batalla con chinches y mosquitos". "Las sirvientas mexicanas comparadas con las alemanas son infierno y cielo; una sirvienta mexicana no tiene idea del aseo, se pasa todo el día en la calle y va a la casa por medias horas a hacer únicamente lo indispensable para tener una cama tendida y algo de comer sobre la mesa". "Las mujeres mexicanas aparecen en las calles con un indescriptible derroche de polvo de arroz para cubrir su color cobrizo. ¡Dios santo, ese color no debe salir nunca a luz!" "Durante los días de la semana no es imaginable una noche agradable como en Alemania. Sólo raramente una fiesta interrumpe en día que no sea domingo la monotonía de esa vida desabrida". "La diversión suprema de una familia acomodada mexicana consiste en ir y venir en automóvil". "Un mexicano es capaz de cualquier cosa por dinero". "El europeo y el norteamericano van a ese país sólo para hacer dinero y regresar a sus patrias". "Si se habla realmente, en México no hay sport". "El mexicano no es sportman. Llama sport a las corridas de toros o al descanso". "Sólo los extranjeros hacen realmente sport o los mexicanos que van siendo influenciados por la presión norteamericana, que es muy notable en las ciudades del Norte". "El indio del campo no tiene idea alguna del sport". "Los cines de México y aún los de la capital son de construcción primitiva. En los pueblos cuestan veinte centavos, que es una suma muy alta para un indio, y se dan películas viejísimas y mal proyectadas".

En la sección del libro en que se trata más especialmente de las locuras de México, aparecen algunas anécdotas interesantes.

A poco de producirse el atentado de noviembre de 1927 contra el general Obregón, el autor quiso visitar al candidato. Tuvo que ir seis veces a la oficina de su Partido sin poder obtener siquiera noticias de dónde se encontraba. Al fin probó que era "un extranjero inocente" y que no llevaría propósito de atentar contra la vida del general. Antes de la entrevista, el secretario del señor Obregón y un policía le hicieron un registro minucioso para ver si iba armado.

Un comerciante alemán, por supuesto **muy honrado,** compró telas por el valor de ochenta mil pesos. Pidió al Presidente Municipal de la ciudad, — que no se menciona, — dos policías para custodiar tan valiosa mercadería. A la mañana siguiente, las telas y los policías habían desaparecido. El honrado comerciante se presentó al Presidente Municipal y le manifestó que, o los policías no servían para el caso, o que eran unos grandísimos ladrones. El Presidente Municipal le respondió dando fin a la entrevista: "Quizás son ambas cosas, **caballero**".

"**Don' t write, telegraph**", es el anuncio de la compañía telegráfica Western Union que agrega en castellano que telegrafiar ahorra dinero. El autor tuvo que enviar un "importante" telegrama a Winterthur en Suiza. El empleado recibió el telegrama y le cobró mucho dinero por él. Esto ocurría en 1.º de septiembre. El 21, recibió una carta amable y breve del telégrafo: "¿Podría usted indicarnos dónde está Winterthur?".

Treinta indios, muy limpios colgados de un árbol fueron fotografiados por un norteamericano quién imprimió postales y las vendió en México, llamándolas "vistas de combates mexicanos". Los mexicanos compran las postales y se divierten con el chiste.

En un rancho donde no hay sino 507 habitantes, el candidato X obtiene 7,456 votos. Y todo está muy bien.

En México, hay un gran Estadio que no se usa sino para asambleas políticas y festejos populares.

Los mexicanos manejan los automóviles como salvajes, no se cuidan ni de las carrocerías ni de las vidas.

Afuera de las casas de prostitución, se pueden oír los gritos y silbidos.

A la entrada de las corridas de toros se registra a los espectadores para saber si van armados, porque los mexicanos en la excitación del espectáculo usan de sus pistolas sin cuidado.

"Su Excelencia el General X va a Tampico y compra a una Compañía petrolera por 60,000 pesos. Firma un recibo y el gobierno del Estado refrenda el comprobante. Ocho días después la Compañía se presenta a la Tesorería del Gobierno y demanda el pago. Se le contesta que "Su

Excelencia ha sido fusilado", y que no existiendo, no puede hacerse el pago."

Y, en las páginas 127 y 128 este breve relato que ilustra la "Finanzas Electorales": "El candidato general X necesita 50.000 pesos para su campaña y los pide a su "Compañía electoral". El gobierno ordena a la policía recaudar el dinero en tres días. A la mañana siguiente de dada la orden "todos los propietarios de automóviles" reciben una carta como ésta: "El año pasado, el 26 de noviembre, usted cometió una infracción de tráfico. El policía de la esquina de la Avenida Juárez y Balderas le llamó y usted no hizo caso. Pero el policía tomó su número. Por un descuido no le enviamos esta orden antes y, como la fecha ha pasado en mucho, le pedimos a usted poner dentro de 24 horas, 30 pesos a disposición del Departamento de Tráfico. La suma se duplicará por cada día que usted tarde en cancelarla".

El autor habla bien del arte mexicano y dice que Diego Rivera es "indio puro", pero que su arte, por ser muy europeo, no gusta en México. Elogia el espíritu artístico de México y agrega descripciones sin mayor importancia. Habla de la miseria predominante entre los alemanes que emigran a México y dice que después de la llegada de los marinos alemanes del "Berlín", que dejaron atónitos a los mexicanos en Veracruz con sus sorprendentes ejercicios deportivos, el Estadio—no indica si es el de Jalapa—no ha vuelto a abrirse.

Los ingleses dicen que todo lo que se escriba contra Inglaterra ya ellos mismos lo han escrito. Quizá nosotros los latinoamericanos podremos decir lo mismo, porque, para detractar a nuestros propios países, basta que nos vaya mal en política o que salgamos de nuestra tierra para hallar todo pésimo en ella. La crítica es útil y nosotros la necesitamos. Debemos sí aquilatarla y saber cuándo se nos critica por hipo de sensacionalismo y cuándo se nos critica seriamente. En el libro de que me ocupo no existe documentación ninguna. No hay una sola cita, una sola referencia. Ni siquiera se mencionan los lugares o las fechas de las aventuras. Por más que tengamos grandes pecados me permito creer que es un poco aventurado hablar de

latrocinios, de fraudes administrativos y aun de crímenes para un ciudadano alemán que conoce algo de la vida de su país en estos tiempos. He traducido lo más característico de las páginas de **"Das Tolle Mexiko"**, para demostrar su filiación de libro de escándalo. Quizá el autor confía en una provechosa traducción de su obra en los Estados Unidos, habiendo oído del gran éxito pecuniario del libro de Blasco Ibáñez. Sin desear malograr el negocio al señor Rügheimer, es posible afirmar que **"Das Tolle Mexiko"** demuestra a los que creen que en estos países todo es seriedad y corrección cómo abundan también los aventureros de la pluma.

CAPITULO VI

ASPECTOS CULTURALES

EL MOVIMIENTO DE LOS ESTUDIANTES DE AMERICA LATINA (1)

En los países latinoamericanos, los estudiantes llevan a efecto un vasto movimiento de renovación ideológica que muestra una profundísima diferencia entre el pensamiento de sus viejos hombres y la juventud. No sólo en su actitud con respecto a la política y el orden social, los estudiantes están creando nuevos conceptos y asumiendo nuevas actitudes, capaces de ser convertidas más adelante en más precisas formas de acción.

Existe en la América Latina una oposición—casi una lucha—entre las generaciones de ayer. En verdad, los jóvenes no siguen a maestro alguno, pues los han negado a todos. Dos o tres hombres de gran importancia, como José Vasconcelos, en México, y José Ingenieros, en la Argentina (2), se han aliado con el movimiento, pero el movimiento de la juventud es espontáneo, autónomo y rebelde en todos los países del gran continente.

Breve historia

El origen del actual movimiento estudiantil en América Latina es la llamada "Revolución Universitaria", que se verificó en 1918 y en la Universidad de Córdoba (Repú-

(1) Publicado en **Foreign Affairs**, London, Sept., 1926. (Reproducido en el **Bulletin of the Pan American Union**, November, 1926).
(2) Fallecido en Buenos Aires, el 31 de octubre de 1925.

blica Argentina). Así como las primeras manifestaciones de las reformas religiosas del siglo dieciséis eran calificadas de "pendencias de frailes", así los primeros episodios de esta "Revolución de Córdoba" lo fueron de "pendencias estudiantiles". Muy pocos se imaginaron la trascendental naturaleza del movimiento, pero los estudiantes tuvieron una admirable intuición de él, cuando proclamaron la revolución: "La revolución latinoamericana por la autonomía espiritual".

Las universidades de la América Latina son casi todas de origen español, fundadas durante las tres centurias del coloniaje. Hasta la "Revolución Universitaria", el espíritu de estas universidades se conservaba arcaico, basado en prejuicios religiosos y sin progreso apreciable. Las ideas liberales escasamente lo habían penetrado, y el sistema pedagógico, tanto como el espíritu de estas universidades estaba impregnado con todos los defectos de las viejas universidades españolas, semieclesiásticas y controladas por el dogma. El indesmayable descontento de los estudiantes latinoamericanos los hizo sobrepasar los límites intelectuales que cual anillos de hierro marcábanles las universidades. Nuevas ideas agitaban los jóvenes cerebros y nació un anhelo de transformar estas viejas universidades en nuevos laboratorios de ciencia y de verdadera vida. El terrible espectáculo de la Guerra Europea, la intervención norteamericana en la misma, la revolución rusa (que la juventud latinoamericana aclamó como el inicio de la libertad del mundo), excitaron aún más las conciencias de los estudiantes. Se comprenderá fácilmente que la América Latina fué obligada a libertarse por sí misma de los viejos sistemas educacionales y a intentar una vida mejor. Mas la tradición, los intereses de la dinastía de los "doctos", la influencia católica, tan invariables como una reliquia española, todos formaron un frente único contra los propósitos de la juventud. Los amos de las universidades latinoamericanas ejercían una dictadura realmente implacable. Para ellos, "lo viejo" era símbolo de sabiduría y negaron toda atención a las sugestiones de los estudiantes, fueran las que fueran.

La revolución

La oposición entre el nuevo espíritu de la juventud y el muy extremado conservadorismo de los sistemas universitarios, hizo crisis a mediados de junio de 1918 en la Universidad de Córdoba (fundada en 1614 por el fraile español Trejo y Zanabria) Los estudiantes dieron principio a una verdadera revolución, exigiendo la abolición del viejo orden universitario, el cambio de profesores, la supresión del control eclesiástico en la enseñanza universitaria, las cátedras abiertas a todos (1), la libertad académica y muchas otras reformas. Exigieron el derecho de tener representantes estudiantiles en los consejos directivos de las Universidades y el derecho de éstos a participar en la elección de profesores. El movimiento fué violento y pletórico de curiosos episodios. La Universidad de Córdoba fué invadida y ocupada **manu militari** por los estudiantes. Las nuevas de la revolución repercutieron en seguida en toda la América Latina e inmediatamente hubo reconocimiento y simpatía. Mensajes de apoyo y de solidaridad llovieron de todas las universidades a los estudiantes rebeldes. El comité de huelga de Córdoba lanzó un llamado a los estudiantes latinoamericanos, concebido en estos términos: "Si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el sagrado derecho a la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza, es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas, nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestras verdades lo son—y dolorosas—de todo el continente" (2).

Pronto se propagó la revolución. En Buenos Aires y en La Plata, las dos universidades argentinas más impor-

---

(1) Nicolai, el autor de **Biología de la Guerra,** fué traído a Córdoba como profesor, en esa época. Próximamente, publicaremos los "Fundamentos reales de la Sociología", en la Ed. Ercilla.—N. de los Ed.

(2) Del manifiesto "La Juventud de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica", (Texto íntegro en la compilación documental de Gabriel del Mazo, "La Reforma Universitaria", tomo VI. Buenos Aires, 1926-27).

tantes, se decretaron huelgas estudiantiles. La violenta lucha entre estudiantes y profesores prosiguió durante todo el año 1918. La intervención del Gobierno y de las fuerzas policiales y militares sólo dió por resultado el incremento de la simpatía pública por la insurrección. Al fin, el Gobierno se vió obligado a ceder; se redactaron nuevos estatutos para las viejas universidades, otras fueron creadas, y se comenzó la organización de un moderno sistema universitario, basado en principios liberales.

La propagación del movimiento

En los primeros meses de 1919, la "Revolución Universitaria" estalló en la Universidad de Lima, Perú, la más antigua de América, fundada en 1555. La Universidad de Lima estaba completamente dominada por un espíritu anacrónico. Los estudiantes proclamaron la huelga general, exigiendo la remoción de dieciséis profesores, la supresión de los cursos de legislación eclesiástica, la completa renovación del régimen de gobierno de la Universidad, las cátedras abiertas a todos y libres, y la participación de los estudiantes en los consejos directivos. La huelga duró más de cuatro meses en Lima. La campaña de los estudiantes fué muy intensa y hasta llegó un momento en que los trabajadores industriales del país ofrecieron su adhesión al movimiento. Enfrentado a tan fuerte agitación, el Parlamento peruano vióse compelido a votar leyes favorables a las exigencias de los estudiantes.

Movimientos similares se llevaron a efecto en 1921, 1922 y 1923 en varias universidades latinoamericanas siendo los más notables los de La Habana y Santiago de Chile. Desde la "revolución", en todas las universidades de América Latina ha tenido lugar un cambio en los métodos y un nuevo espíritu se ha elevado a través de esta rebelión de la juventud.

Una nueva ideología

En 1921 se reunió en México un Congreso de Estudiantes. Este Congreso constituyó un verdadero Congre-

so Latinoamericano, no obstante estar presentes algunos delegados de Europa, Asia y Norteamérica (Alemania, China y Estados Unidos). El verdadero inspirador del Congreso de México fué el estudiante argentino Héctor Ripa Alberdi (1) de la Universidad de La Plata. La primera resolución del Congreso reza: "Los estudiantes latinoamericanos proclaman que están luchando por el advenimiento de una nueva humanidad, fundada sobre los modernos principios de justicia en los órdenes económico y político". La tercera dice: "Los estudiantes de América Latina proclaman su optimismo ante los graves problemas que agitan al mundo y su absoluta confianza en la posibilidad de llegar—por la renovación de los conceptos económicos y morales—a una nueva organización social que permita la realización de los fines espirituales del hombre" (2).

Mientras tanto, los estudiantes chilenos desarrollaron una campaña antimilitarista en su país. A Chile y Perú los habían separado las cuestiones nacionales desde la guerra de 1879. Los estudiantes de uno y otro pueblo proclamaron su oposición a la política de rivalidad y de discordia que sus gobiernos desarrollaban. En 1920, los estudiantes chilenos fueron perseguidos como antipatriotas. Se produjeron sangrientos encuentros entre el ejército, la policía y los estudiantes.

El mismo año, los estudiantes del Perú, reunidos en un congreso nacional, en la vieja ciudad del Cuzco, resolvieron fundar "Universidades Populares" para los trabajadores, para estudiar problemas sociales, para exigir la defensa de los derechos de los indios y para proclamar como meta de su actuación pública la "justicia social".

El movimiento antiimperialista

Pero la ideología de los estudiantes latinoamericanos avanza exigiendo de sí, cada vez más. En el Perú, en Chile, en Cuba, en Guatemala, en México y en otros países, los estudiantes han fundado "universidades popula-

(1) Fallecido en La Plata, el 13 de octubre de 1923, a los veintiséis años.
(2) Texto íntegro en la obra citada, (Tomo VI, pág. 73).

res", centros de educación para los obreros y campesinos, el estrecho contacto entre los trabajadores y los estudiantes ha formado en cada república latinoamericana una fuerte vanguardia de la juventud, la de los trabajadores manuales e intelectuales.

El avance de los Estados Unidos de Norteamérica sobre la América Latina fué de inmediato comprendido por los estudiantes. Son ellos los que han dado la clarinada de alarma. La oposición entre los viejos y los jóvenes es hoy más fuerte que nunca. Los viejos son "nacionalistas", ansiosos de que la América Latina siga dividida en veinte repúblicas; pero los estudiantes se han declarado contra ese nacionalismo y por el ideal de realizar la unión política de América. Los estudiantes acusan a los viejos políticos de complicidad con el imperialismo. Los estudiantes latinoamericanos están alertas al peligro que acecha a sus pueblos. Por esta razón procuran conseguir la unión entre ellos y los obreros y campesinos, a fin de concretar un gran movimiento de resistencia a toda división "nacionalista" dentro de la misma América Latina. La solidaridad con los pueblos más amenazados por el imperialismo norteamericano, tales como México, Cuba, Santo Domingo, Nicaragua y Panamá, es hoy en día el motivo de grandes campañas de propaganda entre los estudiantes latinoamericanos.

Creo que la idea más precisa entre los estudiantes de hoy es la de lograr esta unidad de América Latina, superando la doble resistencia que se les opone a su objetivo: la política imperialista y el divisionismo que las clases gobernantes mantienen vivo en cada república.

*
* *

MEXICO Y EL VATICANO

La lucha con la Iglesia

Para comprender la influencia de la Iglesia Católica Romana en los países latinoamericanos, un socialista británico debe retrotraerse a la Edad Media, cuando los Papas

conspiraban contra los reyes y hasta los destronaban. La conquista española de México, de Sud y Centroamérica, en el siglo XVI, trajo el feudalismo con todas sus características históricas, servidumbre, casi esclavitud sobre los grandes y nobles dominios y, eclesiásticamente, una Iglesia poderosa y política.

La dominación política española no podía tener éxito sin la influencia **mágica** de la Iglesia Católica y del terror sórdido de la Santa Inquisición. Las maravillosas civilizaciones de los Incas y de los Aztecas fueron brutalmente destruídas como "hechura del diablo". Y los últimos emperadores indios de México y del Perú fueron torturados y ejecutados "en nombre de Cristo y del Rey".

La Iglesia deviene latifundista

La Iglesia Católica se convirtió en formidable potencia económica desde el comienzo de la dominación española en América. Vastos territorios y millones de indios quedaron bajo la férula de la Iglesia, la mayor latifundista. Sólo la Orden Franciscana poseía cinco provincias en México y Centroamérica, inclusive lo que son actualmente repúblicas de Guatemala (48,290 millas cuadradas) y Nicaragua (49,200 millas cuadradas).

No podemos separar la influencia política de la eclesiástica en la dominación colonial española de América. La famosa bula del Papa Alejandro VI (1494) concedió al Rey de España todo el nuevo mundo descubierto y, por su parte, el Rey manejó esas tierras como fiel hijo de la Iglesia. Se produjeron, no obstante, muchos conflictos entre la Iglesia y los Virreyes. El motivo de las peleas residía en la exención del pago de impuestos de que disfrutaba la propiedad eclesiástica. Esta exención ocasionaba grandes y cada vez crecientes pérdidas al tesoro público.

Sacerdotes católicos apoyan la revolución

Cuando estalló la revolución de los países latinoamericanos contra la dominación española, la Iglesia se dividió. Sacerdotes católicos pobres tales como Hidalgo y More-

los, en México, iniciaron la rebelión en 1810. Estos dos líderes fueron perseguidos y excomulgados por la Iglesia, y Morelos fué mutilado en público por orden de la Inquisición. El Papa condenó el movimiento y publicó una bula ordenando a los católicos de América Latina reconocer nuevamente la autoridad del Rey de España.

Como la revolución fué apoyada y completada por las clases terratenientes, el sistema feudal de la Colonia no cambió. La esclavitud continuó en América Latina, como había continuado en los Estados Unidos del Norte, por muchos años después de obtenida la independencia; y todavía hoy hay esclavitud en muchos países agrícolas de la América del Sur. Con el feudalismo continuó su gran ala de la Iglesia Católica. Durante la última centuria, los movimientos liberales han reducido su influencia en algunos países, o la han separado del Estado, como en México, Brasil, Uruguay y Chile. Pero en otros países la Iglesia romana disfruta todavía de grandes prerrogativas políticas y económicas.

Un ejemplo reciente lo tenemos con la pretendida "Consagración del Perú al Sagrado Corazón de Jesús", autorizada por el Gobierno peruano en mayo de 1923, pero detenida por una tremenda protesta nacional, dirigida por los estudiantes y los obreros. Otro caso es el de la fiera controversia entre el Vaticano y el Gobierno argentino sobre la elección del Arzobispo de Buenos Aires, propuesto por el Parlamento (como es de uso en todos nuestros países católicos) y objetado por el Papa.

Una lucha de cien años

Como uno de los más poderosos centros del viejo imperio colonial español, México estaba casi enteramente en manos de la Iglesia Católica, pero ha luchado contra ella por casi una centuria. La lucha entre México y la Iglesia Católica Romana ha sido intensa y plena de dramáticos episodios. Desde los más tempranos días de la república la Iglesia Católica ha sido duramente atacada por los elementos liberales. Su influencia durante el primer período de la vida independiente de México fué muy poderosa

El renegado general Iturbide, héroe de la revolución contra España, fué luego proclamado Emperador, con todo el apoyo de la Iglesia. Durante la guerra entre México y los Estados Unidos, en 1847, se acusó a la Iglesia Católica de ayudar al enemigo contra el gobierno liberal de México. En 1859 fueron proclamadas las Leyes de Reforma, que nacionalizaban la propiedad eclesiástica (£ 4.500,000), suprimían las Ordenes Religiosas, establecían el matrimonio civil, etc. El Papa "condenó enérgicamente" las leyes, y los católicos mexicanos rehusaron "jurar fidelidad a la Constitución". El Emperador francés Napoleón III despachó una expedición para conquistar a México. El pueblo mexicano se levantó y mató al usurpador, arrojó al ejército francés, restaurando las Leyes de Reforma en 1867.

En 1910 estalló la revolución agraria en México. Durante la prolongada dictadura del General Díaz (1876-1910), la Iglesia Católica había recuperado mucho de su poderío, aunque no sus derechos constitucionales. Había sostenido toda reacción contra la Constitución revolucionaria. Había apoyado las tenaces intrigas imperialistas de los Estados Unidos. En 1922, el Presidente Obregón deportó de México al representante del Vaticano, que había celebrado una ceremonia religiosa al aire libre, violando la Constitución. La contrarrevolución del señor de la Huerta, el agente reaccionario de los "reyes del petróleo", en 1924, contó con apoyo eclesiástico.

La campaña reciente

El Presidente Calles inició en marzo último una nueva campaña radical contra la Iglesia Católica, clausurando los locales católicos y deportando todas las Ordenes Católicas extranjeras. La Iglesia elevó una fuerte protesta, reclamando la "libertad religiosa". Esta protesta fué bien recibida entre los católicos de los Estados Unidos y por los "reyes del petróleo", que están listos para apoyar cualquiera propaganda que justifique su perenne conspiración contra México y su anhelo de intervención militar. En el "Foreign Affairs", de Nueva York, el Presidente Calles escribe:

"No existe en México un verdadero problema religioso. Quiero decir que no existe persecución de carácter religioso... Es verdad que la Constitución mexicana tiene providencias que el alto clero católico considera incompatibles con su permanente e ilegítima intervención en la política y en las cuestiones de Estado, o con su prominente potencialidad económica, como medio de influencia espiritual y factor principal de dominación material".

El pueblo despierta al socialismo

El problema fundamental en México, como en todas las naciones latinoamericanas, reside en la política de expansión y de amenaza de los Estados Unidos. Todo lo que se haga para eliminar las fuerzas reaccionarias que apoyan al imperialismo en nuestros países es obra de defensa de la libertad de América Latina. Algunos elementos eclesiásticos, con nuestras clases gobernantes (latifundistas y burguesía), están de parte del imperialismo y suelen ser considerados como enemigos de nuestros pueblos. La revolución mexicana ha comenzado, reciamente, una verdadera y coordinada política de liberación de sus adversarios. Y si bien los gobiernos revolucionarios de México no han avanzado considerablemente en el real camino del socialismo, el pueblo mexicano y sus clases trabajadoras se despiertan para completar su gran tarea.

(Del **New Leader**, Londres, mayo 20-1927).

* * *

PUREZA DEL IDIOMA

Hace más de año y medio que José Vasconcelos escribía en **"El Universal"**, de México, un artículo, en el que comparaba la riqueza del idioma castellano con la del inglés, sobre la base de diccionarios oficiales y autorizados. Aunque no tengo a la mano el artículo, recuerdo que Vasconcelos anotaba que el idioma inglés, es, sin duda, más rico en vocablos que el nuestro. Como entre nosotros se

ha establecido ya el dogma de que el castellano es la más rica de todas las lenguas—así como se dice de cada uno de nuestros países latinoamericanos que es el más rico de la tierra—las opiniones de Vasconcelos no dejaron de suscitar comentarios aislados sorprendiendo a mucha gente.

La cuestión es interesante por el creciente interés que el castellano despierta hoy en Europa. En Inglaterra y en Alemania, especialmente, la enseñanza del castellano se ha extendido en forma extraordinaria. Aun en los barrios obreros de Berlín se pueden ver carteles callejeros anunciando academias de lengua española. **"Englishe und Spanishe ist die Amerikanische Sprache"** es ya un apotegma popular alemán que supone que hay que aprender ambas lenguas si se quiere ir a las tierras prometidas de América, sajona o latina. Poco a poco se va disipando la idea de que es necesario aprender "el español de España y no el de América". Lo que la mayoría de la gente quiere aprender es el idioma de América y no el de Inglaterra o España, porque lo que les interesa es entenderse con América. En los numerosos anuncios de academias o profesores privados para enseñar español, ya está perdiendo interés el anotar que quien enseña es un "nativo" de España. Las gentes van prefiriendo "un nativo de América". Muchos que aprenden inglés bajo la dirección de un "nativo" de Inglaterra, se afanan por conocer los términos y modismos norteamericanos y aun tratan de dar al inglés el acento nasal característico yanqui.

Al mismo tiempo, en España se desarrolla una activa campaña en favor de la estricta pureza de la lengua española. En los periódicos que se editan en Nueva York, bajo el patronato español, la propaganda es más intensa que en otras partes. No sólo se impone el vocablo "hispano" para denominar indistintamente a los españoles y latinoamericanos, sino se combaten todos los modismos y giros típicamente latinoamericanos. El otro día leí un comentario de procedencia hispano-neoyorquina, criticando acerbamente el vocablo "preparatoriano" y muchos otros de los que se usan en México y otros países de la América Latina. El articulista, indignado, decía que nosotros los latinoamericanos estamos prostituyendo la lengua y profanando los preceptos sacratísimos de la Real Academia que

"fija y da esplendor". Al mismo tiempo, se hace una intensa campaña en Europa y en los Estados Unidos sobre la "degeneración de la lengua castellana en América" y sobre la necesidad de volver a los caminos rectos y limpios de la pureza de la lengua de "la madre patria".

El movimiento es interesante y "muy patriótico" desde el punto de vista español, pero inactual e infructuoso. Los filólogos nos enseñan que la lengua castellana está formada por un 60 por ciento de raíces latinas, un 10 por ciento de griegas, 10 por ciento de árabes, 10 por ciento de celta-íberas y 10 por ciento de idiomas modernos, inclusos las de origen indígeno-americano. Estos porcentajes comprometen grandemente la pureza del abolengo idiomático castellano, aunque Carlos V dijera que es la lengua "que Dios habla". Y estos porcentajes demuestran que siendo el castellano, como todas las lenguas, producto de la evolución y de la acumulación de otras, no puede ser una lengua estable e imperecedera.

En América se notan ya síntomas inequívocos de la transformación de las lenguas europeas. Alguien ha escrito que los americanos del norte hablan el inglés con el acento de la lengua de Shakespeare en el siglo XVI. Así dicen algunos del francés del Canadá, que es sin duda la más inmóvil e indesarrollada de las lenguas europeas del Nuevo Continente, y no faltan quienes lo afirmen en nuestro castellano popular.

La observación es evidente respecto de ciertos giros y vocablos. Muchas palabras del inglés norteamericano sólo se encontrarán en los libros antiguos y aun en las obras del propio Shakespeare. El francés del Canadá contiene, evidentemente, giros y palabras que no se usan ya en la Francia de hoy. En cuanto al español de América, los términos abundan. Algunos están casi desaparecidos. El "vide" por vi, fierro por hierro, tan generales en nuestros pueblos, el "aguaitar" del Perú y de Cuba (mirar con atención, ver) que según Valle Inclán se usó antiguamente en España—aunque muchos diccionarios afirman que es una derivación del francés **guetter**—; el "achará" costarricense y los innumerables términos usados en México y Chile son arcaísmos evidentes. Los ejemplos son abundantes

pero mucho más numerosos son los que demuestran que el castellano de América tiende a evolucionar y a emanciparse como producto de las necesidades de expresión de nuestros pueblos.

Las palabras indígenas son innumerables en el castellano de América. No sólo México y el Perú, alto y bajo, nos presentan ejemplos en una influencia decisiva de las lenguas indígenas sobre el castellano. En Chile y en la Argentina, en el Ecuador y en Colombia del Sur, abundan los vocablos de raíz quechua, lengua oficial del Imperio de los Incas que contó aproximadamente con tantos súbditos como la España de hoy. En México y Guatemala la influencia de las lenguas indígenas es marcada y, a lo que sé, en Paraguay y Brasil el guaraní mantiene vivos muchos vocablos irreemplazables.

Malgrado estas manifestaciones de expansión y evolución, el castellano, oficialmente reprimido, resulta, comparativamente con el inglés, un idioma deficiente. Es verdad que por snobismo o ignorancia reemplazamos en América con palabras extranjeras, muchas que, buscando cuidadosamente en un diccionario cualquiera, tienen equivalente en castellano. Como un ejemplo, basta señalar que mientras en México es expresión popular "está bueno", en Centroamérica, región de tradición menos sólida y de dominación yanqui más imperiosa se halla intraducible el **"all right"**.

Ni Alemania ni Inglaterra tienen academias de la lengua, con autoridad inquisitorial. Ambas ofrecen en sus idiomas una abundancia extraordinaria de vocablos extranjeros, principalmente franceses. Los ingleses no se sienten ofendidos por la abundancia de palabras y frases francesas que llenan su lenguaje. Como el rey de Inglaterra se ha titulado por mucho tiempo rey de Francia, no es raro que en la Cámara de los Lores, en las citaciones y fallos judiciales, se usen términos y oraciones enteras en francés. Aun proclaman los heraldos de la alta cámara británica al darse una ley de voluntad del rey, en viejo francés. Aun prevalecen el **"Dieu et mon droit"** y el **Honni soit qui mal y pense"** en el escudo de armas del imperio. Aun se considera de estricta obligación al dirigir un memorial a la reina, la palabra inicial **Madame**, y examinando un diccionario inglés

tiene el lector ejemplos suficientes. La guerra provocó en Alemania una reacción nacionalista y anti-francesa. Se reemplazó el "**adieu**" popular, por el "**Aufwiedershen**", el "**telefon**", por el "**Fernsprecher**", el "**pardon**", por el "**Verzeihung**", y muchísimos otros. Pero la paz va devolviendo gradualmente las viejas expresiones. **Coiffeur, Frisseur, sofá diván, salón, promenade, chaiselongue, portier, musik** y mil más conservan en alemán su perfecta pronunciación original y son palabras universalmente usadas en el país. Federico el Grande leyó, —a juzgar por su biblioteca—, y escribió sus obras, sus cartas y aun su testamento, en francés. Los escritores modernos alemanes introducen libremente palabras extranjeras o inventan otras en su propia lengua. Nietzche se hizo famoso por el uso de esa libertad, que muchos otros, de estos tiempos, siguen manteniendo, disputándose el honor de "inventar nuevas palabras". Los críticos de los libros de Goldschmidt, para mencionar a uno que es conocido en la América Latina, entre los modernos, no le escatiman el elogio de haber inventado e introducido "más de quinientos vocablos en la lengua alemana". ¡Esto, entre nosotros, sería una herejía!

La deficiencia del castellano en términos científicos o en expresiones técnicas modernas es notable. Esto se explica. España ya no inventó la máquina, y su lenguaje técnico quedó trunco. En las traducciones de obras científicas inglesas o alemanas al castellano nuestra orfandad idiomática es notable. Quien lea la traducción del primer tomo de "El Capital" de Marx, hecha por el doctor Justo, en Buenos Aires, podrá constatarlo. El Dr. Felise Weil, de Frankfurt, economista conocedor del castellano, ha inventado una serie de términos para expresar el lenguaje económico de los maestros de la Economía, en español. El invento me parece lamentable y excesivamente complicado, como todo lo alemán. Empero, será necesario un nuevo diccionario técnico-científico para explicarnos ciertas diferencias y distingos. "**Work y labour**", "**commodity,** o **wares, goods** y **products**" necesitan términos exactos y distintos en castellano si queremos traducciones fieles de estos conceptos económicos ingleses. En electricidad, en mecánica, etc., las dificultades son semejantes.

No es raro que en los países latinoamericanos más industrialmente desarrollados como Chile y la Argentina, la necesidad imponga una corrupción del idioma. De nuestros pueblos, hablan mejor el castellano los de economía moderna más deficiente. La evolución económica de la América Latina, que ya apunta grandes ventajas sobre la de España, con excepción de sus regiones industriales donde no es el castellano idioma popular, la inmigración, la creciente influencia indígena ponen en riesgo la solemne inmovilidad de la Academia Española. No es raro que en Buenos Aires haya aparecido "el lunfardo", que es como el principio de un nuevo romance... Los pueblos construyen sus idiomas bajo el imperio de sus necesidades. Nuestra creciente intensidad económica nos impone nuevas formas de expresión. Mientras los intelectuales "puros" tratan de defender la pureza académica, nuestras fuerzas productoras impondrán su evolución. La ley del menor esfuerzo nos ha llevado a suprimir diferencias entre la "c", la "s" y la "z" fonéticas del castellano de España. Cada día percibimos mayores manifestaciones de esta gradual transformación. Andrés Bello, en una magnífica sistematización, González Prada en un intento no mantenido, y otros latinoamericanos quisieron ya imponer gramaticalmente una nueva forma del idioma. Chile mantuvo oficialmente, por algún tiempo, la ortografía de Bello, que aunque lógica pareció excesivamente avanzada y por ende, prematura. Según entiendo, por acuerdo oficial la gramática de la Academia de Madrid no se enseña en Argentina. Oficialmente también, se llama en México al castellano "lengua nacional". Todos estos son atentados fecundos contra la pureza del idioma, pero determinados por imperativos de necesidad ineludible. La Academia pierde su autoridad. No avanzamos todavía como muchos norteamericanos que llaman al inglés de los Estados Unidos "americano", a afirmar que nosotros hablamos "latinoamericano" o "indoamericano". Pero por ese camino vamos. Emanciparnos de la Academia resulta una necesidad. ¿Estará produciendo su efecto aquella plegaria de Rubén: "de las academias, líbranos, Señor"?

* * *

CASTELLANO DE ESPAÑA Y CASTELLANO DE AMERICA

El castellano es hoy, sin duda, uno de los idiomas extranjeros que más se estudian en Alemania. La mayoría de las gentes que se dedican a estudiar nuestra lengua, lo hacen principalmente para buscar entendimiento con los países americanos de habla castellana. No son muchos, como es de suponer, los que quieren aprender el idioma oficial de España y de dieciocho países de América, con propósitos literarios. Priman otros objetivos más prácticos. América Latina es hoy para la Europa industrial —y particularmente para la que no tiene imperio colonial, como Alemania—, un campo magnífico de explotación. Para el comercio, para la emigración, las tierras de la América no sajona tienen un valor creciente. Cabe afirmar sin alardes de profecía que, por ser idiomas americanos el inglés y el castellano, son las dos lenguas del futuro.

Ahora que, como el inglés de América difiere ya, y mucho, del de Inglaterra, el castellano de América difiere también del castellano de Europa. Esta diferencia entre el inglés y castellano europeos del inglés y castellano americanos ha dado lugar a que los americanos del Norte digan con tanta frecuencia y con tanto orgullo, que ellos hablen "american". En realidad, los Estados Unidos van gradualmente creando su propio idioma. Por lo pronto, acento y giros de pronunciación en muchos casos y léxico en muchos otros, dan al inglés de América una fisonomía particularísima que lo hace inconfundible. La lengua inglesa del otro lado del mar es la lengua precisa y acelerada de un pueblo donde el industrialismo va cumpliendo gigantescamente su etapa de producción en masa. El inglés agrario e isabeliano de Shakespeare deviene neto y abreviado en tierras de América. Su riqueza, su amplitud, su no tener barreras académicas han permitido y permiten esta transformación sin violencias.

El castellano quizá si ha resistido más a esta america-

minación. Es posible afirmar que en América Latina se habla, en muchos países, mejor castellano que el que generalmente puede oírse en ciertas provincias de España, donde, como es sabido, se hablan varios otros idiomas o dialectos. Empero, es curioso que en países como Alemania donde la mayoría de la gente que aprende castellano lo hace por y para comunicarse con América, no falta quien pregunta si nosotros hablamos la verdadera lengua de Cervantes.

La versión del mal castellano en la América está bastante generada en Alemania. En el Seminario Románico de la Universidad de Berlín es raro que un latinoamericano sea invitado para usar de la tribuna. Necesita tener muchos cargos diplomáticos, muchos títulos universitarios y ciertas influencias para que se le conceda el honor de hablar. Se teme, y se teme sinceramente, que hable mal, que su elocución contradiga las reglas que los alumnos han aprendido como normativas del idioma.

El prejuicio ha tomado preeminencias de juicio. Es casi un veredicto. Empero, está creando una reacción. Los alemanes que vuelven de la América Latina y que aprendieron castellano bajo la dirección de algún español, demuestran que pronunciar la **z** y la **c** en nuestras tierras resulta innecesario. Se dan cuenta de que el alemán que va a Buenos Aires o a México y lleva un acento castizo, que nunca puede ser sino una mezcla del de su propia lengua y el del que aprendió del profesor, lleva algo que está demás. De ahí que lo primero que hoy buscan los alemanes que van a América son las palabras más americanas para comunicarse.

Cada español que enseña su lengua oficial tiene como base las reglas de la Academia de la Lengua. Sarmiento decía de la Academia, que es "como el tribunal de los Ritos en China, que tiene por objeto rechazar en nombre de una civilización inerte y congelada las palabras que con los objetos y el movimiento de las ideas piden cartas de ciudadanía". Y como razón, ¡y tanta!, nuestro gran latinoamericano Rubén Darío, renovador de la poesía castellana, escribió aquellas palabras inmortales: "de las Academias, líbranos Señor". Como que Darío, librándose de las Aca-

demias, embelleció y dignificó el verso y la prosa de nuestra lengua.

Conservar la pureza del idioma me ha parecido siempre un optimismo semejante al de pretender conservar la pureza de la raza. Las lenguas, como las razas, están permanentemente en forja, mientras se distinguen como tales. Filológicamente, el castellano es una lengua de origen latino en un sesenta por ciento de sus raíces. Lenguas puras sólo pueden ser las lenguas muertas. El viejo latín —el de Cicerón, según los latinistas—, es el latín puro. Dicen los libros en que se estudia la historia del latín que la Iglesia Católica empobreció la lengua de Virgilio, vulgarizándola. Salvando uno o dos de los grandes doctores—afirman muchos, que sólo San Ambrosio—, la lengua latina rediviva en los textos eclesiásticos no es la sólida y vigorosa lengua latina que con tanto ahinco se estudia en las grandes universidades humanistas.

Con el castellano, como con el inglés, resulta cuestión muy problemática mantenerlo puro. El nuevo mundo forja otros pueblos y va forjando otras lenguas. Aunque esto parezca excesivamente audaz, resulta cierto. Ni el inglés, ni el castellano, ni el portugués, ni el francés de América han podido librarse de la influencia de los pueblos nuevos. Si el idioma es el medio de expresión humana superior al del grito y la mímica primitivos, el idioma es tan mutable como mutables son las necesidades y emociones de los pueblos. Los que creemos en el determinismo económico tenemos que aceptar que, fundamentalmente, el idioma evoluciona con las necesidades humanas. Por eso, con la transformación de los elementos de producción se transforman las lenguas, que son elementos de comunicación.

Que el castellano de América vaya diferenciándose del castellano de Europa, resulta lógico dentro de la lógica de la historia. Prueba de ello es que los países más avanzados de los nuestros sean los que peor hablen el castellano tenido como auténtico. Ejemplo, la Argentina. Por eso resulta lógico, si es que es cierto, que la gramática de la Academia no se estudie oficialmente en la República del Plata, y más lógico es aún, que los planes oficiales de México llamen al castellano "lengua nacional".

*
* *

UN CONGRESO DE LA LENGUA

Leyendo el número de enero, de la bien conocida revista latinoamericana **"Nosotros"**, que se publica en Buenos Aires, he encontrado la reproducción de un buen artículo del filólogo centroamericano Luis G. Muñiz, tomado de la revista **"Para Todos"**, que aparece en la ciudad de San Salvador. El artículo lleva un título expresivo "El Castellano agoniza", y mueve un tema que es particularmente interesante para todos los latinoamericanos, y se hace más interesante aún para los que vivimos en el extranjero.

El señor Muñiz demuestra extensamente la pobreza de la lengua castellana, que, según su opinión, "es, con excepción del portugués, el lenguaje más pobre entre los idiomas modernos". Cita y recuerda un notable artículo de José Vasconcelos, publicado hace dos años en **El Universal**, de México, artículo al que ya me había referido en otra oportunidad, tratando incidentalmente sobre la grave dificultad con que tropezamos los que, por accidente o por fuerza, somos bilingües o trilingües, cada vez que nos es preciso acometer una traducción de alguno de los sólidos y ricos idiomas saxo-franco-germanos a nuestra lengua.

El señor Muñiz hace especial mención de dos clases de vocablos en "los que nos hallamos víctimas de una forzada mudez", los deportivos y los técnicos. Con muchísima razón dice que en el español "el sustantivo por sí solo no parece tener la fuerza necesaria para expresar plenamente la idea de un objeto real o imaginativo". Por eso "nuestro flaco es el adjetivo". Y el adjetivo es término modificativo, y esos términos encierran generalmente una exageración.

Me parece que el filólogo centroamericano ha movido un asunto trascendente y de actualismo. El señor Muñiz tiene toda la razón del mundo cuando cita las palabras de Vasconcelos en su artículo ya aludido y citado también anteriormente por mí. "Lo que la lengua tiene el deber de darnos es un nombre, siquiera un solo nombre, para el me-

dio millón de cosas importantes y de ideas inmortales que no tienen nombre en nuestra lengua, que no están bautizadas en castellano". Y desde el momento que el castellano no llena este deber y la Real Academia cataloga como "barbarismos y localismos hispanoamericanos" los que los pueblos de la América Latina han inventado para nombrar, calificar y determinar ese "medio millón de cosas importantes y de ideas inmortales", que están desbautizadas, resulta evidente que la lengua evoluciona, se americaniza y si no se quiere que se norteamericanice hay que latinoamericanizarla o indoamericanizarla, resueltamente.

El señor Muñiz insinúa un remedio. Quiere que la Unión Panamericana de Washington convoque a un Congreso de la Lengua, "en el que figuren todas las naciones de América, incluyendo, desde luego, a los Estados Unidos, país que cuenta hoy con pedagogos hispanistas tan entendidos en la técnica de nuestra lengua como los mejores filólogos peninsulares". Ese Congreso, según el señor Muñiz, ofrendará un "diccionario moderno y completo, que un cuerpo de competentes lexicógrafos se encargará de mantener al día y de editar con la periodicidad necesaria".

El remedio del señor Muñiz parece óptimo en principio. Lo malo es que el filólogo centroamericano padezca de una fascinación panamericanista muy común en Centroamérica, con excepción de Costa Rica. La influencia imperialista en las pequeñas Repúblicas situadas al Sur de México es tan grande que es muy difícil alentar en ellas ningún proyecto renovador sin el tutelaje yanqui. El señor Muñiz sufre de esta fascinación, bastante extendida en su país donde el sometimiento servil del oficialismo lo ha invadido todo. Pero convencido nuestro ilustre filólogo centroamericano de que en América Latina no debe entregarse hasta un movimiento de reforma lingüística a la Unión Panamericana de Washington, la iniciativa merece el elogio de todos los proyectos laudables. La idea es seria y requiere consideración. Es posible suponer que si el Congreso se reuniera en Washington terminaría con un veredicto que la mayor parte de nuestros gobiernos apoyarían decididamente para manifestar sus cordiales relaciones con los Estados Unidos, declarando que debemos adoptar la lengua

inglesa. Me inclino a creer que para fallo semejante bastaría un gran banquete, una media docena de excursiones brindadas a todo lujo a los congresistas y una gestión reservada de la Secretaría de Estado. A prevalecer las condiciones políticas actuales en Centroamérica, no es exagerado afirmar que sus gobiernos serían los primeros en sostener tal iniciativa. Resultaría, pues, peligrosísimo, que la Unión Panamericana tomara el patronato del proyecto del señor Muñiz. Más valiera que lejos de Washington, en México, en Buenos Aires o en Santiago de Chile, los latinoamericanos discutieran libremente estos temas del idioma de la América Latina, que sólo a ellos les atañe.

Salvado el tutelaje y la sede, me atrevería a afirmar que la iniciativa del Congreso de la Lengua es admirable. La América Latina ya ha dado grandes renovadores del idioma. El señor Muñiz cita a Cuervo y a Bello, de quien Sarmiento anotaba que "nunca estuvo en España, aunque fuera nombrado miembro de la Real Academia de la Lengua". Hay muchos más, sin olvidar que Rubén Darío, egregio renovador, también fué nuestro. Los latinoamericanos han dado un nuevo acento al castellano. Recorriendo la América Latina que habla castellano, se encontrará que las diferencias de giro y de tono no son fundamentales. Un norteamericano de Boston y otro de Texas, quizá se encuentran entre sí mayores diferencias idiomáticas que un mexicano y un argentino. Muchas de las formas de elocución populares en los países del Plata, como el **vení, subí, bajá** etc., se oyen también en Centroamérica. Los mexicanos de la meseta hablan casi idénticamente como los peruanos y altos peruanos andinos. Los antillanos tienen un acento y modismos comunes que acercan en mucho a los de los venezolanos y mexicanos de la costa oriental. Y todos nos entendemos, pero cualquiera de los que hablamos castellano en la América Latina, — que han abolido unánimente las diferencias de la **c** y la **z**, reconocemos de inmediato a un español, aunque no sea ni catalán, ni gallego ni andaluz.

En Europa, — como ya lo hacía notar en artículo anterior, — los españoles que enseñan la lengua castellana, han propalado la especie de que los latinoamericanos ha-

blamos un dialecto y no el castellano mismo. Ya en Inglaterra tuve que responder alguna vez, como ahora en Alemania, más de una, a la pregunta de recién iniciados en el aprendizaje de nuestra lengua sobre si nosotros podemos entendernos con los españoles. Siempre que he inquirido sobre el origen de tales dudas he escuchado más o menos la misma respuesta: "mi profesor español me lo ha dicho". Y entonces, yo he explicado las razones de tan falsa afirmación.

Cuando entre nosotros se dice que los argentinos y los chilenos hablan muy mal nuestra lengua, se olvida que por el progreso de esos países, su avance económico, la corrupción del idioma no puede ser síntoma de degeneración. Si los argentinos y chilenos hablan mal el castellano, lo escriben bien. Además, el resto de los latinoamericanos les entendemos perfectamente. Y esto es lo que nos interesa. El castellano tiende a transformarse en América, y un Congreso de la Lengua, como el que propone el señor Muñiz sería encauzar esa transformación que es inevitable, porque es vital.

*

* *

NUESTRA LITERATURA EN ALEMANIA

El formidable movimiento literario de Alemania de post-guerra abarca también a las literaturas extranjeras. No hay obra importante, cualquiera que sea su género, que no se traduzca prontamente a la lengua alemana. Es verdad, sí, que de la literatura moderna española, las traducciones no son numerosas. Ni el teatro, ni la novela de España — géneros predilectos de las editoriales que publican traducciones — parecen merecer especialmente la atención en este país. Los problemas que aborda la literatura española moderna resultan poco interesantes en Alemania. Si tomamos por ejemplo las cuestiones del amor, los temas españoles, casi siempre circunscriptos a la exaltación del "machismo", no atraen grandemente aquí. Sería condición esencial un mérito artístico verdaderamente extraordi-

nario, para que los problemas del amor, tal como son afrontados por la literatura española, despertaran interés. Sabido es que Alemania contempla hoy la cuestión del amor más descarnadamente. Lo que interesa aquí, en estos tiempos, no es el amor primitivo, más o menos exaltado, aunque llegue a la morbosidad típicamente española del "donjuanismo". Preocupan más el amor en sus recónditas complicaciones del problema sexual. Ese es "das Problem" de la época que vivimos. El teatro y la novela alemanes abordan ahora las cuestiones sexuales con realismo tremendo. Para nuestro lector o espectador de masa, muchas obras de literatura alemana que hoy se publican y se llevan al teatro serían, seguramente, monstruosidades inadmisibles. Empero, esas son en Alemania las obras favoritas. Se dice con frecuencia que los alemanes gustan de las más graves complicaciones. La apreciación no resulta inexacta si comparamos la claridad francesa o la rotundidad española con la "nebulosa" germánica. Empero, si en cuanto a la técnica, puede acusarse a la literatura alemana de falta de nitidez — lo que no es en mi opinión una regla sin excepciones numerosas — es innegable su profundidad. Complicada es la vida, complicados sus problemas y complicadamente se miran y se tratan en la literatura alemana. Quizá ninguna otra mentalidad europea como la del pueblo alemán se halle mejor dispuesta, ni más sólidamente arquitecturada — son hondos y vastos sus viejos cimientos filosóficos — para la obra de búsqueda en las grandes y profundas complicaciones de la vida humana. De ahí que no interesen las obras literarias, a no ser las que llevaran prestancias geniales, mientras no reflejen algún problema vital. La literatura alemana busca lo trascendente. Por eso, en el eterno tema del amor, le preocupa hoy lo que está más allá de lo aparente y vulgar. Hurga en el subconsciente y descubre y eleva sus misterios.

Pero si la literatura española moderna interesa poco en Alemania, la devoción por sus obras maestras no ha disminuído, antes bien cobra cada día mayores adeptos. El teatro clásico español es en Alemania teatro de actualidad. De las obras castellanas que más atraen la atención de los públicos, las de Calderón de la Barca tienen siempre lugar

indisputable. Calderón interesa artística y filosóficamente. Es sin duda alguna digno de atención el prestigio de la obra calderoniana en estos tiempos de profundas transformaciones en el teatro alemán. Calderón, como Shakespeare, es en Alemania autor predilecto de los públicos.

He tenido recientemente la oportunidad de tratar bien de cerca a uno de los más entusiastas calderonianos de Alemania. Eugen Gürster, dramaturgo bávaro, es el más joven de los literatos alemanes que trabajan tenazmente en el estudio de las obras de Calderón. En sus **"veiutes"**, fué director de escena en varios teatros de Alemania. Al encargarse en cierta ocasión de la presentación del "Alcalde de Zalamea" en Breslau, descubrió que la traducción alemana de la obra no reflejaba toda su belleza. Se dedicó a estudiar el castellano y "a abismarse en las obras de Calderón". Después de varios años de trabajo hizo una nueva traducción de "El Alcalde de Zalamea" **(Der Richter von Zalamea)**, que se puso en escena en el Teatro del Estado de Munich. La crítica acogió la obra con grandes elogios. Gürster tradujo entonces "La Vida es Sueño", **(Das leben ist ein Traum)**, "El Mágico Prodigioso" **(Des wundertätige Magier)** y "El Príncipe Constante" **(Der standhafte Prinz)**, que editó la famosa casa Beck de Munich. Las traducciones de Gürster se han representado ya en más de diez ciudades de Alemania y la crítica le ha sido siempre favorable. Gürster continúa en su trabajo de traducción malgrado su actividad como autor: Acaba de estrenar en Nuremberg "El Demonio", tragedia inspirada en la historia de Rasputín y anuncia para este año en Berlín otra: "Tres veces Waterloo". Un libro "Nietzsche y la Música" **(Nietzsche und die Musik)** le ha valido ya un lugar de preeminencia entre los ensayistas jóvenes.

Es interesante que Gürster no se haya limitado a lo clásico en castellano. Le preocupa inmensamente la literatura latinoamericana contemporánea y ha comenzado a publicar en varios diarios de Berlín traducciones del autor venezolano Uslar Pietri. De acuerdo con el gusto predominante entre los literatos alemanes que se preocupan por la producción extranjera, Gürster está vivamente atraído por los temas indígenas de la América Latina. "Quisiera ver

y vivir en un bosque de los trópicos", es en él una expresión frecuente. Lector infatigable de la producción literaria latinoamericana parece interesarle más que la española contemporánea. Avizora en nuestra literatura una nueva mentalidad, una orientación y una inspiración superiores. Se diría que Gürster espera de las nuevas generaciones literarias de la América Latina la obra fuerte y nueva que España no parece anunciar en estos tiempos.

Desde la literatura, Gürster cree poder contribuir a la realización del propósito de acercamiento espiritual entre Alemania y la América Latina, que cuenta hoy con tan buena opinión en este país. Por los altos caminos del viejo teatro castellano Gürster ha llegado a la literatura de nuestra América. Va a realizar un viaje y a recoger material para empeñarse en una gran tarea de traducción. Le interesan especialmente el teatro y la novela. Sabe bien que en filosofía, nosotros repetimos y mal las filosofías extranjeras. Si alguna filosofía puede interesarle es la que aparezca en las obras literarias como insurgida del pueblo. De América naturalmente no pueden preocuparle las viejas "élites". Generalmente, el pensamiento de las "élites" es pensamiento colonial. **"Colonialwaren"**, digamos en alemán. Gürster piensa que el arte americano nuevo tiene que insurgir del pueblo, del indio y de su mezcla con el europeo, del bosque imponente, de la montaña colosal, de los anchos ríos y de las vastas pampas. Y todo eso quiere verlo él de cerca, porque en realidad eso y sólo eso es América para un artista moderno.

Si Gürster persiste — y sabido es que los alemanes saben persistir — quizá el teatro y la novela en lengua castellana — los viejos de España y los nuevos de América Latina — sean cada vez más conocidos en Alemania. Hasta ahora, dentro del movimiento alemán de acercamiento hacia nuestros pueblos, no habían aparecido manifestaciones literarias. A Eugen Gürster le corresponde el mérito de ser uno de los que, sin perder su vieja admiración por la literatura clásica española, admiran la nueva literatura latinoamericana. Cree que hay en ella, ya, obra fundamental y cree que ella puede despertar la atención del pueblo alemán. Ahora que como es natural suponer, tratándose

de hombre de otra sensibilidad y de otra cultura, lo que le interese de lo nuestro, puede ser a lo mejor, lo que menos aplausos haya despertado entre nosotros. Mas eso no importa; una vez oí decir a un gran artista inglés que las traducciones de las obras literarias eran como crisoles de universalidad y eternidad.

*

* *

LA BIBLIOTECA LATINOAMERICANA EN BERLIN

Sin los alardes mecánicos, ni las bombardas periodísticas con que los magnates del imperialismo norteamericano suelen hacer sus obsequios, el eminente escritor latinoamericano doctor Ernesto Quesada, profesor de la Universidad de Buenos Aires, donó hace poco a la República alemana su valiosa biblioteca de ochenta mil volúmenes, una de las más completas que, como propiedad privada, hayan existido en nuestros países. El donativo se recibió jubilosamente en Alemania. El doctor Quesada es un antiguo alumno de las universidades de este país. Quienquiera que haya leído sus libros y artículos, y que conozca algo de los métodos culturales alemanes, encontrará en el doctor Quesada la influencia definitiva que ha ejercido en él aquella larga época de preparación dentro de las estrictas disciplinas germanas. Escritor copioso y erudito — erudito hasta el punto de que algunos de sus lectores le hallen excesivo, — la obra del doctor Quesada denuncia ante todo solidez y método. Para los que no le conocemos sino a través de su abundante producción intelectual, el doctor Quesada tiene otro mérito: es un decidido admirador de la obra de José Ingenieros, el maestro de mayor influencia en la juventud contemporánea de la América Latina. Siendo el doctor Quesada admirador de Ingenieros, no es panamericanista. Y éste sí que es mérito apreciable en hombre de su prestigio, porque en época en que la ofensiva cultural del imperialismo convierte a tantos hombres de la vieja generación en devotos incondicionales de la "American-kultur", vale mucho que nos queden algunos que no caigan en la tupi-

da y ancha red que desde Washington tienden — trampa dorada — los cazadores de adhesiones incondicionales de los intelectuales latinoamericanos.

Algunas gentes se han preguntado por qué el doctor Quesada obsequió su biblioteca a Alemania y no la dejó en Buenos Aires o en cualquiera otra sede cultural de importancia de la América Latina. Parece que el doctor Quesada, como buen conocedor del movimiento cultural alemán, cada vez más activo y más universal, sabía que no echaba su regalo en saco roto. Porque una gran colección de libros latinoamericanos en Alemania constituiría la base de un nuevo movimiento intelectual en este país al servicio de los nuestros. Y seguramente el tiempo ha de darle la razón. Ochenta mil libros nuevos en Berlín son como ochenta mil células vivas en un ambiente propicio. Ellas formarán un tejido, base de un nuevo organismo en actividad eficiente. No ha pasado mucho tiempo para que el organismo aparezca, definido y fuerte.

A la izquierda del viejo palacio de los reyes de Prusia y de los tres últimos emperadores alemanes, se levanta un edificio de piedra del mismo tipo de arquitectura arrogante que todas las construcciones imperiales erigidas durante el período en que el afán de lo "kolosal", fué casi una obsesión en este país. El edificio es conocido aún hoy con el nombre de "Marstall". En castellano, caballerizas. Pero las caballerizas imperiales no eran únicamente un conjunto de cuadras y cocheras. La fastuosidad imperialista de la Alemania de Guillermo II hizo de las caballerizas del Emperador un verdadero palacio. Tres pisos, vastos salones, enormes depósitos, habitaciones numerosas fueron necesarias. Las carrozas doradas y no doradas, los automóviles, los caballos, los palafreneros y lacayos, todo tuvo cabida, y cabida magnífica, en esta palaciega caballeriza. Al establecerse la república, inútil el edificio para su viejo objeto, fué dedicado en parte para la Biblioteca de la ciudad de Berlín, y al recibir Alemania el valioso presente del doctor Quesada, el gobierno de Prusia le dió un nuevo destino.

Es ahí donde se realiza ahora el trabajo minucioso y sistemático de clasificación y catalogación de la nueva biblioteca latinoamericana. Bajo la dirección del doctor

Ponhorst, un hombre activo y experto, buen conocedor de nuestra lengua y muy interesado en nuestros problemas, se realiza el interesante trabajo.

La biblioteca latinoamericana tendrá secciones correspondientes a cada uno de nuestros veinte Estados. El doctor Quesada reunió en su biblioteca material de toda nuestra América. Siendo la parte que corresponde a la Argentina y a Chile la más numerosa no falta nada de lo que sea fundamental a los demás países. Y en lo que respecta a Historia y Jurisprudencia latinoamericanas, la biblioteca obsequiada es de lo más completo que pueda desearse.

El gobierno prusiano ha fundado sobre la base de esta biblioteca un instituto latinoamericano. Lo preside el ministro de Cultura del Gobierno del Estado, Boelitz. El Instituto sumará a la biblioteca Quesada la colección de libros mexicanos, formada anteriormente por el doctor Hagen, que está constituída por seis mil volúmenes y veinticinco mil folletos y revistas. Y para completar la tarea inicial de reunir todo lo que sea material bibliográfico de nuestra América, trasladará de la Universidad de Bonn la Biblioteca del Instituto Latinoamericano ahí formada anteriormente y su valiosa colección de libros sobre el Brasil, que es la más completa que existe en Alemania.

La Dieta de Prusia ha votado ochenta mil marcos anuales para el sostenimiento de la Biblioteca. Los organizadores confían en que el gobierno de la República conseguirá del Reichstag una subvención nacional. La Biblioteca de la ciudad, establecida en el segundo piso, se está trasladando a otro edificio. Así, la Biblioteca y el Instituto Latinoamericanos tendrán todo el palacio que fué para carruajes y caballos imperiales y que ha de ser en el futuro el más importante centro de investigaciones de nuestros problemas existente en Europa.

Un gran salón de conferencias, auspiciado por un retrato de Alejandro von Humboldt, y salas de investigación especial completarán el plan del gobierno de Prusia, que el director Ponhorst se empeña en llevar adelante con efectiva decisión. En abril aparecerá el primer número de la revista del Instituto y se cree que en diciembre la Biblioteca abrirá sus puertas al público.

Antes de ahora me he referido al creciente interés que en Alemania despierta hoy todo lo latinoamericano. En un país superorganizado como éste, todo interés se manifiesta en trabajo, todo trabajo en sistema, todo sistema se erige sobre sólidas bases de investigación científica. Se dice y se insiste que Alemania tiene el destino histórico de ser un gran laboratorio universal. La guerra parece haber definido aún más esta dirección que quizá el supernacionalismo imperialista desvió o detuvo. En Alemania se investigan todos los problemas del mundo y se tiende a hacer cada vez más extensa y más intensa esta gran tarea de sus obreros culturales. Quizás sea posible afirmar que no importa ya bajo qué régimen político o bajo qué sistema social se organice el país para que esta misión se cumpla. Un profesor alemán cuyas opiniones políticas confinan con la izquierda extremísima, me repetía hace poco que el día en que una organización ideal del mundo, basada en la total supresión del capitalismo se afirmara, Alemania sería más que nunca como el gran cerebro de la nueva patria mundial. La opinión es respetable y no cabe al juzgarla la suspicacia de un prejuicio nacionalista. Viviendo en Alemania, se descubre a poco que hay un exceso de cerebración, de afán de experimentación, de sistematización, que muchas veces se proyecta quizás aparentemente en complicación excesiva. Digamos que no es sino una superorganización que necesita desplazarse o derivar hacia cauces más amplios. Es corriente oír decir a los devotos de la acción ostensible que el pueblo alemán piensa demasiado. "Todo tiene aquí su filosofía" oí decir a un escritor ruso, buen observador de la Alemania de hoy, hace poco tiempo. Y para todo filósofo alemán no hay filosofía sin lógica y no hay lógica sin sistema. No importa que sea complicado. Lo fundamental es la sólida afirmación de un sistema. Y el sistema a los insistemáticos parece muchas veces sólo complicación.

Como el doctor Quesada es un buen conocedor de la mentalidad alemana, ha hecho su obsequio muy a sabiendas. La distancia que media entre este país y la América Latina no será obstáculo para que sobre la base de la nueva

Biblioteca el Instituto Latinoamericano de Berlín desarrolle una vasta labor de cultura que ha de sernos benéfica.

* * *

LA BIBLIOTECA MEXICANA DE BERLIN

El viejo **Schloss** o Palacio Imperial de Berlín, que vió las glorias de los reyes de Prusia y del último imperio alemán, es ahora en parte un museo de porcelanas, de gobelinos, de antiguas cámares regias y salas de tronos vacíos. Magníficas colecciones de arte técnico romano, francés y alemán, lienzos de poco valor artístico pero de interés histórico por las escenas arrogantes que en ellos hacen de carteles de propaganda monárquica, galerías y cámaras con decoraciones excesivamente doradas y parquets recargadamente incrustados y bruñidos, forman, con una sala de fiestas imperiales suntuosísima y de malísimo gusto, que tiene mucho del hall de la "Paramount" de Nueva York la sección del Palacio destinada a Museo. El viajero puede visitarlo previo pago de un marco, y, si es generoso, de algunos **pfenings** más para el cicerone solícito que le repetirá en alemán la leyenda magnífica del Palacio en donde vivió la postrera majestad de Guillermo II.

Pero el palacio es inmenso y no es todo museo. En sus setecientas habitaciones hay muchas dedicadas por el gobierno republicano a oficinas de diferentes actividades. Bajo el pórtigo principal — copia del arco romano de Séptimo Severo — pasan cada día centenares de gentes a quienes las urgencias de la labor cotidiana han hecho olvidar la mágica significación de aquel edificio de piedra ennegrecida cuya fachada principal tiene delante el gran monumento a Guillermo I, vencedor de Napoleón III, monumento que costó a Alemania cuatro millones de marcos, en su tiempo. El palacio es pues, ahora un edificio público para el público. Sobre el marco de muchas de sus puertas interiores pueden verse placas de diversas oficinas. En estos días de marzo en que la primavera y el invierno están ya en lucha, y cae nieve a ratos, alumbra momentáneamente el sol

hay horas de frío y medias horas de calor, esos viejos patios anchos son buenas defensas de los vientos rudos e invitan a pasearlos. Ya no hay guardias de corps, ni pajes ni libreas. El paso es libre. Yo, como tantos otros, he buscado un descanso del tráfago inextinguible de Berlín entre esos muros altos que anuncian diversas etapas arquitectónicas. Examinando las placas de las distintas oficinas que ahora trabajan en el Palacio, he encontrado muchas: la de la Fundación Humboldt, la de un Instituto Japonés, la de un centro de estudios sociales, la de una oficina de cursos de verano para profesionales extranjeros y una, blanca como las demás, que dice en letras negras: Mexiko-Bücherei, y en castellano: Biblioteca Mexicana.

Trepo las escaleras remozadas que debieron ser antes de la guerra entrada y salida de servidores palatinos. En el entresuelo, sigo un pasadizo, recién pintado y limpísimo, como todo en Alemania. Llamo a la puerta indicada y un muchacho amable de sangre germano-mexicana me recibe solícito. Pido hablar con el director y no tardo en encontrarlo. Es el doctor Hermann B. Hagen, ex catedrático de la Universidad de Marbourg, geógrafo, joven, con un dominio absoluto de la lengua castellana.

La Biblioteca mexicana no está aún abierta al público. Se instalará formando una sección especial de la gran biblioteca latinoamericana regalada a Alemania por el profesor argentino Ernesto Quesada. Empero, el doctor Hagen trabaja diariamente en la ordenación y catalogación de 6,300 libros y 25,000 folletos que trajo de México después de una estancia en aquel país de año y medio.

El doctor Hagen me refiere cómo concibió la idea de constituir esta biblioteca. Siendo profesor de Geografía en su Universidad, tenía que enseñar geografía latinoamericana especializada a la zona de México y Centroamérica. Faltándole documentación completa, se dirigió a varias secretarías federales de México pidiendo el envío de libros y publicaciones útiles. Con tenacidad, logró formar una pequeña colección de seiscientos volúmenes. Cuando el expresidente Calles pasó por Berlín, en 1924, el doctor Hagen le había pedido ayuda para su proyecto. Así consiguió los seiscientos volúmenes. Más tarde, el doctor Hagen

quiso dar mayor amplitud a su propósito. Se dirigió al gobierno de Prusia y al Ministro de Educación doctor Beker, que le envió a México a completar la obra. Uno a uno, con el apoyo siempre franco del gobierno mexicano, el doctor Hagen reunió esos seis mil trescientos volúmenes más los veinticinco mil folletos y revistas. Trajo además, mil cuatrocientas cartas geográficas y astronómicas de México, una valiosísima colección de fotografías arqueológicas y una colección bastante grande de productos industriales mexicanos de toda clase. Ahora cataloga y ordena.

El doctor Hagen me invita a visitar una serie de pequeñas habitaciones donde se van agrupando los libros. Mi suposición acerca del antiguo uso de aquel entresuelo no ha resultado fallida. En él vivían los servidores estimables del Kaiser. Al abrir un armario me dice que ahí se guardaban los uniformes de ejércitos extranjeros de Guillermo II. Pero cuando esperaba ver trajes con entorchados y charreteras, me encuentro ante una bellísima colección de cerámica de Puebla. En otros armarios hay muchas cosas más: frascos con miel de abeja, muestras de azúcar, de tabaco, de cerillos. Una maravillosa colección de sarapes, de cestas, de tejidos diversos en los que puede leerse a las veces un ¡Viva México! en colores rotundos. El doctor Hagen va descubriendo todas estas cosas con cuidado y cariño. Luego me muestra la colección de fotografías y renueva sus elogios entusiastas a todos los grandes monumentos que reproducen.

Sus proyectos son vastos. Escribirá una obra sobre geografía de México. Digamos en términos modernos, sociogeografía. Y hablando de este tema no es posible dejar sin mención a aquel estupendo germano el barón de Humboldt, cuya figura en mármol, haciendo pendant a la de su padre, acabo de ver una vez más a la entrada de la Universidad de Berlín.

El doctor Hagen está satisfecho de su iniciativa. Lo que debió ser una modesta biblioteca geográfica mexicana para la Universidad de Marbourg es ahora una abundante colección para Alemania toda. Cuando la biblioteca latinoamericana del profesor Quesada se inaugure oficialmente en el edificio del Marstalla, muy cerca del Palacio la sección

de México será una de las más completas, después de la sección argentina. Viejos libros mexicanos, sacados algunos de depósitos oficiales o adquiridos otros en el celebérrimo "Volador" de fama universal, tendrán su lugar en los nuevos estantes de la gran biblioteca.

Al salir del Palacio, pienso en la moderna utilidad de estos edificios grandiosos y en el interés creciente que la América Latina suscita en Europa, interés que se concreta en una sistemada y tenaz labor de cultura. Vale la pena que exista el Palacio del Kaiser si ahí se trabaja también por nuestros pueblos. La biblioteca mexicana de Berlín no es sólo un proyecto, es una realidad en trabajo y en trabajo activo. No es sólo en la Panamerican Unión de Washington donde el latinoamericano puede encontrar informaciones copiosas sobre nuestros países. En Europa, y no sólo en Francia, sino en Alemania, la América Latina es objeto de estudio y de dedicación. Y para esta obra, como el caso del doctor Hagen, se consagran vidas enteras.

Ahora en cuanto a confianza, yo que entré y salí a hurtadillas de "nuestro" edificio en Washington — futuro ministerio de colonias le ha llamado Manuel Ugarte — me he sentido, después de esta visita, como en casa propia en el Palacio del Kaiser.

*
* *

LATINOAMERICANIZACION MUSICAL DE EUROPA

Triunfo de la música típica de México

Es indiscutible que "el imperialismo musical" de los Estados Unidos ha avanzado en Europa tanto o más lejos que su imperialismo económico. Los que creemos que aquél es una modalidad o aspecto de éste — modalidad de la ofensiva cultural que es una de las proyecciones políticas del imperialismo moderno — aceptamos, por lo menos como muy ingeniosa, la teoría de un músico y poeta futurista joven de Alemania, quien sin desconocer las in-

fluencias primitivas que lleva en sí la música yanqui — "música negra" se le llama también — cree que hay entre sus sonidos y compases y los ruidos de las máquinas una relación profunda. Así, la música norteamericana resulta la expresión de esta edad, factorías, motores de explosión, transportes aéreos, trepidación y traquido. Consecuentemente, su popularidad en Europa tiene un "fundamento histórico", para usar un vocablo trascendental. ¿Cómo explicarse su popularidad en países no industrializados como los nuestros? El poeta músico responde a la objección: "por lo que tiene de primitivo, de elemental, de salvaje".

Otra música americana invade también Europa como representación de una edad diferente de la evolución económica humana. La música latinoamericana alterna ya con la de Norteamérica en el dominio de la popularidad europea. Primero, el tango argentino o sudamericano ha traído a Europa una renovación del gusto por lo melancólico, por el compás de cadencias sensuales y de melodías tristonas. El viejo vals romántico y típicamente alemán va siendo destronado. Aún emociona en los países germanos a gentes de otra época o al pueblo que está menos sujeto a las influencias musicales foráneas y conserva más firmemente sus tradiciones. Pero el tango, aunque extranjero ha traído algo de la melancolía que atrae en el vals y va convirtiéndose en baile de clase media y hasta entrando en los planos populares, naturalmente muy desfigurado, como danza "de moda".

Otra clase de música latinoamericana va tomando fuerza en estos pueblos: la canción típica de nuestros países. En los últimos tiempos no sólo por medio de los discos gramofónicos, del radio y de las orquestas de ciertos grandes cafés, sino por ejecutantes especiales y típicos la música latinoamericana se oye y se aplaude en Europa. Vale mucho que en Alemania, esta invasión musical se halle tan extendida. Una de las cosas que mayor atracción han despertado en los últimos tiempos en Alemania, ha sido la marimba, mexicana o centroamericana.

El éxito de las marimbas ha sido enorme. Para demostrar los marimbistas que el interesante instrumento indígena puede interpretar toda clase de música, se arriesgan a eje-

cutar en ella música clásica, óperas y canciones viejas y populares de Europa. El público aplaude, pero aplaude más cuando cualquiera de las canciones mexicanas, o centro o sudamericanas son interpretadas magistralmente. En las últimas noches, he visto entusiasmarse inmensamente a una enorme concurrencia germana, de hombres calvos y señoras voluminosas, con los bellos cantares de México. "La Chaparrita", "El Rancho Grande", "Las Cuatro Milpas", "La Cucaracha", "La Valentina", "La Adelita" y muchas otras han producido excitación ruidosa en el público. Sin importarle que las palabras de las canciones fueran extrañas — porque todavía no se cantan estas cosas en alemán, como ocurre con los tangos — el público germano quiere oírlas más y más. Algún charro de amplio sombrero y suelta corbata roja canta un corrido y los otros repiten. Como algunos de estos charros han estado en Alemania varios años, ya hablan su lengua difícil y no será raro que pronto escuchemos en alemán aquello de "Guadalajara en un llano"; tal ocurre con varios tangos, como aquel de "Adiós muchachos" y otros.

El gaucho argentino y el charro mexicano son hoy tan conocidos en Europa y tan populares, como el negro o el judío norteamericano que trajeado de smoking canta, grita y danza o hace gimnasia en medio de su jazz-band. Los europeos van distinguiendo lo norteamericano de lo latinoamericano en música y se rinden a la doble invasión que es efectiva. El "danzón cubano", "la rumba" y la música incaica del Perú se ejecutan en Europa por las orquestas típicas. En los primeros tiempos, la invasión musical latinoamericana se inició en cenáculos. Los quenistas peruanos ofrecieron en París audiciones de música autóctona ante un escogido grupo de escritores y dilettanti. Luego, los temas musicales han pasado a las orquestas de café, a las plataformas de los cabarets de primera, segunda, tercera y cuarta clase. Y ya distingue también el oyente lo español de lo latinoamericano en música. Los críticos, aun los más conservadores, se rinden ante la fuerza de esta conquista.

Si en México o en Centroamérica alguien hubiera sugerido que Beethoven, Wagner y Liszt podían ejecutarse

en marimba, no habría faltado un aullido de protesta en nombre de la estética, de la cultura y de otras cosas trascendentales, seguramente. La gente "docta" que no puede descubrir a través de los libros la maravillosa flexibilidad de la mente europea, no habría imaginado que un grupo de marimberos o marimbistas chiapanecos vinieran a Alemania, se pasearan por el Rhin — sin dejar de visitar la ciudad natal de Beethoven — fueran a Viena y a Munich y ejecutaran a los grandes representativos de la música germana en sus instrumentos autóctonos. Pues esto ha ocurrido y ocurre en este país y la gente aplaude ruidosamente. "Que Beethoven y Bach puedan ejecutarse en marimba, me decía un viejo estudioso de música alemana, vale decir que son verdaderamente universales".

La audacia y la sinceridad de unos grupos de muchachos mexicanos han hecho este prodigio. Donde las marimbas ofrecen conciertos — y así se llaman, conciertos — el público acude en grandes cantidades. Y la popularidad de las marimbas, naturalmente, se traduce en aplausos y en dinero.

Pocos pueblos más capaces de apreciar su propia música que el pueblo berlinés. Berlín, es la ciudad de Europa donde funcionan permanentemente tres grandes óperas todos los días, más la ópera cómica y centenares de teatros de comedias musicales. Conciertos, recitales, audiciones a precios ínfimos se repiten todos los días ofrecidos por las organizaciones oficiales más notables de estudios musicales. Las orquestas alemanas de cines cafés son, con las de Viena, las mejores en su género de Europa. El ambiente musical de la capital de Alemania es sin duda el menos favorable para la competencia. Agreguemos a esto cierto espíritu de hostilidad muy arraigado en este país, y especialmente en Berlín, contra el artista extranjero, particularmente si se trata de gente de música. En medio de este ambiente las marimbas de México han triunfado y siguen triunfando. Su reaparición en Berlín ha constituído un suceso metropolitano. En las revistas, en los diarios, en los cines, los artistas chiapanecos aparecen en fotografías. Sus conciertos y audiciones alternan música latinoamericana y música seria de Europa. Los artistas ejecutan impeca-

blemente. En Alemania una nota en falso provoca una protesta. Los mexicanos ponen en su ejecución precisión y fuerza. La marimba resuena maravillosamente con una canción indígena mexicana o con un trozo de Parsifal o Lohengrin. La "Marcha de Zacatecas" o la vieja "vidalita" argentina despiertan en el público una emoción paralela a la que producen ejecutando Bach, Beethoven y Liszt. Después de todo el clavicordio en que a veces se ejecuta aquí a los clásicos, tiene algo de la vibración metálica que se nota en algunas notas suaves de la marimba.

El jazz-band americano no se ha atrevido aún con la música grave de Alemania. La Rapsodia segunda de Liszt ha sido su mayor avance en una grandiosa exhibición musical yanqui presentada hace pocas semanas en el Scala de Berlín. Los ejecutantes latinoamericanos han ido más lejos con sus instrumentos. Han traído una música, mucho más vigorosa y honda, en un instrumento que tiene abolengo milenario, han demostrado que manos cobrizas que más parecen hechas para las riendas o la pistola, ejecutan no sólo su propia música sino la más elevada de Europa, con la aprobación de los europeos.

El caso, no hay duda, es interesante.

*

* *

Kiel no es de las ciudades alemanas más favorecidas por el turista extranjero. En verdad, su fama de base naval, centro de astilleros colosales y extremo de un canal que en su tiempo maravilló al mundo, es fama de ante-guerra. El Tratado de Versalles ha reducido la escuadra alemana y ha desmantelado los astilleros. El canal no ha sido ni será nunca "un Panamá" de estilo norteamericano. Kiel ha quedado, pues, reducido a una ciudad agradable, con buenos baños de mar poco salado y poco azul, donde a las doce del día retumban las salvas de los pequeños barcos que quedan como recuerdo de la todopoderosa escua-

dra de pasados días o como anuncio de otra no menos fuerte que podría formarse en el futuro.

Pero a Kiel le queda una gloria que hace de ella una ciudad grata. Su Universidad magnífica emplazada en la parte alta y nueva de la población, que mira al mar libre, respaldada por un gran parque y un bosque. Los edificios universitarios, muchos de ellos renovados y casi todos imponentes, dan a la más hermosa parte de la ciudad, atractivo carácter. Hoy se ven en Kiel, cerca del mar, más estudiantes que marineros, y más que de puerto y factoría naval da la idea de una verdadera población universitaria, movida y amable.

No llegamos a Kiel con esperanzas de hallar conocidos. Mi amigo el fisiólogo chileno, doctor Francisco Hofman, y yo nos lamentábamos de no encontrar allí nadie que en buen castellano nos hiciera sentirnos menos forasteros. A las veces en estos viajes por ciudades desconocidas, se siente que falta entre tantas gentes blancas e indiferentes algún rostro más o menos cobrizo que nos recuerde que la América Latina no se halla tan lejos. Pero visitando el doctor Hofman el Instituto de Fisiología, le dieron noticia de que en Kiel había un hombre notable y "nuestro". Hofman había asegurado que al pasar por cierta calle, "le había olido" a empanada chilena. Y esto es como decir a "asado con cuero" en la Argentina, a "mole de guajolote" en México o a "arroz con bananas fritas" en Cuba. Una evocación culinaria así sólo podía provocar nostalgias irreprimibles. Con ellas fuimos en busca de aquel hombre "nuestro" que todo Kiel conocía. El profesor Otto Aichel, director del Instituto y Museo antropológicos de la Universidad, es efectivamente un hombre en quien, por su espíritu y por la perfecta posesión del idioma criollo, resulta difícil clasificar como alemán. Si no fuera por sus títulos, por el magnífico ambiente del Instituto que él ha fundado y dirige, podría creerse que se habla con un campechano hacendado de nuestras tierras, o más precisamente con uno de esos sencillos y generosos señores del campo chileno, cordiales y francos.

Visitamos el Instituto que el Gobierno alemán protege decididamente. La mayor parte de su abundante ma-

terial es chileno. El profesor Aichel ha querido darle este carácter y el estudioso o el visitante de nuestras tierras no se siente ahí extranjero. Con tenacidad y con entusiasmo el profesor Aichel ha reunido en su Instituto todos los elementos necesarios para una investigación continuada y completa. Se enorgullece de sus raros ejemplares de cráneos indígenas y recuerda con simpatía sus ocho años de trabajo y de búsqueda por las tierras de Chile.

De las colecciones de material muerto pasamos a los sótanos donde el hombre de ciencia dirige sus investigaciones sobre material vivo. El profesor Aichel es un gran especialista en estudios de herencia. Sobre ellos ofreció un notable discurso en la Universidad de Chile en 1927. En aquella exposición el profesor Aichel sostuvo que "la cultura no es sino la función del plasma germinativo y la función varía según la influencia del medio ambiente". Para los pesimistas de nuestra América, las opiniones del sabio alemán acerca del mestizaje valen mucho. Refiriéndose al pueblo chileno, que es el que más ha estudiado, el profesor Aichel sostiene que su corta existencia habla vivamente "en favor de la mezcla de las razas que lo componen". Para él, la mezcla de razas que en Chile ha dado "lo que con orgullo llamamos el Roto Chileno", es la mejor demostración de que los pueblos jóvenes, resultado de distintos orígenes étnicos, "tienen la facultad de producir una cultura propia". El que observa al descendiente de esa mezcla, trabajando en el campo, en las minas y en las industrias, no puede menos de admirar su inteligencia, y para no citar otros casos, yo mismo he quedado maravillado de verlo manejar máquinas y aun de componerlas en casos urgentes.

Las palabras finales de aquella notable conferencia del profesor Aichel no están sólo dirigidas a Chile. Resultan un testimonio optimista para toda la América Latina: "Lo que falta, no es, pues, una calidad superior de plasma germinativo, sino seguir un rumbo constante dirigido por la sabiduría de los que gobiernan el país quienes deben hacer lo posible para conseguirlo si no por la razón, por la fuerza".

Como si estuviéramos en cualquier país de la América Latina, el profesor Aichel nos invita a su casa que es otro

museo interesante. Allí nos muestra lo que su curiosidad de investigador y de coleccionista ha acumulado. La casa del sabio alemán es un completo rincón indoamericano. Entre las preciosas curiosidades de Chile, del Perú, de la Argentina, nos muestra una vieja arca española ricamente claveteada. La compró a un anticuario de Santiago de Chile por pocos pesos. Más tarde ha descubierto que se trata de arca de tesoros del Conquistador Pedro de Valdivia. El profesor Aichel nos hace una advertencia que le caracteriza bien: "En mi testamento, he dispuesto que esta arca sea entregada al museo de Chile".

La sencillez de este hombre nos hace olvidar casi que es uno de los más ilustres sabios alemanes de este tiempo y que acaba de ser honrado con la presidencia del Congreso Nacional de Antropología Física que se realiza en estos días. El profesor Aichel conoce nuestros problemas y se interesa por ellos. Es un buen latinoamericanista y como tal se enorgullece de ser delegado chileno al próximo Congreso de Americanistas que va a realizarse en Hamburgo en septiembre.

Lo primero que se me ocurre decirle a un hombre de estos es que regrese a América y que la visite toda. Insisto en que estos son los amigos que nos hacen falta y que de gente así necesitamos en cada uno de nuestros países. Son estos hombres los que más animan nuestro optimismo y los que mejor demuestran que no toda la sabiduría ni el interés por la América Latina están en los Estados Unidos. Es verdad que a hombres así los estimamos poco y raros son los que cuentan con el apoyo de quienes deben darlo. Casos como los de Nicolai en la Argentina, sirven para llevarnos a los confines de la decepción. Mientras a un señor "sabio" de la **Panamerican Union** se le recibe con dorados timbales, a los modestos y trabajadores hombres de ciencia europeos les dejamos pasar o toleramos que se les hostilice. Humboldt, declarado hereje y perseguido en el Brasil, nos ofreció el último caso de incomprensión latinoamericana hacia los extranjeros preclaros. Valga sí recordar que ningún país como Chile dió siempre grato hospedaje, cuando no refugio noble, para los foráneos ilustres. No olvidemos que Sarmiento y Alber-

di, de la Argentina; Egaña, del Perú, y Bello, de la gran Colombia para no mencionar otros son glorias latinoamericanas que Chile puede declarar también propias. El profesor Aichel, como el viejo Hansen, tiene derecho a llamarse chileno. Lo que todos los países latinoamericanos podrían imitar de Chile, para su beneficio, es esa virtud nacional de captación del extranjero que vale captar. No sé si en Chile la buena tradición corra riesgo de perderse. Hablando de esto, el profesor Aichel sostiene que no. Y él se declara chileno de "los viejos", de los que reciben cordialmente a cualquier latinoamericano, "aunque sea peruano".

Para recibirlos está el profesor Aichel en Kiel. Se lamenta de que no haya en la Universidad un solo latinoamericano, y con profundo conocimiento de lo que somos se pregunta: ¿Por qué los estudiantes latinoamericanos van sólo a Berlín? Y él mismo se contesta: "Todos van a Berlín, porque allí hay más muchachas".

Resulta así imposible negar que el profesor Aichel nos conoce muy bien.

* * *

ESTUDIANTES LATINOAMERICANOS EN EUROPA

"Vuelve usted sobre el tema, que me interesa mucho insistir sobre él", me escribe un estudiante latinoamericano en Europa, refiriéndose a mis anteriores comentarios sobre el problema de la educación de nuestra juventud en Europa. Y para volver a tan interesante asunto he tratado de conseguir algunas opiniones representativas de estudiantes y ex estudiantes, recordando también lo que tengo ya aprendido por experiencia sobre cuestión tan importante.

En la mayoría de los casos, lo primero que se nota en el estudiante impreparado que viene a Europa es un choque violento de su espíritu con esta nueva realidad. Para el estudiante que trae una pensión de su casa o de su Gobierno, Europa es un verdadero paraíso de satisfaccio-

nes. En Europa es muy difícil ganar el dinero, casi imposible, pero es facilísimo gastarlo bien y mal. El desarrollo económico europeo ha determinado un perfeccionamiento cada vez mayor de las comodidades, del confort, de las diversiones, de los halagos sensuales. Por poco dinero se consigue todo lo que el deseo pueda imaginar, dentro de ciertos radios de relatividad que en cada paso producen la impresión de un ideal absoluto de vida. Entre los millones de gentes concentradas en las grandes ciudades europeas surge de inmediato la idea de la libertad por el incógnito. Quien viene a Europa, procedente de países pequeños o incipientemente desarrollados, se encuentra —cuando trae dinero—, bajo la impresión de ser absolutamente libre. Todo lo que en su país parecía inalcanzable se obtiene aquí. La habitación confortable y relativamente lujosa, el servicio preciso, las calles hermosas y agitadas, los cafés suntuosos y baratos, los cines, los teatros a cada paso, y sobre todo: la mujer, blanca, limpia, elegante y fácil.

Un artista latinoamericano, ya famoso y europeizado —vale decir sereno y frío ante los halagos europeos del primer día—, me decía hace poco que el secreto de la atracción de París para los latinoamericanos radicaba primordialmente en la incomparable oportunidad para las satisfacciones sensuales y en la facilidad del idioma para conseguirlas, amén de lo poco que cuesta todo para quien no quiere hacer la vida de gran señor, vida incómoda, además cuando las exigencias de cierto **savoir faire** imponen condiciones personales que no pueden improvisarse ni comprarse.

Y observando al latinoamericano en París puede comprobarse que el artista aludido tiene en mucho razón. En los cafés, en los teatros de bataclán, en los cabarets baratos, abundarán siempre los latinoamericanos. En los museos, en los conciertos, en las conferencias, en el teatro serio, en las bibliotecas, abundarán los europeos o extranjeros de procedencia no latinoamericana. No es inverosímil, sino real, en el caso de mucha gente nuestra, aquella anécdota de una dama encopetada de la nueva burguesía latinoamericana quien, interrogada por otra dama norteamericana, culta y preocupada, si había visitado ya el

Louvre, le respondió: "Yo no he ido al Louvre, porque sé que las cosas son más baratas en el **Printemps**".

Es lógico que en la psicología de estudiante, joven, que se siente libre por primera vez, que tiene dinero disponible y que carece de disciplina de trabajo, influyan poderosamente estas condiciones del nuevo ambiente en que se encuentra. A ellas hay que agregar la soledad en que se halla. Si el estudiante no va a París y viene a Berlín o va a Viena, su aislamiento será aún mayor. No existiendo para él una vida universitaria como la inglesa, que lo incorpora automáticamente dentro del sistema colegiado, el estudiante de nuestras latitudes se siente solo. No encontrará ninguna organización que lo reciba. Hallará amigos circunstanciales. Sus legaciones y consulados no le darán ninguna ayuda o dirección valiosa en la inmensa mayoría de los casos. El joven latinoamericano, lanzado así a la soledad, a la libertad y a la posibilidad de divertirse, tiene que ser o extraordinariamente fuerte de voluntad o magníficamente bien educado—educación en su sentido integral y auténtico—, para no caer en el vértigo de la vida ineficaz, que satisface sus necesidades y deseos por los medios más fáciles y por ende más peligrosos.

Alguna vez he observado la vida verdaderamente inútil de las decenas de miles de latinoamericanos que viven en Nueva York en el llamado "barrio latino", calle 114 arriba. Mi impresión, después de observar a grandes grupos de nuestra juventud en Nueva York es deplorable. Los latinoamericanos, que no son estudiantes universitarios y estudiantes que verdaderamente estudien y trabajen, hacen en Nueva York, según mi opinión, una vida artificial e ineficiente. Confundidos con los españoles, se hacen llamar "hispanos" y hasta se sienten orgullosos de seguir siendo calificados con esa denominación colonial. Cuando no ocurre esto, se "ayanquizan" y toman del norteamericano lo externo y lo malo, sin excluir el arrogante desprecio por todo lo latino.

Sin embargo, comparando al latinoamericano de Nueva York, salvadas las excepciones, y al latinoamericano en Europa, quizá me decida por el primero. En Nueva York siquiera se trabaja y se aprende, aunque sea unila-

teralmente, lo que es la lucha por la vida. Si el latinoamericano es inteligente, que lo es en muchos casos, aprenderá también que en esa lucha por la vida el tipo sensual y aventurero, el cobarde y el desanimado, pierden la partida. En Europa, como los latinoamericanos no vienen a luchar, su concepción de la vida se desvirtúa y se adultera. La pensión familiar o gubernamental enseña la vida fácil. Surge, sí, frecuentemente, el amor a la vida sin trabajos y sin trabajo y abundan los casos en que el joven latinoamericano siente un tremendo dolor al dejar Europa, cuando no surge en él un recóndito desprecio por el primitivismo de nuestros pueblos.

Oía en días pasados la opinión de un estudiante mexicano residente en Alemania, caso raro en los mexicanos, que son los más definidos quizá entre los latinoamericanos, que no volvería a su país nunca.

Hablaba con desdén de aquel pueblo "de indios"—el estudiante es indio en unas tres cuartas partes de su sangre—, y decía que no podría vivir en un país tal después de haber vivido en Alemania. Cuando objeté que si tenía medios para subsistir aquí por sí mismo, aseguró que se buscaría ayuda del Gobierno.

Los ejemplos se multiplican. Podría presentar quizá unos quinientos casos que me son personalmente conocidos. Cuando regresé de la América Latina, hace más de un año, los estudiantes que me visitaron me preguntaban ansiosamente por la impresión que nuestros países me produjeron al regresar. Demandaban si yo había sufrido mucho, y, en general, me expresaron su tristeza ante la idea de dejar Europa y volver a sus países a trabajar.

Durante ese mismo viaje traté a muchos profesionales que han estudiado en Europa, y encontré que muchos de ellos aun se hallaban desadaptados. Su conversación versa casi siempre sobre Europa, sobre "la buena vida que pasaron", sobre sus aventuras de amor, sin dejar de lamentarse de su situación al tener que vivir en países donde mucho les parecía inconfortable.

Es verdad también y conviene advertirlo, que la diferencia es muy grande y el choque muy violento cuando se vuelve a medios reducidos donde la educación es inci-

piente, donde el espíritu de las gentes está dominado por una pesada carga de suspicacias y malquerencias, de arrogancia y de poca generosidad espiritual. Y esta diferencia es notable tratándose de los medios intelectuales donde el intelectual tiene que actuar. Pero es verdad también que si el estudiante que viene a Europa estuviera preparado y fortalecido para el choque del retorno, sufriría menos y no temería volver.

He oído decir que los estudiantes de la India que vuelven de Europa sufren también mucho, y sus connacionales se quejan de que vuelven desadaptados y despóticos. Pero sé que los japoneses, por ejemplo, regresan a su país más japoneses que nunca, caso también de algunos hindúes, del que es prototipo Gandhi y que el Japón ha realizado gran parte de su maravillosa evolución hacia la cultura occidental moderna, debido a la sistematización de sus emigraciones de intelectuales.

El caso de los norteamericanos me parece también notable. No se desadaptan ni se han desadaptado aun cuando los Estados Unidos estaban lejos de alcanzar a Europa en grado de desarrollo económico. Y es que los norteamericanos no están solos en Europa. Tienen sus organizaciones de apoyo y sus organizaciones de dirección, cuando no —caso frecuente—, vienen después de una sólida preparación universitaria que les desarrolla fuerza de personalidad y de responsabilidad.

En general, y tratándose de las condiciones actuales en que se envían a los jóvenes latinoamericanos a Europa, soy de opinión de que vengan los graduados y no los que comienzan. La mayoría de edad, cierta experiencia de la vida y más definida formación de la personalidad facilitan al que viene a estudiar a Europa mayor equilibrio y comprensión. El ideal sería que se organizaran en Europa verdaderas casas de estudiantes latinoamericanos o que se consiguiera, como ocurre en Inglaterra, que el estudiante de nuestros países entrara plenamente dentro de la disciplina y vida universitarias europeas. Se han ensayado algunas organizaciones estudiantiles latinoamericanas en Europa; pero su fracaso ha sido definitivo. Conozco algunas que no son sino centros de intrigas, reproducción en

chico de nuestra politiquería criolla, y que ni siquiera organizan un poco de deporte estudiantil, que sería sumamente útil para que la gran mayoría de los estudiantes latinoamericanos no ofrecieran el aspecto desagradable de envejecimiento y fatiga que denuncian tantos rostros.

Al hablar de Europa no me refiero a España. Mis experiencias y observaciones están tomadas en Alemania, Bélgica y Francia, principalmente. De Inglaterra tengo distinta opinión. La organización universitaria es mejor para los extranjeros, el país más caro y a las once de la noche no hay diversión barata que quede accesible. La severidad policial inglesa es un poderoso coadyuvante y un buen correctivo para la indisciplina—que algunos llaman espíritu de libertad—de los latinoamericanos que estudian en Inglaterra.

CAPITULO VII

UNIFICACION DEFENSIVA

LA SEPTIMA SESION ANUAL DEL INSTITUTO DE POLITICA

Desde la vieja Inglaterra he venido a la Nueva, y de Boston,—la ciudad puritana que está manchándose de vergüenza con la tortura incalificable e injustificable de Sacco y Vanzetti—, he pasado hasta aquí, apacible rincón de Massachusets, donde está celebrando su séptima sesión anual el Instituto de Política, o, hablando en yanqui: "The Institute of Politica".

¿Se me permite una consideración sobre el paisaje?

No sé por qué los viejos colonizadores de esta sección de Yanquilandia le llamaron Nueva Inglaterra. Será porque se nubla y llueve menudito por días, será por los mantos de césped fresco y recortado que cubren campos, colinas, parques y canchas? ¿Será porque aquí las iglesias tienen la misma forma que las de Inglaterra aunque muchas sean de madera y todas carezcan de esa sombra ancestral de las naves que rompe el tenue color de los viejos vitrales? ¿Será porque aquí la belleza del árbol, única en Inglaterra, hace recordar los campos ingleses aunque sea justamente para precisar diferencias? Sea lo que fuere, no está mal que se llame Nueva Inglaterra, lo que no ha de ser nunca como la Vieja, que, para quien venga de una a otra, es cierto que estos campos, y estos árboles, y estas colinas, y estos prados y estos mantos muelles de césped han de suscitarles recuerdos, han de traerle, quizá, nostalgias de aquellos otros campos incomparables, apacibles, de

los que el campesino inglés generoso, sereno, cordial y fuerte, es una imagen.

Todo aquí es nuevo, limpio, mecánico, igual. La Nueva Inglaterra no tiene las desigualdades de la Vieja entre hombres y cosas. Los neoingleses no tienen la tranquilidad dulce y humorística de los viejo-ingleses. En el rostro del **farmer** yanqui hay una mueca de dureza, de frialdad, de vida mecanizada, que, aunque fuera más máscara que expresión real, contrasta con ese otro rostro plácido, fuerte y hermoso del viejo campesino inglés lleno de honda atracción humana.

Un Inn o tambo de la Vieja Inglaterra y un Inn o tambo de la Nueva, son dos cosas incomparables. Por el Inn inglés han pasado los siglos con las alegrías, los dolores, las luchas, las esperanzas de sus eventos. Por el Inn de la Nueva Inglaterra han pasado negociantes y quizá algunos soldados de la Guerra Civil; por ahora sólo pasan gentes que detienen automóviles en viaje de urgencia. El Inn inglés, el de "la vieja y querida Inglaterra" es más pacífico, más hogareño. En el Inn inglés el campesino sentado en su banco fuma su pipa, bebe cerveza, cuenta viejas historias, canta viejas canciones, ríe o juega peniques, pero reposa, descansa y en las prematuras noches invernales se adormece con la pipa humeante ante el fuego magnífico de la vieja chimenea.

En el Inn de la Nueva Inglaterra se entra y se sale de prisa, se pide un Ice Cream Soda o sólo un Ice Cream, de vainilla, de chocolate, de fresa, de cereza, de banana—que en esto de cremas heladas nada hay como este país—, y se marcha en seguida. Sin conversar, el neoinglés parece que riñe. Si conversa el viejo inglés, parece que relata. Pero el neo, el yanqui, vocifera nasalmente, agita los brazos como un italiano y cuenta cosas de hoy. Ayer y hoy. Vieja y Nueva Inglaterra. Continuación, prolongación, pero al mismo tiempo negación, la una de la otra. ¡Y no se me acuse de llevar hegelianismo al paisaje!

Pues aquí está funcionando el Instituto de Política, donde se han reunido como cada año, gentes de varias latitudes, pero especialmente yanquis. Un distinguido latinoamericano, el único que he encontrado aquí, me ha de-

nto estas reuniones del Instituto como un pretexto agradable para una estada veraniega en estos campos apacibles que cercan montañas bien vestidas de verde. Numerosas señoras de pelo cano se interesan en los asuntos del mundo. Una mujer que merece respeto me decía que ellas son del tipo de señoras norteamericanas que juegan bridge toda la semana y dejan un día para leer una revista u oír un discurso, a fin de tener algo "interesante" de que hablar durante las comidas. En el Chapin Hall, una magnífica sala de conferencias severamente decorada, con un gran órgano en el fondo, se realizan lecturas cada noche sobre tópicos distintos. El Conde Carlo Sforza, emigrado de Italia por antifascista, diserta sobre la Diplomacia en Europa después del Tratado de Versalles; Sir Arthur Willert, de la Sección de Propaganda del Foreign Office de Londres, habla sobre la Política Británica en el exterior desde la guerra; el Dr. Peter P. Reinhold, de Dresden, sobre la Política Económica Alemana desde la Guerra; el Dr. Jakob E. Lange de Compenahen, sobre el moderno aspecto del problema de la tierra en Dinamarca; el Dr. Robert Michels, de Basilea, sobre la base de la vida en los partidos políticos europeos, y el Obispo serbio Nicholai, sobre los nuevos valores espirituales y políticos en los Balcanes.

Hay, además, una serie de debates llamados de "mesa redonda", bajo la dirección de ciertos técnicos. Los temas son los siguientes: sobre las deudas internacionales, bajo la dirección del Dr. Joseph Davies de la Universidad de Stanford; sobre el Estado Político de las Islas Filipinas, bajo la dirección del profesor Herbert Heaton, de la Universidad de Kinston; sobre los principales contrastes entre los sistemas legislativos anglo-sajones y los del continente europeo, por el Dr. Pierre La Paulle de la Universidad de París; sobre la situación en China, por el profesor Harold S. Quigley, de la Universidad de Minesota; sobre intereses extranjeros y el problema nacional de América Latina, por el profesor William R. Sheperd, profesor de Historia de América Latina, en la Universidad de Columbia; sobre Dictadura versus Democracia en Europa, por el profesor Henry Spencer, de la Universidad de Ohio, y sobre

la Política Agraria Norteamericana, por Mr. Henry A. Wallace, de Iowa.

El tema que más nos interesa, el de la América Latina, tiene numerosos oyentes norteamericanos y europeos. El profesor Sheperd dirige el debate. Me parece necesario anotar que sólo dos latinoamericanos asisten a estos debates sin excluir a quien estas líneas escribe. Esto revela el "notable" interés de los latinoamericanos residentes en los Estados Unidos en estos temas que tanto les atañen. Y no se califique el Instituto de bolchevique porque es más que amarillo, blanco. Pero los señoritos diplomáticos latinoamericanos que nuestros gobiernos envían a Washington han de ser como la mayoría, la gran mayoría de los que envían a todo el mundo para vergüenza de nuestros pueblos: bailadores de charleston, sibaritas e incapaces. Me decía el latinoamericano que es el único diplomático que ha venido a defender en estas discusiones los intereses de América Latina, como que es el único país que defiende la dignidad latinoamericana, que, a pesar del carácter semisuperficial y veraniego de estas reuniones, muy favorable para el espíritu frívolo y sensual de la mayoría de nuestros señoritos diplomáticos, este Instituto podría ser una buena tribuna para defender los intereses verdaderos de nuestros países. Pero los señoritos diplomáticos prefieren pasar el verano en alguna playa de moda para "prestigiar" al país con las extravagancias que ya se han hecho célebres en Europa como testimonio de mal gusto burgués latinoamericano y a las que con tanta burla y con tanta certeza se refiere la inglesa Rose Macaulay en una de sus novelas.

Ya para terminar las sesiones del Instituto, abierto el 28 de julio último, no podremos decir nada más que algo han hecho sus miembros entre sesiones matinales, juegos de dos a seis y curso de lecturas nocturnas.

Pero en cuanto a América Latina, una ignorancia tal que hay que pensar en la responsabilidad criminal de nuestros gobiernos y en la traición de sus agentes.

Williamstown, Mass, agosto de 1927.

* * *

¿LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA LATINA?

El señor Villegas, jefe de la delegación chilena en Ginebra, ha producido un extenso comentario en la prensa europea al declarar que en el caso de constituirse una federación, total o parcial, de los Estados de Europa, los de América Latina se verían obligados a formar también un block federal de propia defensa. El señor Villegas con mente moderna, aunque desde el punto de vista del capitalismo, ha afirmado su interesante declaración en razones económicas. Se ha referido especialmente al evento de un arreglo entre los países productores de carbón en Europa que tienda a limitar la producción o a elevar los precios. Sólo Chile explota apreciablemente su carbón y la mayor parte de los países latinoamericanos, especialmente los de Sudamérica, dependen de la exportación de ese combustible. Una consecuencia económica de los acuerdos europeos sobre la limitación de producción y de precios del carbón, sería,—a juicio del delegado chileno—, la formación de un frente unido de los Estados latinoamericanos para defenderse.

Por venir de un país poderoso de la América Latina, como Chile y, por estar aparentemente secundada por otro, más poderoso aún, el Brasil, la insinuación del señor Villegas ha producido alarma en Europa. Organos autorizados y atentos a la política internacional como el "Manchester Guardian", declaran que un movimiento hacia la Federación Económica de la América Latina debe ser muy seriamente considerado en Europa.

Con realismo evidente, la opinión europea estima que los países latinoamericanos aisladamente significan muy poco aún, en el movimiento económico y político mundial. Unidos, serán un factor de inmensa trascendencia. Si la unión fuera total, Europa vería surgir una nación de más de nueve millones de kilómetros cuadrados, con más de cien millones de habitantes, dueña de riquezas inmensas y con

capacidad para contener dentro de los límites un número igual de pobladores al que hoy viven sobre la tierra habitada. Y aun cuando la unidad económica y política latinoamericana sólo abarcara a los cuatro o cinco Estados sudamericanos de mayor importancia, la influencia de ese nuevo "block" de pueblos jóvenes sería mirada con respeto y, sin duda, con recelo.

Para los que militamos en las filas de los defensores de la idea de la Federación Latinoamericana, la declaración del delegado chileno impone un análisis. Quizá a muchos latinoamericanos, especialmente para los escépticos o despreocupados, ha de llevarles una sorpresa y muy grande. El proyecto de la unidad de nuestros pueblos es considerado por los que creen que la historia es una dramática sucesión de episodios y no la expresión social de un hondo ritmo económico, como un "bello idealismo". Especialmente en los países más pequeños de América Latina o en los más aislados, el localismo es más agudo y la patriotería hostil y egoísta más primitivamente enconada. Los pocos que con "ojos para ver" avizoran la posibilidad y el gran porvenir de la América Latina unida, son ridiculizados y, cuando no se les llama habladores y bolcheviques, se les aplaude piadosamente como abogados de causas imposibles. Empero, en los pueblos más desarrollados económicamente la idea de la unión latinoamericana surge, determinada por las enseñanzas de ese desarrollo. Las limitaciones nacionales parecen artificiales y negativas cuando la homogeneidad de problemas económicos demuestra que las fronteras políticas,—que tuvieron su razón histórica en la época feudal posterior a la Independencia—, constituyen obstáculos para la productividad y la rentabilidad del trabajo considerado en sus formas modernas.

Conviene, sin embargo, recordar que dentro de esta concepción política de la unidad latinoamericana se mueven dos corrientes que es imperativo no confundir. Usando términos modernos y de estricta exactitud a nuestra realidad económica, debemos aceptar los vocablos "imperialista" y "antiimperialista". El proyecto de federar en el caso de la América Latina puede ser imperialista, vale decir, un producto de la política económica de los Estados

Unidos —como es el proyecto de Federación Europea—, no puede ser "antiimperialista" si la federación tiende a defender económicamente a las masas nacionales productoras de la dominación de aquella política económica.

En los Estados Unidos la política de dominación económica hacia la América Latina tiene dos tendencias. La más antigua, la más fácil, se afirma en el apotegma clásico **divide et impera**. Mas los progresos de la economía moderna tienden a libertarla de todas las fórmulas clásicas. La forma contemporánea del **trust**, en la economía capitalista, enseña que uniendo también se reina. Y así en la economía como en la política. Aminorando los rigores de la concurrencia que fundamentan el capitalismo, pero también encierran los gérmenes de su destrucción, según lo descubre Marx en su aplicación hegeliana de la teoría de la "negación de la negación", el capitalismo moderno que abarca naciones y continentes se desarrolla mejor en su organización internacional.

Así lo entienden los señores del imperio económico de los Estados Unidos. La Federación de Europa proyectada por M. Briand no es sino un corolario del Plan Young que prácticamente convierte a esta parte del mundo en una federación colonial gobernada por el Banco Internacional. La insinuación del señor Villegas para una Federación Latinoamericana parece ser un proyecto de defensa económica de la América Latina frente a la unidad económica de Europa, pero bajo el contralor y la dirección de los Estados Unidos que, dialécticamente, necesita de la federación europea desde el punto de vista económico, pero que, al mismo tiempo, entraña un peligro desde el punto de vista político, peligro que hay que balancear estableciendo un equilibrio de continentes.

No es pues, la idea federativa del señor Villegas una idea antiimperialista, aunque ella suscite recelos en ciertos sectores norteamericanos. El peligro económico europeo es secundario para la América Latina comparado con el peligro norteamericano. La Federación de nuestros países desde un punto de vista "antiimperialista", sería también una federación económica, pero no sobre la base de los gobiernos sometidos directa o indirectamente al control nor-

teamericano. De ahí que la joven generación latinoamericana partidaria de la unión de nuestros pueblos haya esperado de México una política dirigida hacia la formación de un block de defensa económica de América Latina que por la uniformidad de dirección pudiera fijar condiciones, no discrepantes, a la invasión necesaria del capital norteamericano en nuestros países. La política internacional de México se ha encaminado en ciertos momentos a asumir el papel histórico de país dirigente de esta política latinoamericanista. La iniciativa más eficaz que haya surgido de México en este sentido fué la de la ciudadanía continental. Pero cuando, por circunstancias desconocidas, se apagaron las calderas del barco de guerra mexicano que debía partir al sur con una comisión del Senado para demandar la aprobación continental de ese proyecto admirable se apagó en gran parte la esperanza de quienes estábamos seguros de la magnífica acogida que diecinueve pueblos habrían de prestar a esa embajada. Ella habría colocado a México en posición única ante la América y ante el mundo.

Los que conocemos y amamos a México sabemos bien que ese país ha dado cuanto podía dar a América en medio de su gesta revolucionaria, de sus graves problemas internacionales y de su necesaria improvisación de hombres dirigentes, no todos con capacidad para ver "en grande" el porvenir histórico de la América Latina unida. Sabemos también que una etapa nueva ha de venir en México y que hombres de vasto pensamiento político han de encaminar una vez más su acción internacional hacia el objetivo de la unión latinoamericana que,—no por motivos sentimentales sino por imperativos económicos—, significa la única salvación de nuestros pueblos.

A pesar de los peligros que entraña, por su filiación imperialista, la declaración de Chile tiene para los unionistas y antiimperialistas de América un lado aprovechable. Ella destruye de un solo golpe todas las objeciones de los miopes a la posibilidad de una unión latinoamericana. Cuando una idea se insinúa así, como la ha insinuado el señor Villegas en una asamblea europea, está bien claro que la cuestión ha sido previamente estudiada. Los chile-

nos son en América Latina los que menos usan palabras vanas, puesto que son los que más lejos viven de los utópicos ebullidores de excesos. La declaración del señor Villegas es una admonición. **La América Latina puede unirse y va a unirse**. O se une por la voluntad de los gobiernos más poderosos, de acuerdo con los Estados Unidos, o se une por la voluntad omnipotente de los pueblos con la aprobación de los Estados Unidos o sin ella. Cancelada la cuestión de Tacna y Arica, la más importante causa de hostilidades de América del Sur, Estados meridionales de nuestro continente ven bien claro que no pueden avanzar más limitados por el aislamiento político. Un block sudamericano ha de ser el corolario inmediato del arreglo de Tacna y Arica. **Precisa ahora que los gobiernos más libres de la influencia norteamericana y más avanzados en ideología política asuman una actitud realista**. La Federación no es buena ni mala en sí. Es un instrumento político que puede ser, como todos los instrumentos, medio de progreso o de retraso. Usando el léxico conveniente al problema de que tratamos, diremos que la Federación Latinoamericana puede ser arma de liberación o de opresión para nuestros pueblos.

Como la gran mayoría de los gobiernos latinoamericanos tienen muy fuertes vínculos de compromiso con los Estados Unidos, sólo gobiernos emanados del pueblo o nuevos gobiernos, podrán acometer la gran empresa. De no ser así, los Estados Unidos Latinoamericanos serán, como los dominios del Imperio Británico, entidades componentes de una Federación Colonial.

1929.

* * *

LA UNIFICACION LATINOAMERICANA ¿COMENZARA POR SUDAMERICA?

La prensa interesada en los asuntos de la América Latina persiste en demostrar al lector europeo que la formación de un frente único económico latinoamericano, o

por lo menos sudamericano, no está lejos. Los artículos que don Alejandro Bunge ha publicado en "La Nación" de Buenos Aires sobre "la unión aduanera del sur", han merecido citas y referencias. Y en las últimas semanas Europa ha sido informada de la entrevista realizada el 22 de octubre último, entre el Presidente Irigoyen y el Embajador mexicano Reyes, "en la que quedaron establecidas las bases principales para la iniciación en el año próximo de un intercambio activo de los productos de ambos países", según noticia del diario bonaerense "La Epoca".

Se anuncia que México importaría trigo, avena, maíz, lino, harina, ejemplares de ganado reproductor fino, algodón, lana, caseína, sangre seca, sebo industrial, manteca, cuero, huevos, vino, etc., y a su vez, la Argentina importaría de México aceites comestibles, aguas minerales, ajo, cebolla, arroz sin cáscara, azúcar refinada, café en grano, conservas, chocolates sin pasta, dulces, frutas, garbanzos, habas, vainillas, aguarrás, maderas finas y ordinarias; metales, especialmente acero, hierro, azogue, cobre, estaño, mosaicos, sisal, chicle, bastones de Apizaco, sarapes, cigarros, hilo, etc. Para este intercambio, dos buques serán puestos al servicio de este comercio argentino-mexicano.

Podría afirmar que este propósito de intercambio va cumpliendo una idea que no es nueva en el Presidente Irigoyen. Hace más de siete años, tuve oportunidad de conversar con el mandatario argentino, casi al término de su primer período. Me pareció, que al abordar los grandes problemas latinoamericanos, el señor Irigoyen insistía en la necesidad de afrontar el problema del estrechamiento de relaciones económicas entre nuestros pueblos. Aunque era yo muy joven entonces, pude darme cuenta de lo que el Presidente Argentino preveía en el orden económico para el futuro de la América Latina.

Fué Marx quien escribió que "para juzgar a los gobiernos y sus actos, debemos estimarlos dentro de su propio tiempo y por la conciencia de sus contemporáneos" (1). Lejos de todo interés partidarista local, me han preocupado

---

(1) "Historia de la Diplomacia Secreta del Siglo XVIII-1899", Londres, Cap. III., pág. 49.

siempre, en la política de los hombres de la vieja generación, sus puntos de vista hacia los problemas de América. En política interior, todos los hombres públicos de nuestros países han dado muestras de sagacidad y habilidad muchas veces sorprendentes. Con más libertad que cualquier estadista europeo, los nuestros tienen ancho campo para los manejos inherentes al problema de sostener sus personas y sus partidos en el poder. Lo que interesa de los líderes que van cumpliendo su misión en nuestra historia, es lo que ellos pueden prever hacia el futuro, y lo que saben ver más allá de las fronteras que, en la mayoría de los casos, son límites también de su personal conocimiento. En este sentido, reviste especial interés lo que los políticos que culminan en esta época de la América Latina, puedan saber y decir. Cada vez que he tenido la oportunidad de conversar con algún político de importancia, con un líder en comando, primero por instinto y más tarde por convicción, le he pedido que me diera sus puntos de vista acerca de los problemas de relación entre los pueblos latinoamericanos.

Las opiniones del Presidente Irigoyen en 1922, ya tenían especial importancia, porque en cuestiones internacionales había demostrado visión y vuelo en su célebre actitud de neutralidad durante la Guerra Europea. Pero todo lo que él me dijo entonces me sirvió de rumbo para posteriores entrevistas, en las que, estimando sus puntos de vista "por la conciencia de sus contemporáneos", —como pide Marx—, pude comparar y apreciar mejor.

He hablado con muchos de nuestros políticos. En las cubiertas de los barcos, en las oficinas y despachos, en el retiro europeo, —que es tan enérgico sedante para las vanidades caudillistas—, siempre me ha preocupado investigar en la mente suspicaz y evasiva, desconfiada y muchas veces presuntuosa, de nuestros hombres públicos, ya en auge de misiones diplomáticas, ya en viaje placentero de un exilio pecuniariamente bien asegurado. Confieso que en general, cualquier estudiante preocupado de la nueva generación sabe más de nuestra América que uno de aquellos hombres, y confieso también que, con muy raras excepciones, la mayoría no sabría responder, dentro de las circunstan-

cias de su edad y aislamiento, como lo hizo el Presidente Irigoyen hace siete años.

El Presidente Obregón, —quien también me concedió una entrevista en 1924— me pareció otro de los políticos latinoamericanos más interesados en nuestros problemas comunes, aunque sus ideas en este orden empujadas por extraordinaria intuición, acusaran siempre falta de información completa. Fué él quien me dijo que haría un viaje a Centro y Sud América después de su primer período, porque consideraba que era mucho más importante para un político, especialmente un gobernante latinoamericano, conocer los países hermanos. Recuerdo que fueron textualmente sus palabras: "debería ser obligatoria esta visita para los futuros gobernantes de nuestros países, en vez de ir a Europa en busca de relaciones y honores tan lejanos".

Y otro gobernante mexicano, el de un estado progresista, me declaraba: "Si yo no hubiera conocido algo de Sud América antes de gobernar mi estado, los errores que he podido cometer habrían sido muchos más. No sabe usted cuánto aprendí viendo algo de esos grandes países que en México sólo conocemos por fotografías".

Muchas veces he pensado en estas opiniones, constatando su realismo. Es ya un lugar común en nuestros países decir que no nos conocemos unos a los otros. En honor a la verdad, me parece que los pueblos de Sud América conocen más de México que éste de aquéllos. Lo que no supone, sin embargo, que la ignorancia, en grado muy apreciable, sea mutua.

Es a un diplomático inglés, conocedor de casi todos los países latinoamericanos, a quien oí decir que lo más sorprendente de nuestros hombres públicos era su desconocimiento de las regiones latinoamericanas que no eran la suya propia. Y fundamentando su afirmación, avanzaba a decir que estaba seguro de que Bolívar trató de unir a nuestros pueblos, no por seguir el ejemplo de los Estados Unidos, sino como una consecuencia de su personal conocimiento de siete u ocho de los países latinoamericanos.

Este desconocimiento y esta ignorancia se van curando por necesidades económicas. En otro artículo ya insinuaba las razones económicas que han obligado al Perú y a Chile a

una reconciliación. Aunque estas razones no hayan sido exclusivamente latinoamericanas, puesto que los intereses del imperialismo han jugado un rol predominante, no cabe duda que para la vida económica de intercambio del Perú y Chile, el arreglo implica un gran avance. Basta hojear un informe estadístico de ambos países, para saber que, a pesar de no haber existido relaciones diplomáticas o consulares entre ellos, por muchos años, Chile figura como el primer país importador en el Perú, entre los de América Latina, y las exportaciones peruanas a Chile se hallaban casi en ecuación.

Por estas necesidades económicas, el Presidente de Chile, a quien por su carácter militar no se puede responsabilizar de pacifismo o de especial talento de estadista, acaba de aclarar, —ya por iniciativa propia o por imperativo gubernamental—, esto que habría sido imposible suponer en labios de un Presidente chileno, general, por añadidura, hace veinte años: "Creo que no deben haber barreras aduaneras entre nosotros. Los productos de Argentina y Chile deben tener en ambos países la misma libertad de circulación que tienen en ambos los de sus propias provincias". Conviene recordar, si acaso, que el general Presidente de Chile conoce algunos de nuestros países y tuvo empleo como instructor militar en una república centroamericana.

"The Anglo South American Guide", de Londres, reproduce, en su último número, un interesante artículo tomado de la "Cámara Argentina de Comercio", sobre "El deber de solidaridad económica de los pueblos sudamericanos". El artículo, que se publica en el rango eminente de los editoriales de la antigua revista londinense, plantea una vez más el problema de las relaciones sudamericanas ante los peligros de la influencia de conflictos entre las grandes potencias del mundo. No se engaña, sin duda, el articulista cuando expresa su inquietud acerca de la situación mundial presente. Habla de los "razonamientos fatales" que determina el crecimiento febril de los pueblos industriales. Recuerda el ejemplo de la Guerra Europea y se pregunta: "¿Tienen las relaciones sudamericanas una solidez suficiente como para resistir una prueba de fuego? ¿Están a cubierto de cualquier influencia extraña que intente agrie-

tar nuestros ideales de paz?" El artículo analiza nuestra posición de dependencia, nuestro mutuo desconocimiento, e insiste en la necesidad de un acercamiento sudamericano que tienda a emanciparnos de la situación de inestabilidad en que nos hallaríamos frente al empuje de cualquier viento de tempestad:

"Hay una gran cantidad de productos de las repúblicas Sud y Centroamericanas, que pueden cambiarse entre sí, con amplias ventajas para sus vidas internas. Este es un interés común hacia el que todas deben volver los ojos, antes que la dependencia obligada de otras naciones lejanas, por intereses materiales cada vez más fuertes, no haga imposible esa consolidación de nuestra vida económica que, necesariamente, debe unir a estos países, marcados por un mismo y natural destino". Y el artículo termina sugiriendo la idea de realizar una conferencia sudamericana, con el fin de orientar una vida económica de intercambio para que nuestros pueblos tiendan a "bastarse a sí mismos".

La idea, pues, continúa vigorosa, en su proceso de desarrollo y de verificación. Es de los países más fuertes de la América del Sur de donde insurge, como resultado de una imperiosa necesidad de vida. Los observadores europeos parecen atentos a este movimiento, aunque los norteamericanos parezcan escépticos, o les convenga serlo. Aun los que son más independientes e informados han expresado escepticismo. Mr. Carleton Beals, que tiene en Estados Unidos autoridad de gran conocedor de algunos de nuestros países, y que ha demostrado ser bastante comprensivo, no se manifestaba muy optimista hasta septiembre de 1927, en un artículo firmado por él en la revista "Current History". A mi paso por México y Centroamérica, muchas gentes de importancia me manifestaron el mismo escepticismo, aunque yo les dijera que los anuncios de "tasajo uruguayo", en Yucatán, y de "gasolina peruana", en Centroamérica, fueran ya síntomas. Todos, o la mayor parte de mis interlocutores, esperaban que México iniciara el movimiento. Pero está visto que México dejó quizá pasar su hora, y es de Sudamérica de donde se oyen hoy las primeras voces autorizadas. Como los economistas todavía no han tomado los puestos de generales y políticos profesionales, en los gobiernos

el proceso puede ser lento. Ojalá que las nubes de tormenta que pesan en los cielos septentrionales del mundo no lancen sus rayos antes de que una generación de hombres, más amplia de visión y menos ignorante de nuestros problemas, asuma la dirección de la gran tarea unionista de América Latina. Aunque fuera sobre un frente sudamericano, dando la primacía a los pueblos que parecen sentir más hondamente la necesidad de afirmar sólidamente los fundamentos de nuestra futura confederación.

1930.

* * *

EL DESTINO DE NUESTRA AMERICA, SEGUN ROMAIN ROLLAND

Romain Rolland ha formulado para el gran diario "Crítica", de Buenos Aires, las más optimistas opiniones sobre América Latina. Para el ilustre escritor francés nuestros pueblos tienen la misión histórica de realizar la unión entre el espíritu de Asia y el de Europa. Tesis y antítesis del mundo viejo, —de las que los Estados Unidos no son sino una prolongación—, sólo hallarán su síntesis en la América Latina. El autor de la vida de Gandhi no cree posible la conciliación de Asia y Europa, sino en las anchas tierras de Indoamérica. Para Romain Rolland nuestros países no son sino una gran nación o una gran fusión de masas. Sus divisiones actuales, sus luchas internas, sus gobiernos, sus hombres dirigentes sin visión continental no constituyen fuerzas permanentes en la América Latina. Más hondo, ve Romain Rolland el surgimiento vigoroso de un pueblo joven cuyo espíritu renovador le sorprende. De sus palabras se descubre que Romain Rolland avizora en el futuro de la América Latina una tarea y una misión humanas verdaderamente extraordinarias. Cree y dice que el castellano debe ser el idioma universal. Le parece que nuestra lengua, libertada de la inquisición inadmisible de la Academia, enriquecida por las ricas lenguas indígenas y por el verterse y fundirse de otros idiomas, será

el mejor vínculo de comunicación entre los hombres. Para Romain Rolland, ni Asia ni Europa, ni los Estados Unidos podrán señalar al mundo un camino seguro. Es a la América Latina, unida, vasta, generosa y renovadora, a la que corresponde ese glorioso destino.

La opinión de un hombre de la grandeza de Romain Rolland tiene especial importancia. Quizá pueda tacharse de excesivamente optimista. Es casi seguro que ha de ser en nuestros propios pueblos donde las palabras del gran proscrito francés causen mayor sorpresa. Es en nuestros países donde menos se suele ver nuestro destino. Nuestras transitorias desventuras, nuestras limitaciones, nuestra ignorancia oficial, nuestros patriotismos circunscritos son los mayores obstáculos para que podamos mirar más lejos. En la América Latina hemos constituído ya una literatura de escepticismo. Los hombres-cumbres de nuestra política, de nuestra diplomacia, de nuestra sapiencia oficial actuales no nos lanzan sino voces derrotistas. ¿Quién no ha leído por ahí los artículos enfáticos de algún intelectual con casaca plenipotenciaria, que declara que el ideal bolivariano de la unión latinoamericana está definitivamente perdido? ¿Quién no ha escuchado en la oratoria patriotera de ése o aquel país latinoamericano, las voces demagógicas de tal o cual político que proclama que "en nombre de la patria" hay que abandonar toda idea de solidaridad con los demás pueblos hermanos? Vivo tengo el recuerdo de haber leído en un diario de México, dos o tres años atrás, el artículo altisonante de un escritor no mexicano, que creía halagar un sentimentalismo restricto de patriotería que en México, por fortuna, no existe, declarando que "México debía mantenerse aislado de los demás países latinoamericanos y pensar sólo en México". Estas manifestaciones de desorientación y de miopía son frecuentes en nuestros pueblos, y son frecuentes en nuestros intelectuales. O nos perdemos en una vaga y lírica declamación de fraternidades fulminantes, o caemos en los localismos más restringidos y hostiles. Y no se diga que esa literatura endeble sea arrogante eclosión en nuestros países más fuertes. En la República Argentina, por ejemplo, —que razones sobradas tiene para sentirse capaz de aislamiento—, no faltan representativos de la tesis

reaccionaria del "Argentinien über alles", (el señor Lugones, por ejemplo)—, pero pocos o ningún país latinoamericano cuenta con una generación joven y con un pueblo más capaz de sentirse parte de nuestra América, que la República Argentina. En pocos pueblos de los nuestros, un hijo de cualquiera de los otros se sentirá tan en su tierra como en la Argentina. Por cada "porteño" señorito y patriotero, arrogante y antipático, de aquellos que en todas partes, y en especial en Europa, dan una idea tan mala como falsa de los argentinos, no faltarán mil hombres vigorosos de esa tierra ubérrima, hospitalarios y generosos, que harán sentir al receloso latinoamericano de otras latitudes, como país propio al país del Plata.

Son los países más pequeños, los más aislados por los prejuicios y por el desgobierno político, —o los más sometidos a la propaganda panamericanista—, que implica aislamiento de los pueblos latinoamericanos entre sí, y unión de cada uno con los Estados Unidos, —donde más se siente el aislamiento y la desconfianza, el localismo y la patriotería—. Quien haya pasado por Centroamérica, conoce cuánta verdad entraña este aserto. Con excepción de Costa Rica, en los otros países centroamericanos existe una propaganda oficial de la más subalterna patriotería. Recuerdo que en un libro de historia patria de El Salvador, se menciona con grandísimo orgullo la "victoria" de las armas nacionales contra la invasión de los mexicanos. "Los mexicanos" fueron los soldados de Iturbide. Pero para conmemorar la "victoria", Mexicanos se llama un pueblecito cercano a la capital de la diminuta República. Es allí mismo, donde el héroe guatemalteco Barrios, que luchó por la unión centroamericana y murió sobre el campo, se le considera "oficialmente" como enemigo. Y es en Guatemala donde, con motivo de las divisiones con Honduras, —movidas por grandes empresas norteamericanas—, el oficialismo exasperó la demagogia localista, sugiriendo la necesidad de una unión con los Estados Unidos, para acabar con el vecino enemigo.

Romain Rolland cree que todo lo que hoy nos divide es transitorio, y que a esta generación de "ilustres patriotas" que siembran y cultivan cizaña, sucederá otra de más

amplía y alta visión, que vislumbre el destino excelso de la América. Romain Rolland ve claro que necesitamos tiempo y hombres. Otros tiempos y otros hombres, que vendrán. Cuando se refiere a nuestro idioma, Romain Rolland parece decir que mientras miremos a la Madre España con la mano sobre el pecho y los ojos en blanco, no tendremos idioma el nuestro, el que Romain Rolland cree que ha de ser el idioma del mundo. Y en esto, hay que confesar que muchos somos los que estamos de acuerdo con Romain Rolland. El primer paso de la América Latina hacia su destino de libertad, es sentirse libre, totalmente libre, y unida, totalmente unida. No podemos sentirnos libres sin sentirnos fuertes, y no seremos nunca fuertes, mientras no seamos grandes, por extensión, por vastedad, que en América Latina implican riqueza, población, espíritu integral, inalienables factores de grandeza.

Y eso vendrá. Romain Rolland, desde su punto de vista, avizora en la América Latina la síntesis de dos mundos. Acepta que por lo pronto el mundo entero tendrá que luchar contra el predominio anglosajón. Pero él cree ver en el poder de los Estados Unidos un blanco cada vez más grande y más concitador de las iras del viejo mundo. Sus opiniones sobre la América Latina parecen saltar por sobre las proximidades de la catástrofe que la humanidad espera por ahora. La lucha entre Europa y los Estados Unidos le parece posible, precedida por la guerra en Europa misma que, según dice, parece tender a suscribirse en su primera etapa, a Italia y Francia. Luego, arderá el continente. Cuando el capitalismo se devore o se enfrente al Asia en el último capítulo de la lucha, surgirá la América Latina y descubrirá su destino universal... ¿Profecía optimista? ¿Ensueño? ¿Quimera? De todas formas, algo que nos interesa, por venir de quien viene.

Berlín, junio de 1930.

* * *

INDEPENDENCIA ECONOMICA DE AMERICA LATINA

Una encuesta interesante

La conocida revista "Atenea", de Concepción (Chile), ha planteado una interesante encuesta a los intelectuales latinoamericanos. Les invita "a manifestar en sus páginas las ideas que tengan sobre las medidas y reformas que convendría implantar para restaurar y afianzar la independencia económica de las naciones latinoamericanas con los corolarios de orden interno e internacional que este hecho determina".

La cuestión no puede ser más interesante. Sobre la posición de dependencia económica de la América Latina, respecto de los Estados Unidos y de Europa, se han esbozado hasta ahora numerosas tesis que podrían llamarse de "planteamiento", sin una fórmula completa para la solución del grave problema que esa dependencia lleva en sí. Es preciso anotar —aparte simpatías partidaristas—, que sólo el "Apra" ha ofrecido hasta hoy una teoría integral.

Sin perjuicio de ampliar más tarde las ideas de este artículo, conviene, ante todo, señalar dos puntos de vista para la solución del problema. El de una fórmula radical que implique la abolición total del sistema capitalista, —del que la dependencia económica latinoamericana es una consecuencia—, o el de una fórmula transicional que suponga la prevalencia del capitalismo y la restauración de la independencia económica latinoamericana dentro de él.

En el primer caso, habría que decidirse por la filosofía y la política marxistas, representadas en el campo de la acción europea por los partidos comunista y socialista, que son sus ramas de izquierda y de derecha, respectivamente. Pero la destrucción del sistema capitalista debe producirse donde el capitalismo existe, en sus centros mismos de origen y dominio. La América Latina no es zona característicamente capitalista. Marx y Engels sostienen que el capi-

talismo sólo puede ser destruído por el proletariado industrial organizado en fuerza política de partido. Y obvio es agregar que la acción del proletariado —revolucionaria o evolutiva—, debe producirse en los mismos centros o zonas donde radica el sistema, para poder destruirlo. La revolución rusa, al capturar el poder para los comunistas, en un país donde el capitalismo sólo existía incipientemente y como una dependencia o parte del sistema cuyo centro son los grandes países industriales, nos demuestra que al invadirlos, no logra destruir el sistema mismo. El proletariado ruso consiguió abolir el capitalismo en Rusia, pero hasta ahora no ha podido obtener que las grandes mayorías del proletariado industrial en los pueblos económicamente más adelantados del mundo, completen la tarea que, debido a la subsistencia del sistema, tampoco ha podido cumplirse en Rusia, sino parcialmente.

Escollo del problema

Resulta, pues, que en el primer caso anotado la independencia económica de la América Latina depende de la abolición de todo el sistema capitalista mundial y que ella no puede realizar completamente sino cuando el proletariado de los grandes países industriales destruya sus raíces mismas. Aun suponiendo que una revolución latinoamericana llegara a derribar desde sus bases el capitalismo, que dentro de su área geográfica es todavía incipiente y subalterno, la independencia económica latinoamericana sólo sería parcial, — como es la de Rusia actualmente, — mientras subsistiera el sistema capitalista en los países económicamente más desarrollados o sea en los que son típicamente industriales e imperialistas, como un resultado de su desarrollo.

Queda el otro caso, que supone no aguardar hasta que los proletarios industriales de los grandes países capitalistas destruyan el sistema que es origen de nuestra subordinación, tratando de conseguir la independencia económica de la América Latina dentro del capitalismo. Dos cuestiones conviene examinar situándonos en este punto de vista. O pretendemos la independencia económica latinoamerica-

ya con miras al sostenimiento del sistema capitalista, o tratamos de obtenerla teniendo en cuenta la posibilidad de su destrucción.

Si lo primero, la tendencia económica debería orientarse a la industrialización completa de la América Latina para hacer de ella una gran potencia capitalista como han llegado a ser los Estados Unidos del Norte. Y esta tendencia se encuentra ante algunas graves cuestiones: la de la imposibilidad de erigir simultáneamente y con poder semejante veinte potencias industriales sin caer en el peligro de nuevas dependencias de las menos ricas y más débiles, o — en el caso de unirlas políticamente, — la de nuestra posibilidad o imposibilidad de afrontar con ventaja la competencia de los pueblos industrialmente más desarrollados, cuyos excesos de producción y de capital les impone buscar mercados y zonas de inversión por fuerza. Esto sin olvidar que el hierro y el combustible son elementos necesarios para la completa culminación del industrialismo y que el sistema capitalista resiste tanto como puede todo plan de competencia. Razón determinante, esta última, de nuestra actual dependencia económica particularmente manifestada en el dominio de casi todas nuestras industrias importantes que ejerce el capital extranjero, vale decir el imperialismo.

Si lo segundo, la teoría aprista ha dado hasta hoy el rumbo más certero. El aprismo — sintetizando sus principios teóricos—considera que el imperialismo, "última etapa del capitalismo" en los pueblos industriales, representa en los nuestros la primera etapa. Nuestro capitalismo nace con el advenimiento del imperialismo moderno. Nace, pues, dependiente y como resultado de la culminación del capitalismo en Europa, — Inglaterra especialmente, — por las condiciones naturales de los Estados Unidos, el desarrollo del capitalismo en ese país se cumple vertiginosamente hasta alcanzar la etapa imperialista. América Latina resulta el campo de lucha del imperialismo europeo y del norteamericano y nuestra dependencia económica se hace cada vez más grave con la victoria del poderoso vecino sobre el competidor europeo. Los métodos del capitalismo norteamericano cumplen más vastamente el fenómeno de la

concentración capitalista. Nuestro capitalismo incipiente es absorbido por el gran capitalismo imperialista. La vida económica de la América Latina queda así cada vez más subordinada al imperialismo norteamericano, al europeo,— inglés especialmente, — donde éste ha podido resistir.

El imperialismo tiene en nuestros países zonas de inversión de capital y de explotación de materias primas, y mercado de venta para sus productos industriales. Las inversiones de capitales en la explotación de nuestras materias primas da al imperialismo el contralor de nuestra producción, las inversiones en empréstitos gubernamentales completan su dominio económico en el plano de las finanzas y permite la subordinación total o parcial del Estado. Los mercados para los productos industriales son así progresivamente monopolizados.

Frente único de clases oprimidas

El aprismo plantea entonces la necesidad de la nacionalización de las fuentes de producción realizada por el Estado. Pero demanda que el Estado represente a las clases productoras. Como éstas no pueden ejercer el dominio estatal completamente por falta de preparación para el gobierno entre las campesinas y en las obreras por falta de número y de la conciencia clasista también,—condición típica de nuestro incipiente desarrollo económico, — en el dominio del Estado deben participar las clases medias campesinas y urbanas, — pequeños propietarios, artesanos, pequeños comerciantes, intelectuales, etc., — constituyendo un frente único de las clases oprimidas por el imperialismo en un tipo de Estado, no ya instrumento del imperialismo para la esclavización de las masas nacionales sino su órgano de defensa, base ésta de la tesis del "Estado antiimperialista".

El Estado antiimperialista, formado por una alianza de clases oprimidas por el imperialismo, controlaría la producción y distribución de la riqueza, realizando la nacionalización progresiva de las fuentes de producción y condicionando la inversión de capitales y el comercio. Sería el órgano de relación entre la nación y el imperialismo,

mientras éste exista, y la escuela de gobierno de las clases productoras para cuando el sistema que determina la existencia del imperialismo desaparezca.

Como el socialismo no puede imponerse mientras el industrialismo no haya cumplido su gran etapa histórica y para la industrialización de nuestros pueblos será necesario, en tanto exista el capitalismo, tener capitales, y el Estado—tendiendo a la nacionalización socialista de la producción,—deberá condicionarlos. Como a su vez el capitalismo se expande por una ley económica que no puede eludir por ser contextural el sistema, los capitales se invertirán siempre, malgrado todas las condiciones. Malgrado todas las condiciones también, el Estado antiimperialista recibirá del imperialismo todos los productos manufacturados que le sean necesarios y venderá todas las materias primas que la gran industria siempre necesita más y más.

Esta ley económica que fuerza al gran capitalismo a aceptar cualquiera condición que se le imponga a cambio de realizar una inversión, no fué jamás comprendida por las clases que hoy representa el Estado latinoamericano, clases de tipo feudal interesadas, fraccionaria o totalmente, en la expansión imperialista, que usufructúan temporalmente. Sólo un tipo de Estado que represente a las clases oprimidas por el imperialismo y orientado hacia la nacionalización de la producción podrá condicionar al capitalismo imperialista, sometiendo su imperativo de expansión.

El ejemplo de Venezuela y México

Obvio es agregar que la organización del Estado aprista o antiimperialista impone la unión política de la América Latina. Unión política que implica unión económica. La resistencia al imperialismo no puede cumplirse por un país aislado de la América Latina. Si un Estado resiste y condiciona al capitalismo extranjero mientras otro abre las puertas y facilita la subordinación económica de su país al imperialismo, ocurriría lo que con el petróleo nos demuestran México y Venezuela.. Mientras aquél condiciona, ésta hace política de "puerta abierta". El imperialismo escoge entonces el campo de inversión y de explotación más fácil

y, consecuentemente, la producción petrolera aumenta en Venezuela. Como se sabe, por las condiciones naturales del territorio latinoamericano, nuestros veinte países en orden a la producción constituyen una zona agrícola-minera sin mayores variantes exclusivas.

Para el cumplimiento de la doctrina aprista se ha constituído un partido que, como la obra que pretende realizar, es partido latinoamericano. La base de ese partido son los productores, en alianza con las clases medias también en lucha contra el imperialismo. El Partido trata de formar "conciencia antiimperialista" en las clases trabajadoras. Conciencia de que son ellas las que producen para el imperialismo y son sólo ellas las que pueden imponerle condiciones y constituir una fuerza de liberación, sin esperar que los proletariados de Europa y los Estados Unidos destruyan el sistema capitalista origen del imperialismo. La alianza con las clases medias refuerza la acción de las clases trabajadoras, especialmente las que son específicamente obreras, jóvenes para el contralor del Estado como joven es en América Latina el sistema que determina su existencia como clase.

Tesis aprista

El aprismo deja abiertas las puertas al porvenir, porque consiguiendo la independencia económica de la América Latina, — independencia que habrá de basarse en el equilibrio de condiciones para el intercambio de materias primas y productos manufacturados e inversión de capitales bajo el principio de nacionalización progresiva de las fuentes de producción bajo el contralor del Estado, — permite el proceso del industrialismo en nuestros países y por ende el de la formación y definición de una clase obrera que surge en condiciones favorables para el más pronto gobierno total de la economía al producirse la abolición del sistema capitalista.

Y el aprismo, mientras ese proceso evolutivo se cumple, utiliza las fuerzas antiimperialistas contemporáneas, sin excluir a las clases medias, que amenazadas de muerte por el imperialismo buscarán su defensa en el Estado antiim-

perialista, el que, por la nacionalización y socialización progresiva de las fuentes de producción se orientará definidamente hacia el **capitalismo de Estado**, derivando o desviando así la tendencia de las clases medias hacia el gran **capitalismo privado** que significaría una regresión al imperialismo.

El aprismo presenta, pues, una doctrina completa y un método de acción realista, vale decir un programa integral económico-político y social para asegurar la independencia económica de la América Latina.

* * *

LAS VICTORIAS DEL APRISMO

El reciente viaje de la escritora latinoamericana Magda Portal, por las Antillas, señala un paso más de avanzada para el aprismo en nuestros pueblos. Magda Portal es la verdadera representativa de las trabajadoras intelectuales de la Nueva América nuestra. (1) Proscrita del Perú, "indeseable" en todos los dominios del imperio yanqui, la joven luchadora no ha querido desmayar. Su paso por Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo ha dejado huella, y huella constructiva. La prensa, y aún la que sirve a los intereses del imperialismo, no ha podido callar las noticias de su cruzada victoriosa. Magda Portal ha llevado un nuevo mensaje del aprismo a los países latinoamericanos que han sufrido más dolorosamente las experiencias del yugo invasor.

Es indudable que Magda Portal ha ofrecido una lección ejemplar a muchos hombres y mujeres de nuestros países que podrían darse así, como ella con tanto heroísmo, a la causa sagrada de la libertad de nuestros pueblos, pero que no lo hacen por indiferencia, por egoísmo o por miedo.

---

(1) Actualmente, Magda Portal se encuentra prisionera, incomunicada, sin orden judicial ni proceso alguno, en la Cárcel de Santo Tomás, en Lima. Con ella, muchas mujeres apristas. Abril, 1935.

Magda Portal ha llevado a las Antillas el llamado del más joven y más vigoroso movimiento unionista y antimperialista de América Latina. El aprismo ha conquistado en pocos año fe y fuerzas en los pueblos. El aprismo ha alejado, y ya era tiempo, las protestas verbales, las rebeldías líricas y las profesiones de fe meramente oratorias u obviamente fugaces.

El aprismo, como una doctrina nueva, ha luchado y lucha con los que creen imposible que América Latina pueda hacer algo por sí misma y por sí sola. Nuestro mesianismo y nuestro colonialismo espirituales nos han llevado siempre a esperar de fuera la mano milagrosa que nos traiga pan y libertad. Con ingenuidad infantil hemos esperado que algún país de Europa, que el Japón o la China se apiaden de nosotros y vengan en nuestra ayuda. Hasta hoy hemos creído que nuestro deber de lucha debía cumplirse formando el coro y el apéndice de los movimientos europeos. Año tras año, la experiencia histórica nos ha demostrado que los intereses de los países latinoamericanos con sus cien millones de hombres no serán defendidos por nadie sino por nosotros mismos. El aprismo ha llevado a la conciencia latinoamericana esta nueva verdad: o nos organizamos para luchar por nuestra libertad o perecemos ante la indiferencia del mundo. La independencia y la unión de los latinoamericanos serán obra de los latinoamericanos mismos.

El caso de Nicaragua es caso reciente y revelador. Europa hizo de Sandino una figura de exotismo periodístico. En varias ocasiones, la prensa europea, especialmente la de izquierda atacó a los Estados Unidos, — porque convenía a sus propios intereses, — en nombre de la causa de Nicaragua. Pero ni un soldado, ni un centavo, ni una nota diplomática vino jamás en ayuda de Nicaragua. Sandino tuvo la ayuda de todos los latinoamericanos honrados y el respaldo moral de malos y buenos que no pudieron resistir a admirar su tenacidad heroica. Pero Sandino tuvo que rendirse ante la fuerza de la fuerza y la América Latina se rindió con él, por desunida, por indiferente y por impreparada.

El aprismo lucha porque la conciencia de los pueblos

latinoamericanos despierte y vea con ojos realistas el grave problema. El aprismo demanda a nuestros pueblos que se unan, que se organicen en un gran Partido político continental, formado por el Frente Unico de los trabajadores manuales e intelectuales de América Latina. El aprismo grita la ruda verdad: La América Latina está sola frente al conquistador. La América Latina está desunida frente al enemigo cohesionado. La América Latina no tiene ni tendrá más ayuda que la América Latina. Esta es la voz del Apra. Por eso ha convencido la doctrina y los trabajadores manuales e intelectuales indoamericanos han izado como un símbolo de esperanza y de lucha la bandera continental.

Insisto en mi viejo principio: no hay pueblos malos o buenos, hay directores malos o buenos. Cuando se acusa a nuestras colectividades de apáticas, de medrosas y de incapaces de una acción organizada y paciente, avivo mi optimismo. Siempre repito: es que faltan líderes. Porque ser líder es algo difícil. Los pueblos tienen un instinto maravilloso de la realidad. Un líder lleno de palabras y de extremismos, que ofrece el sol y las estrellas, siempre es oído con beneplácito y temporalmente seguido, pero luego el entusiasmo se recoge y las masas intuyen que aquel no es el líder que necesitan, no es el que organiza, no es el que sintetiza el momento histórico, ni el que comprende las necesidades. El fracaso de todos los movimientos políticos, especialmente de los de izquierda en nuestros países, se debe a la inconsistencia de los directores, a la falta de sentido realista de los ideólogos que "piensan siempre en Europa" y no son comprendidos por las colectividades. Pensar "en nacional", — y tomo el vocablo nacional como latinoamericano y como genérico de los nacidos que sufren, — es difícil. Especialmente los intelectuales tienen miedo a rebelarse contra las ideologías importadas. Tienen miedo porque no son creadores, son repetidores. Por eso los pueblos no los siguen y un escepticismo peligroso domina a las masas. Pensemos en americano, — no en norteamericano se entiende, — pensemos en nuestros propios problemas tales como ellos son, comprendamos que son distintos de los de Europa o de los de Asia y sólo así

descubriremos la verdadera conciencia de América. Y descubierta, surgirá una ideología que no será más de remedo, de imitación, de trasplante, sino de autóctona y realista contextura, propiamente nuestra.

Esto no es exclusivismo, ni xenofobia, ni anti-europeísmo, es realismo. Si comprendemos que los grados de progreso, de cultura, de civilización digamos spenglerianamente, son diferentes y sí, — antispenglerianamente, — reconocemos que esos grados están determinados por otra graduación de intensidades económicas no uniformes en todos los pueblos ni a todos los continentes, tenemos que aceptar diferencias y si aceptamos diferencias de realidad tenemos que aceptar diferencias de concepción o de apreciación de esa realidad. Luego habremos de reconocer que son necesarias formas de acción correspondientes a cada realidad en lo político, en lo económico, en lo social, como resultado de una concepción de apreciación realista de nuestros propios fenómenos y problemas.

El aprismo reclama esto de los trabajadores intelectuales. Que no se declaren colonos de Europa para pensar en los problemas de nuestra América. Que no los vean desde París o desde Frankfurt, porque nunca los verán bien, porque siempre se equivocarán, porque seguirá ocurriendo lo que ocurre hasta hoy: que la desorientación nos domina mientras el peligro avanza certero, consciente de sus propios métodos, y dichoso de nuestra ignorancia arrogante e ineficaz.

Magda Portal ha llevado así a las Antillas la palabra aprista en un peregrinaje humilde pero efectivo. Los pueblos hermanos del Caribe la han saludado como mensajera de un llamado que les llega más adentro.

*
* *

ALFREDO PALACIOS

Un precursor de la nueva América (1).

Pocas personalidades de América Latina y ninguna después de la muerte del ilustre maestro José Ingenieros, tienen hoy tan grande autoridad moral sobre la juventud de nuestros países como Alfredo Palacios. En él se reúnen numerosas cualidades eminentes: intelectual de una gran cultura, brillante orador, sabio profesor universitario. Palacios, que es hombre de una larga carrera política, despierta admiración no solamente por su talento y su cultura, como así por la firme fidelidad a sus principios y por su profundo amor a todos los pueblos latinoamericanos que forman "su patria ideal". Desde su primera edad, Palacios fué el estudiante inquieto atraído por todos los problemas superiores. Fué el primer diputado socialista que ocupó una banca en el Parlamento argentino, y en calidad de tal, fué el autor de las primeras leyes sobre el trabajo de las mujeres y los niños en nuestro país. Los brillantes alegatos de Palacios durante la discusión marcaron una época en la historia parlamentaria argentina.

En la cátedra universitaria, Palacios conservó siempre su lugar de avanzada. Pocos profesores han podido armonizar en sus países el trabajo disciplinado y profundo del sabio con la inquietud juvenil y vibrante del rebelde. Palacios fué uno de los propagandistas más decididos de la "Revolución Universitaria" (2) emprendida por los estudiantes en 1918 y propagada de inmediato a todos los países latinoamericanos. Habiendo triunfado ese movimiento, Palacios, desde lo alto de la cátedra y desde la dirección

---

(1) Traducido de *"Europe"*, por Edmundo E. Barthelemy.
(2) La Reforma Universitaria. (N. del E.)

de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de La Plata, se entregó por entero a la obra de reforma universitaria proclamada por la "Revolución".

Pero lo más admirable en Palacios es su eterna juventud espiritual. Palacios está siempre de parte de la juventud y ama, como si fueran propias, sus inquietudes y sus deseos. Después de la revolución universitaria, los estudiantes latinoamericanos quisieron que las universidades se acercaran al pueblo y estudiaran plenamente los problemas sociales. En algunos países, como en Chile, Perú, Cuba, Guatemala, etc., los estudiantes fundaron las Universidades Populares y llamaron a ellas a los obreros y a los agrarios. De esto nació la idea de formar un frente único de trabajadores manuales e intelectuales. Pero los gobiernos reaccionarios intentan destruir esa unión, que es considerada peligrosa para los intereses de la clase dominante. En algunos países la unión de los obreros y los estudiantes fué sellada con sangre: en Chile, en 1920 y en el Perú en 1923. Sobre las tumbas de los obreros manuales y de los intelectuales masacrados por la reacción, los que sobrevivieron se unieron más estrechamente aún. En 1923, la nueva generación latinoamericana lanzó su primera imprecación concreta: "El peligro de América Latina radica en el imperialismo yanqui y nuestra unión política y económica será nuestro único medio de defensa". En 1924, se funda el primer Frente Unico de los Trabajadores Manuales e Intelectuales de América Latina (A. P. R. A.). El Apra proclamó cinco importantes puntos internacionales: la acción de conjunto de los pueblos de América contra el imperialismo yanqui por medio de la unidad política y económica de la América Latina por la nacionalización de la tierra y la industria, por la internacionalización del Canal de Panamá y por la solidaridad con todos los pueblos y todas las clases oprimidas del mundo. Este movimiento surgió de la juventud de los Trabajadores Manuales e Intelectuales unidos en las Universidades Populares. Los gobiernos actuales aliados al imperialismo intentan reprimirlo. En algunos países como en el Perú, esta represión es sangrienta y centenares de estudiantes, obreros, intelectuales, miembros del Apra, son apresados o deportados. Pero, a pesar de todo, las filas

del Apra son cada vez más compactas. Palacios no podía desoír nuestro llamado. Retirado de la política activa, entró a la lucha al llamado de la juventud. Como presidente de la Unión Latinoamericana, organización antiimperialista de los intelectuales, se adhirió al Apra, con esa gran organización internacional. Palacios se hace así soldado de nuestro Frente Antiimperialista y lo saluda con gran optimismo: "Si el Apra logra alcanzar el noble fin que persigue, América Latina comenzará bajo excelentes auspicios la etapa socialista de la nueva cultura" (1). En su reciente discurso del 17 de junio de 1927 en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires, Palacios dijo que el Apra es un Partido Internacional de la Nueva Generación Latino-Americana cuya misión histórica es evidente (2).

Palacios, "el precusor", es hoy uno de los más grandes maestros de la juventud latinoamericana y uno de nuestros más queridos camaradas en las filas del Frente antiimperialista. **"Europa"** publica su mensaje a la juventud norteamericana y por él los pueblos de lengua francesa conocerán, no solamente la justicia de la causa latinoamericana, sino la personalidad ilustre de uno de sus más grandes defensores.

*

* *

LA SOMBRA IMPERIALISTA

México, D. F. 26 de marzo, 1928.

A Salomón Wapnir. Buenos Aires.

Mi querido amigo:

No había querido dar respuesta a su carta del 18 de febrero sin completar la lectura de su libro "La sombra imperialista", que vino con ella. Ya sabía de la aparición de su trabajo por las noticias telegráficas de los diarios

---

(1) "Honda". Boletín de la filial del Apra de Buenos Aires. Mayo, 1927.

(2) "La Prensa", de Buenos Aires. 18 junio, 1927.

grandes de México que anunciaron su aparición comentando el breve y magnífico prólogo de Palacios, lleno de injusta generosidad conmigo y anotando que significaba un nuevo y admirable llamamiento a la unión de la juventud latinoamericana frente al peligro imperialista.

Soy el menos capaz de juzgar "La sombra imperialista" tratándose de un comentario, tan lleno de noble cariño, a mi obra, esta obra mía en que se confunde mi vida, porque yo he querido siempre hacer de mi tarea "carne de mi carne y sangre de mi sangre". Yo no soy el llamado a juzgarme ni a juzgar lo poco que he hecho. Coincidimos sí en una afirmación que en mí es reclamo y en Ud. juicio que me llena de alientos: la sinceridad con que he entrado a la lucha desde hace diez años y el anhelo firmísimo de no sacrificar nada de ella, ni por egoísmo ni por arrogancia. Mal que bien, en grande o en pequeña escala, los hombres que militamos en filas de cruzada política tenemos que ser juzgados un día sin que entonces ni los ataques ni los elogios apasionados puedan influir en el veredicto de la opinión. Para entonces reservo yo la respuesta a muchas cuestiones que plantea en nuestros medios excitables y simplistas la labor que he venido realizando.

Creo que a la etapa lírica, etapa necesaria que inició la vibrante acometida de Manuel Ugarte contra el imperialismo yanqui, debe seguir el movimiento nuestro más organizado, más disciplinado, más firme y más certero. Manuel Ugarte fué un gran anunciador, en una época en que efectivamente el peligro yanqui necesitaba de una clarinada de admonición en nuestra América. Pero hoy no podemos repetir el grito de alerta ante el enemigo que se acerca, porque la época es otra, la guerra está declarada y ante la franca acometida no valen ya, como dice muy bien nuestro querido y noble amigo Palacios en el prólogo del libro de usted, "ni discursos ni asambleas". Creo que ha correspondido a nuestra generación y especialmente al Apra la misión de concretar, de cimentar la campaña dispersa y vagamente lírica de hace diez años, presentando realísticamente, ante la ofensiva del imperialismo, nuestra contraofensiva integral. El programa del Apra, con sus cinco grandes puntos principales y de acción plantea la anti-

tesis de Nuestra América frente a la tesis de la América del Norte.

A mi llegada a América Latina he traído la doctrina del Apra y la he expuesto analizándola y discutiéndola en mis ocho conferencias de la Universidad Nacional de México y en otros discursos pronunciados en otras diez ciudades mexicanas. Confieso que las masas mexicanas, de las más comprensivas y brillantes de Nuestra América, se han identificado con nuestra tesis realista y han visto en ella la verdadera doctrina antipersonalista de la época. Sólo los profesionales del lirismo demagógico, los que creen derribar al mundo con un ¡muera! o exaltarlo con vítor, han estallado en denuestos y me han lanzado no críticas sino uno que otro insulto porque de acuerdo con una práctica de doctrina de luchador he dicho que el enemigo hay que combatirlo con sus propias armas y que es ridículo repetir el cuadro de D. Quijote, tal lo enunciaba yo en mi carta a la juventud dominicana incluso en el libro, luchando contra fuerzas mayores usando armas antiguas. Pocos son ya, por fortuna, los profesionales de la demagogia de la revolución simplista, los devotos del dicterio. Que si muchos fueran tendríamos que declarar en peligro gravísimo los destinos de Nuestra América. Pero a esa clase de intelectuales revolucionarios de la vieja generación ya vamos dejándola atrás. Nuestra generación avanza con paso firme. Si Ud. repara cómo se nos ataca, no encontrará sino insultos. Y nada alienta más que los insultos. Los que hemos vivido bajo una tiranía cuya prensa fué haciendo firme nuestro espíritu de luchadores a fuerza de insultarnos y de calumniarnos, somos como los guerreros de estirpe que sienten agitarse sus ímpetus recónditos con el olor de la pólvora. Nuestro lema es trabajar mientras los demás hablen. El único secreto de mi vida ha sido ese, siempre: no perder tiempo en recoger o devolver denuesto sino, seguir adelante. Desde las primeras luchas universitarias hasta hoy, en círculos más grandes, esa ha sido mi táctica. He procurado llevarla al Apra y por fortuna todos estamos identificados en sus filas en este mismo gran anhelo superior: trabajar, trabajar y trabajar.

Queremos que nuestra generación sea una generación

de acción. Dejemos la discusión de teorías, tesis y doctrinas a los gordos profesionales de la revolución que gustan de teorizaciones **pros y contras, peros y sin embargos** que intercalan y acomodan, arman y desarman como las viejas que juegan solitarios de cartas mientras les llega la hora de morir. Nosotros queremos menos teorizaciones y más acción. Por eso el Apra, mientras muchos organismos y centros del jacobinismo antiimperialista de la vieja guardia se han limitado a gritar "manos afuera de Nicaragua", o a fundar comités y a enviar gasas y yodo, nosotros hemos planteado la organización de una Legión y a estas horas venciendo mil y mil dificultades, los primeros enviados del Apra ya están luchando pecho a pecho con los yanquis en las filas de Sandino. Y todos, uno por uno de nosotros llegaremos al lado del héroe tan pronto como él lo ordene. Desde hace más de un mes los desterrados peruanos primero y el Apra toda, después, hemos ofrecido nuestros servicios al pueblo de Nicaragua. Y lo hemos hecho por cumplir nuestra consigna de acción de realidad. Ante la cuestión de Nicaragua, no hay más que una sola posibilidad: ayudarle con brazos y armas. La vigilancia de las fronteras por el espionaje yanqui, la complicidad de los gobiernos centroamericanos, limítrofes de Nicaragua, con el imperialismo, no permiten el envío de grandes grupos de nuestros compañeros. Paso a paso, en muy reducidos grupos y venciendo mil y mil dificultades, van llegando hasta los campos de Sandino los soldados del Apra.

Torno al libro de Ud. para decirle muy cordialmente, que es la mejor interpretación de mi pensamiento expuesto en "Por la Emancipación de América Latina". Lo declaro con absoluta sinceridad que me he sentido enorgullecido al comprobar que lo que yo quise expresar ha sido comprendido plenamente. Al mismo tiempo debo manifestarle que me he sentido abrumado por la generosidad de Ud., mas impersonalizando comprendo que nuestra identificación ideológica garantiza la adhesión de mayores fuerzas valiosas a las filas del Apra, expresión actual del anhelo de toda una generación.

Ojalá pudiera realizar pronto, tan pronto como lo deseo, mi viaje a la Argentina. Tengo mucha fe en la juven-

tud del Plata. Mucho esperamos hoy de ella, para la lucha antiimperialista, todos los hombres de Nuestra América. Precisado nuestro programa de lucha, aclarado nuestro camino, libres de tutelas extrañas los grupos juveniles que no quisieron venir a nuestras filas temiendo ser instrumentos de intereses políticos ajenos a los verdadero intereses de los pueblos latinoamericanos, han de ver en el Apra una organización que garantiza lealmente que la causa de Nuestra América no ha de servir de instrumento a causa alguna que no sea la de la liberación de nuestros pueblos del peligro imperialista, por la unificación política y económica de veinte repúblicas divididas y para la realización y afirmación de la verdadera justicia social. El libro de Ud. es un anuncio espontáneo y elocuente de la solidaridad de las vanguardias juveniles argentinas con los principios apristas. Por eso, salvando lo que tiene de personal mi alegría le doy mi bienvenida por el Apra y por mí.

Un abrazo fraternal en Ud. a la juventud argentina que se inquieta por asumir su tarea histórica en trabajar mucho y criticar poco en las filas de nuestro Partido Antiimperialista Latinoamericano. Tiene razón nuestro ilustre Palacios cuando elogia en Ud. la actitud fervorosa y constructiva de verdadero revolucionario de esta generación, anotando el contraste de "rumiar egoísta" de los profesionales del descontento que aunque van desapareciendo con la vieja generación todavía molestan con su gruñir de impotencia. Y no quiero firmar sin decirle que ningún espaldarazo pudo Ud. buscar para su libro estremecido de sinceridad que las palabras fervorosas de uno de nuestros más disciplinados soldados apristas: Seoane.

Cordialmente: **Haya de la Torre.**

*

* *

EL APRISMO EN EL PERU

El Partido Aprista ha tenido ya en el Perú una vida breve y fuerte. En cuatro años ha llegado a ser la fuerza política más organizada y de mayor volumen numérico en

el país. En las elecciones generales de 1931, a pesar del fraude en los escrutinios, el jurado electoral, totalmente adverso al Partido, admitió los sufragios de ciento once mil electores apristas. Nuestros cálculos, más minuciosos, nos permiten afirmar que cincuenta mil votos de nuestros afiliados fueron declarados arbitrariamente nulos. Como en el Perú no tienen derecho al voto ni las mujeres ni los mayores de diez y ocho años y menores de veintiuno, el total de miembros del Partido al iniciarse la tiranía de Sánchez Cerro era de trescientos mil. De 1931 a 1934 esa cifra ha aumentado en doscientos mil, de modo que la cifra actual de apristas de ambos sexos inscriptos en el Perú es de medio millón.

Nuestro Partido aprobó su programa mínimo, o Plan de Acción Inmediata en el primer Congreso Nacional Aprista de 1931, después de la reunión de veinte Congresos Departamentales que recogieron los puntos de vista y ponencias de los apristas de todas las provincias del Perú. Ese programa surgido de las masas es hasta hoy la norma política del Partido. Su ideología izquierdista y antiimperialista ha sido mantenida firmemente como su bandera doctrinaria y renovadora.

Es evidente que el aprismo en el Perú, constituído por el frente único de los trabajadores manuales e intelectuales, ha logrado orientar y sanear la conciencia política de las masas del país. El realismo de nuestro programa, ajeno a los absurdos utópicos que son característicos de las mentes tropicales, ha captado el fervor de las clases desposeídas, para las que la persecución antiaprista ha sido la mejor prueba de la posición reivindicatoria del Aprismo en favor de los trabajadores.

Y esa persecución ha alcanzado caracteres tan terribles, que durante los dieciséis meses de terror, el Perú ha vivido la etapa más sangrienta de su historia. Seis mil muertos de nuestras filas han caído ejemplarmente en aquel trágico período. Cerca de ocho mil prisioneros en las cárceles y en la "Siberia de Fuego" de nuestras selvas, soportaron el horror de todos los sufrimientos. Pero el dolor y la muerte soldaron más firmemente la unión de nuestras filas. La tiranía que trató de "pulverizar" al aprismo, — según la

declaración pública de Sanchez Cerro, que así lo prometió en su discurso-programa como candidato presidencial en agosto de 1931, — no hizo sino fortalecerlo y aureolarlo de gloria.

Hoy el aprismo soporta una nueva persecución, más taimada, más legalista, más jesuítica. Después de una breve vacación de libertad que se inició hace un año con la muerte de Sánchez Cerro en abril, y termina en diciembre con el gobierno dictatorial del primer ministro Riva Agüero, Marqués de Aulestia, el aprismo es de nuevo blanco de una campaña enconada. Muchos de nuestros compañeros se hallan perseguidos. Otros enjuiciados militarmente, están ya en las prisiones. Los apristas han perdido en el Perú sus derechos a la libertad. Nuestra prensa ha sido clausurada y nuestros locales políticos allanados y cerrados por las bandas policiales del Marqués.

Las próximas elecciones legislativas son el motivo de esta nueva política de abusos. Veintitrés representantes apristas que fueron despojados de sus mandatos parlamentarios por la mayoría ad hoc del "Civilismo", deben ser ratificados en sus mandatos por los electores. Con elecciones libres, el aprismo ganaría la mayoría de las representaciones legislativas y el Senado y la Cámara de Diputados contarían con fuertes sectores de personeros de nuestro Partido. El plan del gobierno es impedir la victoria del voto popular. Por esto viola la ley electoral y niega al aprismo sus derechos constitucionales. Volvemos pues gradualmente en el Perú a los métodos siniestros de la tiranía anterior.

Desde 1930, el único papel de las derechas en el Perú ha sido el de combatir al Aprismo por todos los medios. Su encono ha devenido en morbosa obsesión. Ningún plan constructivo, ningún programa de gobierno ha intentado hasta hoy. El "Civilismo" ha demostrado su total incapacidad y su completa decadencia, usando del gobierno sólo para fines de grupos y para su desesperada lucha contra las fuerzas siempre crecientes del aprismo. Ninguna situación más propicia para la pronta ruina política del Civilismo que el círculo vicioso en que se mueve. Pretende destruir el aprismo como condición para gobernar "bien".

pero como no lo destruye, sigue gobernando mal y, por reacción, el aprismo aumenta sus fuerzas.

Entre tanto, el aprismo no sólo gana en potencia, en disciplina, en experiencia de lucha: gana también en conciencia política. El fervor admirable de las masas progresa hacia una nueva actitud mental, realista, objetiva y ansiosa de eficiencia. Nuetro Partido ha alcanzado una extraordinaria organización técnica, y, sin duda alguna, excelente capacitación dialéctica. La lucha nos ha hecho abjurar de los simplismos. La tensión que domina el ambiente nos ha colocado en un plano de aprendizaje necesario. Sabemos que nuestro Partido está cerca del poder. Y, saber esto, con plena conciencia de su significado, es alejarse ya de los peligros de la improvisación en el gobierno, serio riesgo de los partidos nuevos.

Ventaja de la lucha, cuya tremante intensidad ha acelerado la experiencia que en situaciones normales sólo ganan los partidos después de largo tiempo. Empero las "situaciones normales" y el "largo tiempo" pueden conducir a los partidos de izquierda a la burocratización o al compromiso. Con nosotros no ha ocurrido tal cosa. La fuerza de la ofensiva reaccionaria es tan tenaz, tan múltiple, que no hay tiempo para burocratizarnos. Resguardados por la fuerza y garantizados por los yerros de nuestros adversarios, ciegos de odio, tenemos el tiempo necesario para ganar experiencia sin perder vitalidad e ímpetu. Estamos siempre recibiendo la enseñanza viva y fecunda de la escuela de la acción. Y como estamos solos en la lucha, esta "soledad colectiva" nos une más, nos disciplina mejor, nos hermana y nos fortalece.

El aprismo ha arraigado ya hondamente en la conciencia popular peruana. Su juventud, su vigor, su heroicidad le han dado grandeza. Nuestro Partido ha pasado gallardamente la etapa lírica de los impulsos iniciales. Ha vivido su tragedia y tiene su martirologio. No necesitamos ir muy lejos para tener tumbas de compañeros sobre las cuales jurar y sentirnos fuertes. No tenemos que leer libros europeos para aprender cómo se sufre y cómo se lucha por la libertad y por la justicia. No necesitamos prestar consignas o importar credos. Aquí en ámbitos de América, en

suelo del Perú, se mueven nuestros luchadores y duermen nuestros caídos. De la sangre de éstos y de la acción creadora y autóctona de aquéllos, surgirá la victoria.

Y la historia del Aprismo en el Perú será lección para nuestra América. Acicate y llamado hacia la tierra que pisamos, cuya liberación no surgirá sino — como sus árboles y sus montañas —, de ella misma. ¡Sólo de ella!

Lima, abril 1934.

APENDICE

LA EXPULSION DE HAYA DE LA TORRE DE GUATEMALA

> Cuidemos todos la vida de Haya de la Torre porque es necesaria para la libertad de América.
>
> José Ingenieros.

> Haya de la Torre, cuyas ideas políticas no es del caso discutir, pero cuya sinceridad dentro de ellas nadie puede negar.
>
> Santos Chocano.

La prensa centroamericana que nos llega a Europa después de tres semanas de rudo navegar por el Atlántico, nos impone la espectacular y vergonzosa nueva de la arbitraria expulsión de Guatemala de Raúl Haya de la Torre, ciudadano continental de las más altas y nobles idealidades y uno de los actores y organizadores dinámicos y reflexivos más distinguidos "de las luchas actuales de nuestra generación en el orden antiimperialista".

Leemos en el número correspondiente al 23 de agosto pasado del **Diario de Guatemala**, la siguiente información aparecida en primera página: "Tal como lo anunciamos en nuestra edición de ayer, el señor Víctor Haya de la Torre, líder antiimperialista que a su paso por los países de Amé-
rica desarrolla una campaña en pro de la libertad latino-
americana, con rumbo a El Salvador, fué expulsado anoche
a las doce y cuarto de la noche por órdenes de la Direc-
ción de la Policía Nacional, sin declarársele el motivo de
esta drástica medida y sin darle tiempo siquiera para que

preparara las cosas más indispensables para efectuar su involuntario viaje".

Desde la Inspección de Policía donde Haya de la Torre estuvo detenido hasta su traslado forzoso a la frontera salvadoreña, redactó varias cartas, dos de ellas dirigidas a la prensa guatemalteca. En la misiva enviada al **Diario de Guatemala**, de la capital de ese país, escribe el valiente escritor peruano:

"Ante uno de los redactores de su digno órgano periodístico acabo de ser detenido, y ante él mismo notificado que seré expulsado del territorio guatemalteco a media noche. Este atropello no necesita de mis comentarios; los dejo a la prensa libre y a la opinión de su país que ha sido tan noble conmigo. No se me han concedido ni los derechos elementales que exige la dignidad humana, ni los plazos mínimos que se conceden aún a los criminales convictos. Mi saludo cordial por intermedio del **Diario de Guatemala** que tan noblemente ha secundado mi acción, y los votos más sinceros porque el noble pueblo guatemalteco no pague a ningún precio la libertad de pensamiento, que es patrimonio de las naciones libres. Y una vez más mi palabra de execración contra el imperialismo extranjero que impone en nuestros países estos atropellos que avergüenzan a nuestra América".

En otra carta que el director de **Apra** dedica a los diarios **La Idea, La Epoca y La Batalla**, de la ciudad de Quezaltenango, extractamos el siguiente párrafo, elocuente por sí solo:

"Notificado por la Policía Nacional, debo abandonar mañana mismo tierra guatemalteca por ser persona no grata a la Legación Norteamericana. Se me expulsa en nombre de "los intereses de la Patria" que según la entienden el imperialismo y sus servidores no es sino la Celestina de la prostitución nacional. No quiero pasar las fronteras del país sin enviarles a ustedes mi palabra de adiós y mi último mensaje de aliento. Ustedes están librando una campaña de una prensa honrada y patriota. Por eso, la otra prensa y los intereses del imperialismo les ataca. Ha sido un periódico, **Nuestro Diario**, el iniciador directo del proyecto de deportación largamente madurado por la Legación

Norteamericana. Pero esta nueva experiencia significa para mí una nueva victoria. No me arredra, sino al contrario, me hace fuerte. Seguiré luchando contra el imperialismo sin desmayar, seguiré luchando por la unión de nuestra América sin que nada sino la muerte pueda arredrarme. Ustedes, que con tanta honradez y valentía vienen luchando, deben seguir adelante. La única garantía que pueden tener, ya lo vemos, es la de la opinión pública. Hay que demandar esa garantía que es la más valiosa cuando los poderes vigilantes de los derechos constitucionales carecen de libertad".

Estos dos documentos del Sr. Haya de la Torre — nuestro compañero con José Vasconcelos en el Congreso Antiimperialista de Bruselas —, explican harto bien los móviles que ha tenido el gobierno de la República hermana para cometer el grave atentado que registramos en las presentes líneas.

¡Mal parados andan ahora los apóstoles del anti-yanquismo en una época de caudillos envalentonados y xenófobos analfabetos! Todavía en 1928 es un crimen que se castiga con la deportación — y hasta con el asesinato y la cárcel —, cuando el Visionario quema desdeñosamente sus naves predicando el reino del Espíritu. Es un delito — ¡y qué terrible delito! —, el propagar un acercamiento hispanoamericano afirmativo, porque ello significa en el fondo y en la realidad, la condena automática de los falsos ídolos que han escalado las posiciones directivas gracias a la complacencia de la Sirena del Norte y al oro ruin de los Empréstitos; este oro en billetes de Wall Street que enrojece el rostro de las conciencias limpias y hace sonreír con gesto crapuloso e insolente a los que han vendido su alma al diablo.

El viaje de Haya de la Torre al Nuevo Mundo para continuar y consagrar **sur place** la admirable campaña en favor de la emancipación de nuestros pueblos, fué acogido con palabras de aliento por los maestros del pensamiento continental. Manuel Ugarte le dirigió desde Niza un fervoroso mensaje felicitándolo por esta cruzada ideal:

Con entusiasmo y admiración inclino, como una bandera, mis veinte años de lucha, en vísperas de la acción que ha de reunirnos muy pronto. Usted que tan noblemente ha

ganado el prestigio que le rodea, será el intérprete de mis sentimientos de compañerismo y fraternidad continental.

* * *

A medida que pasan los años nos vamos convenciendo de que el hispanoamericanismo es un mito, una fórmula amable, cómoda, oportuna y que suena discretamente en los brindis diplomáticos y en las fiestas de la Raza. Pero nada más. Hace apenas pocos meses nos referíamos a propósito de la magnífica exposición de Froylán Turcios al Congreso de Honduras:

"Después de un siglo de propagandas hispanoamericanas, que surgieron sin duda con nuestra independencia — decíamos nosotros en ese entonces —, somos todavía los mismos regionalistas intolerantes, de hueso colorado de antaño. Quizás lo somos más que antes. Es falso de toda falsedad que nos sintamos nacionales o ciudadanos de otro país de América que no sea el nuestro, y muchas veces hasta en nuestra propia ciudad natal nos consideramos extranjeros...

"Hasta que esas barreras regionalistas — murallas chinas de un equivocado nacionalismo integral — no desaparezcan de nuestra geografía política, todo intento que se haga en favor de una Gran Patria Continental — el sueño del Quijote americano —, será labor ineficaz y esfuerzo inútil. Destruyamos ante todo nuestro egoísmo y nuestro mal fundado orgullo nacional, y aceptemos sin condiciones que todos los hermanos de Iberoamérica vengan a nuestra casa a discutir nuestras glorias, nuestros gobiernos, nuestras leyes, nuestras virtudes y nuestros defectos. Abandonemos por ahora todo otro designio que no sea el de trabajar — no en banquetes y discursos oficiales — por la verdadera y efectiva unión iberoamericana. Trabajen todas las mentalidades bien intencionadas para que cada país hispano del Nuevo Mundo reconozca los mismos derechos cívicos y políticos a todos sus habitantes. Que tengamos todos

los ciudadanos de la lengua castellana idénticas prerrogativas, en América y en España, sin que se nos insulte o se nos expulse de ningún territorio hermano, echándonos en cara hospitalidades que no son siempre tales, por haber criticado o atacado a gobiernos y entidades que, según nuestro modo de pensar, atentaban contra la soberanía de la nación, y por ende, contra la soberanía global de todos los Estados de **nuestra** América!"

* * *

...Somos extranjeros en todas partes; una campaña de silencio se ha desencadenado contra la libre conciencia. Por fortuna, quedan aún periódicos honrados que dejan oír su palabra valerosa y vibrante para defender con altivez y dignidad los derechos del Hombre y del Ciudadano.

Pienso con melancolía que no se puede predicar eternamente en el desierto. Ya no le quedará bien pronto al Luchador otro recurso que refugiarse en su mundo ilusorio como protesta muda ante los hechos flagrantes que se consumen día por día en las democracias jóvenes envejecidas prematuramente. Cerradas todas las puertas, sólo permanece abierta tímidamente la morada del Espíritu, el reino interior.

La América aislada en sus provincias indefensas, no le resta ahora ni el consuelo íntimo de una voz optimista. Nos desgarramos como enemigos y la Gran Patria se descarta. Hablamos aún el idioma de Cervantes. Pero en fecha no lejana no podremos ni emplearlo para evocar con nostalgia nuestras antiguas y legítimas glorias...

¡Pobre sueño el de Bolívar y el de los demás Libertadores! ¡Pobre sueño el de todos! ¡Pobre sueño también el de Ugarte! ¡Ilusorio sueño el de toda la juventud hispanoamericana! Los veinte años de lucha de que habla el sabio pensador argentino en el mensaje a Haya de la Torre, fueron pisoteados en un segundo por una orden de expulsión firmada por un comisario de Policía!

La América nuestra se nos escapa de las manos. Pos cosa, miserable página de historia legaremos a los hombres del mañana. ¡Quién sabe cuántas generaciones pagarán por nosotros este pecado contra el Espíritu!

Carlos Deambrosis Martins.

La Bréde, Gironde, Dominio de
Montesquieu, septiembre de 1928.

Donación de
Antonio Doddis Miranda,
Catedrático de
Literatura Clásica y
Medieval de la
Universidad de Chile,
a la Biblioteca Nacional.

INDICE

Pág.

Advertencia... 9
Autobiográfica... 13

CAPITULO I

LA CUESTION DEL NOMBRE... 21

El significado político del nombre... 21
Cuestión de nombres... 31

CAPITULO II

FRENTE AL IMPERIALISMO... 37

La tercera conquista de América... 37
La lucha de Centroamérica contra el imperialismo... 41
Las cuatro ofensivas... 45
La suerte de Puerto Rico... 52
Coloniaje y miseria... 56
Dos intereses en pugna... 60
Carta al Presidente de Panamá... 65
El inmaculado Masferrer... 70
Mensaje a las mujeres de Panamá... 72
San Salvador bajo la opresión... 75
Opiniones de un hombre de treinta años... 81
Chile y Perú ante la nueva generación... 83

CAPITULO III

PANAMERICANISMO... 87

Mutabilidad del Panamericanismo... 87
Equivocada defensa latina del Panamericanismo... ... 91
Los triunfos de América Latina en la Liga de las Naciones... 99
El pueblo norteamericano comienza a libertarse de la tiranía de la prensa alquilada... 104
La Conferencia Naval de Londres y la América Latina. 110

CAPITULO IV

POLITICA, ECONOMIA, REVOLUCION... 115

Los técnicos en los gobiernos... 115

Estados Unidos en crisis... 120
Programa avanzado de la frustrada revolución de Bolivia... 124
La convulsión revolucionaria en Sudamérica... ... 128
Tiranía, democracia, terrorismo... 134
Primorriverismo, escuela política... 136
La situación del Perú y su semejanza con los demás países latinoamericanos... 139
Voces del Nuevo Brasil... 144

CAPITULO V

INDOAMERICA Y EUROPA... 149

Romain Rolland y la América Latina... 149
Lo que nos puede dar la vieja Europa... 152
Puntos de vista teutones sobre las Américas... ... 156
Una opinión británica... 162
La crueldad latinoamericana... 166
Nuestros verdaderos embajadores en Europa... ... 170
Vicios y virtudes latinoamericanos... 174
El espíritu de la juventud europea y latinoamericana... 179
El "México loco"... 182

CAPITULO VI

ASPECTOS CULTURALES... 189

El movimiento de los estudiantes de América Latina... 189
México y el Vaticano... 194
Pureza del idioma... 198
Castellano de España y castellano de América... ... 204
Un congreso de la lengua... 207
Nuestra literatura en Alemania... 210
La biblioteca latinoamericana de Berlín... 214
La biblioteca mexicana de Berlín... 218
Latinoamericanización musical de Europa... 221
Política cultural... 225
Estudiantes latinoamericanos en Europa... 229

CAPITULO VII

UNIFICACION DEFENSIVA... 235

La séptima sesión anual del Instituto de Política... ... 235
¿Los Estados Unidos de América Latina?... 239
La unificación latinoamericana, ¿comenzará por Sudamérica?... 245
El destino de nuestra América, según Romain Rolland 249
Independencia económica de América Latina... ... 253
Las victorias del aprismo... 259
Alfredo Palacios... 263
La sombra imperialista... 265
El aprismo en el Perú... 269

APENDICE... 275